

BOOK 2

MIDNIGHT REIGN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
EVE NEWTON

MIDNIGHT REIGN

ROMANCE PARANORMAL DEL HAREM INVERSO

DESCENSO INMORTAL

LIBRO 2

EVE NEWTON

Derechos de autor

Derechos de autor © 2024 por Eve Newton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

Prefacio

1. Zephyr
2. Adelaide
3. Corvus
4. Adelaide
5. Adelaide
6. Corvus
7. Adelaide
8. Zephyr
9. Corvus
10. Adelaide
11. Zaiah
12. Adelaide
13. Adelaide
14. Adelaide
15. Adelaide
16. Ignatius
17. Adelaide
18. Corvus
19. Adelaide
20. Adelaide
21. Adelaide
22. Zaiah
23. Adelaide
24. Ignatius
25. Zephyr
26. Adelaide
27. Adelaide
28. Corvus
29. Zaiah
30. Adelaide
31. Zephyr
32. Adelaide
33. Adelaide
34. Adelaide
35. Adelaide
36. Zaiah
37. Corvus
38. Adelaide
39. Adelaide
40. Adelaide
41. Zephyr
42. Adelaide

43. [Corvus](#)
44. [Adelaide](#)

[Otras Obras de Eye Newton](#)

PREFACIO

Nota de la autora

Este es un romance paranormal de harén invertido oscuro para jóvenes adultos. Todos los personajes principales tienen 21 años.

Los chicos de Immortal Descent son esencialmente los villanos y este libro contiene contenido adulto y gráfico, por lo que se recomienda discreción al lector. Este es el LIBRO 2 de 3. Terminarás con más preguntas que respuestas... ¡así es una trilogía! ;-)

No es una lectura extremadamente oscura, pero hay algunas advertencias de contenido para este libro/serie. Se pueden encontrar exclusivamente en mi sitio web. Por favor, revísalas para este libro, ya que hay algunas escenas que requieren discreción:

Únete a mi grupo de Facebook para actualizaciones en tiempo real sobre futuras lecturas:

Escanéame para ver las advertencias de contenido



ZEPHYR

EL ACRE hedor a sangre y plumas llena el aire mientras desgarró a otro Strix, su chillido moribundo perforando la noche. Pero apenas lo registro. Mi mirada escanea frenéticamente el cielo, buscando alguna señal de Adelaide. El caos a mi alrededor se desvanece en el fondo mientras me concentro en encontrarla, mi corazón latiendo con un miedo que nunca antes había experimentado y que no sabía que fuera posible. Temo una cosa. Un hombre. Mi padre. Así que esto es... nuevo e irritante como la mierda.

Se ha ido. Ella se ha ido.

La realización me golpea como un golpe físico, y por un momento, no puedo respirar. La rabia y el miedo aplastan mis pulmones, exprimiendo cada último vestigio de aire que queda, amenazando con desgarrarme desde dentro.

¿Cómo pude dejar que esto sucediera?

Se suponía que debía protegerla. Era lo único que me había jurado a mí mismo que haría, y fracasé espectacularmente. El auto-desprecio que me invade es casi paralizante.

Me congela.

Repito el momento en mi mente, viendo a Adelaide levantada en el aire por estas jodidas criaturas monstruosas. La mirada de terror en su rostro, su mano extendiéndose hacia mí mientras se la llevaban. Debería haber sido más rápido, más fuerte. Debería haber hecho más.

Todo el peso de la oscuridad dentro de mí se agita, suplicando ser desatado. Susurra promesas de venganza, de despedazar a cualquiera que se atreva a tocar lo que es mío, porque Adelaide es mía. Pero eso arrasará esta universidad hasta los cimientos, y eso es algo que hará que me pateen el culo de vuelta al Reino de las Hadas Oscuras, donde el querido papá me arrancará la piel a tiras.

—¡Zephyr! —La voz de Corvus corta mis pensamientos en espiral. Está a mi lado en un instante, con los colmillos al descubierto y la ropa salpicada de sangre. Sus ojos están desenfrenados, un reflejo del pánico que siento—. ¿Dónde está ella?

—Se la llevaron —gruño. Las palabras saben a inmundicia—. Estos malditos Strix la atraparon y se la llevaron volando.

Veo el mismo miedo y rabia que siento reflejados en los ojos de Corvus. Por un momento, estamos unidos en nuestra desesperación, nuestra necesidad de encontrar a Adelaide.

—¿Por qué siguen aquí? —aparece Ignatius, un muro de llamas despejando un camino a través del caos. Sus ojos están desenfrenados, reflejando el infierno a nuestro alrededor.

—Buena maldita pregunta —digo entre dientes, mirando alrededor, pero puedo ver que ahora están en posición de espera. No atacan a menos que sean atacados. Nos están manteniendo aquí.

Zaiah se materializa a continuación, su expresión completamente destrozada. Los ojos

blancos del djinn están nublados de preocupación, su forma titilando con poder apenas contenido —. No puedo sentirla —dice, su voz tensa de preocupación—. Es como si hubiera sido bloqueada.

—O muerta —digo sin pensar.

Corvus empuja una mano con fuerza contra mi pecho—. No. Simplemente no lo digas, joder. Pero es difícil no hacerlo.

Las implicaciones de eso envían un escalofrío a través de mi sangre ya helada. Alguien más allá de poderoso está detrás de esto. Alguien que sabe exactamente qué es Adelaide. La idea de Adelaide en manos de alguien que quiere su poder y que podría explotarlo, me hace sentir físicamente enfermo.

Respiro profundamente, forzándome a pensar más allá del pánico y la rabia.

—¿Dónde coño está el personal superior? —murmuro.

—Otra buena maldita pregunta —escupe Zaiah.

—¿Y dónde está la Orden? —añade Ignatius, absolutamente furioso. Como, literalmente. Tiene humo saliendo de sus orejas.

—Corvus —digo, ignorándolos—. Necesitas elevarte. Ver si puedes detectar a dónde se la llevaron.

Asiente, entendiendo la gravedad de la situación—. Ya me adelanté. —Sin otra palabra, cambia, su forma difuminándose y encogiéndose hasta que un murciélago alza el vuelo, elevándose en el cielo. Lo veo irse, una parte de mí deseando poder seguirlo, buscar en los cielos yo mismo. Pero sé que mis habilidades ahora son mejores en tierra, en el bosque donde la naturaleza es mi perra.

Me vuelvo hacia Ignatius y Zaiah, viendo el mismo pánico en sus ojos que yo siento—. Vamos a ir tras ella a pie. Puedo rastrearla a través del bosque usando mi magia.

—Guía el camino —dice Zaiah, su forma titilando mientras se prepara para doblar la realidad a su voluntad.

Ignatius asiente—. Lo que sea necesario —dice, su voz inusualmente sombría. Eso envía una ráfaga aún mayor de miedo sobre mí. Normalmente él puede encontrar lo mejor de una mala situación con los ojos cerrados en esa manera alegre y optimista suya.

Realmente podría usar algo de eso ahora.

—Vamos. —Nos sumergimos en el oscuro bosque, los sonidos de la batalla desvaneciéndose detrás de nosotros. Con cada paso alejándonos de MistHallow, siento emociones raras y conflictivas. Alivio por estar persiguiendo activamente a Adelaide, pero miedo de lo que podríamos encontrar.

Extiendo mis sentidos, buscando cualquier rastro de Adelaide. Es como intentar atrapar humo con las manos desnudas, elusivo y frustrante. Todo lo que sé es que fue por aquí. Pero podrían haber zigzagueado y dado vueltas sobre sí mismos en cualquier punto. No hay nada. Absolutamente nada.

Todavía.

Mientras avanzamos, recuerdo las palabras de Christos. Vesper. Él sabe exactamente qué es ella, así que si él lo sabe, otros también. Esta situación ha pasado de extremadamente mala a potencialmente peor. Mi alma duele, sabiendo que ella está perdida ahora mismo. Lo odio y me gusta al mismo tiempo. *¿Cuándo se volvió tan esencial para mí?* Bueno, eso es fácil. En el segundo en que puse mis ojos en ella en la biblioteca. Lo supe en mi sangre, en mi esencia. Ella es mía. Nuestra. La idea de no volver a verla nunca más, de fallarle, es más de lo que puedo soportar, y hace que mi piel me pique.

El bosque se vuelve más denso, más antiguo. Los árboles son ancestrales, con sus ramas retorcidas extendiéndose como garras. Un silencio opresivo cae sobre nosotros, roto solo por el crujir de nuestros pasos.

La parte Fae en mí reconoce este lugar, siente la vieja magia que impregna el aire. Es salvaje, indómita, peligrosa. En otras circunstancias, podría haberme deleitado en ella. Ahora, solo sirve para aumentar mi ansiedad.

De repente, siento un cambio en el aire. Una energía familiar que me pone la piel de gallina. Levanto una mano, indicando a los demás que se detengan.

—¡Cuidado! —grito, justo cuando un grupo de vampiros emerge de las sombras, sus ojos brillando con sed de sangre.

—¿Qué coño? —sisea Zaiah, sus manos ya tejiendo complejos patrones en el aire para disipar cualquier magia que venga hacia nosotros.

No dudo. La oscuridad dentro de mí surge, y por una vez, la dejo. Las sombras se condensan alrededor de mis puños mientras me lanzo contra el primer vampiro, sintiendo los huesos crujir bajo mis nudillos. La violencia se siente bien, una salida para la tormenta de emociones que ruge dentro de mí.

Ignatius ruge, un tornado de llamas envuelve a otros dos vampiros. Sus gritos se cortan en seco cuando son reducidos a cenizas. El rostro del elemental de fuego es una máscara de furia.

La magia de Zaiah deforma la realidad a nuestro alrededor, atrapando a otro vampiro en una dimensión de bolsillo. El aire tiembla y se dobla, los gritos del desafortunado vampiro se desvanecen mientras es arrastrado a la nada.

Pero siguen llegando más. Son implacables, impulsados por una lealtad fanática a quien sea su maestro. Podría ser cualquiera, pero seguidores vampiros generalmente significan un maestro vampiro...

—Joder —murmuro mientras esquivo un juego de garras afiladas como navajas, un pensamiento escalofriante me viene a la mente—. Randall Black.

—¿Qué? —grita Ig mientras lanza una llamarada contra otro fanático—. ¿Estás seguro?

—No, pero... —Un vampiro me ataca por detrás, saltando sobre mí e intentando romperme el cuello. No me matará, pero me irritará muchísimo, y dolerá como el demonio. Me escurro de su agarre y me sumerjo en las sombras, observándolo caer al suelo en un montón torpe antes de que Zaiah lo enrede en volutas de humo para que Ignatius pueda hacerlo explotar.

Pero por cada vampiro que derribamos, dos más parecen tomar su lugar. Son como una hidra, interminables y abrumadores. Somos poderosos, los tres, pero incluso nosotros tenemos nuestros límites.

—Necesitamos terminar con esto —gruño, sintiendo que mi control se escapa. La oscuridad dentro de mí está arañando para salir, pero sé que me llevaré la mitad del bosque conmigo. Este plano, este plano semi-terrenal, no está diseñado para la fuerza total de mi poder—. Ahora.

Busco en lo profundo de mí mismo, accediendo al manantial de magia Fae Oscura que es mi derecho de nacimiento. Responde con entusiasmo, surgiendo a través de mí como una marea. El aire a mi alrededor se vuelve pesado, cargado de poder.

—¡Agáchense! —grito a Ig y Zaiah. Esa es toda la advertencia que reciben.

Entonces lo suelto todo.

Una ola de pura oscuridad erupciona de mí, inundando el claro. Es como un pedazo del vacío que ha tomado forma, absoluto y todo lo consume. Los vampiros atrapados en su camino gritan, sus cuerpos desintegrándose en la nada. Los árboles se marchitan y se desmoronan, la tierra se aleja del toque de mi poder.

Y esto ni siquiera es un cuarto de lo que puedo hacer.

Por un momento, me pierdo en ello. La oscuridad es seductora, susurrando promesas de más poder, de venganza contra aquellos que se llevaron a Adelaide. Sería tan fácil ceder, dejar que me consumiera por completo.

Pero el rostro de Adelaide aparece en mi mente. Su sonrisa, su risa. La forma en que me mira como si fuera más que solo un príncipe de la oscuridad. Me ancla, arrastrándome de vuelta desde el abismo.

Cuando la oscuridad retrocede, solo nosotros tres quedamos en pie. Bueno, yo estoy de pie. Ig y Zaiyah están en algún lugar. El claro está devastado, pareciendo una escena del apocalipsis.

Me tambaleo, momentáneamente agotado.

Zaiah e Ignatius aparecen de una dimensión de bolsillo, probablemente el lugar más seguro para ellos, y miran alrededor.

—Guau —Ignatius me estabiliza, su toque abrasadoramente caliente. La diferencia con mi poder frío es desconcertante—. Zephyr, tío. La has liado parda.

Resoplo, ya alejándome de él. —No me digas. —No hay tiempo para debilidades, no cuando Adelaide nos necesita—. Tenemos que seguir moviéndonos.

Zaiah se acerca. —Eso fue intenso —dice.

—Esperemos que no necesitemos verlo de nuevo —murmuro, ya concentrándome en captar cualquier rastro que pueda llevarnos a Adelaide.

El bosque parece cerrarse a nuestro alrededor, las sombras se profundizan. Puedo sentir que la tierra conspira contra nosotros, tratando de impedir que lleguemos a Adelaide.

Pero no lo permitiré. No dejaré que nada me impida encontrarla. Se ha convertido en una luz en mi mundo de sombras, un faro que no sabía que estaba buscando hasta que la encontré.

Y ahora se ha ido, llevada por fuerzas que no entendemos completamente. La idea de ella sola, asustada, herida, me enfurece que alguien se atreviera a quitármela.

—Aguanta, Adelaide —susurro en la oscuridad—. Vamos en camino. Solo aguanta.

Mientras nos adentramos más en el bosque, hago una promesa. La encontraré; la salvaré, y cualquiera que se interponga en mi camino enfrentará toda la ira del príncipe Fae Oscuro.

Porque Adelaide es mía.

Y yo protejo lo que es mío.

ADELAIDE

EL MUNDO ESTALLA en caos cuando Randall clava el cuchillo en mi pecho, directamente en mi corazón. Por un momento, el tiempo se detiene. Puedo sentir el frío metal de la hoja dentro de mí, una presencia extraña donde no debería estar. El dolor es insoportable y grito, esperando que mi vida pase ante mis ojos.

Pero entonces, algo extraño sucede.

No muero.

En su lugar, el mundo a mi alrededor estalla en un caleidoscopio de rojo. Carmesí claro y burdeos oscuro y profundo se arremolinan juntos en una escena vertiginosa. Es hermoso y aterrador a la vez, como ver una supernova explotar a cámara lenta. Los colores pulsan y laten, al ritmo del frenético latir de mi corazón, el corazón que debería haberse detenido, pero que de alguna manera sigue latiendo.

Mi estómago da un vuelco cuando el suelo bajo mis pies comienza a temblar. La piedra a la que estoy encadenada gime y cruje, el sonido reverbera a través de mis huesos. Aparecen grietas en su superficie, extendiéndose como una telaraña. Las piedras erguidas a mi alrededor comienzan a partirse, grandes fisuras se abren como si la tierra intentara tragarlas.

Un humo espeso y acre llena el aire, ahogándome. Toso y jadeo, tratando desesperadamente de respirar. Mis ojos se humedecen y los remolinos rojos se desdibujan en un revoltijo nauseabundo. El humo tiene un sabor extraño y metálico, como sangre, pero podrida. Recubre mi lengua y garganta, haciéndome sentir arcadas.

El terror se apodera de mí. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué no estoy muerta? Las preguntas giran por mi mente, cada una más frenética que la anterior. Nunca he estado tan asustada en mi vida. Ni siquiera cuando los Strix me llevaron, ni siquiera cuando descubrí por primera vez lo que era, nada se compara con este momento de puro miedo sin adulterar.

Intento moverme, alejarme del cuchillo que aún sobresale de mi pecho, pero las cadenas me retienen con fuerza. Repiquetean contra la piedra, el sonido casi se pierde en el estruendo de la tierra partiéndose a mi alrededor. Estoy atrapada, indefensa, a merced de cualquier fuerza oscura que Randall haya desatado.

Quiero preguntar, averiguar qué está haciendo, por qué intentó matarme, pero no puedo hablar. De hecho, estoy completamente paralizada.

A través de la neblina roja y el humo, apenas puedo distinguir su figura. Está de pie, observando las piedras, su rostro es una máscara ilegible. ¿Cómo puede quedarse ahí parado mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor?

Otro violento temblor sacude la tierra. La piedra debajo de mí se mueve y, por un momento que me detiene el corazón, pienso que podría volcarse, aplastándome. Pero se mantiene firme,

aunque más grietas se extienden por su superficie bajo mi espalda, clavándose en mí, magullándome.

El cuchillo en mi pecho pulsa, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo.

Dejo escapar un jadeo ahogado cuando una oleada de energía recorre mi cuerpo. El poder, crudo e indómito, inunda mis venas. Mi piel hormiguea con él, cada terminación nerviosa viva y disparando. El mundo a mi alrededor se enfoca nítidamente, los rojos de alguna manera más vibrantes, los sonidos más claros.

No entiendo lo que está pasando, pero sé una cosa con certeza: no estoy muriendo. Si acaso, me siento más viva que nunca.

A través de las brumas arremolinadas de rojo, vislumbro a Randall. Se está alejando, su forma se desdibuja en los bordes. ¿Se está yendo? El pánico me invade. Por mucho que le tema en este momento, la idea de quedarme sola en este caos es aún más aterradora.

—¡Espera! —intento gritar, pero mi voz se pierde en el rugido de la tierra partiéndose a mi alrededor.

Entrecierro los ojos, tratando de ver a través de la neblina. Hay algo allí. Un resplandor en el aire, como el calor que se eleva del asfalto en un día caluroso. Pero este resplandor es vertical, un desgarró en el tejido de la realidad.

¿Un portal?

Antes de que pueda estar segura, Randall lo atraviesa. El resplandor lo envuelve y luego desaparece. Así sin más. Parpadeo, preguntándome si lo he imaginado todo. Pero no, realmente se ha ido. Me ha dejado aquí, sola, con un cuchillo en el pecho y el mundo desmoronándose a mi alrededor.

—No —grazno—. No, no, no. ¡Espera! ¡Vuelve!

La niebla roja gira más rápido, oscureciendo mi visión. Apenas puedo ver las piedras erguidas ahora, sus formas masivas reducidas a vagas siluetas amenazantes en la niebla carmesí. El humo también es más espeso, haciendo que cada respiración sea una lucha.

Tiro de las cadenas, ignorando cómo se clavan en mi piel. Pero es inútil. Son tan fuertes como siempre, manteniéndome firmemente en mi lugar. Estoy clavada aquí, incapaz de moverme, incapaz de escapar. El cuchillo en mi pecho pulsa al ritmo de mi corazón acelerado, doliendo como la mierda otra vez, un recordatorio constante de la situación imposible en la que me encuentro.

¿Qué me va a pasar? ¿Moriré aquí, sola en este infierno rojo? ¿O sea lo que sea que la magia de Randall desató me mantendrá viva indefinidamente, atrapada en este momento de terror y dolor? ¿Se suponía que debía matarme? ¿Se suponía que debía morir?

El suelo tiembla de nuevo, más violentamente que antes. Rocas y escombros llueven a mi alrededor. Cierro los ojos, preparándome para el impacto, pero nada me golpea. Hay una burbuja de protección a mi alrededor, manteniéndome a salvo incluso mientras el mundo se desmorona.

Justo cuando creo que no puedo soportar más, cuando estoy segura de que perderé la cabeza ante el interminable rojo y el dolor constante, escucho algo. Un sonido que no pertenece a este paisaje infernal.

El aleteo de unas alas.

Al principio, pienso que debo estar alucinando. Pero entonces lo vuelvo a escuchar, más cerca esta vez. Mi corazón da un salto en mi pecho, una oleada de esperanza atraviesa la niebla de desesperación.

Fuerzo la vista, tratando de ver a través del rojo arremolinado. Una forma oscura, pequeña pero rápida, atravesando la niebla. A medida que se acerca, puedo distinguir más detalles. Alas

coriáceas, un cuerpo pequeño y peludo.

Un murciélago.

—¿Corvus? —susurro, apenas atreviéndome a creerlo.

El murciélago da una vuelta, dos, y luego se lanza hacia mí. Justo antes de alcanzar la piedra a la que estoy encadenada, comienza a cambiar. La pequeña forma alada se estira y crece, transformándose en un abrir y cerrar de ojos.

Corvus se agacha a mi lado, su rostro una máscara inexpresiva mientras me mira fijamente.

—Adelaide —su mano se extiende para tocar mi cara—. ¿Qué pasó? ¿Quién te hizo esto?

Intento hablar, pero solo sale un sollozo ahogado. El alivio de ver una cara familiar, de no estar sola nunca más, es abrumador. Las lágrimas corren por mi rostro, trazando caminos a través de la suciedad y la sangre.

Los ojos de Corvus se dirigen al cuchillo en mi pecho, su rostro palideciendo.

—Mierda —murmura—. Está bien, ¿de acuerdo? Tenemos que sacarte de aquí.

Alcanza las cadenas, tirando de ellas experimentalmente. Sisea cuando le queman las palmas, el hedor de carne chamuscada se suma a las náuseas que revuelven mi estómago.

—Maldición —gruñe. Luego cierra los ojos y respira profundamente—. Zephyr, Ignatius, Zaiah. Vengan a mí.

Por un momento, no pasa nada. Luego, hay una ondulación en el aire, como una ola de energía que atraviesa el claro.

—Los demás están viniendo —dice, abriendo los ojos.

Asiento, incapaz de formar palabras. El cuchillo en mi pecho parece pulsar con más fuerza al mencionar a los otros, como si supiera que su tiempo es limitado. Cada respiración es una lucha ahora, el humo acre quemando mis pulmones.

La mirada de Corvus vuelve al cuchillo. Puedo ver el conflicto en sus ojos. Sabe que necesita sacarlo, pero teme lo que pueda pasar cuando lo haga.

—Adelaide —dice suavemente, su mano flotando sobre la empuñadura—. Necesito sacarlo.

Cierro los ojos, preparándome para la muerte. La idea de más dolor es casi insoportable, pero sé que es necesario. Doy un pequeño asentimiento, otorgando permiso.

Corvus respira profundamente. Siento su mano envolver la empuñadura del cuchillo, la ligera presión enviando una nueva ola de dolor a través de mi cuerpo. Aprieto los dientes, preparándome para lo inevitable.

—¡Te amo! —suelto de repente.

—Joder, Addy. Yo también te amo —murmura, y nuestras miradas se encuentran, su mano aún agarrando el mango del cuchillo pero sin moverse.

CORVUS

—A LA DE TRES —digo, tratando de mantener la voz firme, pues sé que debemos hacerlo sea cual sea el resultado. Ella está agonizando. Puedo sentirlo en mi alma, y duele como el infierno —. Uno...

No espero hasta tres. Es cruel, pero más piadoso a la larga. Agarro el mango con firmeza y saco el cuchillo de un tirón.

El grito de Adelaide me desgarró, crudo y salvaje. Es un sonido que nunca más quiero oír arrancado de sus labios. Observo su rostro contorsionarse de tormento, sintiéndome impotente y furioso a la vez.

El cuchillo está fuera, y me preparo para el chorro de sangre, para ver la vida de Adelaide escaparse ante mis ojos. Despliego mis colmillos, listo para convertirla, si es que eso es posible. No sé cómo funciona esto con los de su especie.

Pero no sucede. Miro su pecho con incredulidad, mi mente luchando por procesar lo que veo. Donde el cuchillo entró, no hay nada. Ni herida. Ni sangre. Ni siquiera una cicatriz. Solo piel lisa e inmaculada. Esta es una hoja de madera recubierta de plata pura. Debería estar muerta. Ni siquiera debería haber sobrevivido tanto tiempo. Es una verdadera inmortal, y eso me deja completamente sin palabras.

Antes de que pueda procesar completamente lo que esto significa, el suelo bajo nosotros da una poderosa sacudida. La piedra a la que Adelaide está encadenada se mueve, las grietas en su superficie se ensanchan. La niebla roja gira más rápido a nuestro alrededor, el aire se vuelve denso y pesado. Es cada vez más difícil respirar, incluso para mí.

Adelaide sigue atrapada, aún encadenada al suelo como un... *¿sacrificio?*

—¿Quién demonios te hizo esto? —le grito.

—Ran-Randall Black. Mi padre —gimotea.

Miro a Adelaide. Ella me devuelve la mirada.

No hay nada que decir. No todavía.

Necesito un momento para calmar la pura rabia que hierve dentro de mí.

—Atravesó el portal —añade, casi con indiferencia.

—¿Qué portal? —balbuceo.

Inclina la cabeza y miro alrededor. —Joder...

Mis palabras se cortan cuando un temblor masivo sacude el suelo.

—¿No debería ser "joder impíamente"? —la voz de Zephyr corta la inminente perdición.

Me giro para ver al príncipe Fae Oscuro materializándose de entre las sombras, sus ojos púrpuras brillando. Detrás de él, Ignatius y Zaiyah emergen, sus rostros sombríos y decididos.

—Ya era hora —gruño, el alivio y la frustración me hacen estar más irritable de lo normal—.

Necesitamos sacarla de estas cadenas.

Los ojos de Zephyr se entrecierran mientras observa la escena frente a él: Adelaide encadenada a la piedra agrietada, la niebla roja arremolinándose, el cuchillo en mi mano. Su rostro se oscurece de furia. —¿Qué demonios ha pasado? —Su mirada vuelve a Adelaide, pero no hace ningún movimiento para acercarse a ella. Si acaso, se encoge sobre sí mismo para alejarse. Pero cuando su mirada se encuentra con la mía, veo por qué. Está sufriendo porque ella sufre. Está conectado a ella al mismo nivel que yo, pero peor. Estas cadenas son de plata encantada. Queman como el infierno para los vampiros, pero están repeliendo a Zephyr.

—No hay tiempo para explicaciones —espeto—. Necesitamos romper estas cadenas.

Ignatius da un paso adelante, sus manos ya envueltas en llamas. —Apartaos —advierte, su voz tensa por la concentración.

Todos nos alejamos mientras Ignatius enfoca su poder en las cadenas. El fuego arde blanco intenso, tan brillante que duele mirarlo. Pero incluso cuando el metal comienza a brillar al rojo vivo, y Addy grita al sentir la quemadura, las cadenas se mantienen firmes.

—No está funcionando —gruñe Ignatius, con gotas de sudor perlado su frente por el esfuerzo.

Zaiah se acerca después, sus ojos blancos brillando mientras teje complejos patrones en el aire. La realidad parece doblarse alrededor de las cadenas, pero estas permanecen obstinadamente intactas.

—Mierda —murmura Zaiah—. Están protegidas contra la magia.

Otro temblor sacude el suelo, más violentamente que antes. El abismo cercano se ensancha, la niebla roja vertiéndose en él como agua por un desagüe.

—Se nos acaba el tiempo —digo, con el pánico subiendo por mi garganta. Me vuelvo hacia Zephyr—. Odio admitirlo, pero eres el ser más poderoso aquí. ¿Puedes hacer *algo*?

Me mira fijamente, queriendo, necesitando, pero encontrando imposible moverse hacia adelante, moverse en absoluto.

La mandíbula de Zephyr se tensa mientras lucha contra el dolor abrasador de la plata encantada. Toma un profundo respiro, su cuerpo temblando por el esfuerzo. —Lo intentaré —dice entre dientes, y entonces su forma se desdibuja, transformándose en una niebla oscura que se arremolina alrededor de las cadenas.

El aire chisporrotea con energía mientras Zephyr intenta romper el encantamiento. Los gritos de Addy se hacen más fuertes, y el suelo bajo nosotros tiembla con más violencia. Miro hacia el creciente abismo, la niebla roja arremolinándose como un remolino, y sé que se nos acaba el tiempo. Todos estamos a punto de ser succionados hacia cualquier dimensión que se encuentre más allá de ese portal, y algo me dice que no va a ser agradable.

Una repentina oleada de poder negro estalla desde Zephyr, y las cadenas que sujetan a Addy comienzan a desmoronarse, convirtiéndose en polvo que se disipa en el aire. No pierdo tiempo en tomarla en mis brazos, acunándola contra mi pecho, desesperado por protegerla de cualquier daño adicional.

Ignatius y Zaiah están listos, sus ojos escaneando el área mientras Zephyr vuelve a su forma sólida, jadeando y sujetándose el costado. Está sangrando por los ojos y la nariz, pero está de pie, y eso lo significa todo.

El suelo continúa temblando, y la grieta es ahora una boca abierta que amenaza con consumir todo a su alrededor.

Entonces, se detiene.

El chirrido de las piedras, el desgarramiento de la tierra, la niebla. Todo se apaga, y nos

quedamos en lo que solía ser un antiguo círculo de piedras pero que ahora es claramente una especie de templo, con ese portal parpadeando en el aire antes de desaparecer como si alguien lo hubiera cerrado con cremallera desde el otro lado.

—Eh... —murmura Adelaide, mirándolo fijamente, sin parpadear—. ¿Qué coño está pasando?

—Ojalá lo supiéramos —susurro, abrazándola aún más fuerte—. ¿Estás bien?

Ella aparta la mirada del lugar donde estaba el portal y me mira, sonriendo—. Bueno, seguiré viva si es a eso a lo que te refieres.

—No tiene ni puta gracia, Dollie. Me has dado un susto de muerte.

—Y a mí —murmura ella.

—Tenemos que salir de aquí antes de que todo este lugar se venga abajo, o ese portal decida reabrirse.

Ignatius asiente en señal de acuerdo—. Vámonos.

Zaiah conjura un portal, sus ojos blancos brillando por el esfuerzo—. Todos, entrad.

No perdemos tiempo, tambaleándonos a través del portal y emergiendo en un lugar familiar: los terrenos de la Universidad MistHallow. Suspiro aliviado mientras dejo a Addy suavemente sobre la hierba.

Zephyr se desploma a su lado, con la respiración entrecortada y los ojos aún sangrando. Frunzo el ceño, preocupado por sus heridas—. Zeph, ¿estás bien?

Él asiente débilmente, esbozando una pequeña sonrisa—. Sobreviviré. Solo necesito un momento para recuperarme.

Ignatius y Zaiah intercambian miradas preocupadas, pero no dicen nada.

Buscando en los alrededores cualquier amenaza, Strix, o cualquier otra cosa que pueda lanzarse sobre nosotros, no veo nada más que destrucción. Estudiantes heridos y sangrando. Personal atendiendo lesiones y ayudando a otros.

—¿Dónde están Ellis y Blackthorn? —murmuro.

—¡Blackthorn! —grita Addy y se pone de pie inestablemente—. Estaba en el círculo de piedras. Él y Randall tuvieron una pelea enorme. Randall lo golpeó con magia y cayó. Creo que estaba allí para salvarme, no para hacerme daño como pensé al principio.

—¿Qué? —pregunto, tratando de procesar su balbuceo.

Ella se lleva las manos a la cabeza, claramente angustiada—. Blackthorn estaba herido. Tenemos que encontrarlo.

—Estoy aquí, señorita Black —dice una voz ronca detrás de nosotros.

Nos giramos hacia ella y vemos a Blackthorn tambaleándose fuera del bosque, con un gran agujero en el pecho que se está curando lentamente.

—¡Estás vivo! —dice Addy y se lanza hacia él, pero luego se detiene en seco y retrocede—. ¿Estabas allí para hacerme daño o para salvarme?

Él le lanza una mirada mordaz, lo que me hace reír—. Salvar, obviamente, y casi me costó la vida por mis problemas.

—Lo siento —exclama ella, con lágrimas en los ojos.

—No, no —dice Blackthorn, dándole unas palmaditas torpes en el hombro—. Eso no es culpa tuya.

—¿A dónde llevaba el portal? —pregunto, tratando de volver a centrar la conversación en el asunto que nos ocupa.

—A un lugar que nadie de este reino debería haber intentado abrir jamás —dice, con una voz que suena a perdición si alguna vez la he oído.

—¿Y se llama...? —insisto cuando no dice nada más.

—No es asunto tuyo, Sanguine —espetá—. Olvida lo que viste.

Y con eso, desaparece de la vista en un remolino de su túnica negra.

—Vaya mierda —murmuro—. Eso ha sido tan útil como una tetera de chocolate.

Addy suelta una risita, y luego una carcajada sonora. La miro con el ceño fruncido, pero creo que son los nervios o el shock. Su histeria la hace reír a carcajadas, cayendo de rodillas mientras se limpia las lágrimas de los ojos.

No sé si unirme a ella o intentar que se concentre de nuevo. Al final, la dejo estar y me siento junto a Zephyr, que parece haber pasado por el rodillo y luego haber sido destrozado al otro lado.

ADELAIDE

SÉ QUE ES INAPROPIADO, pero no puedo parar de reír. El estrés, el dolor, el miedo y la confusión de las últimas horas me golpean de repente, y simplemente pierdo el control. Me duelen los costados mientras jadeo en busca de aire entre ataques de risa.

—¿Addy? —la voz preocupada de Corvus apenas se registra después de unos minutos—. ¿Estás bien?

Le hago un gesto con la mano, tratando de componerme. —Estoy bien —logro decir entre risas—. Solo estoy procesando.

Cuando finalmente se calma mi risa, miro a mi alrededor a mis chicos. Todos me observan con diversos grados de preocupación y perplejidad. Zephyr todavía parece un muerto recién resucitado, su apariencia habitualmente impecable estropeada por la sangre seca en su rostro. La culpa me invade.

—Lo siento —digo, poniéndome seria y gateando hacia él. Me siento a horcajadas sobre él allí mismo en medio del campus, sin que me importe un carajo quién me vea—. Todos arriesgaron sus vidas por mí. Gracias. —Lo beso profundamente, y él responde con entusiasmo. Jadeo en su boca al sentir que mi fuerza vital se drena rápidamente. Está tomando mi poder.

No. Se lo estoy dando. Libre, desenfrenada e incondicionalmente.

Prefiero que él lo tenga a tenerlo yo.

—Joder, Adelaide —murmura contra mis labios—. No lo hagas.

—Tómalo. Lo necesitas más que yo.

—No —dice con firmeza y me aparta.

Me mareo y me desplomo, sus manos me atrapan antes de que me golpee la cabeza contra el suelo.

—Necesita sangre —murmura Corvus y me pone su muñeca en la cara.

Parpadeo mirándola, y entonces, sin previo aviso, mis colmillos salen y agarro su brazo, cortando su vena. Bebo, tragando con avidez, pero no es suficiente. Necesito más. Lo necesito todo.

—Más espacio —dice Zaiah, acercándose a mí y acariciando mi cabello.

—No puede —dice Corvus—. Necesita más de lo que puedo darle. Necesita sangre humana.

—¿Dónde se supone que encontraremos eso? —pregunta Ignatius mientras Zephyr tira de mi pelo para que suelte a Corvus.

Le gruño, pero cuando veo el lento latido de su pulso en su cuello, salto sobre él. Me atrapa, y caemos al suelo. Su verga está dura como una roca bajo mi coño mientras me froto contra él, acariciando su cuello, necesitando que me dé su consentimiento.

—Adelante —murmura y luego gruñe cuando le muerdo con fuerza.

Su hermosa sangre de Fae Oscuro se derrama en mi boca, y gimo de anhelo, necesitando hasta la última gota.

Más despacio, Addy.

La voz en el fondo de mi mente es fácilmente ignorada mientras agarro los hombros de Zephyr y muerdo aún más fuerte. La sed de sangre me ha golpeado con fuerza.

De repente, soy arrancada por una mano fuerte en la espalda de mi chaqueta, alejándome de Zephyr y dejándome colgando en el aire mientras pateo y grito y arañeo tratando de volver a la sangre mágica y poderosa que me está volviendo un poco loca en este momento.

—Señorita Black —la voz de Blackthorn corta a través de mi neblina de sed de sangre—. Contrólese.

Doy una patada, pero todo lo que hace es levantarme más alto con una fuerza sobrenatural que corresponde a su posición.

—¡Bájame! —chillo mientras Ignatius se ríe de mí—. Y tú, iniciador de fuego, cierra el pico.

—Lo siento, chica. Esto es demasiado divertido.

—Grrr —gruño mientras Blackthorn me sacude un poco.

—Señorita Black. ¿Necesito aislarla?

Eso me hace dejar de patear. Cuelgo de su mano, desplomada y agotada por la experiencia cercana a la muerte y la lucha.

Me quedo floja en el agarre de Blackthorn, la pelea se drena de mí tan rápido como vino. —No —murmuro—. Estoy bien ahora. Puede bajarme.

Blackthorn me mira con sospecha por un momento antes de bajarme al suelo. Tan pronto como mis pies tocan la hierba, tropiezo, mis piernas temblorosas debajo de mí. Corvus está ahí en un instante, sosteniéndome con una mano firme en mi codo.

—Con cuidado, muñeca —murmura, sus ojos oscuros escaneando mi rostro—. Has pasado por mucho.

Asiento, apoyándome ligeramente en él. El agotamiento me está golpeando con fuerza ahora, y me estoy esforzando por mantener los ojos abiertos. —Lo siento. No sé qué me pasó.

—Está bien, Adelaide. Lo necesitabas —dice Zephyr.

—Aun así —digo, la vergüenza calentando mis mejillas—. No debería haber perdido el control de esa manera.

Blackthorn se aclara la garganta, llamando nuestra atención. —Aunque todo esto es muy conmovedor, tenemos asuntos más urgentes que atender. La universidad está en caos, y necesitamos volver al orden y a las clases.

Miro alrededor a los estudiantes golpeados y magullados y luego de vuelta a Blackthorn. Él se ha curado completamente ahora. —¿Por qué? —pregunto, mi voz temblando tanto como mis manos—. ¿Por qué Randall me hizo eso?

Blackthorn me mira fijamente por un largo momento, antes de soltar un suspiro. —Te usó para abrir ese portal.

—Bueno, eso es obvio —espeta Corvus—. ¿A dónde conduce?

Blackthorn niega con la cabeza. —No importa. ¿Randall logró pasar?

—Sí —murmuro—. Desapareció. ¿Volverá?

—No puedo responder a sus preguntas —espeta Blackthorn—. Debemos seguir adelante y volver a la normalidad. Señorita Black, necesita descansar. Me aseguraré de que tenga un suministro de sangre. Parece que su hambre se ha despertado ahora después de esta prueba.

Prueba.

No, no es después de esta prueba. Es después de que Randall me clavara un cuchillo en el

corazón y no me matara. A menos que sí haya matado una parte de mí. Mi parte humana. De repente, ese pensamiento tiene sentido para mí. Es por eso que me siento más fuerte, más viva, más todo. Incluso en mi estado debilitado, sé que no soy la misma Addy que los Strix se llevaron volando.

Aww, la pequeña perra está atando cabos.

—Oh, vete a la mierda —gruño, apretando los puños.

—¿Cómo dice? —espetea Blackthorn.

Lo miro, con las mejillas ardiendo. —Eh, lo siento, no me refería a usted —balbuceo.

—Humm —gruñe.

Observo cómo Blackthorn se aleja a grandes zancadas, con su túnica negra ondeando tras él. Los chicos se reúnen a mi alrededor.

—¿De qué iba eso? —pregunta Zaiah, escudriñándome con sus ojos blancos.

Niego con la cabeza, sin estar lista para explicar la voz que he estado escuchando. —Nada. Solo estoy cansada.

Corvus me rodea la cintura con un brazo, sosteniéndome. —Vamos a llevarte a tu habitación. Necesitas descansar.

—¡Mi madre! —chillo y rebusco en mi bolsillo mi teléfono, esperando que aún esté ahí.

Al sacarlo del bolsillo trasero, veo que la pantalla está hecha añicos, pero aún funciona. Mientras los chicos observan, marco el número de mi madre y espero ansiosamente. Si Randall estuvo aquí y me apuñaló, ¿qué le habrá hecho a mi madre?

—¿Hola?

—¡Mamá! —prácticamente grito al teléfono—. ¿Estás bien?

—¡Addy! Sí, estoy bien, cariño. ¿Cómo estás tú?

—¿Estás segura? ¿Randall no te hizo daño?

—¿Qué? No. Se fue hace un rato para ir a verte.

—¿Entonces estás bien? —insisto. Necesito saberlo.

—Sí, Addy —se ríe—. Estoy bien.

—Vale —digo, estabilizando mi respiración—. Vale, bien.

—Descansa un poco, cariño. Suenas agotada. Hablaremos pronto.

—Te quiero —murmuro.

—Yo también te quiero, Addy. Adiós.

Colgamos y reprimo las lágrimas de alivio. Si Randall le hubiera hecho daño de alguna manera, tendría que matarlo con mis propias manos.

Mientras nos dirigimos por el campus, noto la destrucción a nuestro alrededor. Ventanas rotas, hierba chamuscada y escombros salpican los terrenos. Los estudiantes se agrupan en pequeños grupos, susurrando y lanzándonos miradas temerosas.

—Joder —murmura Ignatius—. Esto es malo.

Zephyr asiente sombríamente. —Lo malo es que nos dejaron lidiar con esto solos. Eso necesita ser abordado.

—Tienes toda la puta razón —murmura Corvus—. Esto fue un desastre. Ig, ¿puedes averiguar por qué la Orden no apareció?

—Puedo intentarlo, pero creo que me han cortado. No puedo sentirlos.

Los chicos intercambian una mirada preocupada. —Eso no es bueno —murmura Zaiah.

Lo miro, viendo el vínculo que baila entre nosotros con nuevos ojos. Está ahí, tangible. Si extiendi la mano...

—¿Qué estás haciendo? —pregunta mientras agarro el aire entre nosotros.

Frunzo el ceño. —Intentando tocar nuestro vínculo.

Me agarra la mano y me levanta la barbilla para encontrarse con mi mirada. —¿Puedes verlo?

—Sí.

—Joder —exhala—. ¿En serio?

Asiento. —Es verde y dorado.

Sonríe. —Lo sé.

—Creo que morí —suelto de repente.

Bueno, si alguna vez hubo una frase para detener una conversación... esa fue.

ADELAIDE

LOS CHICOS SE QUEDAN HELADOS, con los ojos como platos al procesar mis palabras. El silencio que sigue es pesado, cargado de confusión. Respiro hondo, tratando de organizar mis caóticos pensamientos. —Creo que mi mitad humana murió —susurro.

Los chicos intercambian miradas preocupadas. Zaiah se acerca. —¿A qué te refieres, Addy?

Me paso una mano por el pelo, sintiendo cómo crece mi frustración. —Cuando Randall me apuñaló, debería haberme matado. Una puñalada en el corazón no es algo de lo que simplemente te recuperes. Pero lo hice. Y ahora me siento diferente. Más fuerte. Más viva, si es que eso tiene sentido.

—Lo tiene —dice Corvus lentamente, sin apartar sus ojos de los míos—. Vi la hoja, era de madera recubierta de plata. Es imposible que un vampiro sobreviva a eso, y sin embargo aquí estás.

—Entonces, ¿qué significa eso? —pregunta Ignatius, su cabello de fuego ardiendo con su agitación—. ¿Eres una vampira completa ahora?

Me encojo de hombros, impotente. —No lo sé. Solo sé que ya no me siento humana. El hambre, la fuerza, los sentidos agudizados... todo es mucho más intenso ahora.

—Tenemos que llevarte a un lugar seguro —dice Zaiah, su forma titilando ligeramente por la preocupación—. Algún sitio donde podamos resolver esto sin ojos curiosos.

Corvus asiente en acuerdo. —Vamos a llevarte a tu habitación.

Momentos después, llegamos a mi habitación en la torre, y Corvus me ayuda a entrar. El entorno familiar es un consuelo después del caos de las últimas horas. Me hundo en mi cama, con los chicos reunidos a mi alrededor.

—Definitivamente parece que tu lado vampírico se ha despertado por completo —dice Corvus lentamente—. Pero hay más que eso. La curación, el aumento de poder, está más allá de lo que incluso un vampiro completo debería ser capaz de hacer.

—Entonces, ¿qué soy? Si ya no soy humana, y soy más que una vampira... ¿en qué me convierte eso?

Los chicos intercambian miradas, la incertidumbre clara en sus rostros.

—Necesitamos más información —dice Zaiah, sus ojos blancos pensativos mientras todos evaden la pregunta—. Sobre los Vespers, sobre este ritual que Randall realizó. Tiene que haber una razón por la que hizo esto.

—Pero ¿dónde? No hay nada sobre los Vespers aquí en MistHallow.

—Que tú sepas —murmura Zephyr.

Me incorporo, intrigada. —¿Qué quieres decir?

Zephyr intercambia una mirada con los demás antes de continuar. —MistHallow tiene

secretos. Lugares ocultos, secciones restringidas. Mi padre tiene mapas de cada rincón de este lugar. Pero están bajo llave en casa.

Corvus lo mira con dureza, al igual que los otros dos chicos. Él se encoge de hombros.

—¿Y estás seguro de esto? —pregunta Corvus, arqueando una ceja.

Una lenta sonrisa se extiende por el rostro de Zephyr. —Puede que me haya topado con algunos durante mis andanzas nocturnas.

Ignatius resopla. —Si es así como lo llamamos ahora.

Zephyr se encoge de hombros. —El punto es que, si vuelvo a casa, creo que sé dónde podríamos encontrar algunas respuestas.

—No quiero que te vayas —digo ansiosa, agarrando sus dedos—. Pero, ¿puedes siquiera irte una vez que comiencen las clases?

—Que intenten detenerme —dice con esa lenta sonrisa que hace cosas en mi interior que me emocionan.

—Joder —gruño—. No quiero que ninguno de vosotros se meta en problemas.

—Esto no es nada —dice Corvus—. Hemos hecho cosas mucho peores, y algo me dice que cuando Zeph regrese, estaremos metidos hasta el cuello en problemas.

Mirándolos, tan dispuestos a correr peligro por mí, sé que tengo que ser completamente sincera. —Esa loca y antigua vampira sigue en mi cabeza.

Corvus me mira fijamente, con los ojos entrecerrados. —¿Oh?

—¿Sabes algo más sobre ella? —pregunta Zephyr.

—No realmente. Pero no se va a ir a ninguna parte. Estamos conectadas de alguna manera.

Los chicos intercambian otra mirada preocupada ante mi revelación. La mandíbula de Corvus se tensa, sus ojos azules brillando con preocupación.

—¿Conectadas cómo? —pregunta, con voz baja y controlada.

Niego con la cabeza, frustrada. —No lo sé. Simplemente está ahí. En mi cabeza. Comentando cosas, siendo generalmente molesta.

—¿Puede controlarte? —pregunta Zaiah, sus ojos blancos escrutando los míos.

—No —digo con firmeza—. Al menos, no creo que pueda. Es más como una espectadora no deseada.

—Joder —murmura Ignatius, pasándose una mano por su cabello llameante—. Esto es malo.

—No me digas —espeto, y luego me arrepiento inmediatamente—. Lo siento.

Zephyr se acerca más, poniendo una mano reconfortante en mi hombro. —Está bien, Adelaide. Resolveremos esto.

Me apoyo en su toque, agradecida por el apoyo. —¿Y si es peligrosa? ¿Y si intenta haceros daño a través de mí?

—Oh, Dollie. Tienes mucho que aprender sobre quiénes somos realmente bajo estos exteriores amistosos —se ríe Corvus.

Resoplo. —¿Amistosos? Vale, ahora creo que podríais ser unos auténticos tipos duros.

—Puedes apostar —dice Ignatius, juntando las palmas y encendiendo un fuego entre ellas.

Zaiah asiente en acuerdo. —Zephyr, ¿cuán pronto puedes irte a casa?

Los ojos púrpuras de Zephyr se oscurecen mientras considera. —Puedo ir esta noche. Cuanto antes tengamos información, mejor.

—¿Estás seguro de que estarás bien? —pregunto.

—Estaré bien. Necesitamos respuestas sobre tu situación, y eso tiene prioridad sobre todo lo demás.

Asiento, tratando de reprimir la ansiedad que burbujea dentro de mí. —De acuerdo. Ten

cuidado.

Zephyr se inclina y me da un suave beso en la frente. —Lo tendré.

Mientras se aleja, percibo ansiedad emanando de él, pero no estoy del todo segura por qué.

—Bien entonces —dice Corvus—. Mientras Zephyr juega a ser espía, necesitamos averiguar cómo mantener a Addy a salvo y bajo control.

Me erizo ante sus palabras. —No necesito que me mantengan bajo control.

Corvus arquea una ceja. —¿En serio? Porque ese pequeño episodio de sed de sangre de antes dice lo contrario.

El calor sube a mis mejillas al recordar mi frenético ataque a Zephyr. —Eso fue diferente. Estaba débil, y...

—Y ahora eres más fuerte —interrumpe Ignatius—. Lo que significa que tu hambre también es más fuerte.

Abro la boca para discutir, pero Zaiah me interrumpe con una mano gentil en mi brazo. —Tienen razón, Addy. Necesitamos ayudarte a aprender a controlar tus nuevas habilidades.

Me desplomo contra el cabecero, derrotada. —De acuerdo. ¿Dónde está esa sangre que Blackthorn dijo que me daría?

—Iré a averiguarlo —dice Corvus y se levanta y se va.

—Tú haz eso, y yo me voy ahora —dice Zephyr—. Cuanto antes me vaya, antes podré volver.

—¿Qué le dirás a tu familia sobre por qué estás allí? —pregunto, preocupada por él.

—Oh, no te preocupes por eso, princesa. Una vez que le cuente a papá lo que pasó aquí antes, todo el infierno se desatará sobre MistHallow, y seremos libres de hacer algo de cacería.

En realidad parece bastante ansioso por eso, así que sonrío y asiento. —Vale, mientras no te metas en problemas.

—Pero meterse en problemas es parte de la diversión —dice y luego se desvanece en una sombra brumosa.

—Oh, no me gusta esto —me preocupo, retorciéndome las manos.

Observo el lugar donde Zephyr desapareció, con la ansiedad royendo mis entrañas. Ignatius coloca una cálida mano en mi hombro.

—Estará bien, Addy. Zephyr sabe cuidarse solo.

Asiento, tratando de creerlo. —Lo sé. Odio que tenga que irse por mi culpa.

—No es solo por ti —dice Zaiah, sus ojos blancos serios—. Lo que pasó hoy nos afecta a todos. Necesitamos respuestas, y honestamente, su padre probablemente sea la mejor persona a quien acudir sobre lo que sucedió aquí en el campus. Estará hecho una furia al saber que su hijo y heredero tuvo que defenderse solo contra estos ataques —añade con una risita.

No parecen tan preocupados, así que intento calmarme un poco, pero es entonces cuando todo el infierno se desata.

Por supuesto.

CORVUS

MIENTRAS BAJO LAS escaleras de la torre, mi mente da vueltas con todo lo que ha sucedido. La transformación de Adelaide, el ataque a MistHallow, la traición de Randall... todo gira en mi cabeza, un torbellino caótico de preguntas sin respuesta y amenazas inminentes. Adelaide está en grave peligro, y debemos asegurarnos de poder protegerla a toda costa.

Mis pasos resuenan en los escalones de piedra, cada uno un recordatorio de la gravedad de nuestra situación. El rostro de Adelaide aparece en mi mente: su confusión, su miedo, su fuerza. Ha sido arrojada a un mundo que apenas comprende, y aun así lo está enfrentando tan bien como se podría esperar.

Estoy tan perdido en mis pensamientos que casi no me doy cuenta de que Zephyr me espera al pie de las escaleras. Su expresión tiene una seriedad que me pone en alerta.

—Corvus. Tenemos que hablar.

Asiento, siguiéndolo hasta un rincón apartado del patio. El olor a sangre, plumas quemadas y magia permanece en el aire, un recordatorio del caos que acabamos de sobrevivir.

—¿Qué sucede?

Zephyr se pasa una mano por el cabello oscuro, una rara señal de agitación en el habitualmente sereno príncipe de los Fae Oscuros. Las sombras a su alrededor parecen retorcerse, respondiendo a sus emociones.

—Es sobre Adelaide y todos los demás.

Siento que mi cuerpo se tensa, cada músculo se contrae con fuerza.

—¿A qué te refieres con todos los demás?

Me mira directamente a los ojos, sus ojos púrpura casi brillando en la oscuridad.

—Christos lo sabe. Sobre que Adelaide es una Vesper.

Las palabras me golpean como un golpe físico, sacándome el aliento innecesario de los pulmones.

—Mierda —gruño, mis colmillos saliendo instintivamente. La bestia dentro de mí ruge, exigiendo sangre—. ¿Cómo?

—No lo sé —admite Zephyr, su frustración evidente en la forma en que las sombras bailan a su alrededor—. Pero si él lo sabe, debemos asumir que otros también. Luego ocurrió esto... el secreto se ha revelado, Corvus.

El impulso de cazar a Christos, de hacerle pagar por poner en peligro a Adelaide, es casi abrumador.

—Esto complica las cosas —logro decir entre dientes.

—No me digas —resopla Zephyr, con un toque de su habitual sarcasmo—. Pero hay más. Christos se propasó con Adelaide. Mientras yo estaba sentado justo a su lado.

Mi cabeza se levanta de golpe, la furia ardiendo en mi pecho. El mundo a mi alrededor se vuelve rojo, mi visión se estrecha hasta un punto.

—¿Qué? —La palabra sale como un gruñido, más animal que vampiro.

Zephyr levanta una mano y niega con la cabeza.

—Tranquilo. Me encargué de él. Y Adelaide también, de hecho. Deberías haberla visto. Le dio una patada en los huevos.

A pesar de la seriedad de la situación, siento una oleada de orgullo. Esa es mi chica. La imagen de Adelaide enfrentándose a Christos, feroz y sin miedo, me hace sonreír con satisfacción.

—Aun así —gruño, sin que la ira se disipe por completo—, fue tras ella.

—Mientras. Yo. Estaba. Sentado. Justo. A. Su. Lado —dice entre dientes.

—Qué imbécil. ¿Qué creía que iba a pasar exactamente?

—Quién sabe, pero probablemente no lo que pasó. Pero le dejé claro lo que sucedería si se acercaba a ella de nuevo. Digamos que estará mirando por encima del hombro durante un tiempo. Especialmente porque pienso informar a mi padre sobre esto.

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué le importaría?

—¿Por qué le importaría... —repite Zephyr de esa manera irritante que tiene cuando está siendo un cretino críptico—. Porque ella es su futura nuera, por eso.

—¿Ah, sí? —resoplo—. ¿Y ella lo sabe?

—Me oyó decirlo, además, tenemos un entendimiento. Ella sabe que es mi princesa. Aún no me ha declarado formalmente su príncipe, pero sucederá.

Asiento, sin estar seguro si estoy feliz o enojado por esta reclamación arcaica. Aunque no debería hablar. Mis padres estarán extremadamente interesados en saber que me estoy acercando a Adelaide Black. Eso solo les llamará la atención, pero el hecho de que sea única será como hierba gatera para vampiros. Sin embargo, *estas son* buenas noticias. Si MistHallow sabe que Addy ha sido reclamada por Zephyr, debería mantenerla fuera de problemas.

Debería.

No tengo muchas esperanzas. Parece ser del tipo que los atrae sin intentarlo.

—Pero esto no resuelve nuestro problema mayor. Si la gente sabe sobre Adelaide...

—Será un objetivo —termina Zephyr con gravedad—. Necesitamos esos mapas, y mi padre necesita saber lo que pasó aquí. El ataque a MistHallow no quedará sin respuesta. Incluso si fue Randall Black quien lo ordenó.

Lo estudio por un momento, observando la firmeza de su mandíbula, la determinación en sus ojos. Pero hay algo más ahí, un destello de incertidumbre que está tratando de ocultar.

—Hay más, ¿verdad?

Zephyr suspira, luciendo repentinamente cansado. El peso de sus responsabilidades como príncipe de los Fae Oscuros parece asentarse sobre él, envejeciéndolo más allá de sus años.

—Odio volver a casa. Tú lo sabes.

—Lo sé. ¿Eso es todo?

Sostiene mi mirada por un momento antes de asentir rígidamente.

No tengo más remedio que creerle. Es decir, entiendo su preocupación. La política de los Fae Oscuros es compleja y brutal, un mundo de sombras y secretos que hace que la política de los vampiros parezca un juego de niños. Lo compadezco, pero nunca se lo diría a la cara. Me patearía el trasero de aquí al próximo reino.

—Ten cuidado —digo finalmente, extendiendo la mano para darle una palmada en el hombro

—. Y date prisa también, ¿vale? Adelaide te necesita. Todos te necesitamos.

Zephyr asiente con una sombra de sonrisa. —Intenta que no te deje seco mientras no estoy. Y Corvus, cuida de ella. No me gusta nada todo esto.

—A mí tampoco.

Con eso, da un paso atrás, las sombras arremolinándose a su alrededor como una capa viviente. En un abrir y cerrar de ojos, desaparece, dejándome solo en el patio, cabreado y hambriento.

Las secuelas del ataque aún son evidentes en los edificios dañados y los escombros dispersos. Es un recordatorio crudo de lo rápido que puede cambiar nuestro mundo, de lo vulnerables que somos todos.

Con un suspiro profundo, me doy la vuelta y me dirijo al edificio principal para buscar a Blackthorn. Necesitamos esa sangre para Adelaide, y tengo algunas preguntas para nuestro estimado profesor. Está actuando de forma sospechosa, y me molesta que me mientan y me digan que no me preocupe por cosas que sí son preocupantes, no solo para mí, sino para todos nosotros.

Encuentro a Blackthorn en su estudio, examinando un libro antiguo. La habitación está en penumbra. El aire está cargado con el aroma de libros viejos y magia poderosa. Levanta la mirada cuando entro, sus ojos agudos y conocedores, como si me hubiera estado esperando.

—Señor Sanguine —dice, cerrando el libro con un suave golpe—. Supongo que está aquí por el suministro de sangre de la señorita Black.

Asiento, adentrándome más en la habitación. Las tablas del suelo crujen bajo mis pies, el sonido anormalmente fuerte en el silencioso estudio. —Entre otras cosas.

Blackthorn suspira, levantándose de su silla. Se dirige a un armario en la esquina, su madera oscura brillando en la tenue luz. Saca un gran frasco, su superficie grabada con símbolos que no reconozco. —Esto debería durarle unos días. Pero Corvus, debes entender que esto no es una solución a largo plazo.

Tomo el frasco, sintiendo su peso en mis manos. Es más pesado de lo que parece. —¿Qué quieres decir?

Blackthorn me mira fijamente, sus ojos pareciendo ver a través de mí. —Como seguramente ya sabes, Adelaide es única. Sus necesidades, sus habilidades, están más allá de cualquier cosa con la que hayamos lidiado antes. La sangre en ese frasco la mantendrá por ahora, pero eventualmente necesitará más. Mucho más.

Un escalofrío recorre mi columna ante sus palabras, las implicaciones asentándose en mi estómago como un peso de plomo. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo —dice Blackthorn lentamente, cada palabra medida y deliberada—, que estamos en territorio desconocido. La transformación de Adelaide no tiene precedentes. No sabemos de lo que es verdaderamente capaz, ni lo que necesitará para sobrevivir.

—Así que lo sabes. —Es una afirmación, no una pregunta.

Blackthorn asiente. —Eso es lo que requería el ritual. La sangre de un Vesper. Sin embargo, no estaba previsto que el Vesper en cuestión se levantara como un vampiro completo.

Frunzo el ceño mientras asimilo eso. —¿Entonces crees que Randall Black no sabe que está viva?

Niega con la cabeza.

—Esto no es bueno.

—Como dirían ustedes los jóvenes, ni mierda.

Compartimos una sonrisa, pero se desvanece rápidamente. —Necesito saber a qué se abrió

ese portal.

—Sé que lo necesitas. Pero no puedo decírtelo. No todavía. Necesito más información. Los rumores y la desinformación solo avivan las llamas. ¿Entiendes?

—Por ahora. No me quedaré sentado esperando para siempre, profesor.

—Dame dos días.

—Eso es mucho tiempo.

—No en nuestro mundo, Corvus.

Bueno, no puedo discutir eso. —Ella está en peligro.

—Soy consciente.

—¿Quién es ella para ti?

Nuestras miradas se encuentran, y él traga visiblemente. —Simplemente una estudiante que juré proteger bajo mi juramento como subdirector de MistHallow.

—No te creo.

—Ese no es mi problema.

—Más te vale que no lo sea.

Miro a Blackthorn por un largo momento, tratando de leer su expresión impasible. Hay más que no me está diciendo, pero sé que presionarlo más ahora no me llevará a ninguna parte.

—Bien —digo finalmente, metiendo el frasco de sangre bajo mi brazo—. Dos días. Pero si algo le pasa a Adelaide en ese tiempo...

—No pasará —me interrumpe Blackthorn—. Ahora, si me disculpas, tengo una academia que reconstruir.

Asiento bruscamente y me doy la vuelta para irme, pero la voz de Blackthorn me detiene en la puerta.

—Corvus —dice, su tono más suave ahora—. Ten cuidado. Todos ustedes. El juego ha cambiado, y las apuestas son más altas de lo que te imaginas.

Es solo cuando llego a la puerta que recuerdo mi otra razón para venir. —¿Dónde estaba el personal senior, excluyéndote a ti, cuando atacaron los Strix?

Sus ojos se endurecen por un segundo antes de inundarse de ira. —¿Qué personal senior? —pregunta de manera ominosa.

Inclino la cabeza. —¿Qué quieres decir?

—Ellis, Jenkins, Tudhope... todos se han ido. Soy todo lo que tienes junto con quien haya sobrevivido al ataque de los Strix. Eso necesita un recuento.

Mi sangre se hiela aún más al escuchar esa información. —¿Se ha ido como en que está muerto, o se ha ido sin decir una palabra?

—Lo segundo.

—Mierda.

—En efecto, señor Sanguine, y le ruego que cuide su lenguaje frente a su nuevo director.

—Felicidades —sonrío con sarcasmo, pero la sonrisa se desvanece rápidamente—. Sabes que el consejo tiene que enterarse de esto.

—Lo sabrán. Sospecho que a tu padre no le hará mucha gracia.

—Podría decirse —murmuro, y con una expresión sombría, suspiro—. Genial. Simplemente jodidamente genial.

Si Zephyr cree que volver a enfrentarse a su padre es una situación de mierda, que *mi* padre llegue aquí con las plumas erizadas es... bueno, digamos que es una situación del tamaño de un montón de estiércol de Dragón.

ADELAIDE

—¡HAZ que pare! —grito mientras Orby vuela por la habitación, chocando contra todo lo que encuentra, incluyéndonos a nosotros.

—¡No tenemos ningún control sobre él! —exclama Ignatius, agachándose mientras Orby pasa volando sobre su cabeza a toda velocidad.

—¡Uf! —exclama Zaiah cuando Orby rebota en su pecho, solo para volar al otro lado de la habitación y estrellarse contra el espejo, agrietándolo.

—¡Siete años de mala suerte! —chillo—. ¡Orby! ¡Para!

La puerta del dormitorio se abre y Corvus entra, abriendo los ojos ante el caos que tiene delante. Sin perder un segundo, estira el brazo y atrapa a Orby en pleno vuelo, mostrando sus reflejos de vampiro. —¿Qué demonios está pasando aquí? —exige, sosteniendo a Orby que vibra en su mano.

Buen movimiento. ¿Por qué no se me ocurrió?

Me desplomo sobre la cama, respirando con dificultad. —Orby se volvió loco. Empezó a volar por todas partes y a chocar contra todo.

Corvus frunce el ceño, examinando la esfera en su mano. —¿Y nunca había hecho esto antes?

—No —digo mientras Zaiah se frota el pecho donde Orby le golpeó—. Estaba completamente fuera de control.

Ignatius se pasa una mano por su cabello llameante, apagando algunas chispas que se habían encendido en el caos. —Empezó justo después de que Zephyr se fuera. Un minuto no estaba aquí, y al siguiente, era un completo caos.

—Él —murmuro.

—¿Eh?

—Él. Orby es un él.

—¿Lo es? —pregunta Corvus, mirando la bola en su mano mientras me ofrece el frasco—. Toma. No te lo bebas todo de una vez.

—¿Humana? —pregunto, casi jadeando ante la idea.

—Sí. Extraoficialmente, podemos conseguir más cuando el Bar de Sangre se reabastezca, pero por ahora, es eso y luego sintética.

—Y la tuya —murmuro, mirando fijamente su cuello.

Sonríe lentamente. —Cuando quieras. Entonces, Orby. ¿Qué demonios?

Zumba en su mano.

—Dámelo —dice Zaiah.

—¿Crees que puedes conectarte con él usando tu magia de djinn? —pregunto mientras

Corvus le entrega Orby con gusto.

Los ojos de Zaiah se entrecierran en concentración mientras sostiene a Orby. La esfera vibra en sus palmas, pero ahora con menos violencia. —Puedo intentarlo —murmura, su forma brillando ligeramente mientras accede a su magia.

Todos observamos en tenso silencio mientras Zaiah cierra los ojos, frunciendo el ceño. El aire a su alrededor parece ondular. Las vibraciones de Orby disminuyen y luego se detienen por completo.

—¿Y bien? —pregunta Ignatius después de un momento.

Los ojos de Zaiah se abren de golpe con fastidio. —Espera un segundo. Está... él está tratando de comunicarse.

—¿Comunicar qué? —pregunto, inclinándome hacia adelante.

—Peligro —dice Zaiah con seriedad—. Está percibiendo algún tipo de amenaza. Algo grande se acerca.

—¿Como algo más grande que lo que ya vino? —pregunto con cierto sarcasmo.

Zaiah se ríe pero se pone serio rápidamente. —Sí. No puedo obtener detalles específicos. Son más bien sensaciones. Impresiones. Sea lo que sea que viene, tiene a Orby realmente asustado.

—Genial —murmura Corvus—. Como si no tuviéramos ya suficiente de qué preocuparnos.

Alcanzo el frasco de sangre humana, mis manos tiemblan ligeramente. Los eventos del día me están pasando factura, y el hambre está carcomiendo mis entrañas.

Gimo levemente mientras llevo el frasco a mis labios. El aroma de la sangre humana me golpea con fuerza, y tengo que luchar para no beberla toda de un trago. Doy un pequeño sorbo, y el sabor... oh Dios, el sabor. Rico, complejo, embriagador. Lo siento extendiéndose por mi cuerpo, llenándome de calor y fuerza.

—Tranquila —murmura Corvus, con su mano en mi brazo—. No tan rápido.

Asiento, obligándome a bajar el frasco. Requiere toda mi fuerza de voluntad.

—¿Estás bien? —pregunta Ignatius, observándome con fascinación y preocupación.

Me tomo un momento para evaluarme. El hambre ha retrocedido, pero no ha desaparecido por completo. Mis sentidos se sienten más agudos, más vivos. La debilidad que estaba acechando bajo la superficie se ha disipado.

—Más fuerte —digo finalmente—. Creo que tengo más control.

—Bien —asiente Corvus—. Es un comienzo. Pero necesitamos trabajar en tu control. La sed de sangre puede ser peligrosa para ti.

Hago una mueca al recordar mi ataque frenético a Zephyr. —No solo para mí.

—No es tu culpa —dice Zaiah suavemente—. Estás lidiando con poderes e instintos que nunca antes habías experimentado. Te llevará tiempo adaptarte.

—Pero no tenemos tiempo —argumento, con frustración burbujeando—. No si se acerca una gran amenaza. Necesito controlar esto ahora.

—Y lo harás —me asegura Corvus—. Te ayudaremos. Todos nosotros.

El vínculo que siento con cada uno de ellos parece pulsar con más fuerza, pero hay un dolor, un vacío donde debería estar Zephyr.

—Ojalá Zephyr estuviera aquí —murmuro, expresando el pensamiento antes de poder detenerme.

—Volverá pronto —dice Ignatius—. Esperemos que con algunas respuestas.

Asiento, tomando otro pequeño sorbo de sangre. —Entonces, ¿qué hacemos mientras tanto?

—Zaiah necesita seguir trabajando con el orbe —dice Corvus—. A ver si puedes obtener información más específica sobre esta amenaza.

Zaiah asiente, con sus ojos blancos enfocados intensamente en Orby.

—Mientras tanto —continúa Corvus—, Ignatius, necesito que hagas un reconocimiento por el campus. Ve qué miembros del personal siguen aquí. Blackthorn dijo que todo el personal superior se fue antes del ataque de los Strix... así que nos faltan algunos profesores.

—¿Se fueron? —pregunto horrorizada—. ¿O murieron?

—Pregunté lo mismo. Dijo que se fueron. Incluyendo a Ellis.

—Mierda —dice Ignatius—. Eso explica por qué la Orden nunca llegó. No recibieron la alerta.

—Mierda.

—Sí, mierda resume bastante bien esta situación —dice con gravedad.

Frunzo el ceño al sentir algo más. —¿Qué pasa?

—¿Qué pasa con qué?

—¿Qué es lo que te tiene tan... —agito mi mano— agresivo?

—¿Agresivo? —murmura con una sonrisa—. Mi padre estará aquí pronto, y entonces verás por qué estoy agresivo.

—¿Tu padre? Supongo que es un vampiro importante.

—Podrías decir eso —Ignatius resopla divertido, lo que enfurece a Corvus.

—Solo vete —gruñe.

Ignatius le hace un gesto obsceno y me dedica una sonrisa antes de desaparecer en una columna de llamas.

—Esto no es divertido —me quejo, dejándome caer en la cama y mirando con anhelo el frasco.

—No —dice Corvus, quitándolo de mi vista—. Dosis pequeñas. Ya estás volátil. Esto te pondrá peor.

—¿Puedo tomar algo sintético, entonces?

Hace una pausa y luego asiente. —Iré a buscarte un poco.

—Gracias —murmuro, pero luego le gruño cuando se lleva el frasco—. Imbécil.

Puedo oír su risa hasta que baja las escaleras, y vuelvo mi atención a Zaiah. Me mira con ojos entrecerrados, y envía una descarga de deseo directamente a mi entrepierna.

—¿Ahora? —pregunta con una sonrisa, escondiendo a Orby bajo la almohada.

—Sí, ahora. Siento que la última vez no fue realmente real.

—Oh, fue real, nena. Pero esta vez, quiero que lo *sepas*.

Se acerca, subiendo a la cama y quitándose la ropa rápidamente.

Los labios de Zaiah chocan contra los míos mientras me empuja hacia atrás. Su piel brilla con un resplandor etéreo, sus ojos blancos ardiendo de deseo. Gimo en su boca, mis manos recorriendo su espalda musculosa.

—Mierda, te necesito —jadeo mientras deja un rastro de besos por mi cuello.

—Entonces tómame —gruñe, su voz ronca de deseo.

Nos doy la vuelta, montándome a horcajadas sobre sus caderas. Mi fuerza me sorprende al inmovilizar fácilmente sus brazos sobre su cabeza. Zaiah me sonríe, su forma brillando ligeramente.

—Alguien se siente poderosa —me provoca.

—No tienes idea —ronroneo, frotándome contra él.

Me inclino para capturar sus labios de nuevo, saboreando su gusto. Mis colmillos descienden, pinchando su labio inferior. El aroma de su sangre caliente me envía una descarga de hambre.

—Cuidado —murmura Zaiah, pero no hay miedo en sus ojos, solo confianza y deseo.

Lamo la gota de sangre de su labio, gimiendo por el sabor. Es diferente a la otra sangre que he probado. Picante, eléctrica, intoxicante.

—Más —exijo, mi voz áspera de necesidad.

Zaiah inclina la cabeza, ofreciendo su cuello. —Toma lo que necesites, Adelaide.

No dudo. Mis colmillos se hunden en su carne, y bebo profundamente, gimiendo ante la explosión de sabor. La sangre de Zaiah es como fuego líquido, llenándome de un placer intenso, casi abrumador. Él gime, su cuerpo retorciéndose debajo de mí mientras bebo.

Sus caderas se mueven, y siento su miembro duro presionando contra mí. Libero sus brazos, y él me rodea con ellos, acercándose más mientras continúo bebiendo de él. Mi mano encuentra su camino entre nosotros, y agarro su miembro con fuerza. Él gruñe, sus caderas sacudiéndose en respuesta mientras lo acaricio.

Me aparto, retrayendo mis colmillos mientras lamo la sangre restante de mis labios. Los ojos de Zaiah están entrecerrados, su respiración entrecortada. Puedo ver el deseo ardiendo en su mirada, y me provoca un estremecimiento.

—Fóllame, Adelaide —gime.

Con un movimiento rápido, me deshago de mi ropa, sin romper en ningún momento el contacto visual con Zaiah. Su mirada me devora, hambrienta y ansiosa mientras me subo encima de él. El aire a nuestro alrededor chisporrotea con electricidad, nuestros cuerpos entrelazados en un despliegue de fuegos artificiales de deseo. Cada centímetro de piel hormiguea con anticipación mientras nos fundimos el uno en el otro.

Lo agarro de nuevo, sintiendo cómo su polla se estremece salvajemente a mi tacto. Lo guío dentro de mi húmedo coño, y ambos gemimos con la sensación. Se siente increíble, llenándome por completo. Muevo mis caderas, balanceándome de adelante hacia atrás mientras lo cabalgo. Las manos de Zaiah agarran mi cintura, sus dedos clavándose en mi piel mientras empuja profundamente.

—Eso es, Ama. Hazme correrme para ti.

—Joder —jadeo mientras sus palabras envían cohetes de puro placer a través de mí.

Agarro sus muñecas, inmovilizándolas sobre su cabeza de nuevo. —¿Quién tiene el control aquí? —gruño. El poder que fluye a través de mí es embriagador.

—Tú, Ama —jadea Zaiah, su voz llena de lujuria y sumisión—. Tú tienes el control. Soy tuyo.

Me inclino, capturando sus labios en un beso abrasador mientras lo cabalgo más rápido. La sangre de Zaiah aún persiste en mi lengua, un recordatorio potente de la conexión entre nosotros. Mi poder crece, alimentado por la adrenalina que corre por mis venas.

Al soltar sus muñecas, las manos de Zaiah encuentran inmediatamente mis pechos, provocando mis sensibles pezones. Gimo en su boca, mis movimientos volviéndose más erráticos mientras persigo el placer creciente.

Con un fuerte grito, alcanzo el clímax intensamente alrededor de su polla, mi coño apretándolo con fuerza, ferozmente, reclamándolo.

Antes de que baje de mi éxtasis, Zaiah nos da la vuelta, tomando el control con un gruñido animal. Embiste en mí con furiosa intensidad, cada embestida enviando ondas de choque de placer a través de todo mi ser, avivando el fuego de nuevo. Araño su espalda y envuelvo mis piernas alrededor de él, desesperada por aferrarme mientras me empuja cada vez más cerca del borde otra vez.

—Joder, Adelaide, se siente tan bien —gime Zaiah, su ritmo implacable.

Mis uñas se clavan más profundamente en su piel, sacando sangre, pero él no parece notarlo

ni importarle. Simplemente sigue embistiendo, volviéndome loca de deseo. El aroma de su sangre mezclándose con nuestro sudor y lujuria es de otro mundo, empujándome al borde del precipicio.

Mientras me deshago debajo de él, Zaiah entierra su rostro en mi cuello, sus dientes rozando mi piel. Lo siento ponerse rígido, sus caderas golpeando contra las mías mientras me sigue al abismo. Nos quedamos allí, jadeando y sudorosos, nuestros cuerpos enredados y corazones acelerados.

Después de unos momentos, Zaiah se aparta de mí, su respiración finalmente empezando a volver a la normalidad. Me atrae hacia él, abrazándome fuertemente mientras ambos bajamos de nuestro éxtasis compartido. —Bueno, eso ciertamente fue real.

Me río sin aliento, sintiendo una abrumadora sensación de satisfacción. —Joder, sí que lo fue.

—Qué descortés —murmura Ignatius desde la esquina de la habitación, donde, en algún momento, debe haber regresado en llamas y se sentó a observarnos.

Jadeo y lo miro, pero él está lejos de estar molesto. Está rabiosamente excitado. —¿Te gusta mirar? —murmuro al ver su polla en su mano.

—Prefiero actuar —dice.

Con la pelota firmemente en mi cancha, ya que él solo se sienta ahí, me alejo de Zaiah y atravieso la cama. Bajándome, me pongo de rodillas y gateo hacia él. Me observa con esos ojos de halcón suyos, el profundo deseo aumentando con cada segundo que me acerco. Cuando lo alcanzo, me acurruco entre sus piernas y tomo su polla en mi boca.

—Joder —gime, deslizando su mano en mi cabello—. Joder, se siente tan bien.

Los dedos de Ignatius se enredan en mi cabello, guiándome mientras lo tomo más profundamente en mi boca. Su polla está caliente y gruesa, y puedo saborear el salado precum en mi lengua. Gimo, las vibraciones haciendo que su polla se estremezca.

Trabajo mi boca arriba y abajo por su eje, deleitándome con la sensación de su polla golpeando el fondo de mi garganta. Él gime, moviendo ligeramente sus caderas mientras encuentro un ritmo que lo vuelve loco.

Mis movimientos se vuelven más erráticos. Su polla se contrae en mi boca, y él gime, su liberación inminente. Quiero que se corra en mi boca. Quiero saborearlo. Tragar cada última gota que tiene para darme.

Su polla se hincha en mi boca. Gimo, las vibraciones llevándolo al límite. Con un último gemido gutural, alcanza el orgasmo, llenando mi boca con su semen caliente. Lo trago con avidez, saboreando el gusto mientras continúo chupándolo hasta que está completamente drenado.

Respirando pesadamente, Ignatius me aparta de su polla y aplasta sus labios contra los míos en un beso abrasador, saboreándose a sí mismo en mi lengua. Se aparta, su mirada intensa y llena de deseo.

—Eso fue más rápido de lo que esperaba —murmura, mirándome a los ojos.

—Eres mío —respondo, rozando suavemente su labio inferior con mi pulgar—. Y yo soy tuya. De todos vosotros.

Sé que es verdad. No tengo ninguna duda en mi mente de que es el destino el que nos ha enredado a todos juntos en una relación que va mucho más allá de lo físico o lo emocional. Estamos todos unidos por algo más profundo, algo antiguo y poderoso y real.

ZEPHYR

LAS SOMBRAS se doblan a mi alrededor mientras me materializo en el corazón del Reino de las Hadas Oscuras. La atmósfera está cargada de magia antigua, una presencia pesada que se asienta sobre mi piel como una segunda capa. Es diferente a la atmósfera mágica comparativamente tenue de MistHallow, y por un momento, me encuentro luchando por respirar, mis pulmones adaptándose a la densidad de poder que impregna cada molécula de este reino.

Imponentes agujas de obsidiana perforan el cielo de perpetuo crepúsculo, sus superficies brillando con un fuego interno que pulsa al ritmo del latido del reino. Las estructuras son imposiblemente altas, desafiando las leyes de la física mientras se estiran hacia un cielo que parece a la vez interminable y opresivamente cercano. El suelo bajo mis pies es vidrio volcánico negro, liso y traicionero, reflejando la luz siniestra de tono púrpura que parece provenir de todas partes y de ninguna a la vez. Cada paso que doy envía ondas a través de la superficie reflectante, como si caminara sobre la superficie de un lago oscuro y quieto.

A mi alrededor, criaturas oscuras revolotean entre las sombras. Me dan un amplio margen, reconociendo al príncipe al instante. Sus ojos, brillando con un fuego oscuro, me siguen mientras me dirijo hacia el Palacio central. Algunas miradas son curiosas, otras temerosas, y unas pocas —de los cortesanos más ambiciosos— calculadoras. La política nunca duerme en el Reino de las Hadas Oscuras, y mi inesperado regreso seguramente hará correr rumores.

Pero por eso llegué fuera de los muros del Palacio. Quiero que me vean.

El aroma de flores nocturnas llena el aire, deliciosamente dulce con una nota subyacente de descomposición. Es un olor que asocio con el hogar, pero después de mi tiempo en MistHallow, parece casi empalagoso.

El Palacio de la Noche Eterna se alza ante mí, una estructura masiva de piedra negra y metal retorcido. Su arquitectura es una pesadilla hecha realidad, toda ángulos afilados y geometrías imposibles que duelen a los ojos al mirarlas directamente. Enredaderas espinosas con hojas tan oscuras como la brea trepan por sus paredes, sus flores floreciendo con un aroma dulzón que me hace dar vueltas la cabeza. Las flores me muerden al pasar, hambrientas de un sabor de carne y sangre.

Al acercarme a las puertas principales, dos guardias se ponen firmes. Su armadura está hecha de sombras, constantemente cambiando y reformándose, y sus ojos son pozos de oscuridad. Los reconozco: Nyx y Erebus, hermanos gemelos que han servido como guardias del palacio durante siglos. Fueron mis compañeros de entrenamiento cuando era más joven, enseñándome la brutal eficiencia del combate de las Hadas Oscuras.

—Príncipe Zephyr —murmura Nyx, su voz como grava—. El Rey os espera en la Sala del Trono.

Por supuesto que lo hace. Las noticias viajan rápido en el Reino de las Hadas Oscuras, especialmente cuando conciernen a la familia real. Asiento secamente y paso junto a ellos, las puertas masivas abriéndose silenciosamente a mi aproximación.

El interior del Palacio es un estudio de contrastes. La opulenta riqueza se sienta codo con codo con brutales recordatorios del poder de las Hadas Oscuras. Tapices que representan antiguas batallas y reinos conquistados cuelgan en paredes tachonadas con los cráneos de enemigos caídos. El suelo es de mármol negro pulido, veteado con hilos de plata que parecen moverse cuando no los miras directamente. Arañas hechas de sombra cristalizada cuelgan del techo, proyectando patrones siempre cambiantes de luz y oscuridad a través de los pasillos.

Mientras me dirijo a la Sala del Trono, las Hadas menores se apartan de mi camino. Los sirvientes se inclinan profundamente, sus frentes casi tocando el suelo. Los cortesanos observan desde los nichos, sus susurros siguiéndome como un rastro de humo. El aire se vuelve más frío, más pesado con cada paso. Para cuando llego a las ornamentadas puertas de la Sala del Trono, siento como si estuviera vadeando melaza.

Respiro profundamente, preparándome para este encuentro. El peso de mi propósito aquí — asegurar ayuda para Adelaide y MistHallow— se asienta pesadamente sobre mis hombros. Pero debajo de eso hay una ansiedad más profunda. Enfrentarme a mi padre nunca ha sido fácil, y ahora, con tanto en juego, se siente francamente peligroso.

Cuadrando los hombros, empujo las puertas para abrirlas.

La Sala del Trono es vasta, su techo perdido en sombras tan profundas que me toma un segundo adaptarme. A lo largo de las paredes, estatuas de monarcas anteriores se alzan en silencioso juicio, sus ojos pareciendo seguirme mientras recorro el largo camino hacia el estrado al fondo. El suelo aquí es un mosaico de baldosas negras y plateadas, formando intrincados patrones que cambian con cada paso. Es desorientador, diseñado para desequilibrar a cualquiera que se acerque al trono.

Sentado en ese trono de metal negro retorcido y huesos blanqueados, está mi padre. El Rey Malachar, gobernante de las Hadas Oscuras, Señor de las Sombras y Portador de Pesadillas.

Es imponente incluso sentado, su forma absorbiendo la luz a su alrededor. Su piel es pálida como la luz de la luna, contrastando fuertemente con su largo cabello oscuro que se funde con las sombras a su alrededor. Una corona de espinas descansa sobre su cabeza, gotas de sangre negra cayendo ocasionalmente de donde las puntas penetran su piel. Sus ojos, cuando se fijan en mí, son del mismo color púrpura que los míos, pero llenos de una crueldad y un hambre que me hablan a un nivel muy básico.

—Zephyr —dice, su voz como seda sobre acero—. ¿Qué haces aquí?

Me dejo caer sobre una rodilla ante el estrado, inclinando la cabeza. Me irrita mostrar tal sumisión, pero no soy lo suficientemente estúpido como para desafiar al Rey de las Hadas Oscuras en su propia sala del trono. La piedra está fría bajo mi rodilla, y puedo sentir las miradas juzgadoras de mis antepasados taladrándome desde sus estatuas.

—Padre —digo, manteniendo mi voz firme—. MistHallow fue atacada.

—¿Atacada? —Malachar frunce el ceño, inclinándose ligeramente hacia adelante. Los huesos de su trono crujen ominosamente con el movimiento.

Me levanto, sosteniendo su mirada firmemente. Requiere cada onza de fuerza de voluntad no estremecerme bajo esa mirada penetrante. —Strix. Docenas de ellos, y los estudiantes fuimos dejados para lidiar con ello por nuestra cuenta.

Por un momento, la sorpresa parpadea en el rostro de Malachar, rápidamente reemplazada por una furia fría. La temperatura en la habitación baja varios grados, y puedo ver mi aliento

empañando el aire gélido. —¿Strix? ¿En MistHallow? Imposible. Las protecciones...

—Fueron violadas. De nuevo, debo añadir —interrumpo, ganándome una mirada afilada, pero que le den. Necesita saberlo.

Los ojos de Malachar se estrechan peligrosamente. —¿Y dónde estaba exactamente el profesorado durante este ataque? ¿Dónde estaba la tan alabada Orden de la Sombra Carmesí?

Mentalmente, pongo los ojos en blanco. Papá odia a la Orden, y con buena razón.

—Ausentes —digo, incapaz de ocultar la amargura en mi voz—. Estaban allí por...

—Adelaide Black —declara. Las sombras a su alrededor se agitan y arremolinan.

Asiento, manteniendo mi rostro cuidadosamente neutral aunque mi corazón late con fuerza. —Sí.

—¿Y dónde está ella ahora?

—A salvo. Pero cambiada.

—¿Cambiada cómo?

—Más fuerte, más poderosa.

—¿Más poderosa?

Lo dice con un tono de incredulidad. No por el nuevo poder de Adelaide, sino por el antiguo. Eso dice... mucho.

Malachar desciende del estrado, cada paso envía temblores por el suelo. Las baldosas del mosaico se agrietan y se reforman a su paso, los patrones se vuelven más caóticos, más violentos. Cuando llega hasta mí, se yergue sobre mí, su presencia abrumadora. El aroma a sangre y flores nocturnas emana de él en oleadas.

—Y dime, Zephyr —dice, con voz peligrosamente suave—, ¿quién es esta vampira para ti?

—Es mi futura esposa.

Durante un largo momento, Malachar simplemente me mira fijamente, sus ojos penetrando los míos. Puedo sentirlo sondeando los límites de mi mente, buscando debilidades, buscando mentiras.

—Esa es una declaración audaz.

—Es la verdad.

—Más te vale que lo sea para que siquiera pienses en ello, y mucho menos para pronunciar las palabras en mi presencia. Me has intrigado.

Sí, eso es lo que me preocupaba.

—Llegaré a MistHallow mañana.

Sí, imaginé que harías eso. Mierda, mierda, mierda.

—Sí, papá. Hay más.

—¿Más?

—El hijo idiota de tu hermano intentó reclamar a mi princesa frente a mí. La amenazó, y le pateé el trasero.

Se ríe, un sonido de pura diversión. —¿Ah, sí? Buen chico. Nunca permitas que nadie tome lo que es tuyo, sin importar quién sea.

—Hay que ocuparse de él —escupo.

—Oh, no te preocupes por eso. La futura Princesa de los Fae Oscuros estará bien protegida. Las sombras son sus sirvientes.

Me quedo inmóvil por un momento en el tiempo, donde el mundo se detiene. Mierda.

Realmente me tomó en serio. Sabe más de lo que deja ver con respecto a Adelaide y sus poderes y su posición en el mundo sobrenatural. Eso significa que la quiere aquí, y eso, aunque me facilita la vida, también me asusta mucho.

—Retirado —dice como si se preguntara por qué sigo aquí de pie.

No necesito que me lo digan dos veces. Salgo a grandes zancadas de la Sala del Trono. Las puertas se cierran de golpe detrás de mí con una finalidad que resuena por los pasillos.

Una vez fuera, me detengo para recuperar el aliento. El encuentro con mi padre me ha dejado ligeramente conmocionado, mi mente dando vueltas por las implicaciones de nuestra conversación. Pero tengo que conseguir esos mapas y volver pronto a MistHallow.

Me abro paso por los retorcidos corredores del Palacio, dirigiéndome a los archivos reales. Los pocos Fae Oscuros que encuentro me dan un amplio margen, sin duda sintiendo la ira y el miedo persistentes de mi reunión con el Rey. Sus ojos me siguen, con curiosidad y cautela en sus miradas.

Los archivos se encuentran en una vasta cámara circular en las profundidades del Palacio. El aire se vuelve helado mientras desciendo, el peso de los siglos presionándome. Hileras e hileras de estanterías se extienden hasta donde alcanza la vista, cada una cargada de antiguos tomos, pergaminos y artefactos.

Deteniéndome en el centro, cierro los ojos y murmuro un encantamiento. Una bola de luz plateada y negra aparece, lista para cumplir mis órdenes. —Encuentra esos mapas —murmuro, y me siento a ver cómo trabaja.

El orbe flota, serpenteando entre las estanterías con una gracia fantasmal.

Antes de lo esperado, la luz regresa, balanceándose suavemente frente a mí. Me guía a través de un laberinto de libros polvorientos e historias olvidadas, hasta que llegamos a un espacio entre las pilas. El orbe flota frente a él.

—¿Aquí? —murmuro.

El orbe sube y baja.

Extiendo la mano, mis dedos rozan algo sólido. Lo agarro y tiro hacia atrás. Un viejo libro encuadernado en cuero aparece. —Cartographia Umbrae.

Lo abro y hojeo las páginas. Los mapas dibujados en su interior son intrincados, meticulosamente detallados y, lo más importante, precisos. No solo están las partes visibles para estudiantes y profesores, sino también cámaras ocultas, pasajes secretos y habitaciones que no aparecen en ningún plano oficial. Mi corazón se acelera mientras paso las páginas, reconociendo nombres y ubicaciones que podrían contener las respuestas que necesitamos.

Metiendo el libro bajo el brazo, extingo el orbe de hechizo y salgo apresuradamente de los archivos. Necesito volver a MistHallow, volver con Adelaide. Tenemos trabajo que hacer, y el tiempo no está de nuestro lado.

Me adentro en las sombras, dejando que me lleven de vuelta a MistHallow. De vuelta a Adelaide.

Al materializarme en el familiar entorno del campus de la academia, el aire fresco de la noche en este reino es un shock después de la pesada atmósfera del Reino de las Hadas Oscuras. Respiro hondo, dejando que me aclare la mente. A lo lejos, puedo ver las luces encendidas en la habitación de la torre de Adelaide.

Vacilo, sabiendo que ella está ahora en el radar de mi padre, para bien o para mal. Depende de mí protegerla de ese monstruo tanto como pueda, incluso si eso significa ir en contra de la misma familia a la que se supone que debo ser leal.

CORVUS

—MUÉVETE —le espeto a Asher, que está bloqueando la estación de recarga de sangre sintética.

Me mira con una sonrisa burlona que me dan ganas de borrarle de un puñetazo. —Sangre sintética para el sangre pura. Interesante.

—Lárgate de mi vista, imbécil patético —gruño, sin estar de humor para él y su idiota compinche, Lucian.

La sonrisa de Asher solo se ensancha mientras se apoya en el dispensador de sangre, bloqueando deliberadamente mi acceso. —Vamos, vamos, Corvus. ¿Es esa forma de hablarle a un compañero? ¿A otro Capitán de Casa? Solo estoy haciendo conversación.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de estamparlo contra la pared. —Muévete. Ahora.

—¿O qué? —me provoca Asher, sus ojos brillando con malicia—. ¿Vas a lanzarme a tu pequeña mestiza? Oí que le dio una patada en los huevos a Christos antes. Mi tipo de chica.

Una nube roja nubla mi visión mientras la ira me invade. Golpeo con mi mano el pecho de Asher, clavándolo contra la pared, con mi otro antebrazo presionado contra su garganta. —Si tan solo la miras, te arrancaré la puta cabeza —gruño, con los colmillos desplegados—. Dame una maldita excusa, capullo.

Asher lucha contra mi agarre, sus ojos abiertos con algo cercano al miedo, pero este imbécil simplemente no lo entiende. Cree que es intocable porque piensa que no cometería un asesinato en los terrenos de la Academia. Está jodidamente equivocado.

Los ojos de Asher se mueven nerviosamente entre mi cara y mi brazo presionado contra su garganta. Por un momento, creo que finalmente va a retroceder. Pero entonces vuelve esa sonrisa exasperante.

—Sensible, ¿no? —jadea—. ¿Qué pasa, Corvus? ¿Tienes miedo de que alguien más pruebe a tu pequeña mascota de sangre?

Con un rugido de furia, levanto a Asher del suelo y lo estrello contra la pared con fuerza suficiente para agrietar el yeso. Su cabeza rebota contra la superficie con un golpe satisfactorio.

—No es una maldita mascota de sangre —gruño, con mi cara a centímetros de la suya—. Y te vas a mantener jodidamente lejos de ella si quieres seguir respirando.

Intenta hablar, pero mi mano le está cortando el suministro de aire. Bien. Tal vez si lo asfixio, finalmente cerrará la puta boca.

—Corvus —dice Lucian en tono de advertencia, dando un paso más cerca—. Suéltalo. No quieres hacer esto.

Lo ignoro, manteniendo mi mirada fija en la cara enrojecida de Asher. —He querido hacer esto durante mucho tiempo —gruño.

Justo cuando los ojos de Asher se ponen en blanco, una mano firme agarra mi hombro.

—Es suficiente —dice una voz familiar, y mis entrañas se marchitan ante el tono.

Suelto a Asher, que se desploma en el suelo y recupero la compostura, pegando una sonrisa adulatoria en mi cara mientras me doy la vuelta. —Papá.

—Corvus —dice, con los ojos entrecerrados—. He oído que ha habido algo de conmoción hoy. Cuéntame tu versión.

Miro con furia a Asher, que se está frotando el cuello y haciendo un gesto de degüello hacia mí. Casi puedo oír a papá poner los ojos en blanco, pero lo ignoro mientras me pongo a su lado. Soy de la misma altura que él, y parecemos hermanos. La única diferencia es la actitud arrogante que solo un vampiro de mil años puede tener y que nunca se puede replicar.

Sigo a mi padre fuera del comedor, consciente de que estoy sin sangre y tendré que volver por Adelaide después de esta conversación. Solo espero que esté bien mientras tanto. He escondido el frasco en mi habitación, sabiendo que la tentación será demasiado grande para ella.

Pero, ¿cómo coño empiezo siquiera a explicar todo lo que ha pasado?

—¿Y bien? —me insta, con un tono engañosamente casual. Sé que no debo dejarme engañar por él.

—Hubo un ataque a la academia —comienzo, decidiendo abordar primero el tema más urgente—. Strix. Docenas de ellos.

Las cejas de mi padre se levantan ligeramente. —¿Strix? ¿Aquí? Eso es inusual.

—Sí, no me digas —murmuro, luego me estremezco cuando me lanza una mirada de desaprobación—. Lo siento. Se pone más raro. Todo el personal superior, excepto Blackthorn, desapareció justo antes del ataque.

—Eso he oído. —Está lívido. Absolutamente furioso. Si fuera Ignatius, su cabeza estaría en llamas ahora mismo, pero solo alguien que lo conoce tan bien como su único hijo puede darse cuenta.

—Hmm.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué más?

—Ya lo sabes.

—Hazme el favor.

Maldito sea.

—Bien. Los Strix iban tras Adelaide Black, la hija de Randall. La atraparon, la secuestraron, Randall hizo un ritual y abrió un extraño portal, sobre el cual Blackthorn está siendo super sospechoso y turbio, y Addy es ahora una vampira completa. ¿Algo más?

Se ríe. —Bien resumido para el vampiro anciano, Corv.

Le doy una sonrisa rígida. Está jugando a ser el vampiro amable ahora. ¿Por qué? ¿Qué coño quiere?

—Así que, *Addy*, ¿eh?

—Sí, ¿qué pasa con eso?

—¿Estás interesado en ella?

—La he reclamado. Es mía.

Parpadea. —¿En serio? —Puedo ver los engranajes girando en su cabeza—. Esto podría ser ventajoso.

Me erizo ante su tono. —No es un peón, papá. Es mía para protegerla.

Levanta una ceja. —Cálmate, Corvus. Solo estoy considerando las implicaciones. Esto es sin

precedentes. Ella es potencialmente muy poderosa.

—No hay nada de potencial en ello, y está fuera de límites —gruño—. Para todos.

Mi padre me estudia por un largo momento, su expresión ilegible. Luego, para mi sorpresa, sonrío. —Estás enamorado de ella.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? Nunca te había visto tan protector con nadie.

—Esto es diferente —murmuro, pero sé que suena débil. Inadvertidamente he puesto a Addy en la mira de mi padre, lo cual nunca es bueno.

—¿Lo es? —La voz de mi padre se suaviza ligeramente—. El amor no es una debilidad, hijo. Puede ser una fortaleza, si lo permites.

—No importa. Lo que importa es mantenerla a salvo. Algo grande se avecina, papá. Algo que tiene a todos nerviosos.

—Y es por eso que estoy aquí —dice, volviendo al tema—. La junta se reunirá mañana.

Asiento. —Mira, necesito volver con Adelaide. Necesita sangre.

Arruga la nariz. —La sintética, supongo.

—Desafortunadamente —murmuro.

—Ve —dice, con un gesto de su cabeza—. Y mantén a esa chica a salvo, Corv. Es más importante de lo que puedes imaginar.

—Lo sé —murmuro y me dirijo de vuelta al comedor, contento de que esta reunión con papá no fuera tan mala como esperaba.

Aún.

ADELAIDE

ESTOY SENTADA en mi cama semidesnuda, usando sólo la camiseta negra de Zaiah. Huele distintamente a él, a especies exóticas. Me siento inquieta y ansiosa. Corvus todavía no ha regresado con la sangre sintética, y el hambre me roe, un dolor constante en el hueco del estómago. Zaiah, semi vestido sólo con sus pantalones de combate, e Ignatius están desparramados a mi lado, ambos luciendo tan preocupados como yo me siento.

—Debería haber regresado ya —murmuro, pasándome la mano por el cabello, y tirando de los mechones que caen sobre mi rostro, en un hábito nervioso que nunca antes había tenido.

—Estoy seguro de que está bien —dice Zaiah, pero puedo escuchar la incertidumbre en su voz mientras se baja de la cama para mirar por la ventana.

De repente, siento un tirón en mi alma, en lo más profundo, y una presencia familiar me invade. Levanto la cabeza justo cuando Zephyr se materializa en la habitación, emergiendo de las sombras como si hubiera nacido de ellas.

—¡Zephyr! —exclamo, saltando de la cama y arrojándome a sus brazos. Él me atrapa fácilmente, manteniéndome cerca. Respiro su aroma: aire nocturno y algo más oscuro, más primario—. Has vuelto.

—Así es —murmura en mi cabello, también aspirando una bocanada profunda—. Y traigo regalos.

Se aparta un poco, produciendo un viejo libro encuadernado en cuero—. Mapas de MistHallow. Cada pasaje secreto, cada habitación oculta.

Ignatius silba suavemente—. Ahora eso sí que es útil.

Los ojos de Zephyr se oscurecen mientras mira alrededor de la habitación—. ¿Dónde está Corvus?

—Consiguiendo sangre sintética —explico—. Aunque lleva un buen rato fuera.

Una arruga cruza la frente de Zephyr—. Eso no es bueno. Debería haber vuelto ya.

—Eso es justo lo que estábamos diciendo —comenta Zaiah, acercándose para examinar el libro que Zephyr trajo.

Ignatius se pone de pie, estirándose—. Iré a buscarlo. Tal vez se retrasó en algún lado.

Justo cuando Ignatius se dirige a la puerta, ésta se abre de golpe, revelando a un despeinado Corvus. Tiene el cabello revuelto, y hay una mirada salvaje en sus ojos que me pone inquieta de inmediato.

—¡Corvus! —exclamo, acercándome a él—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Respira hondo, sus ojos recorren la habitación antes de posarse en mí—. Estoy bien. Sólo tuve un desacuerdo con ese imbécil, Asher. Y luego apareció mi padre.

—¿Tu padre? —pregunta Zephyr con brusquedad—. ¿Qué está haciendo aquí?

Corvus se pasa la mano por el cabello, desordenándolo aún más—. Blackthorn ha notificado a la junta, y bueno, él es el Presidente de esa. Este ataque a MistHallow tiene preocupados a los altos mandos.

Siento que se me cae el estómago. La participación de más seres sobrenaturales poderosos sólo puede complicar más las cosas—. ¿Qué significa eso para nosotros?

—Significa —dice Zephyr con gravedad—, que las cosas están a punto de ponerse mucho más complicadas.

Corvus asiente, de acuerdo, y luego parece recordar algo. Extiende el vaso grande para llevar—. La sangre sintética. Perdón, por la demora.

Tomo el vaso con avidez y sorbo por la pajilla, dando un largo trago. No es tan satisfactorio como la sangre humana, pero ayuda a calmar mi hambre, especialmente con el impulso extra que me da Zaiah—. Gracias.

—Entonces, ¿cuál es nuestro próximo movimiento? —pregunta Ignatius, mirando entre Corvus y Zephyr.

Zephyr levanta el libro de mapas—. Comenzaremos por averiguar si hay áreas ocultas de MistHallow que puedan tener información sobre Vespers o portales. Tiene que haber algo aquí que pueda ayudarnos a entender lo que está pasando.

—Y necesitamos estar preparados —añade Corvus con gravedad.

Tomo otro largo sorbo de la sangre sintética. Cuando bajo el vaso, noto que Zephyr me observa intensamente, sus ojos púrpuras oscurecidos con una emoción que no puedo identificar.

—¿Qué? —pregunto, sintiéndome repentinamente cohibida.

Niega levemente con la cabeza—. Has sido una Muñequita traviesa mientras estuve fuera, ¿no es así?

Inhalo bruscamente por su tono.

Siento un rubor subir por mi cuello. No hay acusación en su voz, solo un calor oscuro que envía un temblor de deseo directo a mi núcleo.

—Yo... —me callo, sin saber qué responder.

Los ojos de Zephyr miran a Zaiah e Ignatius, captando su estado caótico y el persistente aroma a sexo en el aire. Una sonrisa lenta y depredadora se extiende por su rostro.

—No se detengan por mi causa —ronronea, acercándose—. Quiero escucharlo todo.

El aliento se me atora en la garganta mientras se abre paso en mi espacio, su cuerpo todo hielo y poder. Soy muy consciente de los otros observándonos, la tensión en la habitación aumentando varios niveles.

—No... No... —baluceo, mi mente quedándose en blanco bajo la intensidad de su mirada.

La mano de Zephyr se alza para acariciar mi mejilla, su pulgar rozando mi labio inferior. — Usa tus palabras, Muñequita traviesa. Cuéntale a tu Amo lo que hiciste mientras no estaba.

Trago saliva con fuerza, el deseo acumulándose en mi vientre bajo. Amo. Mierda. Eso golpea un lugar profundo en mi interior del que no era consciente hasta este momento.

Trago saliva. —Zaiah y yo...

Los ojos de Zephyr se oscurecen aún más, su agarre en mi barbilla apretándose ligeramente. —Continúa —insta en voz baja.

Respiro temblorosamente. —Tuvimos sexo —susurro.

Un gruñido resuena en el pecho de Zephyr, enviando escalofríos por mi columna. —¿Es así? —murmura, su mirada dirigiéndose a los otros dos—. Cuéntame cómo.

Aclaro mi garganta y luego me lanzo de cabeza en esto. —Lo monté y lo mordí. Bebí su sangre mientras me corría sobre su pene.

Los ojos de Zephyr brillan con deseo y posesividad. Su mano se desliza desde mi mejilla hasta la parte posterior de mi cuello, agarrando con firmeza. —¿Y luego? —insta, su voz grave y peligrosa.

—Luego le hice una mamada a Ignatius. Me tragué hasta la última gota de su semen.

Un gruñido resuena en el pecho de Zephyr. —Qué niña tan traviesa —ronronea—. ¿Lo disfrutaste, Muñequita?

Asiento, incapaz de apartar la mirada de su mirada hipnótica. —Sí —susurro.

—Bien —dice Zephyr, su agarre en mi cuello apretándose ligeramente—. Porque ahora es el turno de tu Amo.

Me da la vuelta y me empuja contra la pared, de frente. Su cuerpo se presiona contra mi espalda, duro e inamovible. Su excitación se presiona insistentemente contra mi trasero.

—Las manos contra la pared —susurra en mi oído.

Obedezco al instante, mis palmas planas contra la fría piedra de la pared interior de la torre. Las manos de Zephyr recorren mi cuerpo, tentadoras y posesivas. Empuja hacia arriba la camiseta que llevo, exponiendo mi trasero desnudo a la habitación.

—Míralo —murmura, su aliento cálido contra mi oído—. Tan ansiosa, tan dispuesta. —Me da una fuerte nalgada y grito. —Shh —murmura.

Muerdo mi labio para sofocar un gemido cuando la mano de Zephyr cae sobre mi trasero nuevamente, la punzada enviando olas de placer a través de mi cuerpo. Su otra mano se desliza alrededor de mi intimidad, sus dedos hundiéndose entre mis piernas para encontrarme ya húmeda y deseosa.

—Tan receptiva —ronronea, sus dedos rodeando mi clítoris de forma provocadora—. ¿Me extrañaste, princesa? ¿Extrañaste a tu Amo?

—Sí —jadeo, empujándome hacia atrás contra él—. Por favor, Zephyr...

—No, princesa. Ese no es quien soy ahora.

—Por favor, Amo —

Él ríe oscuramente. —Por favor, ¿qué? Dile a tu Amo lo que quieres.

Gimoteo, el deseo nublando mi mente. —Por favor, fóllame —suplico descaradamente.

Antes de que pueda tomar mi próxima bocanada de aire, la cabeza roma de su pene se presiona contra mi entrada. Zephyr agarra mis caderas con fuerza y, con una poderosa embestida, está enterrado dentro de mí hasta el fondo.

Grito ante la repentina plenitud, mis dedos se arañan contra la pared en busca de apoyo. Zephyr establece un ritmo castigador, cada embestida me lleva más y más alto mientras se estira para agarrar mis muñecas. Tira de mis brazos hacia atrás, cruzándolos mientras se hunde en mí.

—¿Te gusta que te observen, princesa? —gruñe Zephyr en mi oído.

Jadeo, recordando de repente que no estamos solos. El conocimiento de que me están viendo así, siendo reclamada por completo por Zephyr, me envía una nueva oleada de excitación.

—Sí —gimo—. Me encanta.

El agarre de Zephyr sobre mis muñecas se aprieta mientras sigue hundiéndose en mí. —Qué princesa tan traviesa —ronronea—. Dando un espectáculo para todos tus hombres.

Sus palabras hacen que mi coño se estremezca. Mis hombres. El tono posesivo de su voz me hace contraerme a su alrededor, arrancando un gemido de sus labios.

—Así es —gruñe—. Toma lo que es tuyo, princesa. Muéstrales a quién perteneces.

Grito cuando golpea un punto particularmente sensible dentro de mí. Mis piernas están temblando, amenazando con ceder, pero Zephyr me sostiene sin esfuerzo.

Con una embestida especialmente fuerte, Zephyr me hace alcanzar el clímax. Mi orgasmo me

golpea en oleadas mientras me contraigo a su alrededor, gritando en éxtasis.

Zephyr no reduce la velocidad, follándome a través de mi clímax y empujándome hacia otro. Afloja su agarre en mis muñecas y se retira, haciéndome girar para enfrentarlo. Me levanta y me aprisiona contra la pared. Enrollo mis piernas alrededor de su cintura mientras se hunde en mí de nuevo.

—Mírame —ordena.

Abro los ojos, encontrándome con su intensa mirada púrpura. El crudo deseo y posesión que veo ahí me quitan el aliento. Los ojos de Zephyr brillan con una luz sobrenatural, su poder revoloteando a nuestro alrededor como algo vivo.

—Mía —gruñe, sus embestidas haciéndose más erráticas—. Dilo, princesa. Diles a quién perteneces.

—Tuya —jadeo, aferrándome a él mientras se construye otro orgasmo—. Soy tuya, Maestro.

Zephyr estrella sus labios contra los míos en un beso abrasador. Puedo saborear su poder en mi lengua, oscuro e intoxicante. Mis colmillos caen, y muerdo su labio, dibujando sangre. El sabor me lleva al límite una vez más, mi coño contrayéndose a su alrededor mientras grito en su boca.

Con una última y poderosa embestida, Zephyr me sigue al abismo. Su pene se sacude dentro de mí, descargando su semen en calientes oleadas, lo que me envía a un frenesí. Me sostiene allí, aprisionada contra la pared, mientras se retira, y las sombras a su alrededor nos envuelven. Se enredan alrededor de mis muñecas, mis tobillos, mi cuello, apretando su agarre sobre mí. Físicamente me suelta, y quedo suspendida por la magia, extendida en el aire mientras mueve sus dedos. La camiseta se desgarró y cae de mí. Jadeo cuando los afilados bordes de las tiras de la noche se hunden en mi piel, dibujando sangre.

Corvus gruñe y se lanza sobre mí, sus colmillos al descubierto mientras se prende de los cortes en mi piel y succiona con fuerza. El ardor me hace sisear, pero no quiero que se detenga.

—Es hora de romperte, princesa —murmura Zephyr—. Y cuando terminemos, te coseremos de nuevo, una pequeña muñeca de trapo, sólo para nosotros.

Ignatius se mueve junto a Corvus, sus ojos ardiendo con una intensa llama. Extiende la mano, y mientras sus dedos trazan líneas de sangre en mi piel, se encienden. Jadeo cuando el fuego lame mis heridas, cauterizándolas. El dolor es intenso, pero hay una extraña satisfacción en ello. Lo necesito. Está saciando la necesidad de dolor, el anhelo de lastimar y saber que soy capaz de sentir algo.

El fuego se apaga, e Ignatius me atrae a un feroz beso, su lengua danzando con la mía. Corvus se hace a un lado, sus garras de vampiro hundiéndose en mi cadera. Brota sangre, y se arrodilla para beber las gotas de mi piel.

—¿Qué te rompe, princesa? —murmura Zephyr—. ¿Qué tenemos que hacerte para que te quiebres?

Jadeo, suspendida en el aire por la magia de Zephyr, mi cuerpo dolorido de placer y dolor. Intento concentrarme en sus palabras, pero mi mente está nublada. —No lo sé —raspo.

Zephyr recorre cada centímetro de mi cuerpo con la mirada. —Tal vez lo descubramos —musita con una sonrisa maliciosa. Chasquea los dedos y las tenues tinieblas se aprietan a mi alrededor, enviando una nueva oleada de dolor a través de mi cuerpo. Grito y mi espalda se arquea mientras lucho contra las ataduras mágicas.

Ignatius me toca de nuevo con sus manos brillantes de fuego. Alza los dedos y los pasea sobre mi piel, dejando una estela de calor a su paso, quemándome, abrasando mi piel hasta que grito.

Zephyr se ríe, sus ojos iluminados de diversión. —Ah, ya veo —dice—. Te gusta el fuego, princesa.

Asiento con la respiración entrecortada. —Sí.

—Bien. Veamos cuánto puedes aguantar.

Vuelve a chasquear los dedos y las tinieblas me constriñen aún más, obligándome a arquear la espalda hasta quedar horizontal con el suelo. Ignatius desliza sus dedos brillantes por mi pecho, dejando un rastro abrasador de llamas que lamen mis senos. Grito y me retuerce en el aire mientras las ataduras se aprietan más. Cuanto más me muevo, más se aprietan. La que rodea mi cuello me está ahogando, pero no me importa. Lo necesito.

Zephyr se acerca hasta que sus labios rozan mi oído. —¿Quieres más, princesa?

Asiento frenéticamente, mi cuerpo anhelando el dolor y el placer que me infligen. —Sí, Amo. Más.

Zephyr se ríe oscuramente y sus dedos trazan una línea por mi muslo interno.

Las sombras mágicas cortan mi piel mientras los dedos de Ignatius bajan por mi estómago, dejando una estela ardiente de fuego. Grito y mi cuerpo se retuerce de agonía y éxtasis cuando las llamas lamen mi piel, abrasándome hasta lo más profundo.

Corvus se acerca de nuevo, con los colmillos al descubierto mientras se inclina para lamer la sangre que mana de los cortes en mi piel. Gimo y mi cuerpo tiembla al sentir su lengua sobre mi carne sensible.

Puedo sentir la intensa mirada de Zaiah sobre mí. —¿Qué deseas, Addy? —murmura.

—Más —jadeo antes de darme cuenta de mi error.

Zaiah se ríe. Es el sonido más oscuro que jamás haya salido de sus labios, y me hiela la sangre. Se acerca y luego se aparta. Está a la altura de mi cabeza mientras me retuerce contra la magia y el dolor infligidos por estas criaturas. Posa las manos con ligereza a ambos lados de mi cabeza.

Hay un destello de luz blanca cegadora y grito.

ZAIAH

GRUÑO. La descarga extrema que obtengo al usar el poder de Addy para potenciar el mío es alucinante. Canalizo mi poder de visiones proféticas en sus pensamientos, amplificado por su habilidad. Ella grita. Está rebotando por su mente, causándole un dolor inconmensurable, pero puedo sentir que no quiere que me detenga. Quiere más. Lo que sea que pueda ver la hace jadear a través de la agonía. No puedo ver nada. Esto es todo sobre ella. Su deseo. Sus pensamientos. Su dolor.

La energía de Adelaide se mezcla con la mía, amplificando mis habilidades a alturas que nunca antes había experimentado. Es emocionante y aterrador al mismo tiempo.

Apretando los dientes, empujo más fuerte, adentrándome más en la corriente de energía profética. Mi forma comienza a brillar y difuminarse en los bordes, la tensión de canalizar tanto poder amenaza con desestabilizar mi manifestación física en este reino.

—Zaiah —jadea Adelaide entre gritos, su cuerpo arqueándose—. No pares.

Estoy sudando mientras vierto más poder en nuestra conexión.

El aire a nuestro alrededor crepita con energía. Los objetos en la habitación comienzan a levitar, atrapados en el vórtice de nuestra magia combinada.

Mientras empujo más fuerte, capto vislumbres de lo que Adelaide está viendo. Son fragmentados, caóticos: destellos de batallas aún por librar, rostros retorcidos en agonía o triunfo, paisajes tanto familiares como alienígenas. Pero por más que lo intento, no puedo unirlos en una narrativa coherente. Estas visiones son para que Adelaide las comprenda, y yo solo estoy de paseo. Nunca antes había podido hacer esto. Ni siquiera había oído que esto fuera posible. Tenemos nuestras visiones, pero forzar una visión en alguien más o ser parte de ella es nuevo y emocionante como la mierda. Revolucionario, incluso. Esto es todo ella. No tiene absolutamente nada que ver conmigo.

La tensión se está volviendo insoportable. Mi forma física está parpadeando ahora, amenazando con disiparse por completo. Si empujo mucho más fuerte, corro el riesgo de ser arrastrado de vuelta al reino de los djinn, dejando a Adelaide varada en esta tormenta de visiones hasta que pueda regresar a ella.

Justo cuando estoy a punto de alcanzar mi límite, los ojos de Adelaide se abren de golpe. Están brillando con una luz interior que pulsa con poder. Cuando habla, no es su voz. Es más profunda, más arrogante. —El futuro. O... posibles futuros. Veo... veo en lo que podría convertirme. En lo que todos podríamos convertirnos.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal ante sus palabras. Como djinn, estoy bien versado en los peligros del conocimiento previo. El futuro es una cosa caprichosa, siempre cambiante basado en las elecciones que hacemos. Pero el peso en la voz de Adelaide sugiere que ha visto

algo verdaderamente trascendental.

—Cuéntanos —murmura Ignatius, con los ojos fijos en ella mientras flota en el aire, chispas de electricidad saltando de su piel.

—Una guerra entre reinos. El mundo mortal, el Reino de las Hadas Oscuras, las cortes vampíricas, el reino de los djinn... todos ellos, encerrados en una batalla que podría desgarrar la realidad.

La habitación cae en silencio mientras procesamos sus palabras. Las implicaciones son asombrosas.

—¿Y nosotros? —pregunta Zephyr, su voz tensa—. ¿Dónde encajamos en esta guerra?

—Las elecciones que hagamos, las alianzas que forjemos determinarán el destino de cada reino.

Siento que una presión se asienta sobre mis hombros, más pesada que cualquiera que haya soportado antes. Como djinn, siempre he procurado mantener cierto desapego de los asuntos de otros reinos. Pero ahora, parece que estoy inextricablemente ligado a este conflicto.

—Una llave. Un puente entre mundos.

—¿Una llave para qué? —murmuro.

—¿Un puente hacia qué? —pregunta Corvus al mismo tiempo.

—Poderosa. Peligrosa. Todos quieren controlarla. Controlarme.

Intercambio miradas con los demás. La gravedad de nuestra situación se está volviendo más clara con cada momento que pasa. No estoy seguro si es ella quien necesita protección. ¿Y si ella es la amenaza?

El poder crudo que sentí corriendo a través de ella durante su visión, la forma en que amplificó mis propias habilidades más allá de lo que creía posible. Si ese poder fuera desatado, sin control...

Los ojos de Adelaide se ponen en blanco, y cae flácida, los zarcillos de oscuridad aún suspendiéndola en el aire. Suelto mi agarre de su cabeza, tambaleándome hacia atrás cuando la conexión se rompe. La habitación gira a mi alrededor, las secuelas de canalizar tanto poder me dejan mareado y desorientado. Todos los objetos flotantes se estrellan contra el suelo, y recuerdo a Orby bajo la almohada. Esa cosa sabe algo, y necesito averiguar qué diablos es antes de que sea demasiado tarde.

—Mierda —murmura Corvus, acercándose a Adelaide—. ¿Está bien?

Zephyr agita una mano, y las sombras bajan suavemente a Adelaide a la cama. Coloca una mano en su frente, con el ceño fruncido en concentración. —Está viva, pero inconsciente. Lo que sea que haya visto le quitó mucho. Pero es fuerte. Joder. Va a ser más difícil quebrarla de lo que pensé al principio.

—No me digas —gruñe Corvus, yendo hacia ella.

Ignatius camina de un lado a otro al pie de la cama, llamas bailando en sus dedos. —¿Una guerra entre reinos? ¿Y se supone que estamos en el centro? Esto es una locura.

—Locura o no, necesitamos tomarlo en serio —dice Zephyr, su voz grave—. Si lo que Adelaide vio es cierto, nos espera una batalla infernal.

—No se trata solo de la batalla —digo, con la voz ronca—. Se trata de Adelaide. Sentiste ese poder, ¿no, Zephyr? Se mezcló con tu magia que la sostenía.

Él asiente lentamente pero no dice nada.

Corvus frunce el ceño mirando a Addy. —Una llave. Un puente. Sea lo que sea, está claro que otros querrán-

—¿Controlarla? —espeto, mi agitación nacida del miedo por ella—. Sea lo que sea esa cosa

dentro de ella, ya lo está haciendo.

—La loca y antigua mujer vampiro —murmura Zephyr.

—Corvus, debes saber algo sobre esto. O quizás tu padre —digo.

—Tal vez. Pero tratar de obtener respuestas de mi padre sobre cualquier cosa es como intentar arrancarle los dientes a un dragón furioso. Prácticamente imposible.

Asiento con seriedad, comprendiendo la frustración de Corvus. —Necesitamos más información. Y rápido.

Zephyr se pasa una mano por el pelo, perdiendo por un momento su habitual compostura. —Estamos volando a ciegas. No sabemos de qué es capaz Adelaide ni lo que otros podrían hacer para poner sus manos sobre ella.

—Entonces la protegeremos —dice Ignatius con firmeza, sus ojos ardiendo—. Cueste lo que cueste.

—Bueno, eso ni siquiera hace falta decirlo —murmura Corvus.

Miro la forma inconsciente de Adelaide, mi mente trabajando a toda velocidad. —Necesitamos despertarla. Averiguar exactamente qué vio en esas visiones.

—No —dice Zephyr bruscamente—. Necesita descansar. Lo que acaba de pasar la ha dejado completamente agotada. Despertarla ahora podría ser peligroso.

Me trago una réplica, sabiendo que tiene razón. Pero la urgencia de nuestra situación me carcome. Cada momento que pasamos a oscuras es un momento que estos enemigos podrían estar usando en nuestra contra.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta Ignatius, expresando la pregunta que todos estamos pensando.

—Averiguamos a qué coño se abre ese portal —afirmo, sabiendo que todo se reduce a eso. Lo sentí en mis huesos cuando llegamos al círculo de piedra. Lo que sea que esté al otro lado es nuestro dolor, nuestra destrucción...

—Una llave. Un puente —murmuro—. Adelaide es la llave que abre el puente a lo que sea que esté al otro lado. Su sangre. Su sacrificio. De alguna manera, está conectado a ella.

—No —croa ella, dirigiendo nuestra atención hacia ella mientras lucha por sentarse—. No yo. Ella.

ADELAIDE

—¿ELLA? —pregunta Corvus, su fría mano apoyando mi espalda—. ¿Ya sabes quién es?

Niego con la cabeza, intentando despejar la niebla de mi mente. Las visiones ya se están desvaneciendo, como si tratara de aferrarme al agua. Pero la sensación permanece: una certeza profunda de que algo monumental se acerca, y todo tiene que ver con esa zorra.

—No. Todavía no.

Los chicos intercambian miradas, su confusión me irrita aunque sea injusto de mi parte.

—Addy —dice Zaiah suavemente—, ¿qué viste exactamente?

Cierro los ojos, tratando de unir los fragmentos de la visión. —Era... caos. Guerra. Pero no solo aquí. En todas partes. En todos los reinos. Y en el centro estaba ella. La voz en mi cabeza. Estaba abriendo algo. ¿Una puerta? ¿Un portal? No lo sé. Pero estaba desgarrando la realidad.

—¿Y dónde estabas tú en todo esto? —pregunta Zephyr, sus ojos púrpura intensos.

Trago saliva, el recuerdo envía un escalofrío a mi alma. No quiero responder honestamente porque me aterra. —No lo sé. Está todo revuelto.

La habitación queda en silencio mientras procesan mis palabras. Mi mentira. Puedo ver la preocupación en sus ojos, el miedo.

—Todo vuelve a esta criatura —dice Ignatius, rompiendo el tenso silencio.

Respiro profundamente, armándome de valor. —Necesitamos averiguar quién es ella, y luego descubrir qué quiere.

—Tenemos que empezar a trabajar en estos lugares ocultos aquí en MistHallow —dice Zephyr.

—Tiene que haber algo sobre ella. Es antigua. Es poderosa. De alguna manera está conectada conmigo. Debe haber información sobre ella en alguna parte.

—Exactamente —Zephyr está de acuerdo, entrelazando nuestros dedos.

—Ahora mismo, necesitas descansar, Addy. Has pasado por mucho —dice Corvus.

Niego con la cabeza, la frustración burbujea en mi interior. —No tenemos tiempo para descansar. Cada momento que perdemos es un momento que ella podría estar usando para hacer lo que sea que esté planeando.

—Addy tiene razón —dice Ignatius, sorprendiéndome—. No podemos darnos el lujo de quedarnos sentados sin hacer nada. Pero —añade, viendo la mirada fulminante de Corvus—, tampoco podemos agotarnos. Necesitamos un plan.

—Sin mencionar las clases. Son más tarde hoy, pero aún tenemos que asistir. Addy necesita el conocimiento —señala Zaiah.

Agarro su mano. —Gracias —digo suavemente—. Por ayudarme a ver.

Me da una pequeña sonrisa, pero puedo ver la preocupación en sus ojos blancos. —Las

visiones son cosas complicadas. No siempre significan lo que creemos.

Asiento lentamente. —¿Tú viste?

—Algo.

—¿Eso es normal?

—No.

—¿Entonces fue mi poder? Esto ya no puede llamarse una *habilidad*. Creo que Blackthorn lo subestimó mucho. Esto es un poder. Ahora lo sé. No solo puedo amplificar los poderes de otros, puedo tomarlos y usarlos. Así es como creé fuego con Ignatius, y es como hice lo que sea que fuera eso antes.

La campana suena, y miro el reloj mientras Orby sale disparado de debajo de mi almohada, asustándome de muerte.

—Cinco pasadas las nueve —murmura Corvus—, es hora de ir a clase.

—¿Lista para esto? —pregunta Zephyr, con un toque de preocupación en su voz.

Respiro profundamente, cuadrando los hombros. —Siempre. Dame cinco minutos para prepararme.

Solo cuando me levanto, desnuda y un poco friolenta, recuerdo que necesito ir urgentemente a la lavandería. Supongo que iré sin ropa interior.

—¿Cuál es tu primera clase? —pregunta Ignatius mientras me pongo unas mallas negras, un sujetador blanco y una camiseta negra.

—Runas y Símbolos Antiguos, creo.

—Igual que yo —murmura Zephyr.

Intercambiamos una sonrisa, pero es forzada. Hay algo que no me está diciendo, y por supuesto, yo también les estoy ocultando cosas. Pero necesito tratar de resolver esto por mi cuenta primero, antes de poder explicárselo a alguien. Ahora mismo, es un revoltijo de palabras, recuerdos que no son míos, un destello de un futuro o incluso un pasado. No puedo distinguirlo.

Minutos después, mientras Zaiah agarra a Orby y lo sostiene con fuerza, bajamos por las escaleras sinuosas de la torre, la ruta familiar ahora teñida con una nueva conciencia. Cada sombra parece más profunda, cada destello de magia más pronunciado. Es como si estuviera viendo MistHallow por primera vez otra vez.

—Trabajaré en el orbe —murmura Zaiah—. Definitivamente hay más en su historia.

Mientras salimos al patio, el aire nocturno es fresco contra mi piel, asiento, notando los cambios a nuestro alrededor. El daño del ataque de los Strix ha sido mayormente reparado, pero hay una tensión en el aire, una cautela en los ojos de los estudiantes que pasamos. Todos saben que algo grande sucedió, aunque no sepan los detalles.

Zaiah e Ignatius se alejan mientras Corvus camina en la misma dirección que Zephyr y yo.

Llegamos al aula de conferencias, una sala circular con asientos en niveles que rodean un atril central. Símbolos y runas antiguas cubren cada superficie disponible: las paredes, el suelo e incluso el techo. El aire vibra con magia latente, haciendo que mi piel hormiguee.

—Nos vemos luego —murmura Corvus y me besa la coronilla.

Le sonrío, pero siento que alguien nos mira. Miro alrededor y veo a Lyra fulminándonos con la mirada, aunque cambia su expresión a una más neutral cuando nota que la he visto. Me saluda con la mano y yo le devuelvo el saludo, decidida a mantenerla de mi lado. Es la Capitana de la Casa Troy, así que ir en su contra sería una idea decididamente mala.

—¿Qué es Lyra? —le susurro a Zephyr.

—¿Mmm? —Levanta la vista distraídamente—. Cambiante.

—¿De qué tipo?

—General.

—¿Qué significa eso?

—Puede transformarse en cualquier cosa. No es tan grandioso como suena. Es de nivel relativamente bajo en el panorama general.

Sin embargo, se convirtió en Capitana de Casa. Así que quizás no sea tan de bajo nivel.

Mientras Zephyr y yo tomamos asiento, noto las miradas recelosas, incluso enojadas, de nuestros compañeros. Evidentemente, se ha corrido la voz sobre quién soy, junto con quién sabe qué otros rumores. Hago mi mejor esfuerzo por ignorarlos, concentrándome en cambio en la Profesora que ha entrado majestuosamente en la sala, con su cabello plateado fluyendo detrás de ella como la cola de un cometa. A pesar de su apariencia etérea, hay una agudeza en su mirada que impone respeto.

—Buenas tardes, clase —dice la profesora Hartridge, su voz resonando fácilmente por toda la sala—. Confío en que todos se hayan recuperado lo suficiente de los eventos recientes para concentrarse en sus estudios. Hoy, nos adentraremos en las complejidades de las runas de vinculación y sus aplicaciones en la magia compleja.

Mientras la profesora Hartridge comienza su clase, me siento cautivada, a pesar de mi preocupación por los eventos recientes. El mundo de las runas y los símbolos es fascinante, un lenguaje de poder que trasciende la palabra hablada.

—Ahora —dice, con la tiza flotando en el aire mientras dibuja una compleja serie de símbolos—, ¿quién puede decirme las posibles consecuencias de desalinear una runa de vinculación en un círculo de protección?

Mi mano se levanta por sí sola para mi sorpresa y horror, ya que no tengo ni idea de nada de esto. La profesora Hartridge asiente en mi dirección.

—¿Señorita Black?

—La desalineación de una runa de vinculación podría causar el colapso del círculo, potencialmente liberando o redirigiendo la energía que se suponía debía contener —digo, las palabras fluyendo fácilmente aunque hace un minuto no tenía idea de nada de esto—. En casos extremos, podría crear un bucle de retroalimentación, amplificando la misma amenaza de la que se suponía que debía proteger.

Las cejas de la profesora Hartridge se elevan ligeramente.

—Excelente, señorita Black. ¿Y puede darnos un ejemplo de cuándo se podría emplear intencionadamente tal desalineación?

De alguna manera, sé la respuesta.

—En ciertos hechizos ofensivos, una runa de vinculación deliberadamente desalineada podría usarse para crear una reacción retardada. El hechizo inicial parecería fallar, dando al objetivo una falsa sensación de seguridad antes de que se manifieste el verdadero efecto.

Un silencio cae sobre el aula. Incluso la profesora Hartridge parece sorprendida.

—Eso es correcto, señorita Black. Aunque esa aplicación en particular se considera generalmente teoría avanzada, no suele cubrirse en este nivel.

Siento la mirada de Zephyr sobre mí. Me encojo de hombros ligeramente, de repente muy segura de dónde proviene ese conocimiento.

—Déjame adivinar —murmura—. ¿Loca vampira antigua?

—Ajá.

Me lanza una mirada de advertencia y yo hago una mueca. Esto no es bueno. Ella me está controlando lo suficiente como para soltar respuestas en clase como una empollona sabelotodo.

Pero no puedo detenerla. A medida que continúa la clase, ofrezco respuestas con mayor

frecuencia. Conceptos que están más allá de mi comprensión, dado que esta es mi primera clase en esta materia, están ahí en mi cabeza, esperando ser compartidos.

Cuando la clase está por terminar, la profesora Hartridge dice:

—Para su tarea, quiero que diseñen un círculo de protección utilizando al menos tres sistemas de runas diferentes. Estén preparados para discutir las sinergias y posibles conflictos entre los sistemas en nuestra próxima clase. Señorita Black, una palabra, por favor.

Mientras los otros estudiantes salen, Zephyr me da un apretón tranquilizador en la mano antes de dejarme sola frente a la profesora Hartridge.

—Esa fue una demostración de conocimiento bastante impresionante esta noche, señorita Black —dice, estudiándome intensamente con sus ojos plateados—. ¿Puedo preguntar dónde ha estado haciendo sus lecturas adicionales?

Trago saliva, sin saber cómo explicarlo.

—¿La biblioteca? —Mentalmente, pongo los ojos en blanco ante la respuesta patética.

Me mira fijamente.

—Hmm.

Por un momento, considero contarle todo sobre la antigua vampira en mi cabeza. Pero algo me dice que sería realmente estúpido.

—Soy nueva en este mundo, obviamente. Me estoy esforzando por aprender, profesora —digo en su lugar.

Me observa durante un largo momento, su expresión ilegible.

—En efecto. Bueno, siga con el buen trabajo, señorita Black. Pero tenga cuidado. El conocimiento es poder, pero el poder sin control puede ser peligroso.

Asiento, asimilando sus palabras.

—Sí, profesora. Gracias.

Al salir del aula, encuentro a Zephyr esperándome en el pasillo, apoyado en la pared opuesta, con el pie apoyado en la piedra detrás de él.

—¿Todo bien?

—Por ahora.

—No lo hiciste...

—No. Nada bueno saldría de eso.

—Bien. —Toma mi mano—. Tenemos otra clase, creo.

—Magia Defensiva Práctica.

—Si la antigua Addy... no te importa que te llame Addy, ¿verdad? Los demás lo hacen... ha decidido convertirte en la estrella de la escuela, estoy bastante ansioso por ver cómo te las arreglas con esto.

—Vete a la mierda. Y sí, llámame Addy, Zeph.

Sonríe, y nos dirigimos a la siguiente clase. Los pasillos de MistHallow están abarrotados de estudiantes a nuestro alrededor, siguiendo sus rutinas nocturnas, pero hay una corriente subyacente de tensión, de vigilancia.

ADELAIDE

EL AULA de Magia Defensiva Práctica es más bien un gimnasio, con suelos acolchados y varios obstáculos dispersos por todas partes. El profesor Waldron, un hombre lobo corpulento con más cicatrices que piel intacta, nos saluda con un gruñido.

—Muy bien, cachorros —ladra, su voz se eleva fácilmente por encima del parloteo de los estudiantes—. Los eventos recientes han dejado claro que el conocimiento teórico no es suficiente. Aunque esto debería haberse reservado para el tercer y cuarto trimestre, hoy vamos a poner a prueba vuestras habilidades en un escenario práctico.

Una oleada de emoción y nerviosismo recorre la clase.

—Trabajaréis en parejas —continúa—. Uno ofensivo, otro defensivo. Vuestro objetivo es incapacitar a vuestro oponente o defenderos con éxito de todos los ataques durante cinco minutos. Black, tú atacas, con Nethershade a la defensiva.

Me giro hacia Zephyr, y me dedica una sonrisa que me asusta. No será blando conmigo, no es que lo esperara. Lástima que no tenga literalmente ninguna magia ofensiva a menos que use la suya y se la devuelva. ¿Tendré el valor de hacerlo?

Supongo que lo averiguaremos.

—Esto va a ser interesante —murmura con una sonrisa burlona mientras tomamos nuestras posiciones en la colchoneta.

—Recordad —grita el profesor Waldron—, esto es un duelo mágico. Nada de contacto físico. ¡Comenzad!

Mis ojos se abren de par en par cuando me doy cuenta de que no puedo tocarlo. Entonces, ¿cómo coño voy a hacer esto?

Zephyr y yo nos enfrentamos. La química entre nosotros es como algo vivo. Por un momento, ninguno de los dos se mueve, cada uno esperando a que el otro haga el primer movimiento. El resto de la clase ya ha comenzado sus duelos, el aire chisporrotea con varios hechizos y contrahechizos. Pero aquí estoy yo, paralizada, sin saber cómo proceder.

Zephyr arquea una ceja, un desafío en sus traviesos ojos púrpura. —Vamos, Addy —me provoca suavemente—. Muéstrame lo que tienes.

Respiro hondo, tratando de centrarme. Es entonces cuando lo siento: un débil pulso de energía que emana de Zephyr. Es su magia preparándose para la defensa. ¿Me la está dando? Levanto una ceja en respuesta, pero su rostro no expresa nada.

Concentrándome en ese pulso, extendiendo mi mente, aprovechando mis habilidades de Vesper. Bueno, mis poderes completamente vampíricos ahora, supongo. Es como agarrar un hilo de humo: elusivo, pero posible si sabes cómo tocarlo. Tiro suavemente y siento que un hilo del poder de Zephyr fluye hacia mí.

La sensación es embriagadora. La magia de los Fae Oscuros corre por mis venas, y jadeo. Sin pensar, la lanzo contra Zephyr.

Él sonríe, esa sonrisa lenta y a medias que me hace humedecer entre las piernas. —Muy astuta, princesa —murmura.

Envalentonada por mi éxito, vuelvo a extenderme, absorbiendo más de su poder. Esta vez, formo las sombras en zarcillos que azotan el aire hacia él. Zephyr contraataca con un escudo de oscuridad, absorbiendo el ataque.

Las sombras se reúnen alrededor de sus manos. —Bien, pero débil. Veamos cómo manejas esto.

Las sombras se funden en un enjambre de criaturas oscuras, sus formas indistintas pero amenazantes. Lo rodean, una ola de oscuridad protegiéndolo. Por un momento, el pánico sube por mi garganta. Entonces la recuerdo a *ella*.

—Vale, zorra. Veamos lo que tienes.

¿Es esa forma de hablarle a la criatura que va a salvarte el culo en esta clase?

—Mira, señora. Quieres ser la estrella de la clase. Necesitas ayudarme. No sé si estás reviviendo tus días de gloria o si estás compensando por haber sido una perdedora en la Academia en el pasado, pero ahora es tu oportunidad de mostrarles a estos tontos quién eres.

Vaya. Sabes cómo provocar a una chica, ¿verdad? Pero seamos perfectamente claras. Eran días de gloria. Yo gobernaba este puto basurero.

—Entonces deja de parlotear y haz lo que sea que tengas que hacer para sacarme, no, espera... para sacarnos de esta.

Mientras las criaturas de sombra arremolinan a su alrededor, siento que ella toma el control. No está al mando, sino más bien guiando mis acciones. Aprovecha el poder de Zephyr, pero también lo extrae activamente de sus creaciones. Las criaturas comienzan a desintegrarse mientras ella absorbe su energía hacia nosotras.

Somos muy "nosotras" ahora mismo. No estoy segura de cómo me siento al respecto, pero ella no quiere hacerme daño.

Todavía.

No soy una maldita idiota, y estoy empezando a entender lo que quiere de mí. Quiere mi cuerpo. Quiere tomar el control por completo, para que ella sea yo y yo sea... nada.

Ay, no seas así. No serás nada, pequeña zorra. Serás todopoderosa.

Ella moldea el poder robado en un estallido de luz cegadora. Las criaturas de sombra restantes se disipan al contacto, dejando a Zephyr momentáneamente expuesto.

Presiona nuestra ventaja, enviando una andanada de proyectiles de sombra hacia él, cada uno alimentado por el poder que he absorbido de él. Zephyr se mueve y esquivo, sus movimientos fluidos y gráciles. Contraataca con más construcciones de sombra, pero cada una solo sirve para alimentar sus ataques mientras ella las drena de energía.

Mientras intercambiamos golpes, me doy cuenta de un creciente silencio a nuestro alrededor. Los otros estudiantes han detenido sus propios duelos para observarnos. Puedo oír susurros que se extienden entre la multitud.

Puedo sentir el poder de esta criatura creciendo dentro de mí, un manantial de energía que suplica ser liberado. Es emocionante y aterrador. Una parte de mí quiere dejarse llevar, ver hasta dónde puedo llevar esta habilidad.

Pero otra parte, la que recuerda la visión de guerra y destrucción, se contiene. No puedo perder el control. No puedo dejar que *ella* pierda el control. No aquí. No ahora.

Zephyr parece percibir mi lucha interna. Sus ataques se vuelven más concentrados,

empujándome a centrarme en la defensa más que en el ataque. Es una táctica inteligente, obligándome a canalizar la energía de manera controlada.

—¡Tiempo! —exclama el profesor Waldron, su voz cortando la tensión en la sala—. Excelente trabajo, ambos. Eso fue inesperado de Black. Bien hecho.

Bajo las manos, de repente consciente de lo agitada que estoy respirando. El poder prestado se desvanece, dejándome sintiéndome agotada. Zephyr me da un pequeño asentimiento. Sabe sin que yo diga una palabra lo que fue eso. O *quién* fue eso.

Mientras la clase se dispersa, con susurros siguiéndonos, el profesor Waldron se acerca a nosotros. —Black, Nethershade, una palabra.

Lo seguimos a una esquina de la sala, lejos de los oídos curiosos de nuestros compañeros.

—Eso fue toda una demostración —dice, su rostro cicatrizado ilegible—. Particularmente usted, Black. Tenía la impresión de que no poseía capacidades mágicas ofensivas.

Hago una mueca, sin saber cómo explicarlo, así que miento. —Yo tampoco, pero ahí lo tiene. Supongo que nadie conoce realmente las habilidades de un Vesper, ¿eh? —Para mi total mortificación, le doy un ligero puñetazo en el brazo. Zephyr reprime su risa, mal, debo añadir, mientras Waldron me mira con algo parecido al horror por atreverme a ser tan informal.

Gruñe, claramente decidiendo si creerme o no. —Bien. Bueno, sea lo que sea que esté haciendo, tenga cuidado. Un poder del que no sabemos nada es peligroso. Deberíamos hablar con Blackthorn sobre esto.

—Él ya lo sabe —digo rápidamente—. Ha estado mentorizándome. —Bueno, no es una gran mentira. Lo ha hecho, de alguna manera.

—Hmm. —Sé que está pensando que irá a Blackthorn y confirmará todo esto. Solo puedo esperar que Blackthorn me cubra. Sospecho que lo hará. Sea cual sea su asunto, es un poco más de lo que deja ver.

Es solo una cosa más que resolver.

Cuando salimos del aula, Zephyr me atrae hacia un nicho, sus ojos púrpura intensos. —¿Estás bien?

Tomo un respiro tembloroso, la adrenalina desvaneciéndose. —Sí. Se sentía increíble, Zeph. Como si pudiera hacer cualquier cosa. Pero también... aterrador. Ella tiene un golpe tremendo.

—Ni que lo digas —murmura.

—¿Cómo fue? —pregunta Corvus, acercándose a nosotros y apoyándose contra la pared en una pose casual que es sexy como el infierno, sus ojos azules escrutando los míos.

Miro entre Zephyr y Corvus, sin saber cuánto revelar. —Fue un poco salvaje —digo finalmente—. Ella tomó el control. Usó mis habilidades para amplificar el poder de Zephyr y devolvérselo.

Los ojos de Corvus se estrechan. —¿Ella? ¿Te refieres a la voz en tu cabeza?

Asiento, sintiéndome de repente exhausta. —Sí. Creo que se está haciendo más fuerte. O tal vez solo estoy mejorando en canalizar su poder. De cualquier manera, es...

—Peligroso —termina Zephyr por mí, su voz baja.

—Creo que necesitamos consultar el libro de mapas esta noche y ver si podemos averiguar algo sobre ella. A menos que sea lo suficientemente comunicativa como para que le preguntes.

—Lo dudo. Ella es... irritante.

Él resopla. —Entonces es hora de escaparnos.

—Tengo tres clases más —señalo, sintiéndome como una gran nerd, mientras Zephyr parece estar de acuerdo con Corvus.

—Oh, Addy —dice Corvus, tomando mi mano y alejándome de mi próxima clase—. Vamos

a corromperte desde el acto más pequeño hasta el más grande. Te vas a convertir en una chica muy mala.

Las últimas tres palabras envían una descarga de lujuria a través de mí. —¿Ah, sí? —grazno. Miro entre él y Zephyr, dividida entre un sentido de responsabilidad y el atractivo de la rebeldía.

—Vamos, Muñequita —ronronea Zephyr, sus ojos púrpura brillando con picardía—. Vive un poco peligrosamente.

Me muerdo el labio, vacilando. —¿Pero y si nos atrapan?

Corvus se ríe, el sonido bajo y seductor. —Esa es la mitad de la diversión, ¿no?

Antes de que pueda protestar más, Corvus me lleva por un pasillo lateral, alejándonos de los concurridos pasillos principales. Zephyr se pone a mi lado.

—Buscaremos a los demás e iremos a hacer algo de caza —susurra.

—De acuerdo —susurro de vuelta, de repente emocionada—. Hagámoslo.

ADELAIDE

LA EMOCIÓN de la rebeldía corre por mis venas mientras avanzamos por los serpenteantes pasillos de MistHallow. Corvus va a la cabeza, con pasos seguros y decididos, mientras que Zephyr cierra la marcha, sus sombras danzando a nuestro alrededor para ocultar nuestros movimientos. La excitación de saltarse las clases se mezcla con el nerviosismo por nuestra próxima aventura.

—¿Dónde están Ignatius y Zaiah? —susurro mientras nos escabullimos en un aula vacía para evitar a un profesor que se acerca.

—Ignatius, Zaiah. Venid con nosotros —murmura Zephyr, y luego me aprieta la mano—. Están en camino.

Nos movemos en silencio por los pasajes menos utilizados de MistHallow, las antiguas piedras parecen susurrar secretos con cada paso. El aire se vuelve más fresco a medida que descendemos, y el aroma de la vieja magia y el conocimiento olvidado se hace más intenso.

Ignatius y Zaiah aparecen frente a nosotros, listos para esta aventura.

—Vamos a explorar —dice Zephyr, haciendo aparecer de la nada el libro encuadernado en cuero que había traído del Reino de las Hadas Oscuras. El libro pulsa con una energía mágica, y me siento atraída hacia él—. Este mapa muestra pasajes ocultos debajo de MistHallow. Vamos a ver qué podemos encontrar.

Los ojos de Ignatius se iluminan, literalmente, con chispas bailando en sus iris. —Menuda escapada. Vamos —Su entusiasmo es contagioso, y le devuelvo la sonrisa.

Zaiah se acerca a mí y me da un rápido beso. —Esa esfera es un verdadero dolor en el trasero —gruñe.

—Ni que lo digas —respondo con una risita—. ¿Dónde está?

—De vuelta en tu habitación, supongo. Se enfadó conmigo y se fue.

Me tapo la boca con la mano para ahogar una carcajada. —De acuerdo —digo, retirándola—. Trabajaremos con él en mi habitación más tarde.

Asiente en señal de acuerdo, y con nuestro grupo completo, nos dirigimos a un rincón apartado. Zephyr sostiene el libro con una mano y despliega las páginas, sus dedos trazando las intrincadas líneas y símbolos. El pergamino cruje suavemente bajo su tacto, y me inclino más cerca, fascinada por la compleja red de túneles y cámaras representadas.

—Aquí —dice, señalando una marca descolorida cerca de la parte inferior de la página—. Esto parece una entrada a los túneles. Debería estar detrás de la estatua de Morgana la Sabia en la biblioteca.

Nos movemos con cautela por la biblioteca, atentos a la bibliotecaria. Está ocupada detrás del mostrador principal, así que nos movemos con cuidado y en silencio hacia la parte trasera. La

estatua de Morgana se alza ante nosotros, sus ojos de piedra parecen seguir nuestros movimientos. El mármol está frío bajo mis dedos mientras recorro la base de la estatua, buscando algún indicio de un mecanismo oculto.

—¿Y ahora qué? —susurro.

Zephyr consulta el mapa de nuevo, con el ceño fruncido en concentración. —Debería haber un interruptor oculto... ah, aquí —Presiona un pequeño nudo poco llamativo en la piedra. Por un momento, no ocurre nada. El silencio se alarga, tenso de suspenso. Entonces, me estremezco ante el sonido de roce que parece imposiblemente fuerte en la silenciosa biblioteca, mientras la estatua comienza a girar.

—Rápido —sisea Corvus, empujándonos hacia la oscura abertura revelada detrás de Morgana.

El pasaje se sella detrás de nosotros, sumiéndonos en una oscuridad tan completa que siento descender una sensación de pánico. Pero entonces mis ojos de vampiro se ajustan a la negrura absoluta, y suspiro aliviada. Ignatius invoca una pequeña llama en su palma, proyectando un cálido resplandor sobre nuestros rostros.

—Bueno —sonríe, sus ojos reflejando la llama—, esto es emocionante.

Suelto una risita nerviosa y me acerco más a él. Su calor es reconfortante. Recuerdo su toque abrasando mi piel antes, y me estremezco cuando mi interior se calienta con el recuerdo.

El túnel se extiende ante nosotros, con antiguas paredes de piedra, húmedas y mohosas. El olor a nuestro alrededor es denso, con el aroma de la tierra y la magia antigua, haciendo que mi piel hormiguee. Cada respiración se siente pesada de potencial, como si estuviéramos inhalando la esencia de los secretos de MistHallow. Avanzamos con cautela, Zephyr consultando el mapa a intervalos regulares. El pergamino parece brillar tenuemente a la luz de la llama de Ignatius, la tinta moviéndose y cambiando. —¿Por qué se está moviendo?

—MistHallow se está moviendo —murmura—. La hemos asustado.

—Oh, ¿como cuando llegué por primera vez?

—Sí. Se calmó un poco, pero ahora está molesta con nosotros por descubrir sus secretos.

—Entonces, eso suena a malas noticias —susurro—. ¿Deberíamos volver?

—Ni en sueños, princesa —dice en un tono normal que me hace saltar, y se ríe de mi nerviosismo.

—Cuidado dónde pisáis —advierte Zaiah mientras sorteamos un tramo particularmente complicado de suelo irregular. Sus ojos blancos brillan en la penumbra, escaneando el camino por delante—. Algunas de estas piedras están sueltas.

Tan pronto como lo dice, siento que una piedra se mueve bajo mi pie. Se oye un clic, ominoso en su finalidad, y el suelo bajo nosotros cede. Caemos por un tobogán resbaladizo y sinuoso, mi grito de sorpresa hace eco en las paredes. El mundo se convierte en un vertiginoso borrón de oscuridad y fugaces roces de piedra fría.

Aterrizamos en un montón al final, en una gran cámara circular iluminada por antorchas parpadeantes. El impacto me deja sin aliento, y por un momento, todo lo que puedo hacer es quedarme tumbada, tratando de reorientarme. Mientras nos desenredamos, quejándonos, noto extraños símbolos tallados en las paredes, brillando tenuemente con una luz sobrenatural. La atmósfera aquí es diferente, cargada de una energía que hace que se me erice el vello de la nuca.

—¿Todos bien? —pregunta Corvus, ayudándome a ponerme de pie. Su mano fría en la mía es reconfortante, un ancla en este lugar extraño y desconocido.

Asentimos, sacudiéndonos el polvo. Zephyr consulta el mapa de nuevo, su rostro sumido en sombras y seriedad. El pergamino parece resistirse a su escrutinio, las líneas se difuminan y

cambian bajo su mirada.

—Esta cámara no está en el mapa —dice lentamente—. Estamos explorando lo inexplorado. —Su alegría por eso es evidente mientras nos sonríe y saca una pluma estilográfica del aire. Comienza a garabatear, mirando alrededor y observando el entorno mientras dibuja la cámara en el libro, murmurando cosas en un lenguaje tan oscuro y complejo que me hace temblar bajo su poder.

—Mirad —dice Zaiah, apartando mi atención de Zephyr, y señalando una serie de arcos alrededor del perímetro de la sala. Cada uno conduce a un túnel diferente, desapareciendo en la oscuridad. Los arcos están adornados con más de los símbolos brillantes, cada conjunto único y pulsando con su propio ritmo.

—¿Por dónde? —pregunta Ignatius, su llama extinguida por la caída, volviendo a la vida poco a poco. La luz parece ser tragada por la oscuridad más allá de los arcos, incapaz de penetrar sus profundidades.

Antes de que alguien pueda responder, oímos un rugido bajo. El sonido parece venir de todas partes a la vez, reverberando a través de la piedra y hasta nuestros huesos. Los símbolos en las paredes comienzan a brillar más intensamente, pulsando con un ritmo inquietante que coincide con los latidos de mi corazón.

—Eh, ¿chicos? —digo, alejándome de la pared más cercana, mi voz temblando ligeramente—. Creo que hemos despertado algo.

El rugido se hace más fuerte, ahogando todos los demás sonidos. De repente, figuras espectrales comienzan a emerger de las paredes. Son translúcidas, brillando con la misma luz que los símbolos, sus rasgos indistintos pero de alguna manera amenazantes. Se mueven con una gracia fluida que es hermosa pero jodidamente aterradora.

—Guardianes —susurra Zephyr—. Antiguos protectores de los secretos de MistHallow.

—¿Cuán antiguo es este lugar? —murmuro, más para mí misma que para los demás.

—En su forma más temprana, miles de años —responde Corvus de todos modos.

—¿Así que hemos despertado a seres primordiales?

—Sí.

—Bueno, eso es jodidamente maravilloso.

Corvus bufa y aprieta mi mano con más fuerza. —No me sueltes, pase lo que pase, Addy, ¿vale?

Su tono serio me asusta más que los espectros. Aprieto su mano en respuesta, ya que las palabras me han fallado ahora.

Las figuras espectrales avanzan hacia nosotros, sus movimientos sincronizados y decididos.

—¿Qué hacemos? —chillo, mi voz más aguda de lo normal, traicionando mi miedo.

—Luchamos —dice Corvus con gravedad, sus colmillos descendiendo mientras adopta una postura defensiva. Sus ojos brillan con una luz depredadora, y se me recuerda una vez más el poder que acecha bajo su calma exterior. Tiro de su mano para soltarme, pero me mira con severidad—. No me sueltes.

—Pero...

—Nada de peros.

Los otros se preparan mientras mi respiración se acelera. —Si estás ahí, vendría bien algo de ayuda.

Silencio.

Qué sorpresa.

Las sombras de Zephyr se retuercen a su alrededor como seres vivos, las llamas de Ignatius

se vuelven más brillantes y calientes, la forma de Zaiah parpadea mientras accede a sus poderes de djinn. Con nada más que mi poder de succión, extendiendo la mano, sintiendo los hilos de su magia. La energía se arremolina a nuestro alrededor, un tejido de poder en espera.

Cuando los guardianes atacan, el caos estalla en la cámara. Arrastrándome con él, Corvus se mueve a una velocidad cegadora, su puño libre atravesando las formas espectrales pero de alguna manera causando que retrocedan. Cada impacto envía ondas a través del aire, distorsionando el espacio a nuestro alrededor. Las sombras de Zephyr se lanzan, enredando a los guardianes y ralentizando su avance. La oscuridad parece viva, retorciéndose y enrollándose con voluntad propia.

Ignatius lanza bolas de fuego que explotan en brillantes destellos, dispersando temporalmente a nuestros atacantes. El calor es intenso y el sudor perla mi frente. Zaiah entra y sale de la realidad, su forma se difumina y cambia, confundiendo y desorientando a los guardianes. El aire a su alrededor brilla con el espacio distorsionado, y siento un vértigo momentáneo solo de verlo.

Aquí es donde necesito controlar mi pánico y detenerme. Arranco mi mano de la de Corvus. Él gruñe, pero niego con la cabeza y cierro los ojos. Me concentro en la habilidad que sé que es mía. Que sé cómo usar... más o menos. Me convierto en un conducto, canalizando y amplificando los poderes de los demás. Siento las sombras de Zephyr fluyendo a través de mí, volviéndose más oscuras y potentes. Las llamas de Ignatius arden más calientes, pasando de naranja a azul a blanco incandescente. Las habilidades de distorsión de la realidad de Zaiah se expanden, creando bolsas de espacio distorsionado a nuestro alrededor que doblan la luz y confunden a nuestros atacantes espectrales. Los puños de Corvus conectan con los espectros, lanzándolos de vuelta a las runas grabadas en las paredes.

Me siento poderosa, invencible, la magia combinada de mis compañeros fluye a través de mí como un río embravecido. Pero hay un temor persistente en el fondo de mi mente, un susurro de duda que crece más fuerte con cada momento que pasa. ¿Cuánto de este poder es realmente mío? ¿Y cuánto pertenece a la antigua presencia que acecha en mi conciencia?

—¿Estás ahí?

Nada.

Me concentro de nuevo mientras la batalla continúa sin que ningún bando obtenga una clara ventaja. La cámara es un torbellino de sombras, llamas y realidad distorsionada. Los guardianes presionan su ataque sin descanso, sus formas espectrales reformándose cada vez que logramos dispersarlas.

Justo cuando siento que mis fuerzas comienzan a menguar, mis extremidades se vuelven pesadas por el agotamiento, Zephyr grita:

—¡Los arcos! ¡Tenemos que elegir uno!

—¿Pero cuál? —grito en respuesta mientras Corvus se lanza frente a mí para protegerme de un espectro que se acerca.

—Confía en tus instintos —grita Corvus, agachándose bajo una hoja espectral que pasa por el espacio donde había estado su cabeza un momento antes—. ¡Addy, es tu elección!

Escaneo los arcos, mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en la garganta. Todos parecen iguales a primera vista, oscuros y amenazantes, prometiendo peligros desconocidos. Pero entonces lo siento: una atracción, sutil pero inconfundible, hacia uno en el extremo opuesto de la cámara. El arco me está llamando, resonando con algo profundo en mi interior.

Entonces la veo.

Una forma fantasmal flotando bajo el arco, pero es ella. Soy... yo.

—¡Ese! —señalo, ya moviéndome hacia él sin miedo ni duda—. ¡Deprisa!

Corremos hacia él, con los guardianes pisándonos los talones. Sus gemidos sobrenaturales llenan el aire, un coro de furia de otro mundo. Cuando pasamos por el arco, ella desaparece, pero siento una oleada de magia que nos envuelve, como si atravesáramos una cascada de energía pura. El túnel más allá está completamente oscuro, engullendo las llamas de Ignatius y dejándonos en completa oscuridad. Pero puedo oír los gritos de los guardianes desvaneciéndose detrás de nosotros, incapaces de seguirnos.

—Sigan moviéndose —urge Zephyr, su mano encontrando la mía en la oscuridad. Su toque es un alivio bienvenido en la desorientadora negrura—. No pueden seguirnos aquí.

Avanzamos a tropezones, confiando en el tacto y el instinto para guiarnos. El túnel parece no tener fin, girando y volteando, a veces inclinándose hacia arriba, a veces hacia abajo. Después de lo que parece una eternidad, el túnel comienza a ensancharse, y siento que el aire cambia. Se vuelve más fresco, impregnado con el aroma de libros viejos y magia antigua. La opresiva oscuridad comienza a disiparse, dando paso a una luz suave.

Ignatius convoca otra llama, iluminando nuestro entorno. Hemos emergido en una vasta biblioteca, sus estanterías se extienden hacia sombras tan profundas que parecen un abismo ante nosotros. Motas de polvo bailan en el aire, brillando en la luz del fuego como pequeñas estrellas. La vista me deja sin aliento, un mundo oculto de conocimiento que se extiende ante nosotros.

—Guau —exhala Zaiah, sus ojos blancos abiertos de asombro—. ¿Qué es este lugar?

—No tengo ni idea. No está en el libro —dice Zephyr.

Mientras contemplamos la vasta biblioteca ante nosotros, siento una mezcla de asombro y temor. Las estanterías parecen extenderse infinitamente en todas direcciones, llenas de antiguos tomos y pergaminos.

—Esto es increíble —susurro.

Corvus asiente en acuerdo, sus ojos azules escaneando las estanterías con gran interés.

—Debe haber siglos de conocimiento aquí. Quizás incluso milenios.

Zephyr se mueve hacia la estantería más cercana, sus dedos flotando sobre los lomos de los libros.

—Tenemos que tener cuidado —advierte—. En un lugar como este, el conocimiento puede ser tan peligroso como valioso.

Doy un paso tentativo hacia adelante, atraída por una inexplicable fuerza hacia una sección particular de la biblioteca. Mientras me muevo, la suave luz de la habitación parece pulsar, volviéndose más brillante a mi alrededor.

—Chicos —dice Zaiah, su voz tensa por la preocupación—. Miren a Addy.

Bajo la mirada hacia mí misma y jadeo. Mi piel está brillando tenuemente, pulsando al ritmo de la luz en la habitación. Es como si la biblioteca estuviera respondiendo a mi presencia.

—¿Qué me está pasando? —pregunto, mi voz temblando ligeramente.

—No lo sé —dice Zephyr, acercándose para examinarme—. Pero creo que la biblioteca te está reconociendo de alguna manera.

—Quieres decir que *la* está reconociendo a *ella* —murmura Ignatius.

Trago saliva. Sí, definitivamente no soy yo quien está tan ansiosa por fusionarse con esta biblioteca.

El brillo se intensifica mientras me adentro más en la biblioteca, atraída por una fuerza invisible. Los demás me siguen con cautela, sus ojos escudriñando en busca de cualquier señal de peligro.

—Addy —dice Corvus, la advertencia en su tono urgente—. Tal vez deberíamos...

—Espera —lo interrumpo, mi mirada fija en un libro grande y ornamentado que descansa en

un pedestal más adelante—. Necesito ver ese libro.

A medida que me acerco, el libro emite un suave resplandor rítmico que coincide con la iluminación de mi piel. Extiendo la mano, mis dedos rozando la antigua cubierta de cuero.

En el momento en que lo toco, una descarga de energía recorre mi cuerpo. Imágenes inundan mi mente: los habituales destellos de batallas, rituales y rostros que no reconozco pero que de alguna manera me resultan familiares. La veo a ella, la antigua mujer vampiro empuñando un inmenso poder.

—¡Addy! —la voz de Zephyr suena distante, amortiguada—. ¡Addy, suéltalo!

Pero no puedo. El poder del libro me tiene atrapada, vertiendo conocimiento en mi mente más rápido de lo que puedo procesarlo. Veo la creación de MistHallow, la forja de alianzas entre razas sobrenaturales, el ascenso y caída de imperios. Y a través de todo ello, ella está allí, una presencia constante moldeando los eventos desde las sombras.

Finalmente, con un jadeo, arranco mi mano del libro. Mis rodillas tiemblan, pero Ignacio está ahí para sostenerme. Su toque perdura, su expresión es difícil de interpretar.

—¿Qué? —murmuro, agarrándome la cabeza.

—No debería poder tocarte sin quemarte —responde, perplejo.

—¿Qué quieres decir?

—Mira... —Extiende la mano y toca a Corvus.

Corvus sisea y muestra los colmillos mientras Ignacio le quema la piel. Se cura rápidamente y entrecierra los ojos hacia el elemental de fuego.

—Imbécil.

—Estoy demostrando algo —responde Ignacio con calma—. Mira. —Toma mi mano y entrelaza nuestros dedos. Tiene un calor glorioso que es bienvenido en este oscuro pozo de desesperación en el que nos hemos encontrado.

Corvus lo mira fijamente por un largo momento.

—Más que el vampiro promedio.

—Bueno, eso ya lo sabíamos —interrumpe Zaiah—. Concentrémonos, chicos. Quiero salir de aquí como, ayer. Este lugar me da escalofríos.

Zephyr resopla.

—¿El pequeño djinn tiene miedo?

Zaiah le hace una seña obscena.

—No tengo miedo, solo soy precavido. No puedo acceder al otro reino desde aquí. ¿Tú puedes? —Lanza la pregunta a Zephyr, quien frunce el ceño.

—No —murmura—. Eso no es bueno.

—¿Ves? —dice Zaiah—. Así que aceleremos esta aventura.

Ignacio me suelta, y nos separamos, cada uno atraído por diferentes secciones de la biblioteca. Los estantes parecen extenderse infinitamente, cada pasillo prometiendo nuevos descubrimientos. Camino por un pasillo dedicado a teorías mágicas oscuras, aparentemente, mis dedos rozando los lomos de cuero grabados con títulos en idiomas que no reconozco y ni siquiera puedo pronunciar. Los libros parecen zumbir con poder, siglos de conocimiento esperando ser desbloqueados.

Algo llama mi atención y me detengo. Es un libro pequeño y discreto encajado entre dos volúmenes más grandes. Es fácil pasarlo por alto, pero algo en él me llama, una energía que resuena con el poder que pulsa por mis venas. Con manos temblorosas, lo saco del estante. El cuero es suave y gastado, hablando de las innumerables manos que lo han sostenido antes que yo.

La portada está en blanco, pero cuando lo abro, siento una sacudida de reconocimiento. La caligrafía en su interior me es familiar, aunque no puedo ubicarla exactamente. La tinta parece brillar en la página, las palabras casi vivas. Mis ojos se ensanchan cuando comienzo a leer con fluidez en un idioma tan muerto como puede ser, cada frase revelando secretos que nunca imaginé.

—Chicos —llamo, mi voz temblorosa de emoción pero con una grave aprensión—. Creo que he encontrado algo. Algo importante.

ADELAIDE

MIENTRAS LOS DEMÁS se reúnen a mi alrededor, sus rostros iluminados por el resplandor que emana de mí, sé que nuestra aventura apenas comienza. El libro en mis manos guarda secretos: sobre MistHallow, sobre los Vespers, sobre la antigua presencia vampírica en mi mente. Cada página promete respuestas, pero también plantea nuevas preguntas.

Al encontrarme con los ojos de mis compañeros, veo las mismas emociones que siento. Cautela, emoción, temor. Sea lo que sea en lo que nos hemos topado aquí, escondido en las profundidades de MistHallow, cambiará todo. La única pregunta es: ¿estamos preparados para lo que viene?

El peso del libro en mis manos se siente como una responsabilidad para la que no estoy segura de estar preparada.

El archivo secreto se extiende a nuestro alrededor, lleno de conocimientos no revelados y peligros ocultos. Pero este pequeño e insignificante libro podría contener la clave para entender mi verdadera naturaleza y la antigua presencia que comparte mi mente.

Mientras nos acercamos más, preparándonos para adentrarnos en el contenido del libro, sé que estamos al borde de algo monumental. El aire parece cargado de posibilidades, y las sombras del archivo parecen inclinarse, ansiosas por presenciar lo que sucederá a continuación.

—Está en latín —murmuro.

—Déjame a mí —dice Corvus, extendiendo la mano hacia el libro.

Gruño, apartándolo de su alcance. —Mío.

Él levanta las manos, su mirada de cautela se profundiza. —De acuerdo, puedo leer y traducir latín. ¿Tú puedes?

—Ahora puedo —murmuro, y comienzo a leer en voz alta, mi voz clara y confiada—. En las sombras entre mundos, existe un poder más allá de la imaginación: una convergencia de magia y sangre, de vida y muerte. Los Vesperidae son solo una sombra de este poder, un pálido reflejo de lo que una vez fue y lo que podría ser de nuevo.

Mi voz vacila mientras las palabras resuenan en mí. Los otros se acercan más, ansiosos por escuchar más.

—Continúa —me insta Zephyr suavemente.

Asiento y prosigo: —Para desbloquear todo el potencial de este poder se requiere un sacrificio. Una fusión de almas, antigua y nueva. El recipiente debe estar dispuesto, debe abrazar la oscuridad interior. Solo entonces se pueden romper las barreras entre reinos y desatar el verdadero poder.

Mis manos tiemblan mientras paso la página. El siguiente pasaje me hiela la sangre. —Cuidado con aquel que busca reclamar este poder para sí mismo. Al hacerlo, arriesga deshacer la

realidad misma. El equilibrio debe mantenerse, so pena de que todos los mundos caigan en el caos.

—¿Entonces creemos que la entidad en tu cabeza está tratando de desatar el caos? —pregunta Corvus.

—No. O al menos no necesariamente. Obviamente, la fusión de almas, antigua y nueva, somos ella y yo. El recipiente, yo, debe estar dispuesto. No lo estaba, así que lo que sea que Randall, el que intenta desatar el caos, hizo, no funcionó correctamente. El portal se abrió, pero eso es todo. Lo que sea que esté al otro lado de este mundo a través de ese portal es...

Nos miramos fijamente.

—Entropía —murmura Zephyr.

—Más o menos.

—Entonces, ¿qué tiene que ver *ella* con esto? —pregunta Corvus, frustrado y pasándose la mano por el pelo—. Aún no lo sabemos, lo cual es nuestra amenaza más inmediata.

Asiento y vuelvo a mirar el libro. Respiro hondo y continúo leyendo, mi voz se vuelve más fuerte a medida que me adentro en el texto antiguo. —Aquella que busca fusionarse, reclamar lo que se perdió, camina por un sendero peligroso. Es tanto salvadora como destructora, la llave para desbloquear un poder inimaginable y la potencial portadora de la perdición. La Progenitora. La primera de su especie, nacida en el crisol de la magia y la sangre. Aquella que camina entre mundos, guardiana del equilibrio. Su poder no tiene igual, su conocimiento es vasto. Pero con gran poder viene gran sacrificio.

Levanto la mirada hacia los demás, mi mente dando vueltas. —Tiene que ser ella. La voz en mi cabeza.

Zephyr se inclina. —¿Qué más dice sobre ella?

Paso la página, ansiosa por más información. El siguiente pasaje me deja sin aliento. —La esencia de la Progenitora puede transmitirse a través de las eras, permaneciendo latente hasta que encuentre un recipiente adecuado. Uno con el potencial de manejar su poder y continuar su trabajo. Pero cuidado, pues la fusión de almas no está exenta de riesgos. El recipiente puede ser consumido, su identidad perdida ante la conciencia antigua en su interior.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal mientras asimilo las implicaciones de estas palabras. No es que no lo hubiera pensado ya, pero verlo confirmado es otra cosa completamente distinta. —Sombra Carmesí.

—¿Eh? —pregunta Ignatius en el escalofriante silencio.

—Su nombre es Sombra Carmesí. Eso coincide con lo que me dijo. Sombra Car... —murmuro, no realmente diciéndoles eso pero necesitando decirlo en voz alta.

La pequeña zorra lo entiende. Por fin.

—¿Por qué no me dijiste todo esto? —siseo, sobresaltando a los chicos que retroceden ligeramente.

No es así como funciona. ¿No leíste la parte sobre estar dispuesta? Eso incluye que descubras todo esto por tu cuenta. Bueno, con estos guapos. Joder, saben cómo complacernos, ¿no?

—¡NO VUELVAS A DECIR ESO JAMÁS! —rujo, obligando a los chicos a agacharse para cubrirse mientras una lluvia de fuego cae del techo en mi ira, que inconscientemente tomé de Ignatius—. No son tuyos. Son míos.

Bueno, en cierto modo son míos. Tan sexys. Ha pasado tiempo desde que tuve un buen polvo.

—Dios mío —murmuro, respirando hondo. Me está provocando. Enojarme con ella solo la divierte y la hará empeorar.

Los otros me observan con cautela, claramente inseguros de cómo reaccionar ante mi arrebato.

—Lo siento —murmuro—. Está habladora.

Zephyr da un paso adelante, sus ojos púrpura intensos. —¿Qué dijo ella?

Niego con la cabeza. —Nada importante. Solo intenta provocarme.

Corvus frunce el ceño. —Necesitamos averiguar cómo controlar esto, Addy. Está volviéndose más fuerte, ¿verdad?

Asiento a regañadientes. —Eso creo. Pero yo también estoy aprendiendo. Solo necesitamos mantenernos un paso adelante de ella.

—¿Y cómo hacemos eso? —pregunta Ignatius.

Miro el libro en mis manos. —Aprendiendo todo lo que podamos. Sobre ella, sobre los Vespers, sobre este poder que quiere desbloquear.

—¿Entonces, ella es una Vesperidae? —pregunta Corvus.

—La primera, supongo.

—Y ha estado esperándote.

—Eso parece.

Zaiah se acerca, mirando el texto por encima de mi hombro. —¿Dice algo más? ¿Sobre cómo detenerla, tal vez?

Hojeo las páginas, buscando cualquier información relevante. Mis ojos se detienen en un pasaje cerca del final del libro. —Espera, hay algo aquí... —Mis ojos escanean el texto antiguo, mi voz se vuelve más urgente mientras leo—. Para contener el poder del Progenitor, se ideó un ritual. Cinco elementos deben unirse: sangre del recipiente, sombra del fae, llama de la creación, esencia de los deseos y el vacío de la noche. Solo a través de su unión puede ser atada la antigua, su poder aprovechado sin consumir al recipiente.

El grupo intercambia miradas, asimilando las implicaciones.

—Cinco elementos —murmura Zephyr—. No puede ser una coincidencia.

—Sangre del recipiente —dice Corvus, mirándome—. Esa eres tú.

—Sombra del Fae —añade Ignatius, asintiendo hacia Zephyr.

—Llama de la creación —dice Zaiah, señalando a Ignatius.

—Esencia de los deseos —continúo, encontrando la mirada de Zaiah.

—Y el vacío de la noche —termina Zephyr, su mirada posándose en Corvus—. El vampiro.

Un pesado silencio cae sobre nosotros mientras procesamos esta información. Mi mente corre, tratando de darle sentido a todo. —¿Entonces estamos... qué? ¿Destinados a realizar este ritual?

—Predestinados, Pequeña Muñeca —dice Zephyr en tono normal—. Al igual que nuestros padres.

—Joder —susurra Zaiah.

—Eso lo resume bastante bien.

—Así que contuvieron a Crimson hace 'x' cantidad de años, y ella ha estado al acecho, esperando que apareciera un recipiente Vesper al que pudiera poseer, y aquí estoy yo, dándole lo que quiere —refunfuño—. Suena típico de la mala suerte de Addy.

—Primero —dice Corvus, tomando mi mano y besándola—, no eres la Addy de mala suerte. Quien te dio ese nombre es un idiota. Segundo, has superado con creces sus expectativas. Se suponía que morirías en ese ritual, y ella tomaría tu cuerpo. No moriste. Viviste, pero no solo eso...

—Prosperaste en la oscuridad —termina Ignatius por él—. No puede tomarte a menos que tú

se lo permitas.

—Realmente aprecio el apoyo, chicos, pero en serio. Esto es malo. Muy, muy malo.

—Por supuesto que lo es —dice Zaiah con una risa—. Pero vamos a vencer esto y divertirnos mientras lo hacemos.

—Me alegro de que pienses que esto es divertido —murmuro.

Respiro profundamente, tratando de procesar todo lo que acabamos de aprender. El peso de todo es abrumador, pero me obligo a concentrarme. —Bien, ahora sabemos quién es ella. Crimson Shadow, la Progenitora, y sabemos que hay un ritual que puede contener su poder. Pero aún no sabemos por qué está tratando de fusionarse conmigo ahora, o cuál es su objetivo final.

Zephyr asiente, con expresión pensativa. —Y no sabemos cómo se relaciona esto con el portal que Randall estaba tratando de abrir, o qué hay al otro lado.

Gimo, frotándome las sienes, mi cabeza partiéndose con un dolor de cabeza por toda la magia y las voces en mi mente.

Ignatius coloca una mano reconfortante en mi hombro, su toque es cálido y tranquilizador. —Podemos con esto. Me encantan los buenos misterios.

Le doy una pequeña sonrisa, agradecida por el apoyo. —Cierto. Entonces, ¿cuál es nuestro próximo movimiento?

Zaiah suspira. —Creo que necesitamos aprender más sobre este ritual. El libro menciona cinco elementos, pero no da detalles sobre cómo realizarlo realmente.

—Buen punto —digo, hojeando las páginas de nuevo—. No hay nada aquí sobre los detalles específicos del ritual. Solo menciones vagas de 'unión' y 'aprovechar el poder'. Nada de instrucciones paso a paso.

Zephyr se pasa una mano por el pelo, la frustración evidente en su voz también ahora. —Por supuesto que no sería tan fácil. Nada lo es con la magia antigua.

—Tal vez haya otros libros aquí que puedan ayudar —sugiere Zaiah, mirando a su alrededor la vasta biblioteca que nos rodea—. Este lugar debe estar lleno de conocimientos ocultos.

Aprieto el libro contra mi pecho. Mi mente da vueltas por todo lo que hemos aprendido. Crimson Shadow, la Progenitora, quiere fusionarse conmigo. Pero ¿por qué ahora? ¿Qué cambió para que me buscara después de todo este tiempo?

La pequeña zorra por fin está haciendo las preguntas correctas. Ya era hora.

Aprieto los dientes, resistiendo el impulso de responder en voz alta. "¿Te importaría iluminarme entonces?", pienso en respuesta.

Todo a su debido tiempo, querida. Todo a su debido tiempo. Por ahora, ¿por qué no te centras en averiguar más sobre ese delicioso ritual? Tengo mucha curiosidad por ver cómo se desarrolla.

Su tono me pone los pelos de punta. —Delicioso ritual...

Los cuatro chicos me miran expectantes, y trago saliva. —¿Qué es? —pregunta Corvus.

—Creo que sé lo que requiere el ritual, y no tiene nada que ver con magia —digo, sintiendo el rubor subir por mis mejillas.

—¿Ah? —pregunta Ignatius mientras los demás parecen captarlo más rápido—. Aaah...

—Una orgía —digo con voz ronca, sabiendo en el fondo de mi mente que probablemente iba a suceder en algún momento, pero descubrir que tiene que suceder, especialmente cuando Crimson está observando, sintiendo, disfrutando... me pone los pelos de punta.

Lástima que los chicos no sientan lo mismo. Todo lo contrario, de hecho.

IGNATIUS

UNA DESCARGA de deseo me recorre al escuchar las palabras de Addy. Una orgía. ¿Por qué no me sorprende? —Bueno —digo, tratando de mantener un tono ligero—, eso es ciertamente un giro interesante.

Zephyr se ríe entre dientes. —Sí. Aunque no puedo decir que me sorprenda del todo. Los rituales antiguos a menudo involucran elementos carnales.

—¿Pero es seguro? —pregunta Corvus—. Con Crimson Shadow en la cabeza de Addy, observando, sintiendo todo...

Addy se estremece ligeramente. —No lo sé. Pero creo que no tenemos muchas opciones. Si este ritual puede contener su poder, evitar que tome el control por completo...

—Entonces tenemos que intentarlo —termina Zaiah por ella.

—Además, no es como si nunca fuéramos a terminar ahí de todos modos —señalo.

—Sí, pero no en medio de un jodido bosque donde cualquiera podría vernos, sin mencionar que *ella* estará deseándolos a todos y disfrutándolo —sisea Addy.

—Oye —digo, tomando su mano de Corvus y dándole un apretón—. No puedes dejar que ella te impida hacer esto.

—Ella va a impedírmelo. Lo sé.

—¿Cómo?

—Está en mi cabeza. Sabe cosas.

—¿Cosas como qué?

—Como todo. Encontrará una manera de detener esto si esta es la forma de detenerla a *ella*.

—No se lo permitiremos. —Mi tranquilización cae en oídos sordos. Adelaide se ha alterado hasta un estado que estoy seguro no tiene nada que ver con el acto en sí, sino con que esa perra de Crimson estará observando—. Mira. Olvida todo eso por ahora. Tan interesante como es esta revelación, probablemente deberíamos concentrarnos en encontrar el camino de vuelta a la superficie. Hemos estado aquí abajo durante horas, y alguien seguramente notará pronto que estamos desaparecidos.

Los demás asienten en acuerdo, aunque puedo ver la preocupación aún grabada en el rostro de Addy. Sus ojos están distantes, y puedo ver los engranajes girando en su cabeza mientras procesa todo lo que hemos aprendido. Le doy una sonrisa tranquilizadora, esperando aligerar el ambiente. —No te preocupes, Addy. Lo resolveremos todo. Pero primero, salgamos de esta vieja y húmeda biblioteca, ¿sí?

Zephyr consulta el mapa nuevamente. —El problema es, ¿cómo salimos de aquí?

—Por aquí —murmura Addy y se gira para guiarnos hacia las profundidades de la cavernosa biblioteca.

Mientras avanzamos entre las imponentes estanterías de la biblioteca oculta, siento una sensación de asombro. La cantidad de conocimiento contenido aquí es abrumadora. Antiguos tomos alinean los estantes, sus lomos adornados con escrituras que ni siquiera puedo comenzar a descifrar.

Llegamos a lo que parece ser un callejón sin salida. —¿Aquí? —pregunto.

Addy solo se encoge de hombros.

—Si Crimson te guió hasta aquí, ¿deberíamos confiar en esto? —murmuro.

Zephyr pasa sus manos por la pared, murmurando entre dientes. Sus dedos trazan patrones invisibles, y puedo sentir el sutil cambio en la energía mágica a nuestro alrededor. De repente, hay un clic, y una sección de la pared se abre hacia adentro, revelando un estrecho pasadizo.

—De cualquier manera, es una salida de la biblioteca —afirma y camina a través de ella.

—Bien hecho —murmura Zaiah. La forma del djinn parpadea ligeramente, como si no estuviera completamente en nuestra realidad.

—¿Estás bien? —murmuro mientras pasa.

—Me siento un poco desorientado. Necesito salir de aquí.

—De acuerdo.

Nos adentramos en el pasaje, conmigo cerrando la marcha. Invoco una pequeña llama en mi palma, proporcionando luz. El túnel es estrecho y húmedo.

Entonces, la llama en mi mano parpadea y se atenúa, luchando contra alguna fuerza invisible. Frunzo el ceño, concentrándome en mantener el fuego, pero continúa chisporroteando.

—Esperad —llamo, mi voz haciendo eco en las paredes de piedra—. Algo no está bien.

Los demás se detienen, volviéndose para mirarme. La preocupación está grabada en sus rostros, iluminados por la luz vacilante de mi llama. —¿Qué sucede? —pregunta Addy.

—El aire está cambiando. Creo que se está volviendo más delgado. —Me concentro, tratando de intensificar mi llama, pero permanece débil y chisporroteante. Como elemental de fuego, soy agudamente consciente del aire a mi alrededor, y en este momento, todos mis instintos gritan que algo anda mal.

Los ojos de Zaiah se entrecierran, su mirada se vuelve desenfocada mientras accede a sus sentidos de djinn. —Tiene razón. Yo también puedo sentirlo. Es como si el oxígeno estuviera siendo drenado del túnel.

El pánico comienza a apoderarse de nosotros mientras nos damos cuenta de las implicaciones. Estamos bajo tierra, en un pasaje sellado, y nos estamos quedando sin aire. Puedo ver el miedo arrastrándose en los ojos de Addy, e incluso Corvus parece intranquilo. No estoy del todo seguro si él necesita respirar, pero el resto de nosotros jodidamente sí, probablemente incluso Adelaide.

—Tenemos que movernos —dice Corvus con urgencia, sus instintos vampíricos activándose.

Aceleramos el paso, moviéndonos tan rápido como podemos en los estrechos confines del túnel. Puedo sentir que mis pulmones empiezan a arder, cada respiración se vuelve más laboriosa. Los demás también muestran signos de angustia, sus movimientos se vuelven lentos. Las sombras de Zephyr parecen estar adelgazándose, menos sustanciales de lo habitual.

Es entonces cuando veo un leve resplandor en el aire frente a nosotros. Apenas es visible, pero mis sentidos afinados al fuego captan la sutil distorsión. Es como una neblina de calor, pero más fría, succionando el calor y la vida del aire a su alrededor.

—¡Ahí! —jadeo, señalando—. Algún tipo de barrera. Creo que es lo que está drenando el aire.

Zephyr entrecierra los ojos.

—Lo veo. Pero ¿cómo la atravesamos?

Doy un paso adelante, mi mente trabajando a toda velocidad. El fuego necesita oxígeno para arder. Si puedo crear una explosión concentrada de llamas, tal vez pueda sobrecargar la barrera y forzarla a dejarnos pasar. Es arriesgado, pero a estas alturas, no tenemos muchas opciones.

—Aléjense —adviento a los demás, mi voz ronca por el aire enrarecido. Se presionan contra las paredes del túnel, dándome todo el espacio posible en el estrecho pasaje.

Tomo una respiración profunda, reuniendo el poco oxígeno que queda en el aire. Mis pulmones protestan, pero ignoro la incomodidad. Entonces, concentrando toda mi energía, libero un chorro de llamas blancas incandescentes. El fuego ruge por el túnel, tan intenso que la piedra parece ondularse por el calor. La luz es cegadora, y escucho a los demás jadear detrás de mí.

Por un momento, no pasa nada. La barrera titila, resistiendo mi asalto. El sudor perla mi frente mientras vuelco más poder en la llama. Luego, con un sonido como de vidrio rompiéndose, la barrera invisible se quiebra. El aire fresco entra de golpe, y todos jadeamos agradecidos, llenando nuestros pulmones.

—Bien hecho, Ig —dice Corvus, dándome una palmada en el hombro.

Sonrío.

—Todo en un día de trabajo.

Pero interiormente, estoy aliviado. Eso estuvo más cerca de lo que me gustaría admitir.

Continuamos, ahora más cautelosos, conscientes de que otras trampas podrían estar por delante. El túnel se retuerce y gira, y se siente como si nos estuvieran observando. Las sombras parecen moverse al borde de mi visión, pero cuando me giro para mirar, no hay nada allí.

Efectivamente, no hemos avanzado mucho cuando Addy, que va a la cabeza, de repente grita y tropieza hacia atrás. Choca con Zephyr, quien la estabiliza con una mano en su cintura.

—¿Qué pasa? —pregunta Zaiah.

—El suelo —dice ella—. ¡Está desapareciendo!

Zephyr la atrapa cuando ella empieza a caer y la lleva en una nube de sombras al otro lado del abismo, un poco más adelante en el túnel.

—¡Rápido! —grita él.

Agarro a Corvus y a Zaiah y nos transporto en llamas al otro lado.

—¡Mierda! —grita Corvus cuando me rematerializo, y su brazo está en llamas.

—Lo siento —murmuro—. Riesgos del oficio.

—Gracias por salvarnos, pero en serio, déjame caer la próxima vez —gruñe Corvus mientras la sombra de Zephyr sofoca la llama. Es como la versión sobrenatural de piedra, papel o tijera.

—Anotado —gruño y paso junto a él—. Desagradecido de mierda.

—Oye —dice Addy, corriendo detrás de mí y poniendo su mano en mi espalda—. Las tensiones están altas. Simplemente encontremos la salida y podremos ser amigos de nuevo.

—De acuerdo.

Con una atmósfera decididamente más fría entre nosotros, continuamos, el túnel ascendiendo gradualmente. El aire se vuelve más fresco, y una sensación de alivio me invade. Nos estamos acercando a la superficie. La idea de emerger de estos túneles oscuros, de sentir el aire nocturno en mi piel de nuevo, me impulsa.

Cuando doblamos una curva en el túnel, nos encontramos cara a cara con una enorme puerta de piedra. Se alza ante nosotros, antigua e imponente. Runas están talladas en su superficie, brillando tenuemente con energía mágica. El aire alrededor de la puerta se siente cargado, hormigueando contra mi piel.

—Bueno, mierda —murmuro, pasando una mano por mi cabello llameante—. ¿Alguien sabe

leer runas antiguas?

Zaiah da un paso adelante, sus ojos blancos escaneando las inscripciones. Su forma titila ligeramente mientras accede a su conocimiento de djinn.

—Es un acertijo —dice después de un momento, su voz llena de asombro—. Necesitamos resolverlo para abrir la puerta.

—¿Qué dice? —pregunta Addy, mirando fijamente los símbolos brillantes. Su curiosidad parece superar momentáneamente su miedo.

Zaiah se aclara la garganta.

—Dice: "No estoy vivo, pero crezco; no tengo pulmones, pero necesito aire; no tengo boca, pero el agua me mata. ¿Qué soy?"

Todos nos quedamos en silencio, reflexionando sobre el acertijo, pero es obvio para mí.

—Fuego —digo, una sonrisa extendiéndose por mi rostro—. Es fuego.

Los demás me miran, luego vuelven a mirar la puerta. Por un momento, no pasa nada. Entonces las runas brillan intensamente, pulsando con energía. Con un sonido chirriante que reverbera por el túnel, la puerta de piedra se abre, revelando una escalera que conduce hacia arriba.

—Ignatius, hermoso genio —ríe Corvus.

Ascendemos las escaleras, nuestros espíritus elevándose con cada paso. El aire se vuelve más fresco, y puedo sentir la magia de MistHallow haciéndose más fuerte. Finalmente, emergemos en un corredor sombrío que reconozco como parte del ala este de la escuela.

—Lo logramos —suspira Addy, con alivio evidente en su voz. Se ve agotada.

—Vamos a llevarte de vuelta a tu habitación —digo, tomando su mano y guiándola de regreso a la torre.

Cuando llegamos a la puerta en la parte inferior, me detengo y la hago girar para que me mire. Me inclino y le doy un suave beso. —Podemos con esto, Addy. No dejaremos que Crimson te posea.

—¿Lo prometes? —murmura, mirándome con esos ojos oscuros y cautivadores.

—Lo prometo —respondo, sintiéndolo con cada célula de mi cuerpo. No la perderé. Ni ahora, ni nunca.

ADELAIDE

MIENTRAS SUBO la escalera de piedra hacia mi habitación, el agotamiento me golpea como un muro de ladrillos. Los eventos de la noche dan vueltas en mi mente: la biblioteca oculta, el libro antiguo, la revelación sobre Crimson Shadow y el ritual. Todo es un poco abrumador.

Tropiezo al entrar en mi habitación, apenas logro quitarme los zapatos antes de desplomarme en la cama. Los chicos me siguen, amontonándose en el pequeño espacio. Orby flota cerca del espejo y se mueve de arriba abajo, acercándose a mí cuando me acurruco.

—¿Estarás bien, princesa? —pregunta Zephyr suavemente.

Asiento. —Siempre.

—¿Quieres que nos quedemos?

—No, creo que necesito estar sola un rato.

—¿Y qué hay de Crimson? —pregunta Corvus.

—Estaré bien. No puede hacerme daño.

—Si nos necesitas...

—Me oirán gritar —digo con una sonrisa que no siento.

Zaiah se inclina para besarme en la frente, y luego salen en fila, cerrando la puerta tras ellos. Tan pronto como estoy sola, agarro a Orby. —¿Qué sabes tú?

Aww, pobre recipiente. ¿Te está afectando?

—Cállate —gruño contra mi almohada—. Simplemente cierra la puta boca.

Vamos, vamos, esa no es forma de hablarle a tu yo futuro.

Me incorporo, con la ira recorriendo mi cuerpo. —Tú no eres mi yo futuro. Eres un parásito, y no te dejaré tomar el control.

Oh, cariño, no tienes elección. Ya está sucediendo. ¿No puedes sentirlo?

Me quedo paralizada, repentinamente consciente de un sutil cambio dentro de mí. Es como una sombra que se arrastra por los bordes de mi conciencia, una presencia que se vuelve cada vez más difícil de ignorar.

—No —susurro, apretando los puños—. Estás mintiendo.

¿Lo estoy? Piénsalo, pequeña zorra. Con qué facilidad leíste ese texto en latín. Cuán instintivamente encontraste la salida de la biblioteca. Eso no fue todo tú, ¿verdad?

El miedo me atenaza la garganta. Tiene razón. He estado accediendo a conocimientos que no debería tener y haciendo cosas que no debería poder hacer.

Ya ha comenzado, pequeño recipiente. Nuestra fusión. Es solo cuestión de tiempo ahora.

—¡No! —grito, poniéndome de pie de un salto. Orby se aleja zumbando, asustado por mi arrebató—. No te lo permitiré. Realizaremos el ritual. Te detendremos.

La risa de Crimson resuena en mi cabeza, fría y burlona. *Oh, dulce e ingenua niña. ¿De*

verdad crees que ese ritual te salvará? No se trata de contener mi poder. Se trata de desatarlo.

Se me hiela la sangre. —¿Qué quieres decir?

Piénsalo. Cinco elementos uniéndose. No es solo sexo. Es la fusión de nuestras esencias. La tuya y la mía, sí, pero también el poder de tus cuatro deliciosos chicos.

Siento que la sangre abandona mi rostro mientras asimilo las implicaciones de las palabras de Crimson. —No —susurro—. Eso no puede ser cierto. El libro decía que el ritual era para contener tu poder, no para desatarlo.

Niña tonta. ¿De verdad creíste que dejaría que la verdad se escribiera tan claramente? Ese libro estaba destinado a engañar, a dar falsas esperanzas. El verdadero propósito del ritual es mucho más interesante.

—Estás mintiendo —digo, pero la duda se cuela en mi voz—. Tienes que estar mintiendo.

Piénsalo. ¿Por qué otro motivo el ritual requeriría participantes tan específicos? Un recipiente véspero, un fae oscuro, un vampiro, un elemental de fuego y un djinn. No se trata de equilibrio. Se trata de poder.

Me desplomo de nuevo en la cama, con la mente dando vueltas. ¿Podría estar diciendo la verdad? Ya no sé qué es verdad y qué es mentira. Qué es arriba y qué es abajo. Qué es oscuridad y qué es luz.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —pregunto, con sospecha—. Si ese es realmente el propósito del ritual, ¿por qué revelarlo ahora?

Porque, querida, quiero que entres en esto con los ojos bien abiertos. Quiero que elijas esto. Que lo abras. La fusión será mucho más dulce si estás dispuesta.

Un escalofrío recorre mi espalda. —¿Y si me niego?

Entonces las cosas se pondrán feas. Para ti y tus pequeños novios. Si crees que Corvus es bueno compeliendo, no tienes idea de lo que yo puedo hacer.

—Si pudieras hacer algo, ya lo habrías hecho. En cambio, estás atrapada dentro de mi cabeza.

Ella se ríe. *Te gustaría pensar eso, pero la verdad es muy diferente. Tengo más poder sobre ti del que crees.*

Mi instinto es discutir, pero en su lugar, me levanto y me dirijo a la bolsa de lona, escondida en la esquina más alejada cerca del tocador. Con un agarre decidido, saco el cuchillo reluciente de su lugar de descanso. Mientras me acerco al espejo, mis ojos se fijan en mi reflejo. Con un movimiento rápido, levanto el cuchillo con mano firme y lo llevo hacia mi garganta. Un chorro de sangre carmesí brota de la herida, fluyendo libremente por mi frente en un cálido reguero pegajoso. Mi cuerpo se convulsiona mientras trato de reprimir las arcadas ante la visión y la sensación de mi fuerza vital escapando. El cuchillo cae de mi mano temblorosa mientras el dolor abrasador calma y atormenta a la vez a la bestia furiosa dentro de mí.

¿Ves, pequeña zorra? Puedo controlar tus acciones más de lo que crees.

Mi cuerpo se desploma en el suelo, dejando un rastro de sangre a mi paso. Cada latido de mi corazón se siente como una ola rompiendo contra la orilla, expulsando más fluido vital. Pero no es solo sangre lo que he perdido ante esta criatura. Con cada instante que pasa, me rindo más y más ante esta entidad despiadada que se ha apoderado de mí. Mis pensamientos se nublan y mis acciones ya no son más. En este momento, sé que no solo estoy perdiendo mi ser físico, sino también mi sentido de autonomía y control sobre mi propio destino. He perdido mi libre albedrío.

CORVUS

PASEO INQUIETO POR MI HABITACIÓN, la sensación de malestar desde que dejé a Addy crece por segundos. Algo no se siente bien.

—Vas a hacer un agujero en el suelo —se burla Zephyr desde donde está tumbado en mi cama.

Le lanzo una mirada irritada. —¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Después de todo lo que acabamos de descubrir...

Se encoge de hombros. —Entrar en pánico no ayudará. Necesitamos mantener el enfoque.

—Lo sé, pero... —Me paso la mano por el pelo, frustrado—. Nos estamos perdiendo algo importante.

Zaiah, que ha estado inusualmente callado, de repente se sienta más erguido. —¿Chicos? ¿Sienten eso?

Me quedo inmóvil, extendiendo mis sentidos vampíricos. Hay una perturbación en el aire, una onda de energía oscura que me pone la piel de gallina. —Algo anda mal —gruño. Me dirijo a la ventana y la abro de golpe. El olor de la sangre de Adelaide golpea mi nariz al instante. Mucha sangre. Suficiente para...

—Addy —susurro, transformándome en mi forma de murciélago antes de que los otros se hayan movido siquiera.

Vuelo en la noche, dirigiéndome directamente a las ventanas de Addy. Esta vez ni siquiera dejo que me detengan. Atravieso el cristal, haciéndolo añicos por todo el suelo junto a donde Adelaide yace inmóvil y ensangrentada, al lado de un cuchillo manchado con su sangre.

—¡Mierda!

Los otros chicos llegan justo segundos después de mí, irrumpiendo en la habitación con sus propias habilidades innatas. Zephyr es el primero en arrodillarse junto a Addy, sus manos brillando débilmente con magia fae mientras evalúa su condición.

—¿Por qué no está sanando? —pregunta.

—Ni idea —gruño—. ¿Por qué? ¿Por qué hizo esto?

—¿Fue ella? —dice Zaiah en voz baja.

—¡Mierda! —rujo de nuevo y agarro a Addy por los hombros. Su cabeza cae hacia atrás—. Adelaide Black. No te atrevas a dejarme. Cúrate, Pequeña Muñeca. No es momento de ser una cobarde. Eres una vampira, más que una vampira. No dejes que una puta celosa te haga olvidar eso. Te amo, maldita sea, ¡no me dejes! —Mi desesperación es nauseabunda, pero su vida se escapa cada segundo que no sana. No hay nada que podamos hacer. Todo depende de ella.

Su sangre mancha mis manos, cálida y pegajosa. El olor llena el aire, nublando mis sentidos. Tengo que luchar contra mis instintos vampíricos, el impulso de alimentarme.

—Vamos, Addy —suplico—. Lucha contra esto. Eres más fuerte que ella.

Zephyr pone una mano en mi hombro. —Corvus, tenemos que hacer algo. Se está desvaneciendo rápidamente.

Asintiendo, muerdo mi muñeca, abriendo una vena. Presiono la herida contra los pálidos labios de Addy, deseando que beba. —Vamos, Addy. Tómala.

Por un momento que detiene el corazón, no pasa nada. Luego, lentamente, siento el tirón cuando empieza a beber. El alivio me inunda.

—Está funcionando —exhala Zephyr.

—No es suficiente —digo—. Vamos, Addy.

Los ojos de Adelaide parpadean, desenfocados y nublados. Todavía está pálida, su respiración es superficial. Mi sangre ha detenido el sangrado inmediato, esperemos que lo suficiente para que se cure a sí misma.

Jadea, su espalda se arquea mientras toma una profunda bocanada de aire. Sus ojos se abren de golpe, claros y alerta ahora. —¿Qué pasó?

—Intentaste dejarnos —digo, con la voz quebrándose ligeramente—. No vuelvas a hacer eso nunca más.

Addy parece confundida por un momento, luego el horror se dibuja en su rostro. Se lleva la mano a la garganta. —Dios mío —susurra—. Yo... yo no... Fue ella. Crimson. Ella me hizo hacerlo.

Una rabia que nunca antes había conocido brota en mí, y me levanto, golpeando mi puño contra el espejo sobre la cómoda.

—Corvus —murmura Addy, pero no presto atención mientras golpeo mi puño una y otra vez contra el espejo.

—¡La voy a matar!

—Ponte en la fila —dice Zephyr, tomando la mano de Addy y ayudándola a ponerse de pie.

Está tambaleante pero de pie. —No. No pueden. No pueden matarla.

—Podemos con el ritual —sisea Ignatius.

Addy niega con la cabeza mientras me vuelvo hacia ella. —No. El ritual no es lo que pensábamos. Es una forma de acercarla más a la superficie.

—¿Y qué? ¿Nunca tenemos sexo en grupo y ella acecha en tu mente para siempre? —escupo. Ella se estremece, y yo niego con la cabeza en señal de disculpa.

Adelaide niega con la cabeza, sus ojos llenos de miedo y determinación. —No, esa tampoco es una opción. Se está haciendo más fuerte, y no sé cuánto tiempo podré mantenerla a raya.

Respiro hondo, tratando de calmar mi ira. —Entonces, ¿qué hacemos? No podemos quedarnos sentados y dejar que tome el control.

Zaiah da un paso adelante, su expresión es pensativa. —Tal vez estamos viendo esto de manera equivocada. Si el ritual no está destinado a contenerla sino a acercarla más a la superficie, quizás eso es exactamente lo que necesitamos hacer.

Todos nos volvemos para mirarlo, confundidos. Él continúa: —Piénsenlo. Ahora mismo, Crimson es esta presencia nebulosa en la mente de Addy. No podemos luchar contra lo que no podemos ver o tocar. Pero si la acercamos más a la superficie...

—Podríamos ser capaces de separarla de Addy —termina Zephyr.

Addy parece insegura. —Pero, ¿no es eso increíblemente arriesgado? ¿Y si ella toma el control por completo?

Tomo su mano, apretándola suavemente. —No dejaremos que eso suceda. Te lo juro.

Ignatius asiente. —Y una vez que sea más tangible, quizás podamos encontrar una manera de

desterrarla para siempre.

—Lo que sea para sacarla de mi cabeza —dice Adelaide, aceptando el plan más rápido de lo que esperaba.

Estudio su rostro, buscando cualquier señal de duda o miedo. Pero todo lo que veo es determinación, teñida con un toque de desesperación. Es una mirada que entiendo muy bien.

—De acuerdo —digo, respirando profundamente—. Si vamos a hacer esto, necesitamos estar preparados. No tenemos idea de lo que pueda suceder cuando acerquemos a Crimson a la superficie.

Zephyr asiente. —Necesitaremos establecer algún tipo de hechizo de contención. Algo para evitar que se manifieste completamente o tome el control de Addy.

—Quizás pueda ayudar con eso —ofrece Zaiah, con sus ojos blancos desenfocados mientras parece buscar en su vasto conocimiento de djinn—. Hay rituales antiguos de atadura que podrían adaptarse para este propósito.

—Y necesitaremos proteger el círculo de piedras de alguna manera —dice Ignatius.

Addy, que ha estado callada durante este intercambio, de repente habla. —¿Qué hay de Orby? ¿Podría ayudarnos de alguna manera?

Todos nos giramos para mirar la pequeña esfera pulsante que ha estado flotando cerca de Addy desde que entramos en la habitación. Parece brillar más intensamente al mencionar su nombre.

—Orby está conectado contigo de maneras que no entendemos completamente. Necesitamos averiguar cuál es su asunto primero —señalo con cautela.

Zephyr se acerca a Orby, estudiándolo intensamente. —No sé si está ayudando o entorpeciendo.

—Yo tampoco, a estas alturas —murmura Addy, solo para que la esfera se lance hacia ella y se agite enojada.

—Supongo que quiere que creas en él —me río, agradecido por el alivio de tensión mientras Addy se ríe.

—Eso parece. Pero no lo está haciendo fácil.

—Hay algo que debemos considerar —dice Zaiah—. ¿Qué hacemos si logramos separar a Crimson de Addy? No podemos simplemente dejar suelta en el mundo a una vampira antigua y poderosa.

La habitación queda en silencio mientras contemplamos esto. Es un pensamiento sobrio, uno que nos hace ver el verdadero peligro de lo que estamos intentando.

Nadie llega más lejos cuando suena una alarma. —¿Y ahora qué? —espeto, yendo a la ventana rota para mirar afuera.

Addy se une a mí, todavía cubierta de sangre, la herida en su cuello casi completamente curada. —¿Qué es? —pregunta.

—*Todos de vuelta a sus habitaciones. Necesitamos realizar un recuento.*

La voz de Blackthorn suena por el altavoz, e intercambio una mirada preocupada con Adelaide. —Tendremos que dejarte.

Ella asiente estoicamente. —Estaré bien. Esa perra se ha ido. Por ahora.

Asiento de mala gana, sin querer dejar a Addy sola después de lo que acaba de pasar. Pero no tenemos mucha opción con la alarma sonando.

—Volveremos tan pronto como podamos —le digo, sosteniendo suavemente su rostro—. Mantente a salvo.

Ella me da una sonrisa débil. —Lo haré. Ahora vete, antes de que te metas en problemas.

Los demás y yo salimos de su habitación por donde entramos. Mientras vuelo de regreso a mi habitación, siento que se está gestando algo más que problemas. Algo grande está sucediendo en MistHallow. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que está relacionado con todo lo que hemos aprendido esta noche.

Hemos despertado a los Guardianes, enfurecido a una poderosa vampira que controla mentes y ahora esto. El personal se apresura ansiosamente, dejando claro que algo malo está sucediendo.

Solo podemos esperar que sea lo que sea, no lastime más a Adelaide mientras estamos ausentes.

ADELAIDE

OBSERVO A LOS CHICOS IRSE, con el corazón pesado por el miedo y algo más que se siente demasiado como anticipación. Tan pronto como se van, me desplomo contra la pared, la adrenalina se desvanece dejándome débil y temblorosa. La alarma continúa sonando, su chillido constante es un recordatorio del caos que se desarrolla a nuestro alrededor.

—¿Qué demonios está pasando? —murmuro, pasando una mano por mi cabello manchado de sangre. El olor metálico de mi sangre aún persiste en el aire, un sombrío recordatorio de lo cerca que estuve de... ¿de qué? ¿Morir? ¿Ceder ante Crimson Shadow?

Todo es tan confuso que ya es ridículo a estas alturas.

Me aparto de la pared y subo tambaleándome al baño, desesperada por lavar la sangre y aclarar mi mente. Mientras me miro en el espejo y me desvisto, sabiendo que debo ser rápida para estar presente en el recuento, apenas me reconozco. Pálida, manchada de sangre, con una mirada salvaje en mis ojos que definitivamente no estaba ahí antes de venir aquí y convertirme en una jodida vampira.

En serio, no podrías inventar esta mierda.

Mientras me meto en la ducha, la siento agitarse en el fondo de mi mente. Crimson Shadow, la antigua vampira cuya conciencia está entrelazada con la mía. Está callada ahora, pero puedo sentir su presencia, como un depredador esperando para atacar.

—Ahora no —gruño—. No te dejaré ganar.

Pero incluso mientras digo las palabras, siento un destello de duda. Estuvo tan cerca de tomar el control, de acabar con todo. Y una parte de mí... una parte de mí casi lo acepta. El pensamiento me hace estremecer hasta el alma. ¿Sería tan malo dejar que ella tomara el control? Detendría el constante tira y afloja, el dolor en mi cabeza y mi corazón.

La alarma se corta repentinamente, dejando un silencio ensordecedor a su paso.

—¡Esos no son mis pensamientos! —Hago lo que hizo Corvus y golpeo mi puño contra el azulejo de la ducha.

Lo único que logro es lastimarme la mano. No tan genial para esta poderosa, lo que sea que soy como vampira.

Apago la ducha con lágrimas en los ojos, me envuelvo en una toalla y bajo corriendo, poniéndome lo que queda de mi ropa limpia para esperar a quien sea que esté haciendo el recuento.

Mis ojos se dirigen a la ventana rota. ¿Cómo voy a explicar esto? El aire fresco de la noche entra, trayendo consigo el aroma de la magia y el miedo.

Orby flota cerca de mí, su superficie arremolinándose con patrones que no puedo descifrar del todo.

—¿Qué sabes sobre todo esto? —le pregunto, sin esperar realmente una respuesta. Para mi sorpresa, se balancea en el aire, casi como si asintiera, antes de volar hacia la ventana.

Lo sigo, mirando hacia la oscuridad. Al principio, no veo nada inusual. Luego, un movimiento capta mi atención. Sombras, más profundas que la noche misma, se mueven por los terrenos. Fluyen como agua, filtrándose en cada grieta y rendija de MistHallow.

—¿Qué demonios? —respiro, acercándome más a la ventana. Mientras observo, una de las sombras se solidifica, tomando una forma vagamente humanoide. Se gira y, por un momento, juro que veo ojos rojos brillantes mirándome directamente.

Retrocedo tambaleándome, con el corazón acelerado.

—Orby, ¿qué son esas cosas?

El orbe pulsa rápidamente, su luz atenuándose y brillando en un patrón que parece casi frenético. Deseo, no por primera vez, poder entender lo que está tratando de decirme.

La criatura de sombras se eleva del suelo y flota hacia mí, esos ojos rojos brillantes fijándose en mí. Por un momento, estamos encerrados en un enfrentamiento silencioso. Luego, más rápido de lo que puedo parpadear, se lanza hacia mí.

—Mierda, mierda, mierda —murmuro, buscando frenéticamente algo, cualquier cosa que pueda usar como arma.

Mis ojos se posan en el cuchillo, aún manchado con mi sangre. Dudo por una fracción de segundo antes de agarrarlo. Se siente mal en mi mano, un recordatorio de mi momento de debilidad, pero es mejor que nada.

La ventana se estremece cuando la criatura la golpea desde el otro lado pero no puede entrar.

—Las protecciones —exhalo—. Los chicos están conectados a mí. Ellos pueden entrar. Tú, maldita cosa, no puedes.

Pero de todos modos retrocedo, sosteniendo el cuchillo frente a mí.

La criatura flota, buscando una forma de entrar.

—Entra, mi mascota.

Parpadeo. *¿Acabo de decir eso? ¡Sí, lo hice!*

—¡Mierda!

Las protecciones se astillan y la criatura de sombras se derrama en la habitación como oscuridad viviente.

Para mi sorpresa, puedo sentir una conexión con ella, un delicado hilo de energía oscura.

Me acerco, sabiendo que sea lo que sea esta cosa, pertenece a Crimson.

La criatura emite un chillido sobrenatural mientras su forma comienza a deshacerse. Orby vuela alrededor de la bestia, su luz pulsando rápidamente. Entra y sale de la sombra, desgarrándola hasta que no queda nada más que yo y el orbe de luz danzante.

Exhalo pesadamente, la realidad de la situación vuelve a caer sobre mí. MistHallow está bajo ataque. Estas cosas se están apoderando. Los estudiantes están desapareciendo. Por eso el personal quiere hacer un recuento.

Miro fijamente a Orby, mi mente luchando por procesar lo que acabo de presenciar. El orbe que ha sido mi compañero constante desde que llegué a MistHallow ha luchado contra una de estas criaturas de sombras. No solo la repelió, sino que la despedazó.

—¿Orby? —susurro, extendiendo una mano temblorosa hacia la luz pulsante—. ¿Qué eres?

El orbe comienza a cambiar. Su superficie ondula y se desplaza, la luz se fusiona en una forma más definida. Observo, fascinada, cómo el orbe se transforma ante mis ojos.

En cuestión de segundos, donde antes flotaba el orbe, ahora se cierne una diminuta criatura parecida a un pixie. No es más grande que mi mano, con delicadas alas translúcidas que brillan

en la tenue luz. Sus rasgos son afilados y angulosos, claramente masculinos, con ojos que brillan con la misma luz interior que el orbe.

—Mierda —murmuro, dando un paso atrás involuntariamente—. ¿Estás... estás vivo?

La criatura parecida a un pixie sonríe, revelando pequeños dientes puntiagudos. Abre la boca como si fuera a hablar, pero antes de que pueda salir algún sonido, un fuerte golpe en mi puerta nos hace saltar a ambos.

—¿Señorita Black? ¿Está ahí? —llama una voz severa—. Estamos haciendo un recuento. Por favor, abra la puerta.

Me vuelvo hacia el pixie, con mil preguntas en la punta de la lengua, pero ya está volando hacia la ventana rota. —¡Espera! —grito, pero es demasiado tarde. Se escabulle en la noche, dejándome sola y más confundida que nunca.

Otro golpe, más insistente esta vez. —¿Señorita Black?

—¡Ya voy! —respondo, con la mente dando vueltas. Respiro hondo, tratando de componerme, antes de abrir la puerta.

La profesora Thornridge está en el pasillo, su apariencia habitualmente impecable ligeramente desaliñada. Sus ojos se abren de par en par al ver el estado de mi habitación: la ventana rota, los muebles volcados, el cuchillo aún aferrado en mi mano.

—Señorita Black —dice, su voz una mezcla de preocupación y sospecha—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Hubo un ataque —digo, decidiendo que una verdad parcial es mejor que una mentira descarada—. Una de esas cosas de sombra. Intentó entrar.

Los ojos de la profesora Thornridge se entrecierran. —¿Y la ventana?

—La atravesó directamente —miento, sin querer delatar a Corvus.

—¿Vio una? ¿Atravesó las protecciones? —Su preocupación es genuina, y me asusta un poco. Yo dejé entrar a esa maldita cosa. Bueno, *ella* lo hizo—. Me alegro de que esté bien, señorita Black. Por favor, quédese en su habitación por ahora. Estamos tratando de localizar a todos los estudiantes y evaluar esta situación.

Asiento, sintiendo alivio de que no esté presionando por más detalles. —Por supuesto, profesora. ¿Está... está todo el mundo bien?

Una sombra cruza su rostro. —Aún estamos determinando el alcance de este ataque. Por ahora, quédese aquí y manténgase a salvo. Proporcionaremos más información tan pronto como podamos. —Extiende su mano y su magia repara la ventana en un instante.

Con eso, se da la vuelta y baja las escaleras, dejándome de pie en la puerta, sintiéndome más sola y confundida que nunca.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, con la mente acelerada. ¿Qué demonios está pasando? Criaturas de sombra atacando, estudiantes desapareciendo, Orby convirtiéndose en un pixie... y no olvidemos la constante y molesta presencia de Crimson Shadow en el fondo de mi mente.

Eres seriamente molesta. ¿Sabes cuánto tiempo he esperado para ver a mis mascotas de nuevo?

—¡LÁRGATE! —rujo—. ¡Sal de mi cabeza, cara de coño!

Voy a aplastar a ese maldito bicho tuyo cuando salga de aquí.

Me quedo quieta, con una sonrisa sombría en los labios. —Bueno, ¿sabes qué, cariño? No vas a salir de aquí. Si tienes que quedarte ahí por el resto de la eternidad, nunca te dejaré salir y puedes intentar matarme, puedes alejarme de los chicos, puedes hacer lo que quieras, no vas a salir.

Oh, tan valiente. Me encanta. Tú y yo podríamos ser tan buenas amigas si simplemente

dejaras que la oscuridad te consumiera.

—¿Te refieres a ti?

No pretendo consumirte, querida Addy. No estás prestando atención. Ve a la página cincuenta del libro.

—¿Qué?

No me gusta repetirme.

Recojo el libro antiguo que encontramos en la biblioteca oculta que estaba sobre la cama. Sus secretos parecen burlarse de mí ahora, prometiendo respuestas pero entregando solo más preguntas. Lo alcanzo, mis dedos recorriendo el cuero gastado de su cubierta.

Pasando a la página cincuenta. Miro fijamente la página. No puedo leerla ahora. —¿Qué dice? No puedo entenderlo.

Crimson se ríe. *Dice, en resumen, que compartiremos el recipiente, Addy. Luz y Oscuridad. Légère y Black. Somos hermanas, tú y yo. Nacidas del mismo padre, madres diferentes. La mía tan oscura que no puedes verla en la noche más negra. La tuya tan blanca, que su luz es cegadora.*

El mundo se detiene, y parpadeo mientras asimilo eso. —¿Qué?

ADELAIDE

MIRO FIJAMENTE el libro en mis manos, mi mente dando vueltas por la revelación de Crimson. ¿Hermanas? Suena imposible, pero una parte de mí reconoce la verdad en sus palabras.

—¿Cómo? —susurro, mis dedos trazando el texto indescifrable en la página cincuenta—. ¿Cómo es esto posible?

La voz de Crimson en mi cabeza suena petulante. *Vamos, Addy. Seguramente has notado las similitudes. Nuestro poder compartido, nuestra conexión con el reino de las sombras, nuestro gusto en hombres. Todo está ahí, escrito en nuestra propia sangre.*

Sacudo la cabeza, tratando de aclararla.

—No. Estás mintiendo. Esto es solo otro truco para que baje la guardia.

¿Lo es? Piénsalo, querida hermana. ¿Por qué crees que aceptaste tan rápido quién eras realmente? ¿Por qué crees que te has adaptado tan rápidamente al mundo de la magia y los monstruos?

Sus palabras dan en el blanco, obligándome a estar de acuerdo con su evaluación.

—Si esto es cierto —digo lentamente—, entonces ¿por qué Randall intentó matarme? Si estás conectada conmigo, ¿por qué intentó... —Caigo en la cuenta y sonrío lentamente, y debo decir, con suficiencia.

Ah, ahora esas son las preguntas correctas. Nuestro progenitor es... complicado. En cuanto al porqué, digamos que nuestro querido padre tiene sus razones para mantenernos separadas...

—Intentó matarte a ti, ¿no es así? —la interrumpo triunfante.

La risa de Crimson resuena en mi cráneo. *Sí, lo intentó. Obviamente fracasó. Tú, mi querida hermana, eres mi protectora. Mi salvadora. Tu fuerza notable e inesperada es lo que no solo me salvó, sino que aumentó tu propio poder. Ahora eres capaz de albergarnos a ambas. Luz y Oscuridad. Yin y Yang. Como quieras decirlo, somos la misma moneda, dos caras diferentes.*

—Pero no entiendo qué significa eso. ¿Cómo se supone que vamos a *compartir* mi cuerpo? ¿Apareces cuando te da la gana, o qué? —Esto no suena ideal. Aunque, no estoy tan asustada como lo estaba hace unos momentos. Ella me necesita más de lo que le gustaría.

No, así no es como funciona. Estaremos divididas...

Estoy a punto de interrumpirla, ya que esa palabra no me sienta bien, cuando un alboroto afuera llama mi atención. Gritos y el sonido de gente corriendo vienen de abajo. Sea lo que sea que está pasando allá afuera, está empeorando.

Me muevo hacia la ventana, presionando mi cara contra ella. Puedo escuchar voces en pánico, el ocasional grito, y debajo de todo, un rugido bajo y ominoso que parece venir de los cimientos de MistHallow.

—¿Qué está pasando? —pregunto, esperando que Crimson tenga las respuestas.

Las sombras están surgiendo, hermana. Nuestra pequeña reunión familiar ha puesto en marcha cosas que no pueden ser detenidas.

—¿Qué quieres decir con 'no pueden ser detenidas'? ¿Tiene que haber una manera de arreglar esto!

¿Arreglarlo? Oh, Addy. Esto no es algo que se pueda arreglar. Es el destino desplegándose. Nuestro destino.

Estoy a punto de discutir cuando un fuerte golpe en mi puerta me hace saltar.

—¿Señorita Black? —Es la profesora Thornridge de nuevo, su voz tensa por la preocupación—. Necesitamos que todos los estudiantes evacúen inmediatamente. Por favor, tome cualquier objeto esencial y venga conmigo.

Mi corazón se acelera mientras abro la puerta. La profesora Thornridge se ve aún más desaliñada que antes.

—Profesora, ¿qué está pasando?

Ella sacude la cabeza, apresurándose hacia las escaleras, aferrándose solo al libro antiguo.

—No hay tiempo para explicar ahora. Necesitamos llevar a todos a un lugar seguro.

Cuando llegamos al pie de las escaleras, veo a otros estudiantes siendo conducidos a través del patio, con expresiones de confusión y miedo en sus rostros.

Llegamos al Gran Salón, que está en caos. Los estudiantes deambulan, la tensión es palpable. A través de las ventanas, puedo ver destellos de luz y formas oscuras moviéndose por los terrenos.

—Todos, por favor mantengan la calma —la voz del profesor Blackthorn retumba, mágicamente amplificada para ser escuchada por encima del ruido—. Estamos implementando procedimientos de evacuación de emergencia. Sigán a sus Capitanes de Casa a las zonas seguras designadas.

Como si fuera una señal, las sombras afuera parecen presionar más cerca de las ventanas, su negrura se filtra a través de las grietas. Una ola de pánico recorre la habitación.

—¡Por aquí! —grita Corvus, señalando hacia una puerta que nunca había notado antes. Brilla tenuemente con runas protectoras.

Me apresuro hacia él, y sonrío brevemente, pero está concentrado en su papel en este momento, así que no me lo tomo a pecho.

No te preocupes por ellos. Tenemos cosas más importantes en las que concentrarnos.

—Cállate —murmuro.

Antes de que pueda responder, un estruendo ensordecedor parte el aire. El suelo bajo nuestros pies se estremece, y las grietas comienzan a extenderse como telarañas por las paredes.

—¡Muevan! —grita Corvus, conduciéndonos hacia la puerta brillante.

Mientras nos acercamos, siento un extraño tirón, como un gancho detrás de mi ombligo. El aire alrededor de la puerta tiembla, y me doy cuenta de que no es solo una puerta, es un portal.

—¿A dónde conduce? —grito.

Me agarra la mano y entrelaza nuestros dedos mientras la Casa Carthage pasa por la puerta. No sé dónde están las demás Casas, pero no puedo detenerme a mirar mientras Corvus me arrastra a través de la abertura.

Al cruzar el umbral, echo un último vistazo hacia atrás. Las sombras han atravesado las ventanas ahora, derramándose como una marea oscura. Los estudiantes gritan, los miembros del personal lanzan hechizos para contenerlas, pero es evidente que están librando una batalla perdida.

MistHallow está cayendo.

Con un profundo suspiro, cruzo el portal con Corvus. Hay un momento de vértigo, una sensación de ser estirada y comprimida al mismo tiempo, y luego estamos tropezando sobre hierba suave bajo un cielo estrellado.

Estamos en un claro de lo que parece ser un bosque denso. A nuestro alrededor, otros estudiantes y miembros del personal están apareciendo, surgiendo de la nada mientras atraviesan otros portales.

—¿Dónde estamos? —pregunto, mirando alrededor confundida.

—El Santuario —responde una voz familiar. Me giro para ver al profesor Blackthorn cruzando el portal—. Estaremos a salvo aquí por ahora.

Mientras más personas de las diferentes Casas llegan, busco ansiosamente a mis chicos.

Hermanas, recuerda. Luz y Oscuridad. Un destino compartido.

Trago saliva ante el recordatorio de Crimson. La mujer que era cuando llegué por primera vez a MistHallow parece un recuerdo lejano. En su lugar se encuentra alguien nueva, alguien atrapada entre la luz y la oscuridad, con poderes que no comprende completamente y un destino que no está segura de querer.

ADELAIDE

EL SANTUARIO ES COMPLETAMENTE diferente al caos que acabamos de dejar atrás en MistHallow. El aire aquí es fresco y nítido, lleno del aroma de pinos y flores silvestres. En otras circunstancias, podría haber sido un lugar tranquilo. Pero el miedo y la confusión de los estudiantes y miembros del personal reunidos mantienen alejada cualquier sensación de tranquilidad.

Escaneo la multitud, buscando rostros familiares. Corvus sigue a mi lado, su mano agarrando la mía con fuerza. Veo a Zephyr guiando a la Casa Athens hacia nuestro nuevo entorno. Pero no hay señales de Ignatius o Zaiah.

—¿Dónde están los demás? —le pregunto a Corvus, sin poder ocultar la preocupación en mi voz.

Él niega con la cabeza, con la mandíbula apretada. —Ignatius estaba guiando a la Casa Roma, pero Zaiah... le perdí la pista cuando las sombras atacaron por primera vez.

Un miedo frío se apodera de mi corazón.

No te preocupes, hermana. Si son tan fuertes como el destino cree que son, encontrarán su camino hacia nosotros.

Por una vez, espero que tenga razón.

—Hacia mí —la corrijo en voz baja.

La voz del profesor Blackthorn corta el confuso parloteo. —Todos, por favor, mantengan la calma. Estamos a salvo aquí por el momento. Capitanes de las Casas, por favor reúnan a sus estudiantes y realicen un recuento. Cualquier herido debe reportarse con la profesora Thornridge inmediatamente.

Mientras Corvus se mueve para reunir a los estudiantes de Cartago, siento una mano en mi cintura. Me giro para encontrar a Zephyr, su rostro grabado con preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta, sus ojos escrutando los míos.

Asiento, aunque *bien* parece una exageración. —No estoy herida. Ve con tu Casa. Te necesitan más que yo.

Él asiente y roza sus labios sobre los míos, lanzando a Corvus una mirada que grita que habrá un asesinato si me pasa algo.

Se aleja, y me vuelvo hacia Corvus. Él me está observando intensamente.

—¿Qué sabes? —pregunta.

Dudo, sin estar segura de cuánto revelar. La mirada penetrante de Corvus parece ver a través de mí, y sé que no puedo mentirle. No ahora, no después de todo lo que hemos pasado.

—Es complicado —susurro finalmente—. Corvus, sé por qué está pasando todo esto.

Su ceño se frunce, la preocupación grabada en su rostro. —Continúa.

Tomo una respiración profunda, preparándome. Crimson se agita en el fondo de mi mente, su presencia más tangible que nunca. *No le digas. Aún no.*

Pero antes de que pueda responder, un alboroto cerca del borde del claro llama nuestra atención. Los estudiantes se están reuniendo alrededor de algo, sus voces elevándose.

—¿Qué está pasando? —pregunto, poniéndome de puntillas para intentar ver por encima de la multitud.

Corvus, con su altura superior, logra echar un vistazo. Su rostro palidece. —Es Zaiah —dice, ya moviéndose hacia la multitud—. ¡Vamos!

Nos abrimos paso entre la multitud de estudiantes, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Cuando finalmente atravesamos, siento que se me corta la respiración.

Zaiah está tendido en el suelo, sus ojos blancos abiertos y desenfocados. Pero no es solo su apariencia lo que es impactante, es lo que está sucediendo a su alrededor. Las sombras parecen estar bailando alrededor de su forma inmóvil, retorciéndose y girando de manera antinatural.

—¡Zaiah! —grito, moviéndome para correr a su lado. Pero la mano de Corvus en mi brazo me detiene.

—Espera —dice, su voz tensa—. Mira.

Sigo su mirada y siento que mi corazón se detiene. Porque allí, emergiendo de las sombras que rodean a Zaiah, está una de esas criaturas que me atacaron. Sin dudarlo, me muevo hacia adelante, aunque Corvus tiene un fuerte agarre en mi brazo.

—Addy, no.

—¡Espera! —digo y uso esa fuerza vampírica desconocida para arrancar mi brazo de él—. ¡Mi mascota!

Todas las miradas se vuelven hacia mí mientras la criatura de sombras deja de intentar poseer a Zaiah, o lo que sea que esté haciendo, y me mira.

Oooh, pequeña perra, dando un paso adelante. Muéstrame lo que tienes, hermana.

—Vete a la mierda —gruño en voz baja y me muevo hacia adelante, con las manos extendidas para que todos puedan ver que no estoy armada. Bueno, excepto por el libro que parece estar pegado a mi mano. Rápidamente lo meto en la parte trasera de mis mallas y muestro mi mano de nuevo—. Mi mascota —digo otra vez, más tranquila esta vez—. Ven a mí.

Se queda flotando por un segundo mientras el Santuario contiene la respiración. Blackthorn se está acercando sigilosamente, pero escucho a Corvus decirle que se detenga.

—Sé que estás cauteloso —digo—. Lastimé a tu amigo. Pero no me di cuenta de que no tenía intención de hacerme daño. Estaba asustada. Lo siento.

Las expresiones de asombro a mi alrededor son de sorpresa, y los susurros apagados siguen.

La criatura de sombra parece considerar mis palabras, su forma parpadeando como la llama de una vela atrapada en el viento. Lentamente, comienza a flotar hacia mí, dejando atrás la figura inmóvil de Zaiah. Los estudiantes a nuestro alrededor retroceden, creando un camino despejado entre la criatura y yo.

La voz de Corvus es baja y urgente a mi lado. —¿Qué demonios estás haciendo, Addy?

No lo miro, manteniendo mi mirada fija en la sombra que avanza. —Intentando algo —murmuro, esperando que mi plan no sea tan descabellado como parece en este momento.

Cuando la criatura me alcanza, contengo la respiración, esperando a medias que me ataque. En su lugar, me rodea una vez antes de asentarse a mis pies como una mascota oscura y retorcida. Puedo escuchar los murmullos de la multitud a nuestro alrededor, pero mantengo mi atención enfocada en la sombra.

—¿Y ahora qué? —murmura Zephyr detrás de mí.

Me arrodillo lentamente junto a Zaiah, que parece apenas consciente. Con una mano en su pecho y la otra extendida hacia la criatura, le hablo directamente. —Ahora vas a ayudarlo. Cualquiera de ustedes que lo haya poseído puede abandonar su cuerpo ahora.

Hay una inhalación colectiva de la multitud mientras observan asombrados.

La sombra vibra por un momento antes de extender lo que podría considerarse un apéndice hacia Zaiah. Lo toca ligeramente, y al instante, su cuerpo comienza a convulsionar.

—¡Addy! —exclama Corvus, dando un paso adelante como si quisiera apartarme de lo que he iniciado.

Pero antes de que pueda alcanzarme, los ojos de Zaiah se abren de golpe, y la forma sombría se retira del cuerpo de Zaiah y se fusiona con la sombra a mis pies.

—¿Qué está haciendo? —susurra Corvus a Zephyr.

—Controlando las sombras... —dice con voz ronca—. Las sombras son sus sirvientes.

—¿Qué? —espeta Corvus.

—Joder —exhala Zephyr mientras se arrodilla a mi lado y toma mi mano.

Le sonrío, y él me devuelve la sonrisa, pero es temblorosa.

Volviendo mi atención a Zaiah, retiro mi mano de la de Zephyr y la coloco en el pecho del djinn. —¿Estás bien?

—Sí —responde con voz ronca—. Pero no estaba en peligro. Me usó para llegar a ti.

Sus ojos se clavan en los míos y asiento, comprendiendo. —Lo sé. Lo siento.

—Addy, ¿qué está pasando? —dice Ignatius, agachándose a mi lado.

Me pongo de pie y ayudo a Zaiah a levantarse, atrayéndolo hacia mí para darle un abrazo antes de soltarlo y mirar a los hombres que me rodean.

Díselo, hermana.

—Estoy aceptando mi destino.

ZAIAH

EL MUNDO GIRA por un segundo, y me estabilizo en el hombro de Addy. Su fuerza me sorprende; hay una seguridad en su agarre que antes no estaba allí. Es como si fuera una persona diferente, alguien que ha atravesado el velo de la incertidumbre hacia un reino de poder que estaba destinada a poseer.

Echo un vistazo a los demás: Corvus con la mandíbula apretada lo suficiente como para romper huesos, Zephyr pareciendo que está calculando las probabilidades de que todo esto se vaya al traste, e Ignatius, cuyos ojos ardientes ahora arden con algo parecido a la reverencia.

—¿Qué destino? —exige Corvus. Su voz es el chasquido de látigo en la silenciosa tensión que nos envuelve.

Addy nos mira a cada uno a los ojos antes de hablar. Ha cambiado, algo más viejo y oscuro nada bajo su superficie ahora. —Mi destino no es solo ser una Vesper común o un vampiro común. Soy algo más. Mucho más. Estoy vinculada a Crimson Shadow de maneras que apenas estoy empezando a entender. Pero sé que esto es correcto.

Mi garganta está en carne viva por lo que sea que me había poseído, doliendo por llegar a ella. Me siento nauseabundo por la oscuridad, el vacío que intentó apoderarse de mi alma. —¿Vinculada cómo?

Ignatius se acerca, una pregunta tácita permanece en el toque que coloca en el antebrazo de Addy.

—Somos hermanas. Mismo padre, Randall Black, y madres diferentes. No estoy segura de por qué ella está en mi cabeza, en mi conciencia, pero cuando Randall me apuñaló en el corazón para abrir ese portal, estaba tratando de matarla a ella. Su sacrificio desgarrará el tejido entre los mundos.

—Pero no funcionó —digo.

La mirada de Addy es acerada mientras asiente. —No, no funcionó. Debido a ella, debido a lo que soy, sobreviví.

—¿Quieres decir que puedes controlar a las criaturas que han estado atacando a los estudiantes? —pregunta Ignatius, su voz impregnada de incredulidad.

—Sí —confirma, mirándonos de nuevo, pero luego su rostro decae—. Estaban aquí como un presagio.

—Uy, no me gusta cómo suena eso.

Me sonrío. —A nadie le gusta, pero están aquí para advertirnos de lo que viene.

—¿Y qué es eso?

Su rostro se frunce en un ceño. —Eso no lo sé. Todavía.

—Entonces, ¿por qué atacaron a los estudiantes y destruyeron la santidad de MistHallow? —

dice Blackthorn, acercándose, receloso de la dócil mascota sombra a los pies de Addy.

—Estaban tratando de encontrarme. Las protecciones los confundieron. Pero... —Se detiene, agarrándose la cabeza.

—¿Qué pasa? —Voy hacia ella y coloco mi mano en su sien—. Vaya —digo, con los ojos muy abiertos cuando la conexión se establece con la entidad dentro de su cabeza.

Hola, querido. Crimson Shadow me sonríe como si este fuera un día cualquiera en el parque y estuviera de pie frente a mí. Eres un chico especial, ¿verdad?

—Me haces sonar como el maldito Pinocho —refunfuño.

Addy resopla, aunque su rostro sigue siendo sombrío. —¿Sabes quién es Pinocho?

Concentrándome más, me acerco a Addy. Ella pone su mano sobre la mía, y la conexión se fortalece.

La magia de los Djinn es maravillosa. Ahora podemos tener una pequeña charla todos.

—¿Sobre qué? —pregunto.

Sobre las sombras que están imitando a mis mascotas y que actualmente están destrozando MistHallow buscándome.

—¿Entonces hay dos tipos diferentes de sombras?

Sí. Las mías estaban tratando de llegar a Adelaide. Ella mató a una de ellas. O su pequeño bicho lo hizo.

—¿Bicho?

—Orby —murmura Addy.

—Hum. Estoy confundido. Entonces, ¿estás diciendo que MistHallow todavía está en peligro? ¿Que los estudiantes que fueron llevados...

Probablemente estén muertos. El portal que Randall abrió dejó salir a algunos de ellos, junto con mis mascotas. Necesito volver.

—¿Volver?

Sí, volver. Estoy atrapada en este estado intermedio y mientras lo esté, las cosas van a empeorar. Y tú, querido muchacho, puedes ayudarme.

Intercambio una mirada con Addy. Ella asiente alentadoramente.

Corvus, Ignatius y Zephyr se inclinan cerca, esperando escuchar esta conversación que ocurre en la cabeza de Addy.

—¿Cómo?

Bueno, puedes crear mundos, amor. Necesito que crees un mundo, una dimensión de bolsillo, si quieres, que sirva de puente entre aquí y allá.

—¿Y cómo se supone que eso ayudará en algo? —No estoy seguro de cómo se supone que debo hacer eso. Nunca he oído hablar de la creación de una dimensión puente antes.

Para empezar, necesito que todos ustedes realicen el ritual que me liberará.

—¿Liberarte? —Decir que estoy siendo cauteloso es quedarse corto en este momento.

—Permitirá que Crimson se separe de mí —murmura Addy—. Necesitamos hacer esto. Los horrores que he visto... —Me mira con esos ojos oscuros que me emocionan—. Necesitamos hacer esto. Confío en ella.

—Perdóname si yo no —escupo—. Ella te hizo intentar suicidarte.

Addy pone los ojos en blanco.

—Vale, te concedo eso. Pero hemos llegado a un entendimiento, Crimson no es el enemigo, Randall lo es. Para ambas. Y si Crimson muere, yo también. Como dije, estamos conectadas de maneras que apenas estoy empezando a entender. Nuestras fuerzas vitales están unidas. Nací para ser su conducto.

—¿Qué? —Aparto mi mano de la cabeza de Addy, rompiendo la conexión con Crimson—. No, Adelaide, eso no es cierto. Tú eres tú. Eres asombrosa y especial...

—Gracias —dice con una pequeña sonrisa—. Pero eso no lo hace menos cierto. Mi madre... —Se gira hacia Blackthorn—. Tú lo sabes, y me lo vas a contar todo ahora mismo.

Miro entre Blackthorn y Addy, olvidándome de los otros chicos y de Crimson. Blackthorn guarda silencio mientras se miran fijamente, pero mi mente da vueltas. Crimson dice que puedo crear un puente entre mundos. ¿Cómo? ¿Cómo demonios se supone que voy a hacer eso?

Siempre he sabido que mis habilidades de djinn eran únicas, incluso entre los de mi especie. El poder de moldear la realidad, de crear pequeños bolsillos de existencia... es un don que me ha bendecido y maldecido a la vez. Pero esto está en un nivel completamente diferente.

Mi mirada se desvía hacia Addy, observándola mientras se enfrenta a Blackthorn. Hay una nueva fuerza en su postura, una certeza que antes no estaba ahí. Es como si finalmente estuviera abrazando quién —o qué— es realmente. Y aun así, no puedo sacudirme la inquietud que se asienta en mi estómago.

Conducto. La palabra resuena en mi mente, cargada de significado. ¿Realmente Addy nació para este propósito? ¿Para ser un recipiente de un ser antiguo y poderoso? La idea me revuelve el estómago.

Recuerdo la primera vez que la conocí, lo perdida y confundida que parecía. Cuán humana. Y ahora está hablando de destinos y fuerzas vitales y puentes entre mundos. Es casi demasiado para comprender.

Mis pensamientos son interrumpidos por la voz de Blackthorn, baja y grave.

—Empecemos por ella —comienza, y puedo ver a Addy tensarse—. Era una mujer extraordinaria. Poderosa más allá de toda medida, pero también inestable.

—¿Inestable, cómo? —presiona Addy con voz tensa.

Blackthorn suspira.

—Al principio, tenía la misma dualidad que tú estás experimentando ahora. Luz y oscuridad, constantemente en guerra dentro de ella. Pero no pudo mantener el equilibrio. Al final, la oscuridad ganó.

Veo cómo el color se drena del rostro de Addy.

—¿Estás diciendo que voy a terminar como ella?

—No si puedo evitarlo —gruñe Corvus, moviéndose para pararse junto a ella.

Pero mi mente ya está adelantándose. Si la madre de Crimson no pudo mantener el equilibrio, si se perdió en la oscuridad, ¿qué significa esto para Addy?

Mi papel en todo esto de repente se vuelve claro. El puente que debo crear no es solo entre mundos, es entre la luz y la oscuridad, entre Addy y Crimson. Una forma de mantener el equilibrio que la madre de Crimson no pudo.

—Lo haré —me oigo decir, mi voz más firme de lo que me siento.

Todos los ojos se vuelven hacia mí, curiosos.

—¿Hacer qué? —pregunta Zephyr, entrecerrando los ojos.

Respiro hondo, enderezando los hombros.

—Crear el puente. Entre nuestro mundo y donde sea que Crimson necesite ir. Pero —añado, mirando directamente a Addy—, solo si estamos seguros de que esto es lo correcto. Solo si estamos seguros de que podemos mantener el equilibrio.

Addy me sostiene la mirada, y por un momento, veo tanto a ella como a Crimson mirándome. Es desconcertante, pero también extrañamente reconfortante. Son dos mitades de un todo.

—¿Exactamente cómo planeas crear este puente? —pregunta Ignatius, su curiosidad superando su prudencia.

Niego con la cabeza, una sonrisa irónica tirando de mis labios.

—Honestamente, no tengo ni idea. Pero sé que puedo hacerlo. Puedo sentirlo.

Y puedo. Es como si un nuevo poder se hubiera despertado dentro de mí, respondiendo al desafío al que me enfrento. Casi puedo ver el puente en mi mente: un camino brillante entre realidades, anclado por Addy y Crimson en cada extremo.

—Va a ser peligroso. Estaremos jugando con fuerzas que no entendemos completamente. Pero si esto es lo que se necesita para salvar MistHallow, para detener lo que sea que esté por venir y para salvar a Addy, entonces estoy dentro.

Ella me sonríe, pero luego mira de nuevo a Blackthorn.

—Mi madre. Necesito saber.

ADELAIDE

ME ENFRENTO A BLACKTHORN. —Mi madre —digo, con una voz más firme de lo que me siento—. La conoces. Sabes quién es, ¿verdad?

La expresión de Blackthorn es indescifrable, pero puedo ver el conflicto en sus ojos. Está sopesando cuidadosamente sus palabras, y me preparo para lo que está a punto de decir.

—Sí —admite finalmente—. Conozco a tu madre. Y Addy... ella no es lo que tú crees.

Siento que Corvus se tensa a mi lado. Su mano encuentra la mía y la aprieta suavemente. Los demás están en silencio, observando atentamente este intercambio.

—¿Qué quieres decir? —insisto.

—No es humana.

Mi mente da vueltas ante esta información. Si no es humana, ni vampira, y según ella misma, tampoco es bruja, entonces ¿qué es? —Continúa.

Blackthorn respira profundamente, como si se estuviera preparando para lo que está a punto de decir. —Tu madre, Addy, es un ser de luz pura. Una celestial, si quieres. Uno de los seres más poderosos que existen.

El mundo parece inclinarse sobre su eje ante sus palabras. ¿Un ser de luz pura? ¿Una celestial? Suena imposible, y sin embargo... tiene un extraño sentido. Mi madre es la mujer más amable, generosa y desinteresada que conozco.

—¿Quieres decir como un ángel? —balbuceo.

—No exactamente. Ella está más allá de eso. Es difícil de explicar. Ella es la luz misma. Inevitable.

Vaya. De acuerdo. No esperaba eso. No esperaba nada de esto. Estoy aturdida, pero al mismo tiempo, sé que Blackthorn no está mintiendo.

—¿Quién es ella para ti? —Sé que toda la Academia está escuchando esta conversación, pero realmente no me importa. Necesitan saberlo. Todos lo necesitamos. Esto nos afecta a todos.

—Mi hija.

El tiempo se detiene. Las conversaciones murmuradas que se estaban llevando a cabo a nuestro alrededor se interrumpen.

—¿Qué? —balbuceo.

Sonríe de esa manera tan propia de un abuelo, y ahora sé por qué. Él es mi maldito abuelo.

—Jesucristo —espeto y me aparto de él, viéndolo estremecerse ante mi blasfemia, pero me importa un carajo—. Esto es una locura.

—Tal vez, pero todo es verdad.

—¿Y Randall? ¿La busqué para crearme a mí? —Reprimo una arcada.

La expresión de Blackthorn se oscurece al mencionar el nombre de mi padre. —Randall

Black siempre ha anhelado el poder. Así que sí, buscó a tu madre, creyendo que una unión entre la oscuridad y la luz crearía un ser de poder inimaginable. Tú, Addy.

—¿Así que se apareó con la máxima oscuridad del mundo y luego con su opuesto?

—Más o menos —murmura, pareciendo un poco verde en los bordes. Lo entiendo. Creo que voy a vomitar.

Sacudo la cabeza, tratando de procesar toda esta información. —¿Pero por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué tanto secreto?

—Porque no estabas lista —dice suavemente—. Y porque saber demasiado demasiado pronto podría haber sido peligroso. Hay fuerzas en juego aquí, Addy, que van más allá de cualquier cosa que puedas imaginar. Tu madre es parte de un equilibrio cósmico, una fuerza de luz que se opone a la oscuridad. Y ahora, con Crimson despertando dentro de ti, ese equilibrio es más precario que nunca.

Siento que Crimson se agita ante sus palabras. —Entonces, ¿qué significa esto para mí? ¿Para nosotras? —pregunto, sin estar segura de si hablo por mí misma o por ambas.

La mirada de Blackthorn es intensa mientras me observa. —Significa, Addy, que tienes una elección que hacer. Una elección que podría dar forma al destino no solo de nuestro mundo, sino de muchos otros. Puedes abrazar tu naturaleza dual, encontrar una manera de equilibrar la luz y la oscuridad dentro de ti. O...

—¿O qué? —presiono, temiendo la respuesta.

—O podrías rechazar completamente un lado de tu naturaleza. Pero hacerlo... tendría consecuencias más allá de cualquier cosa que podamos predecir.

Siento el peso de sus palabras asentarse sobre mí como una carga física. El destino de mundos, descansando sobre mis hombros. Parece imposible, y sin embargo... puedo sentir la verdad de ello resonando dentro de mí.

—Entonces, ¿liberar a Crimson es lo correcto?

—Sí.

—¿Estoy lista para esto? ¿O me matará?

—Oh, estás lista —dice, radiante de orgullo—. Mira lo que hiciste aquí. —Señala distraídamente a la mascota de sombra aún acurrucada a mis pies. Me había olvidado por completo de ella.

—¿Qué hay al otro lado del portal?

Me lanza una mirada de advertencia, que interpreto como que me lo dirá, pero no ahora. —No lo sé —dice, con los ojos entrecerrados.

Le hago un gesto afirmativo que le da a entender que continuaremos esta conversación cuando toda la escuela no esté mirando.

Me aparto de él y veo que Lyra me mira con renovado interés. Está de pie con Asher y Lucian, lo que me hace desconfiar mucho de sus intenciones. —Necesito un momento —digo y me alejo, perturbada al descubrir que la mascota de sombra me sigue, deslizándose por el suelo como una niebla oscura a mis pies.

—Tú y yo necesitamos tener una conversación franca. ¿Eres capaz de eso? —le pregunto a Crimson.

Claro. ¿Qué quieres saber?

—Ah, ahora sí estás habladora, después de que salen a la luz las revelaciones.

Ella se ríe. *¿Qué puedo decir? Me gusta ser toda misteriosa y esas cosas.*

—Si mi madre es un ser celestial, ¿la tuya es un demonio?

Sí.

—¿Sigue viva?

No puedo decirlo con seguridad. Estaba en la otra dimensión la última vez que la vi.

—¿Por qué estás atrapada en mi cabeza?

No estoy en tu cabeza, Addy. Mi esencia está en tu cuerpo. Estaba en el espejo de la torre. Encerrada. Cuando te mudaste allí y me viste en el espejo, me liberé de esa prisión, solo para quedar atrapada en tu cuerpo. Luego Randall intentó deshacerse de nosotras.

—¿Quién te encarceló y por qué?

Los cinco padres, como dijo tu pequeño compañero Fae. Pensaron que era una amenaza para ellos, cuando todo lo que quería era gobernar mi dimensión.

—¿El lugar que Randall abrió? ¿Cómo se llama?

Ya son suficientes preguntas por ahora.

Dejo escapar un gruñido frustrado. Crimson siempre sabe cuándo retroceder, dejándome con más preguntas que respuestas. Me enfurece, pero parte de mí sabe que probablemente sea lo mejor. Ya estoy sobrecargada de información. Necesito tiempo para procesar todo esto primero.

Respirando profundamente, me apoyo contra una de las piedras del círculo donde está el Santuario, sintiendo su frío filtrarse a través de mi ropa. La mascota de sombra roza mi mano, buscando atención o quizás ofreciendo consuelo. Es extraño tener a esta criatura tan en sintonía conmigo cuando ni siquiera sabía que existía hasta hoy.

Alejándome de la pared, camino de vuelta hacia los chicos, que están esperando con diversos grados de paciencia. Los encuentro reunidos bajo un olmo antiguo.

Miro a cada uno de sus rostros, tratando de adivinar lo que están pensando. Los ojos de Zephyr muestran un toque de preocupación, sus labios apretados en una fina línea. Corvus me observa con esa mirada intensa que parece penetrar en mi alma, removiendo cosas dentro de mí que no estoy lista para enfrentar. Ignatius parece que podría estallar en llamas en cualquier momento, su piel parpadeando con chispas como si reflejara su tormento interior. Y Zaiah, bueno, él solo levanta una ceja y sonríe con suficiencia, como si encontrara toda esta situación increíblemente entretenida.

—Addy —comienza Zephyr, pero levanto una mano para detenerlo.

—Estoy bien —miento. Porque seamos honestos, estoy de todo menos bien. Mi cabeza da vueltas con pensamientos sobre seres celestiales, demonios y equilibrios cósmicos.

—No pareces estar bien —espeta Corvus—. Pareces haber visto un fantasma.

Suspiro.

Ignatius da un paso adelante. —Sabes que estamos aquí para ti, ¿verdad? Sea cual sea esta elección que tienes que hacer, te apoyamos.

Asiento, sintiendo un nudo formarse en mi garganta ante la expresión sincera en sus ojos ardientes. —Lo sé, y lo aprecio. —No puedo mirarlos por mucho tiempo porque su apoyo hace que todo se sienta demasiado real.

Zaiah se aclara la garganta. —Entonces, ¿vamos a ignorar el hecho de que hay una criatura de sombra siguiéndote como un cachorro perdido, o qué? —Señala hacia la mascota a mis pies, que ha adoptado la forma de un gato, enroscándose alrededor de mis tobillos.

—No, pero necesitamos reunir a las tropas. Si MistHallow ha caído ante estas otras criaturas, entonces tenemos que recuperarlo.

—De acuerdo, ¿cómo? —pregunta Zephyr, su mirada fija en la mía con una intensidad que hace latir mi corazón.

—Aún no lo sé. ¿Qué querías decir cuando dijiste: "las sombras son sus sirvientes"?

Él sonríe con suficiencia. —Algo que mi padre dijo sobre ti.

—Parece que los ancianos saben más de lo que están diciendo —dice Corvus, enojado.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunta Zaiah.

—Sí, los ancianos son unos capullos —resopla Ignatius.

Sonríó ante el ambiente más ligero, pero no dura. Somos una academia de estudiantes sin una academia. Ha sido tomada por criaturas que quieren destruirnos. —Necesitamos hacer este ritual y ver qué le pasa a Crimson.

—¿Y si te mata? —pregunta Corvus sin rodeos.

—Entonces moriré, pero al menos habremos intentado salvar MistHallow.

Qué noble.

—A menos que tengas respuestas, puedes callarte la puta boca. —La veo imitando cerrar sus labios con una cremallera y pongo los ojos en blanco—. Cuanto antes hagamos esto, mejor. Me está cabreando muchísimo.

—De acuerdo —murmuran todos al unísono.

IGNATIUS

MIRO A ADDY, notando la tensión grabada en su rostro y las ojeras bajo sus ojos. Se mantiene entera por pura fuerza de voluntad, y admiro su resistencia. Zaiah tiene razón: hay una criatura sombría pegada a ella como una... eh... sombra, pero eso es lo de menos en este momento.

—Bien. Concentrémonos en la tarea que tenemos entre manos. Necesitamos organizar a los estudiantes y elaborar un plan de acción. Si estos "otros" son tan peligrosos como pensamos, debemos estar preparados.

Zephyr asiente, con la mirada pensativa. —Tan pronto como los estudiantes estén organizados, iremos al círculo de piedras y haremos este ritual. Aunque siento que puede implicar más que solo sexo. De hecho, cuanto más lo pienso, no creo que eso sea lo fundamental en absoluto. Tiene que ser sangre.

—Siempre es sangre —asiente Corvus en acuerdo.

—¿Ah, entonces nada de sexo? —pregunto con una sonrisa pícara a Addy.

Ella se ríe. —Oh, aún puede haber sexo. —Saca el libro de la parte trasera de sus mallas y se lo entrega a Zephyr—. ¿Quieres ver si puedes encontrar algo aquí?

Él lo mira con cautela y luego a Addy. —Eres bastante posesiva con él, princesa. ¿Estás segura de que quieres que lo tome?

Ella sonríe con suficiencia. —Mientras me lo devuelvas.

Veo a Blackthorn hablando con otros miembros del personal y dejo al grupo con el libro mientras me acerco discretamente. —Profesores —digo—. ¿Cómo podemos ayudar con la reubicación de los estudiantes?

—Estamos considerando enviar a todos a casa —suspira Blackthorn—. Por ahora.

—Luke —sisea la profesora Hartridge, ya que claramente está revelando demasiada información para su gusto.

—Basta, Lucinda. Esto ya está decidido. Hasta que se resuelva la amenaza, no podemos tener a los estudiantes aquí en medio del bosque indefinidamente.

—Yo y los otros Capitanes de Casa podemos correr la voz —digo—. Hacer que todos se comuniquen con sus padres.

Me da una sonrisa agradecida. —Eso sería genial, gracias, Ignatius.

Asiento y me acerco a Zephyr y Corvus para transmitirles esta información. Ellos asienten y se van a sus respectivas Casas, que aún están agrupadas, y me giro para ver a Lyra, la Capitana de la Casa Troy, merodeando.

—¿Qué necesito hacer? —pregunta Lyra.

Miro a Lyra con cautela, sin confiar del todo en sus intenciones. —El profesor Blackthorn quiere que informemos a nuestras Casas que todos serán enviados a casa temporalmente hasta

que se resuelva esta amenaza. ¿Puedes correr la voz en la Casa Troy?

Lyra asiente, su expresión indescifrable. —Por supuesto. Me encargaré de ello de inmediato.

Regreso con Addy. —Hablaré con la Casa Roma y luego volveré. Pase lo que pase, nos quedaremos aquí. Volveremos a MistHallow, caída o no. Nos quiere allí.

—Sí, yo también lo siento —dice, apretando mi mano—. Ve, estaré bien.

La suelto a regañadientes y me dirijo hacia donde se ha reunido la Casa Roma, exigiendo respuestas.

—Escuchad todos —llamo, alzando la voz para que se me oiga por encima del murmullo de la conversación—. Tengo una actualización del profesor Blackthorn. Debido a la situación actual en MistHallow, todos seréis enviados a casa temporalmente hasta que se resuelva la amenaza.

Una ola de susurros y exclamaciones se extiende por el grupo. Levanto las manos pidiendo silencio.

—Sé que esto es inesperado, pero es por vuestra seguridad. Por favor, contactad con vuestros padres o tutores lo antes posible para organizar el transporte a casa.

Eso es todo lo que necesitan saber. Es todo lo que sé decirles. Me doy la vuelta para buscar a Addy, pero ha desaparecido.

El pánico se alza mientras busco entre las multitudes de estudiantes sin éxito. Busco frenéticamente, y entonces la encuentro detrás de un árbol, bebiendo del cuello de alguien que Corvus estará muy enojado de ver.

—Addy —digo en voz baja—. Suelta a Lucian.

Sus ojos se encuentran con los míos.

Adelaide suelta a Lucian, que se desploma en el suelo, inconsciente pero vivo. Sus ojos están salvajes, sus pupilas dilatadas, y la sangre mancha sus labios y barbilla.

—No sé qué me pasó —dice, con la voz temblorosa—. Él se ofreció y simplemente perdí el control.

Me acerco a ella lentamente, con las manos levantadas en un gesto no amenazante. —Está bien, Addy. Todavía estás aprendiendo a controlar tu hambre. Pero necesitamos ser más cuidadosos, especialmente ahora.

Ella asiente, limpiándose la boca con el dorso de la mano. —Lo sé. Lo siento. Es solo que todo lo que está pasando me hace sentir tan fuera de control.

La atraigo hacia mis brazos, sintiéndola temblar contra mí.

Por encima de su hombro, veo a Corvus acercándose, su expresión oscureciéndose mientras observa la escena.

—¿Qué pasó? —exige saber.

—Solo un pequeño desliz —digo, tratando de restar importancia a la situación—. Addy todavía está aprendiendo a controlar su hambre.

Los ojos de Corvus se estrechan mientras mira la forma inconsciente de Lucian. —¿Así que bebiste de él? —escupe, con furia en cada palabra.

—Él se ofreció —balbucea Addy—. Estaba desesperada. No me he alimentado en horas, y tengo tanta hambre... —Se interrumpe y se lanza hacia él.

Corvus la atrapa mientras ella envuelve sus piernas alrededor de su cintura y hunde sus colmillos en su cuello. Él gime, llevando sus manos al trasero de ella para acercarla más. —Siempre yo —dice con voz ronca—. Si alguna vez te pilló acudiendo a otro vampiro, te castigaré, pequeña muñeca. ¿Está claro? —La aparta bruscamente por el pelo, arrancando sus colmillos de su cuello. Hago una mueca porque parece que dolió, pero él no parece notarlo—. ¿Está claro? —le gruñe.

—Sí —jadea ella—. Sí. —Luego vuelve a alimentarse de él, frotándose contra él mientras él apoya su espalda contra el árbol.

—Joder, esto me está excitando —digo.

—Intenta estar en mi lugar —dice Corvus mientras se desliza hasta el suelo; Addy ahora acurrucada en su regazo, aún bebiendo.

Los ojos de Corvus se nublan.

—Está tomando demasiado —digo, acercándome a ellos—. Adelaide. Necesitas detenerte.

Ella me ignora mientras los ojos de Corvus se ponen en blanco.

—Adelaide —ladro, pero ella sigue ignorándome, bebiendo más y más sangre de Corvus—. No me dejas otra opción, chica. —Creo una bola de fuego en mi palma y la presiono contra la parte posterior de su cuello.

Ella gruñe y sisea mientras le quemo la piel, pero se aparta, con sus ojos fijos en mí mientras gira la cabeza. Lo que veo allí me asusta. Adelaide se ha ido, y lo que la ha reemplazado es algo vicioso, salvaje, confiado y viene a por mí.

Se lanza hacia mí, pero Zephyr se interpone entre nosotros, atrapándola por la cintura y desvaneciéndose con ella hacia Dios sabe dónde.

—Maldita sea —jadeo mientras me agacho junto a Corvus y lo sacudo—. ¿Estás bien, colega?

El gime mientras vuelve en sí, su sangre reponiéndose más rápido que la de Lucian, que aún está inconsciente. —Déjame adivinar... Crimson.

—Eso creo. Zephyr se los llevó a algún lugar.

—Joder —gruñe y se pone de pie, tambaleándose ligeramente por un segundo antes de enderezarse—. Tenemos que encontrarlos.

—¿Dónde está Zaiah?

Fruncimos el ceño el uno al otro. —Buena pregunta —murmura, escaneando el área en busca de nuestro amigo djinn—. Estaba aquí hace un minuto.

Alejándome de la multitud y adentrándonos más en el bosque, veo una figura familiar a lo lejos. Es Zaiah, sus ojos blancos brillando tenuemente en la oscuridad. Está de pie en el borde del Santuario, donde las protecciones se encuentran con el bosque salvaje más allá.

—¡Zaiah! —grito—. Te hemos estado buscando por todas partes. ¿Qué demonios?

Al acercarme, noto algo extraño en su postura. Está parado de forma antinatural, con la mirada fija en algo en la distancia que no puedo ver.

—¿Zaiah? —digo de nuevo, esta vez con más cautela—. ¿Qué está pasando?

Se gira hacia mí lentamente, sus ojos blancos pareciendo mirar a través de mí en lugar de a mí. —Ignatius —dice, su voz sonando distante y con eco—. Puedo verlo. El puente. El camino entre mundos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué puente?

—El que estoy destinado a crear —responde, su voz adquiriendo una cualidad casi hipnótica—. Ahora puedo ver cómo hacerlo. Cómo conectar nuestro mundo con el otro.

Corvus y yo intercambiamos una mirada de cautela y nos acercamos a él cuidadosamente, sin estar seguros de lo que está sucediendo pero sabiendo que es significativo. —Zaiah, tal vez deberíamos volver con los demás. Necesitamos reagruparnos y planear nuestro próximo movimiento.

Pero parece que no me escucha. Sus ojos brillan más ahora, y puedo sentir el aire a nuestro alrededor pulsando con poder. —Es hermoso —murmura—. Y terrible. Tanto potencial para la creación como para la destrucción.

Extiendo la mano para tocar su hombro, esperando sacarlo de cualquier trance en el que esté. Pero tan pronto como mi mano hace contacto, me golpea una ola de imágenes y sensaciones. Destellos de otros mundos, vislumbres de seres tanto maravillosos como aterradores, la sensación de un poder vasto e incomprensible.

Retrocedo tambaleándome, jadeando. —Zaiah, ¿qué te está pasando?

—Ahora lo entiendo, Ignatius. Por qué nací cuando nací. Por qué estamos todos aquí. Por qué tengo estos poderes únicos. Yo estoy destinado a ser el puente. El conducto entre mundos.

—Eh. —No tengo nada. Lo que está diciendo no tiene sentido para mí, pero parece creer en sus palabras—. Necesitamos encontrar a Addy. Crimson ha tomado el control de su cuerpo.

Eso lo saca de su aturdimiento. —Mierda —dice—. ¡No! ¡No! Ella es destrucción. Ella es caos. Ella es... el fin.

ZEPHYR

ME MATERIALIZO con Adelaide en una parte apartada del bosque, lo suficientemente lejos de los demás para que no pueda lastimar a nadie. Tan pronto como nos solidificamos, ella gruñe y se abalanza sobre mí, con los ojos desorbitados y desenfocados. Esta no es Addy, es algo completamente diferente.

—Crimson —gruño, esquivando su ataque—. Sé que eres tú. Deja ir a Addy.

Ella se ríe, un sonido frío y cruel que me provoca escalofríos en la espalda.

—Oh, pero nos estamos divirtiendo tanto. Toda esa deliciosa sangre, todo ese poder...

La rodeo con cautela, con sombras acumulándose alrededor de mis manos.

—Esto no es lo que Addy quiere. Se supone que deben trabajar juntas, no que tomes el control.

—No fui yo. Ella se rindió.

—No te creo.

Se mueve más rápido que cualquier criatura que haya visto, invadiendo mi espacio y agarrándome por los brazos. Sus pequeñas manos aplastan mis huesos.

—No importa —dice y muestra sus colmillos. Clava sus dientes en mi cuello, bebiendo de mí a un ritmo que me hace girar la cabeza. Colocando mi mano contra su pecho, la aparto de un golpe con toda la magia que puedo reunir en tan poco tiempo.

Ella tropieza hacia atrás, siseando.

—No puedes detenerme —gruñe Crimson, limpiándose la sangre de la barbilla—. Soy lo que ella realmente es. Lo que está destinada a ser.

—Te equivocas —afirmo—. Addy es mucho más que tú. Lo sabes y no lo soportas.

Me convierto en niebla, reformándome detrás de ella. Antes de que pueda girarse, la rodeo con mis brazos, inmovilizando los suyos a los costados.

—Princesa —susurro en su oído—. Sé que puedes oírme. Esta no eres tú. Vuelve con nosotros. Vuelve conmigo.

Se retuerce en mi agarre, gruñendo y dando mordiscos. Pero me mantengo firme, negándome a soltarla. Puedo sentir su fuerza, mucho más allá de lo que debería ser, y sé que, a pesar de todo mi poder, no puedo retenerla por mucho tiempo. Está más allá de cualquier cosa que este reino haya engendrado.

—Princesa —intento de nuevo—. Recuerda quién eres.

Por un momento, se queda quieta. Siento un temblor recorrer su cuerpo y su respiración cambia.

—Buen intento, Fae Oscuro. Pero Addy se ha ido. Este cuerpo es mío ahora.

Se gira en mis brazos con una velocidad inhumana, liberándose de mi agarre. Antes de que

pueda reaccionar, está sobre mí, hundiendo sus colmillos en mi cuello nuevamente. El dolor es agudo, intenso, pero no es nada comparado con el dolor en mi alma ante la idea de perder a Addy frente a esta bestia.

Esta vez no lucho contra ella. En su lugar, la rodeo con mis brazos, atrayéndola más cerca.

—Entonces tómalo —susurro—. Toma todo de mí si es necesario. Pero debes saber esto: no me estoy rindiendo con Addy. Ninguno de nosotros lo hará.

Mientras bebe, transformo lo que sea que esté sintiendo en algo más profundo. Siempre he tenido la habilidad de manipular emociones, de sentir las y arreglarlas, pero eso hace que todo parezca demasiado fácil. Me gusta la lucha. El desafío. Pero ahora, necesito usar este poder para salvarla, o se perderá ante Crimson y, egoístamente, no puedo permitir eso. Le transmito todo el dolor de Adelaide y lo incremento diez veces, sorprendiéndome a mí mismo con la profundidad de su vulnerabilidad. Siempre parece tan fuerte, pero debajo de ese exterior duro, es delicada, frágil. Una mujer que nunca se ha sentido como si perteneciera y que se autolesionaba solo para sentir *algo*.

—¡No! —dice Crimson mientras retrocede tambaleándose, con shock y dolor en su rostro—. Detente.

Mantengo mi agarre sobre ella y fuerzo el poder a amplificarse hasta que grita, agarrándose la cabeza mientras sus rodillas se doblan.

—¿Todavía quieres estar a cargo? —pregunto lentamente.

Los gritos de Crimson resuenan por el bosque, su cuerpo convulsionando mientras lucha contra la avalancha de emociones. Me mantengo firme, vertiendo más poder en ella, obligándola a enfrentar la profundidad del dolor y la vulnerabilidad de Addy, y también su amor.

—No puedes manejarlo, ¿verdad? Todo este dolor, todo este miedo, todo este amor. Es demasiado para ti.

Se retuerce en el suelo, sus ojos oscilando entre el rojo sangre y el color oscuro natural de Addy.

—Detente... por favor... —jadea.

Me arrojo a su lado, manteniendo la conexión.

—Esta es Addy. Toda ella, no solo las partes que quieres usar. No puedes elegir solo los fragmentos que te gustan y descartar el resto.

La forma de Crimson parpadea. Por un momento, veo el rostro de Addy, contorsionado de agonía, antes de que Crimson recupere el control.

—Déjala ir —ordeno—. No eres lo suficientemente fuerte para contener todo esto.

Con un último grito desgarrador, la presencia de Crimson se desmorona. El cuerpo de Addy queda inerte.

—¿Princesa? —susurro, acunándola en mis brazos—. ¿Estás ahí?

Sus ojos parpadean y se abren, y veo reconocimiento en ellos.

—¿Zephyr? —murmura—. ¿Qué pasó?

Suspiro aliviado, atrayendo a Addy más cerca.

—Crimson tomó el control. Perdiste el control por un momento, princesa.

Ella parpadea, luciendo aturdida.

—Recuerdo... Dios, lo recuerdo todo. Bebí de Lucian, de Corvus... de ti. —Sus ojos se abren horrorizados—. ¿Lastimé a alguien?

—Nada permanente —le aseguro, aunque no estoy completamente seguro sobre el ego magullado de Corvus al enterarse de que aparentemente bebió de Lucian. Eso va a doler—. ¿Cómo te sientes?

Addy se incorpora lentamente, haciendo una mueca de dolor. —Como si me hubiera atropellado un camión. Y... vacía. Hueca —Me mira, sus ojos llenándose de lágrimas—. Lo sentí todo, Zephyr. Todo lo que me hiciste sentir. Fue abrumador.

Acuno su rostro suavemente. —Lo siento. Tuve que sacar a Crimson del control con un shock. No quise lastimarte.

Ella se inclina hacia mi contacto. —No, no te disculpes. Me trajiste de vuelta. Gracias.

—¿Sabes qué provocó que ella tomara el control?

—Mi hambre. Lo supe tan pronto como sentí que necesitaba sangre. Ella aprovechó la oportunidad y se apoderó.

—No me digas, princesa.

Sonríe débilmente. —No puedo dejar que eso vuelva a suceder. Necesitamos sacarla de mi cuerpo.

—¿Pero qué pasa cuando lo hagamos? En serio. Todo este discurso sobre ella yéndose felizmente a esta otra dimensión es, bueno, digamos que suena demasiado bueno para ser verdad.

—Es todo lo que ella quiere. No quiere estar aquí.

—¿Estás segura de eso?

—Tanto como puedo estarlo.

—¿Y qué hay de todas estas visiones de guerra y destrucción?

Sus ojos se clavan en los míos, encontrando una profundidad que ningún otro ser ha logrado alcanzar jamás. —Eso es lo que sucede si no le damos lo que quiere.

Asimilo eso y lo proceso lentamente. —Ya veo. Así que no tenemos elección.

Ella niega con la cabeza. —Estoy tratando de ser optimista al respecto, de hacer que parezca que no es gran cosa, pero tengo miedo, Zephyr.

La rodeo con mis brazos nuevamente mientras ella se hunde contra mi pecho. —Lo sé. Pero no tienes por qué tenerlo. No dejaremos que caigas, Adelaide.

—No es de ella de quien tengo miedo.

—¿Entonces de quién? ¿Randall?

Addy niega con la cabeza, con la mirada baja. —No, no de Randall. Tengo miedo de mí misma. De en lo que podría convertirme.

Levanto su barbilla, obligándola a encontrarse con mi mirada. —¿Qué quieres decir?

Toma un respiro tembloroso. —Cuando Crimson tomó el control, se sintió bien. Poderoso. Una parte de mí no quería dejar ir esa sensación. ¿Y si no soy lo suficientemente fuerte para resistirlo la próxima vez?

Considero sus palabras cuidadosamente. —Ese poder es parte de ti, princesa. No tiene por qué ser algo que temer. Solo necesitas aprender a controlarlo, no dejar que te controle a ti.

—¿Pero y si no puedo? —susurra.

—Entonces estaremos aquí para ayudarte —digo firmemente.

Ella asiente, pero puedo ver la duda persistente en sus ojos. La acerco más, presionando un beso en su frente.

—Vamos —digo, ayudándola a ponerse de pie—. Deberíamos volver con los demás. La mierda está a punto de golpear el ventilador.

—¿No lo ha hecho ya? —pregunta con una débil risa.

—Oh, princesa. No has visto nada todavía. Mi padre viene hacia acá, y eso nunca es algo bueno.

—¿Tu padre? ¿Cómo puedes saberlo?

—Las sombras se están encogiendo de miedo.

ADELAIDE

LO MIRO, con la sangre helada. —Bueno, eso suena aterrador.

—Lo es.

Zephyr coloca su brazo alrededor de mi cintura mientras regresamos hacia los demás. El bosque parece más oscuro, las sombras más profundas y amenazantes.

—¿Cómo es tu padre? —pregunto, tratando de mantener mi voz firme.

La mandíbula de Zephyr se tensa. —Poderoso. Despiadado. No alguien con quien quieras cruzarte.

—Suenas encantador —murmuro.

—Hmm.

Mientras nos acercamos al borde del claro donde los otros estudiantes están reunidos pero dispersándose para irse a casa, veo a Ignatius, Corvus y Zaiah agrupados en una intensa conversación. Levantan la mirada cuando nos acercamos, con alivio inundando sus rostros.

—¡Addy! —grita Ignatius, corriendo hacia nosotros—. ¿Estás bien?

Asiento débilmente. —Estoy bien. Zephyr me trajo de vuelta.

Corvus me mira con cautela, su mirada desviándose hacia mi boca como si buscara sangre. —¿Y Crimson?

—Bajo control. Por ahora.

Zaiah da un paso adelante, sus ojos blancos brillando tenuemente en la oscuridad. —Necesitamos hablar. Todos nosotros. Algo está pasando.

—Sí, no me digas —murmura Zephyr—. Mi padre está en camino.

Los otros intercambian miradas preocupadas.

—Eso no es todo —continúa Zaiah—. Vi algo. El puente entre mundos...

—¿Lo viste? —interrumpo—. ¿Dónde está?

—Lo estás mirando.

A mi cansado cerebro le toma unos segundos entender. —¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo soy el puente. No lo creo. Yo soy el puente.

Vaya, ahí tienes a alguien con cerebro.

Siseo. —Suenas débil, querida. ¿Todo bien ahí dentro?

Ella se ríe. *Tu compañero Fae tiene un poder impresionante. Pero dile que le devolveré el favor cuando salga de aquí.*

—Díselo tú misma.

—¿Qué está diciendo? —murmura Zephyr, y yo niego con la cabeza.

—Olvídalo. Zaiah. No puedes hablar en serio. Esto suena peligroso.

Los ojos de Zaiah se fijan en los míos, su mirada intensa e inquebrantable. —Hablo en serio,

Addy. Puedo sentirlo. El poder, la conexión entre mundos... todo está dentro de mí. Creo que es por esto que siempre he sido diferente de otros djinn.

—Mierda —murmura Corvus—. ¿Entonces qué significa esto?

Zaiah niega con la cabeza. —No estoy seguro exactamente, solo sé que soy el puente.

Antes de que alguien pueda decir algo más, las sombras se profundizan. Un escalofrío recorre mi alma al sentir una presencia como nada que haya sentido antes. Es como si me hubieran arrojado una manta mojada sobre la cabeza y me estuviera asfixiando.

—Está aquí —dice Zephyr en voz baja.

De la oscuridad emerge una figura que solo puede ser el padre de Zephyr. Alto, imponente, con ojos que parecen contener las profundidades del vacío mismo.

—Hola, papá —dice Zephyr.

El Rey Fae Oscuro mira a todos a su alrededor, pero ignora a todos excepto a mí. Sus ojos se fijan en los míos, y me resulta imposible apartar la mirada. Mi alma se marchita, e incluso Crimson está callada y temblando en un rincón, lo cual no tiene sentido. ¿No debería ella ser más poderosa que él?

Me siento congelada en mi lugar mientras el padre de Zephyr se acerca, su mirada nunca dejando la mía. El aire a nuestro alrededor parece volverse más frío y oscuro. Se detiene frente a mí y agarra mi barbilla. La mano de Zephyr se levanta para apartarlo, pero su padre levanta la mano para detenerlo.

—Adelaide Black —dice—. Es un honor conocerte.

—S-señor —balbuceo, tan aterrorizada que estoy a punto de mojarme.

Sus ojos se estrechan y frunce los labios, pareciendo un poco molesto. —Crimson. ¿Cómo estás, querida? Ha pasado tiempo.

Parpadeo y me pregunto por una fracción de segundo si debería dejar que ella se encargue de él en lugar de mí.

Dile que se vaya a la mierda.

—Ella dice que te vayas a la mierda —suelto y luego deseo que la tierra se abra y me trague entera, escupiéndome, preferiblemente, en algún lugar muy lejos de aquí.

Zephyr sisea, pero su padre resopla divertido. —Me lo imagino. Esa pequeña zorra no es nuestra mayor admiradora.

—Pequeña zorra —me río mientras Crimson sisea y gruñe en mi cabeza—. Te tiene bien calada, ¿no?

—Soy Malachar, Rey de los Fae Oscuros —dice, soltando mi barbilla y haciendo una profunda reverencia—. Estoy a tu servicio, mi Reina.

ADELAIDE

MIRO A MALACHAR CONMOCIONADA, mi mente dando vueltas. —¿Reina? ¿De qué estás hablando?

Malachar se yergue, con una leve sonrisa burlona en su rostro. —Aún no lo sabes, ¿verdad? Carmesí no te lo ha dicho.

—¿Decirme qué? —exijo, mirando a Zephyr, quien parece tan confundido como yo me siento.

—Ella es la Reina del Reino Inferior. Atada por una magia tan antigua y arcaica, que estábamos seguros de que nunca se levantaría. Sin embargo... —Me mira con esos ojos que parecen absorber cualquier luz a nuestro alrededor.

—¿Sin embargo, qué? —susurro.

—Tú la despertaste.

—¡Yo no hice tal cosa! —espeto, indignada—. Miré en el espejo del baño donde MistHallow me alojó. ¡Eso no es mi culpa!

—No, esa sería la culpa de tu padre —reflexiona—. Randall Black siempre fue un cañón suelto. Ligeramente trastornado y no de la buena manera.

—¿Hay una buena manera de estar trastornado? —chillo.

Malachar ríe oscuramente. —Por supuesto que la hay, pequeña. El tipo que mantiene a tus enemigos adivinando, que te da una ventaja. La marca de locura de tu padre es más imprudente.

Siento a Zephyr tensarse a mi lado. —Papá, ¿qué estás diciendo exactamente?

La mirada de Malachar recorre nuestro grupo, deteniéndose en mí de una manera que quiero decir que me da escalofríos, pero no llega a tanto. —Estoy diciendo que tu pequeña amiga aquí ha puesto en marcha, sin saberlo, eventos que han estado gestándose durante casi un milenio. El despertar de Carmesí es solo el comienzo.

—¿El comienzo de qué? —exige Corvus, dando un paso adelante.

—Ah, Sr. Sanguine. Un placer verlo de nuevo.

Corvus aprieta la mandíbula. —Igualmente, señor.

Malachar se ríe entre dientes. Parece inapropiado viniendo de un ser tan inmensamente poderoso. —La fusión de los reinos —declara Malachar simplemente, volviendo al asunto en cuestión—. El Reino Inferior busca reclamar lo que una vez fue suyo.

Sacudo la cabeza, tratando de procesar esta información. —Pero no entiendo. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Tú eres el nexo. El recipiente. El conducto. Como quieras llamarlo. Carmesí puede ser la reina, pero tú eres la llave que desbloquea su poder en este reino.

—A la mierda con eso —escupo—. Yo no pedí nada de esto.

—Pocos de nosotros pedimos nuestros destinos, niña. Simplemente nos elevamos para enfrentarlos.

Dice eso sin una opción. No estoy impresionada.

Zaiah da un paso adelante, sus ojos blancos brillando con más intensidad. —¿Y qué hay de mí? Carmesí dijo que yo era el que crearía el puente. ¿Qué sabes sobre eso?

La mirada de Malachar evalúa a Zaiah. —Ah sí, el djinn. Tú eres, de hecho, crucial para este proceso. No solo estás creando un puente, joven. Tú eres el puente mismo.

Zaiah asiente lentamente. —Eso es lo que vi, sentí. Pero ¿cómo?

—Tus habilidades únicas no son un accidente —explica Malachar—. Naciste para ser un conducto entre reinos. Cuando llegue el momento, abrirás el camino para que Carmesí y sus fuerzas crucen.

—¿Y si me niego? —desafía Zaiah.

La expresión de Malachar se oscurece. —Entonces la fusión ocurrirá violentamente, desgarrando ambos reinos. La elección, como siempre, es tuya.

Siento náuseas. —Esto no puede estar pasando. Tiene que haber otra manera.

—No la hay —afirma Malachar con firmeza—. Las ruedas ya están en movimiento. Puedes guiar el proceso o ser aplastada por él.

Zephyr da un paso adelante, colocándose entre su padre y yo. —Randall Black ya cruzó. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cómo abrió ese portal si Zaiah no estaba aquí?

—Pero sí estaba... —Malachar me lanza una mirada escrutadora que me hace sentir un poco enferma.

—El vínculo.

—En efecto. Estás destinada a estas cuatro criaturas, lo que significa que tu alma está entrelazada con las suyas. No fue solo Zaiah, sino todos ustedes quienes permitieron que Randall abriera el portal.

—Espera un maldito momento —espetea Corvus—. Con todo respeto, señor. Nosotros no le permitimos hacer nada.

—Lo que sea —dice Malachar, haciendo un gesto despectivo con la mano—. Si ninguno de ustedes hubiera venido a husmear alrededor de nuestro joven nexo aquí, Randall habría fracasado.

—¡Genial! —exclamo—. ¿Así que nos estás culpando?

—¿A quién más hay que culpar? —Se encoge de hombros.

Bueno, estoy jodidamente desconcertada.

—Mira —digo, presionando mis dedos contra mis ojos por un momento—. Todo esto es nuevo para mí. Si hubiera sabido que algo así iba a pasar, no habría venido aquí.

—Pero fuiste forzada en esta dirección —afirma Malachar—. Tu padre se aseguró de ello.

—¿Qué? No, él me dio una opción...

—¿De verdad? —Las palabras de Malachar congelan la sangre en mis venas. Incluso mientras lo dice, veo toda la escena repetirse en mi cabeza ahora.

—Wesley no fue un accidente —susurro, agarrándome el estómago mientras el recuerdo de él empalando a ese vampiro inunda mi mente—. Randall lo planeó todo. Por eso Wesley pasó cuando regresé con Randall. Me canalizó de vuelta a Randall, sabiendo que aceptaría venir aquí.

Los chicos me miran, sin tener idea de estos acontecimientos, pero Malachar parece resignado.

Toda la sangre que consumí mientras estaba bajo la influencia de Crimson sube de nuevo por mi garganta, y me giro rápidamente, vomitándola por todo el suelo en un desastre repugnante del

que me siento mortificada pero incapaz de evitar.

—Tranquila —dice Zephyr, acercándose rápidamente para sujetarme el pelo.

Corvus me frota la parte baja de la espalda mientras vomito todo el contenido de mi estómago en cuestión de segundos.

—Creo que necesitas dejarla en paz un rato —dice Zephyr.

—Pero hay mucho más que necesita saber.

—Ahora no —dice entre dientes.

Malachar resopla mientras me limpio la boca con el pañuelo que Zaiah ha hecho aparecer mágicamente de alguna parte. Huele a especias exóticas y a él.

—Volvemos a MistHallow —añade Zephyr.

—Es peligroso. Esas criaturas están aquí para evitar que Crimson se levante. Eso significa que Adelaide está en peligro.

—Tiene a sus mascotas —dice Ignatius, hablando por primera vez.

Me doy la vuelta justo a tiempo para ver cómo desea no haberlo dicho cuando la mirada de Malachar se posa en él.

—Te refieres a las mascotas de Crimson.

—Addy tiene control sobre ellas —dice Ignatius, su acento australiano un poco más marcado por la angustia de ser acorralado por el Rey de las Hadas Oscuras.

—Hmm. Las sombras.

—Hablando de eso, ¿dónde está la que estaba unida a ti antes? —murmura Ignatius.

Miro hacia abajo para ver que se ha ido. —No tengo idea.

La envié de vuelta a MistHallow. Se necesita allí, no acobardada a tus pies.

Suspiro. —Crimson la envió de vuelta a MistHallow. Malachar, necesito saber una cosa más.

—¿Qué es, querida?

—¿Moriré una vez que Crimson sea liberada de mí?

Su mirada se fija en la mía, pero no puedo leer sus emociones en absoluto. —Eso depende completamente de ti, querida. —Con eso, desaparece en una nube de niebla mientras Zephyr maldice por lo bajo.

—Bueno, fantástico —digo y miro fijamente el lugar donde Malachar desapareció, mi mente dando vueltas por todo lo que reveló. El peso de todo ello: ser el nexo, la llave para desbloquear el poder de Crimson, el destino de múltiples reinos pendiendo de un hilo... es casi demasiado para soportar—. Mierda —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. ¿Qué demonios se supone que debemos hacer ahora?

Zephyr me rodea la cintura con un brazo, sosteniéndome. —Volvemos a MistHallow, como dije. Decidiremos nuestro próximo movimiento.

—¿Es seguro? —pregunta Corvus, sus ojos escaneando el bosque que se oscurece—. Si esas criaturas van tras Addy...

—No tenemos muchas opciones —interrumpe Ignatius—. Necesitamos respuestas, y MistHallow es el mejor lugar para encontrarlas.

Zaiah asiente en acuerdo. —Además, necesito entender más sobre este asunto del puente. Si realmente soy la clave para abrir el camino entre los reinos, necesito saber cómo controlarlo. Necesito volver a esa biblioteca subterránea.

Respiro profundamente, tratando de calmar mis pensamientos acelerados. —De acuerdo. A MistHallow entonces. Además, necesito más sangre antes de que Crimson se vuelva loca de nuevo.

—¿Estás segura de que puedes con eso? —pregunta Corvus suavemente.

—Sintética. No es tan potente. Puedo manejarlo.

—Bien, pasemos por el comedor, suponiendo que quede algo de él, y luego iremos a la biblioteca, a la estatua de Morgana y bajaremos al subterráneo.

—No hay descanso para los malvados —murmuro.

—¿Mmm? —Me mira frunciendo el ceño.

—Solo es un dicho que solía decir mi madre. Supongo que sabía de lo que hablaba.

—Sobre eso —dice Ignatius—. ¿Cómo demonios Blackthorn, un mago vampiro, engendró un ser celestial?

—Oh, por el amor de todo lo impío —me quejo—. Por favor, no empieces.

Él se ríe por lo bajo. —Perdona, es que es alucinante.

—Todo este maldito asunto lo es.

—Lo que me molesta —dice Zephyr— es que mi padre se inclinó ante Crimson. ¿Por qué? ¿Puedes preguntarle?

No voy a responder a eso, así que ni lo intentes,

Niego con la cabeza. —No está respondiendo. ¿Mi teoría? Es una maldita cara de culo poderosa, más de lo que pensábamos.

Ahora lo está entendiendo.

Trago saliva para contener el ramalazo de miedo. Estoy cansada de tener miedo. Es hora de agarrar este desastre de destino que me han impuesto y hacer algo al respecto en lugar de lloriquear en un rincón sin hacer nada. Sacudiendo mi cabello y enderezando los hombros, levanto la barbilla. —Vamos.

CORVUS

MIENTRAS REGRESAMOS HACIA MISTHALLOW, siento una sensación de inquietud. Todo lo que Malachar reveló pesa mucho sobre todos nosotros, pero especialmente sobre Addy. La observo por el rabillo del ojo, notando la determinación en su mandíbula y el fuego en sus ojos. Está asustada, puedo notarlo, pero también está enojada. Eso la llevará lejos, pero luego tendrá que aceptar que así son las cosas.

El bosque a nuestro alrededor está demasiado silencioso. Extiendo mis sentidos vampíricos, buscando cualquier señal de las criaturas de sombra u otras amenazas. Hasta ahora, nada, pero eso no significa que estemos a salvo.

—Todos manténganse alerta —murmuro, lo suficientemente alto para que los demás me escuchen—. No sabemos con qué nos podemos encontrar.

Zephyr asiente, sus sombras envolviéndonos protectoramente. Las manos de Ignatius están envueltas en llamas, listas para atacar en cualquier momento. Los ojos blancos de Zaiah brillan tenuemente, escaneando nuestro entorno.

A medida que nos acercamos al campus de MistHallow, la devastación se hace evidente. Partes de la escuela están en ruinas, con humo aún saliendo de algunos de los edificios.

—Maldita sea —murmuro, observando la destrucción.

—Es peor de lo que pensaba —dice Zephyr, con la voz tensa.

Avanzamos cuidadosamente entre los escombros, dirigiéndonos hacia lo que queda del comedor. El silencio es opresivo, roto solo por el crujido de los escombros bajo nuestros pies y el ocasional crepitar de los fuegos moribundos.

—Esperaba más —dice Ignatius.

—¿Más qué, exactamente? —pregunta Addy.

—Destrucción.

—MistHallow es un lugar mágico. Estará completamente reparado para mañana. Está haciendo lo mejor que puede —reprende Zaiah, casi con amor por la Academia.

Al doblar una esquina, nos encontramos cara a cara con un grupo de criaturas de sombra. Son diferentes a las que hemos encontrado antes: más grandes, más sólidas, con ojos rojos brillantes que se fijan en nosotros con intención depredadora.

—Mierda —escupo, adoptando una postura de combate.

Antes de que alguno de nosotros pueda detenerla, Adelaide levanta su mano. Las sombras parecen dudar, sus formas vacilando. Luego, para mi total asombro, se inclinan.

—No son el enemigo —dice ella.

—Joder —masculla Zephyr—. ¿Cómo demonios podemos diferenciarlas?

—Ustedes no pueden. Yo sí —dice y sigue adelante, haciéndome enamorar de ella una vez

más.

—Qué mujer —declaro.

—Es increíble —responde Ignatius.

Continuamos, con las criaturas de sombra siguiéndonos como una especie de guardia de honor oscura. Es inquietante, por decir lo menos, pero no puedo negar las ventajas de tenerlas de nuestro lado.

El comedor es un desastre cuando llegamos; las mesas están volcadas y hay comida esparcida por todas partes. Pero milagrosamente, el dispensador de sangre sintética sigue intacto.

—Gracias a Dios por los pequeños milagros —murmura Addy, dirigiéndose directamente hacia él.

Mientras ella bebe hasta saciarse, nos paramos a su alrededor protectoramente.

—Suficiente —digo, una vez que ha tomado su tercera taza llena.

Ella asiente a regañadientes pero deja la taza. —A la biblioteca, entonces.

Nos abrimos paso a través de los pasillos en ruinas de MistHallow, nuestros pasos haciendo eco en el silencio. Las criaturas de sombra continúan siguiéndonos, su presencia un recordatorio constante de la extraña situación en la que nos encontramos.

A medida que nos acercamos a la biblioteca, puedo sentir la magia en el aire intensificándose. Es como electricidad estática, haciendo que el vello de mi nuca se erice.

—Algo es diferente —murmura Zaiah—. Las energías están cambiando.

Empujamos las puertas de la biblioteca y nos detenemos en seco. La sala se ha transformado. Los libros flotan en el aire, sus páginas revoloteando, atrapadas en un viento invisible. La estatua de Morgana ha cobrado vida, sus ojos de piedra siguiendo nuestros movimientos.

—Bueno, esto es nuevo —dice Ignatius, su voz llena de asombro.

—O muy antiguo —lo corrijo.

Addy da un paso adelante, con la mano extendida hacia la estatua. Cuando sus dedos rozan la fría piedra, hay un destello de luz y, de repente, el suelo bajo nosotros comienza a moverse.

—¡Todos, agárrense de algo! —grito mientras el suelo comienza a inclinarse.

Nos apresuramos a buscar apoyo mientras el suelo se convierte en un tobogán empinado, enviándonos a caer en la oscuridad. Extiendo la mano, logrando agarrar la de Addy mientras caemos. Puedo escuchar a los demás gritando, sus voces haciendo eco en la oscuridad.

Aterrizamos con fuerza en un suelo de piedra fría, el aire expulsado de mis pulmones. Mientras lucho por ponerme de pie, escucho la voz de Zephyr.

—¿Están todos bien?

Un coro de gemidos le responde. Lentamente, todos nos ponemos de pie, evaluando nuestro entorno.

Mientras nos orientamos, me doy cuenta de que estamos en una vasta cámara subterránea. El aire es tan potente que casi puedo saborearlo. Extraños cristales pulsantes incrustados en las paredes proporcionan una luz inquietante y cambiante.

Pero nuestro momento de calma es breve. Un bajo retumbar resuena por la cámara, y el suelo bajo nuestros pies comienza a temblar.

—¿Y ahora qué? —gime Ignatius, con llamas bailando en sus dedos.

Desde las sombras en el extremo más alejado de la cámara, oímos un gruñido gutural. Algo se acerca, y no suena amistoso.

—Todos, preparados —advierto, adoptando una postura defensiva.

Una criatura enorme emerge de la oscuridad. Es algo que jamás he visto: parte bestia, parte sombra, con runas brillantes grabadas en su piel oscura. Sus ojos arden con una luz sobrenatural

mientras fija su mirada en nosotros.

—Joder, qué grande es —murmura Zephyr.

La bestia carga, su forma masiva hace temblar el suelo con cada paso. Nos dispersamos, evitando por poco su ataque inicial.

—¡Ignatius! —grito—. ¡Ilumínalo!

—¡Ya estoy en ello, colega! —Un torrente de fuego brota de sus manos, iluminando la cámara y cegando momentáneamente a la criatura. Ruge de dolor y furia, agitándose salvajemente.

Los ojos de Zaiah brillan con más intensidad mientras extiende su magia de djinn, intentando manipular el espacio alrededor de la bestia. —¡No puedo contenerlo por mucho tiempo! —gruñe, con gotas de sudor perlado su frente.

Las sombras de Zephyr se lanzan hacia adelante, envolviendo las patas de la criatura, tratando de ralentizarla. Pero es fuerte y se libera con un poderoso tirón.

—Detente —ordena Adelaide, su voz resonando con autoridad.

Para mi absoluto asombro, la criatura se detiene en medio de su embestida. Está luchando contra alguna fuerza invisible, con los ojos fijos en Addy.

—No estamos aquí para pelear —continúa Addy, su voz firme a pesar del esfuerzo evidente en su rostro—. Buscamos conocimiento para salvar MistHallow.

La bestia la observa durante un largo momento, su mirada parece atravesarla. Luego, lentamente, comienza a cambiar. Su forma se encoge y se transforma, las sombras se desvanecen revelando un libro.

Un libro muy antiguo y de aspecto muy poderoso.

—Vaya —murmuro, mientras Addy se adelanta para recogerlo.

—Era una prueba —dice Zaiah, su voz llena de asombro.

Addy asiente, pasando sus dedos sobre la gastada cubierta del libro. —Y creo que la hemos pasado.

Como si respondieran a sus palabras, las estanterías a nuestro alrededor brillan. Los libros flotan hacia abajo, organizándose sobre una gran mesa que se materializa en el centro de la cámara.

—Estos deben contener la información que necesitamos —dice Zephyr, acercándose a la mesa con cautela.

Asiento, aún en guardia. —Bien, pongámonos a trabajar. Necesitamos averiguar todo lo que podamos sobre la fusión de los reinos, nuestros roles en ella y cómo controlarla.

Cada uno toma un libro y nos acomodamos para leer. Los textos son densos, llenos de conocimientos arcanos y complejas teorías mágicas. Toda esta mierda está muy por encima de mi nivel.

Levanto la vista de mi libro con un bufido. La información es fascinante pero increíblemente densa. Estoy leyendo sobre la naturaleza de las barreras entre reinos, cómo se han debilitado con el tiempo y las posibles consecuencias de su completa disolución.

—¿Alguien más siente que su cabeza está a punto de explotar? —se queja Ignatius, apartando su libro.

—Únete al club —murmura Zephyr.

Zaiah, sin embargo, parece completamente absorto en su lectura, sus ojos moviéndose de un lado a otro por las páginas a una velocidad inhumana. A veces, olvido cuánto conocimiento puede procesar un djinn.

Addy levanta la vista de su propio libro. —Creo que estoy empezando a entender algo de

esto —dice lentamente—. La fusión de los reinos. No son *reinos* como los conocemos. Somos ella y yo.

—¿Entonces, el Reino Inferior es ella, y tú eres el Reino Terrenal?

—Algo así.

Asiento, uniendo lo que he aprendido con sus ideas. —Y nuestros roles no son detenerlo o controlarlo. Estamos destinados a guiarlo, a asegurar que la fusión ocurra de una manera que no destruya todo en el proceso.

—Sí.

—¿Pero cómo? —pregunta Zephyr, frustrado—. ¿Cómo se supone que vamos a guiar algo que potencialmente podría matar a Adelaide?

—Creo —dice Zaiah—, que tiene que ver con nuestras habilidades individuales. Cada uno de nosotros representa un aspecto diferente de la realidad, un tipo diferente de magia. Juntos, formamos una especie de equilibrio.

Ignatius chasquea los dedos, una pequeña llama bailando entre ellos mientras piensa. —Cierto, como yo, que represento la transformación y la purificación.

—Y mi magia de sombras —añade Zephyr, captando la idea—, se trata del equilibrio entre la luz y la oscuridad.

Asiento, sintiendo que se aclara todo. —Mi naturaleza vampírica es un puente entre la vida y la muerte, lo mortal y lo inmortal.

—Y yo —dice Zaiah, su voz llena de asombro—, se supone que soy el puente en sí. Mis habilidades de djinn me permiten crear y manipular caminos entre reinos, pero necesito nuestro poder combinado para crearlo. Sin él, fracasaré.

Todos nos giramos hacia Addy, que ha estado escuchando nuestras reflexiones en silencio. Toma un respiro profundo. —Y yo soy el Nexo —dice suavemente—. El punto focal a través del cual ocurre todo esto. El conducto para equilibrar y dirigir las energías de los reinos.

—Con Crimson Shadow como el comodín —añado, sin poder ocultar el filo en mi voz.

Addy asiente, su expresión preocupada. —Sí. Ella es complicada. Como Reina del Reino Inferior, quiere volver a casa, pero ¿cuán peligroso es eso?

Todos guardamos silencio, contemplando la enormidad de lo que hemos aprendido. Es mucho para asimilar, una responsabilidad mayor de lo que podríamos haber imaginado cuando llegamos por primera vez a MistHallow.

—Entonces —dice Zephyr después de un momento—, creo que deberíamos hacer esto lo antes posible. Odio esperar. Me enfurece.

—Sí, igual. Acción antes que inacción. Lo haremos al anochecer.

Adelaide toma aire profundamente.

—Al anochecer.

—¿Sabemos algo más sobre el ritual? —le pregunto a Zephyr.

—Sangre y sexo —responde con una sonrisa maliciosa.

—Suenan a que será divertido —digo riendo, pero mi mirada se encuentra con la de Addy. Está nerviosa, y con razón. Todo depende de que ella pueda separarse de Crimson y forzarla a atravesar hacia el NetherRealm mientras se mantiene con vida y no destruye ningún reino en el proceso. Sin presiones.

ZAIAH

—¿Lo tienes claro? —me pregunta Corvus con intensidad.

Asiento lentamente.

—Eso creo. Los textos describen un ritual que me permitirá abrir un camino entre reinos. Requiere que todos canalicemos nuestras energías a través de Adelaide como punto focal.

—¿Y qué hay de Crimson? —pregunta Ignatius.

—Esa es la parte complicada —admito—. Necesitamos separar su esencia de la de Addy sin destruir a ninguna de las dos. Va a requerir un control increíblemente preciso.

Adelaide toma una respiración temblorosa y agarra mi mano.

—¿Y si no podemos separarnos?

Encuentro su mirada, deseando tener mejores noticias.

—Entonces existe el riesgo de que ambas sean arrastradas al Reino de las Sombras. O peor aún, que sean destrozadas en el proceso.

La habitación queda en silencio mientras todos asimilamos la gravedad de la situación.

—No dejaremos que eso suceda —dice Zephyr con firmeza, poniendo una mano en el hombro de Addy.

Más te vale, Pinocho.

—Oh, cállate la puta boca —gruño al mismo tiempo que Adelaide lo dice. Nos reímos, aligerando el ambiente sombrío que nos ha envuelto.

—Es una pesada, te lo digo yo.

—Me da miedo pensar cómo será cuando ande suelta por el mundo.

—Esperemos no tener que averiguarlo y que simplemente se vaya por su camino de vuelta al infierno, o donde sea. ¿Verdad, Crimson? Nada de travesuras. Te estamos haciendo un favor.

Parpadeo al no recibir respuesta.

—No me gusta ese silencio.

—A mí tampoco —dice Addy y retira su mano de la mía. Su rostro se vuelve inexpresivo, como si estuviera tratando desesperadamente de no mostrarnos lo que está pensando. O más bien, lo que Crimson le está diciendo ahora mismo. Me pilla observándola y fuerza una sonrisa.

Decidiendo que tengo que confiar en ella y esperar que no esté guardando secretos que puedan hacer que todo esto se vaya al carajo, vuelvo a los textos antiguos, buscando detalles adicionales que puedan ayudar.

—El ritual debe realizarse en el círculo de piedras, como dijimos. Necesitaremos dibujar runas específicas y canalizar nuestras energías en una secuencia precisa.

—Vale, ¿quién puede hacer eso? —pregunta Addy—. Las runas no son lo mío. Bueno, nada de esto lo es.

—Yo puedo —digo—. Es pan comido.

—Eso ni siquiera tiene sentido —murmura Zephyr—. El pan no se come, se mastica.

—Es una puta expresión, imbécil.

Él resopla y me hace un corte de manga.

—¿Creéis que tu padre nos está ocultando algo? —me aventuro a preguntar.

—Siempre —responde inmediatamente—. Y hablando de padres, ¿dónde está exactamente el tuyo, Corvus?

—Otra buena pregunta. Estuvo aquí para la reunión del consejo, pero no lo he visto por aquí.

—¿Crees que él y Malachar están confabulados? —pregunta Addy.

Resoplo.

—¿Confabulados?

Ella se ríe.

—Oye, encaja.

—Si lo están, me temo lo que eso pueda significar. Encarcelaron a Crimson antes. ¿Planean hacerlo de nuevo?

Ella se pone seria de inmediato.

—Pero, ¿no necesitan también a tu padre, a mi padre y al padre de Ig?

—¿Quién dice que no están ya aquí?

—Bueno, el mío no. Está en el Reino de las Sombras.

—No necesariamente. Lo viste entrar, pero quién sabe. Tal vez ya haya salido.

Ella traga saliva.

—¿Tú crees?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Tenemos que estar preparados para todo.

—¿Crees que podrían detenernos? —pregunta Zephyr lentamente.

—Tal vez. Tal vez no.

—No sabemos cuál es su objetivo final —dice Ignatius—. Y preguntar probablemente será tan fructífero como preguntarle a Crimson.

—Sí, ni siquiera voy a intentarlo —afirma Addy—. Nos centramos en lo que *nosotros* estamos haciendo y luego improvisamos si aparecen. Crimson estará de nuestro lado si quieren encarcelarla de nuevo. Eso nos da ventaja.

—Seis contra cinco.

—Seis, incluyendo una Reina cabreada —dice Ignatius.

—Randall quería matarla, así que tenemos que asumir que el objetivo final no es encarcelarla sino matarla —las palabras de Zephyr suenan a sentencia.

—Entonces les demostraremos que intentarlo no es lo mejor para ellos —declaro.

—Estás hablando de traición —dice Zephyr—. Para mí. Es traición.

—Lo sé.

Mantenemos una mirada fija, y sé sin siquiera preguntarle que él daría su propia vida por Adelaide. Todos lo haríamos. Nuestro vínculo, nuestro destino, es más fuerte que cualquier otra cosa, y eso es lo que nos va a hacer superar esto.

—Hagamos un pacto, aquí y ahora —dice Corvus—. Somos nosotros contra ellos. Siempre. No caemos, no fallamos, y protegemos a Adelaide y a los demás por encima de todo.

—De acuerdo —digo sin pensarlo siquiera. Si se trata de la vida de Adelaide o la deslealtad a mi familia, estoy dispuesto. Solo espero que no llegue a eso porque seré exiliado, y no creo que eso ayude mucho en cuanto al poder al estar separado de todos esos recursos. Tengo que tener fe

en que los ancianos nos dejarán hacer lo nuestro y devolver a Crimson a su reino, y luego podremos encontrar una manera de cerrarlo, para siempre, para que nunca pueda regresar.

—¿Estás claro en lo que tienes que hacer? —pregunta Ignatius.

—Sí. No es tan difícil acceder al otro reino, pero mantenerlo estable y no crear una bomba de tiempo volátil es donde se vuelve más desafiante.

—¿Y ahí es donde entramos nosotros? ¿No? —pregunta Corvus.

—Básicamente.

—Entonces todos tenemos nuestros papeles que desempeñar. Sé tan poderoso como puedas, o la cabeza de Zaiah hará boom —dice Zephyr con una sonrisa hacia mí que me hace reír.

—Vaya, gracias. Pero sí. Agradecería las mejores versiones de ustedes mismos.

Miro a Addy, ya que ha estado callada durante este intercambio. —¿Estás bien?

—Soy el eslabón más débil —susurra.

—No, eres la más fuerte. Nuestro vínculo contigo te convierte en el alfiler de la mariposa, cariño. Tú puedes con esto. Confío en ti con mi vida.

—Literalmente.

—¿No es a lo que siempre se reduce todo?

—No lo sé. ¿Lo es?

—Cada maldita vez.

ADELAIDE

ME ACERCO a Zaiah y le planto un beso en la boca, deslizando mi lengua entre sus labios mientras rodeo su cuello con mis brazos. —No dejaré que mueras —prometo cuando me aparto ligeramente.

—Lo mismo digo —responde con una sonrisa que me hace querer arrancarle la ropa aquí mismo y profanar este lugar ancestral. —Ya habrá tiempo para eso después —añade.

Soltando una risita, bajo la mirada. —¿Tan transparente soy?

—Qué va, es que te conozco, nena.

—Volvamos a la habitación de la torre y tratemos de dormir un poco antes del anochecer, si podemos —digo, alejándome de Zaiah.

Todos están de acuerdo, pero cuando nos preparamos para salir de la biblioteca subterránea, el suelo bajo nosotros vuelve a retumbar.

El temblor se intensifica y, de repente, las estanterías a nuestro alrededor comienzan a tambalearse peligrosamente. Polvo y pequeños escombros caen del techo.

—Mierda —maldice Corvus, sus ojos moviéndose rápidamente. —Tenemos que salir de aquí. Ya.

Las sombras de Zephyr se extienden, tratando de estabilizar las estanterías que se tambalean. —No creo que este lugar quiera que nos vayamos con todo este conocimiento —gruñe bajo la tensión.

Las manos de Ignatius estallan en llamas. —Bueno, no tiene mucha elección. Vamos a salir, de una manera u otra.

Un rugido ensordecedor resuena por la cámara. La pared lejana se desmorona, revelando una masa enorme y retorcida de sombras. Es algo que nunca hemos visto antes: una criatura hecha enteramente de oscuridad, con innumerables ojos brillantes y tentáculos que se extienden.

—¿Qué coño es eso? —grita Zaiah.

No lo sé, pero puedo sentir su poder. Es antiguo, está enfadado y definitivamente no está de nuestro lado.

—¡Corred! —grito.

Corremos hacia la salida, esquivando escombros que caen y latigazos de tentáculos de sombra. Ignatius lanza bolas de fuego detrás de nosotros, tratando de frenar el avance de la criatura, pero es implacable.

—¡La salida está bloqueada! —grita Corvus cuando llegamos a la base del tobogán por el que bajamos.

Los ojos de Zaiah brillan con más intensidad. —Yo me encargo —dice, su voz tensa por la concentración. El aire frente a nosotros parpadea y, de repente, aparece un portal. —Entrad.

No dudamos y nos lanzamos al portal uno por uno. Antes de que lo alcance, siento un tentáculo de pura y concentrada maldad envolverse alrededor de mi tobillo. Grito cuando intenta arrastrarme hacia atrás.

—¡Addy! —Corvus se estira a través del portal, agarrando mis brazos.

Por un momento, estoy suspendida entre dos mundos: la antigua y enfurecida oscuridad detrás de mí y la seguridad de la dimensión de bolsillo que Zaiah ha creado.

El tentáculo de oscuridad se aprieta alrededor de mi tobillo, su toque helado envía escalofríos por todo mi cuerpo. Puedo sentir cómo intenta alejarme de la seguridad del portal de Zaiah.

—¡No me sueltes! —le grito a Corvus, aferrándome a sus brazos con toda mi fuerza.

—Nunca —gruñe, sus músculos tensos mientras lucha contra la fuerza que me arrastra hacia atrás.

Zephyr se une a él, agarrando mi mano con un agarre que hace crujir los huesos de mis dedos.

De repente, siento una oleada de poder que surge de la nada. *Suelta, pequeña zorra.*

—¡Y una mierda! —grito.

No a ellos, idiota. Tu control. Déjame tomar el mando.

Me arrastran hacia atrás y mi mano se suelta de la de Corvus. No tengo tiempo para tonterías. —¡Hazlo!

Dejo que su poder fluya a través de mí, sintiéndolo correr por mis venas como fuego líquido. Con un grito primordial, pateo hacia atrás a la criatura de sombras, mi pie conectando con la sólida oscuridad.

Se escucha un chillido de dolor y el tentáculo me suelta. Zephyr me jala hacia adelante y caemos juntos a través del portal hacia la seguridad de la dimensión de bolsillo. Podemos ver a la entidad maligna enfurecida al otro lado, pero no puede alcanzarnos.

—Devuélveme mi control.

¿Tengo que hacerlo?

—¿Quieres volver a casa o no? Porque tú no puedes realizar el ritual, así que cállate la puta boca y devuélveme mi cuerpo.

Ella suelta un suspiro pero se desvanece en el fondo de nuevo. —Eso es, caraverga. ¿Quién manda aquí?

Tú no, eso seguro.

Su tono irónico da en el blanco, pero lo ignoro. —Vale, ¿y ahora qué?

Todos nos tomamos un momento para recuperar el aliento, mirando alrededor de la extraña dimensión de bolsillo que Zaiah ha creado. Es una masa arremolinada de colores y formas, constantemente cambiando y transformándose.

—Buen trabajo —dice Ignatius a Zaiah, dándole una palmada en la espalda. —¿Dónde estamos exactamente?

Zaiah se encoge de hombros. —Es una especie de espacio intermedio. Estamos a salvo aquí por ahora, pero no podemos quedarnos mucho tiempo. No es estable.

Asiento, todavía conmocionada por el encuentro cercano. —Entonces, ¿cómo pasamos por encima de esa cosa y volvemos a MistHallow?

—Esperamos a que se vaya a la mierda —dice—. No puedo crear un portal para salir de aquí. Si pudiera, lo habríamos usado para entrar. —Se encoge de hombros como si fuera obvio, pero supongo que lo es cuando lo explica así.

—Genial, ¿así que somos patos sentados?

—Sí.

—La necesitamos, ¿verdad?

—¿Puedes controlarla?

—En una palabra... no. Pero no tenemos mucha elección, ¿verdad?

—No a menos que queramos ser devorados por esa cosa en, digamos, dos minutos.

—¿Dos minutos? Joder.

Respiro profundamente, preparándome para lo que estoy a punto de hacer. —Crimson.
¿Puedes ayudar?

Hay una larga pausa, y por un momento, pienso que me va a ignorar.

¿Estás de broma? Esa cosa nos arrancará la cara.

—¿Qué? No tiene cara, por lo tanto, no tiene boca. No comerá nada. Pensé que se suponía que eras una dura.

Grosera. Soy una dura.

—Entonces ayúdanos a salir de aquí, o no habrá ritual, y si yo muero, probablemente tú también. —Es una suposición, pero es una teoría que funciona.

¿Estás lista para eso, pequeña perra?

Miro a los chicos y luego de vuelta al monstruo que acecha al otro lado del portal. —Sí, estoy lista.

—¡Espera! —dice Corvus y me gira para que lo mire—. ¿Sabes lo que le dije a Crimson sobre Lucian?

Levanto una ceja. —¿Que me castigarás si bebo de él otra vez?

—No solo de él, de cualquier otro vampiro. Ese lado tuyo me pertenece a *mí*, Adelaide. ¿Está claro?

—Está claro.

—Bien —dice, soltándose y dando un paso atrás—. Bien.

Pero aún no he terminado. —Tienes permiso para darme nalgadas si bebo de otro vampiro.

Sus ojos azules se encienden hasta el punto de ebullición y sus colmillos se asoman mientras se acerca. —Te daré tantas nalgadas que mi mano quedará marcada permanentemente en tu trasero, Pequeña Muñeca.

Sonriendo lentamente, me aparto de él. —¿Crimson? ¿Lo tienes?

Oh, lo tengo, pero ¿tú lo tienes?

—Solo cállate y hazlo, pero recuerda, me devuelves el control una vez que estemos libres. Si no lo haces, te quedas en mi cuerpo, que me arriesgaré a decir que es más débil de lo que estás acostumbrada. Si lo haces, obtienes todo lo que quieres. ¿De acuerdo?

Trato hecho. A la de tres...

—Oh, ya me han engañado con eso antes —gruño y me preparo para el impacto.

Y joder, sí que necesitaba prepararme.

La presión en mi cabeza es insoportable cuando Crimson toma el control. Se siente como si mi cráneo se estuviera partiendo desde dentro. Grito, llevándome las manos a la cabeza mientras la dimensión de bolsillo tiembla e implosiona.

Los chicos retroceden mientras una energía rojo oscuro chisporrotea a mi alrededor. Siento la alegría salvaje de Crimson al estar en control de nuevo, su ansia de violencia.

Levanta mis manos, y sombras brotan de mis palmas, fusionándose en una masa enorme y retorcida. Se estrella contra la criatura al otro lado.

Las dos entidades sombrías chocan en una batalla épica de oscuridad contra... oscuridad. La creación de Crimson despedaza a la bestia, desgarrándola y destrozándola.

La bestia contraataca, arremetiendo con sus malvados tentáculos de sombra.

Puedo sentir el júbilo salvaje de Crimson mientras dirige la batalla a través de mi cuerpo. El poder bruto que corre por mis venas es embriagador pero aterrador como la mierda. Una parte de mí quiere ceder completamente, dejar que Crimson tome el control total y desate todo su poder.

Pero no puedo. No puedo dejar que me posea.

Con un golpe final y aplastante, la manifestación de oscuridad de Crimson destroza a la criatura atemporal en fragmentos. Se disuelve en finos hilos de sombra, emitiendo un grito penetrante desde más allá de este mundo.

Tan pronto como la amenaza es neutralizada, tropiezo mientras intento recuperar el control de mi cuerpo, casi colapsando. Corvus me atrapa, estabilizándome.

—¿Addy? —pregunta con cautela—. ¿Estás con nosotros?

—*¿Qué tal estuvo?*

—¿Estás de vuelta en la caja?

Desafortunadamente.

Asiento débilmente a Corvus. —Sí. Soy yo.

Los chicos intercambian miradas cautelosas, claramente inseguros de si pueden confiar en que realmente soy yo.

—Está bien —les aseguro—. Tengo el control. Crimson cumplió su palabra. Pero acabamos de enfurecer a algo muy antiguo y muy poderoso.

Corvus me rodea la cintura con un brazo, atrayéndome hacia él. —Pero conseguimos lo que vinimos a buscar. Tenemos el conocimiento que necesitamos.

Asiento, apoyándome en él. —Sí, pero ¿a qué precio?

Como si fuera una respuesta, un chillido penetrante corta el aire. Miramos hacia arriba para ver una bandada de criaturas sombrías que nos sobrevuelan en círculos.

—Creo —dice Zephyr con seriedad— que esto es solo el comienzo.

Intercambiamos miradas de preocupación. —Vamos. Salgamos de aquí y volvamos a la habitación de la torre. Tenemos trabajo que hacer. ¿Cómo coño salimos de aquí?

—Rápido —dice Ignatius.

ZEPHYR

—RÁPIDAMENTE —es quedarse corto. Tan pronto como Ignatius habla, las criaturas de sombras sobre nosotros se lanzan en picado, sus formas estirándose y distorsionándose mientras caen hacia nosotros.

—¡Moveos! —grito, agarrando la mano de Addy y tirando de ella mientras corremos hacia la salida.

La cámara subterránea tiembla violentamente, trozos del techo se desploman a nuestro alrededor. Intento alcanzar mis sombras para crear un dosel protector sobre nuestras cabezas, pero nada sucede. Mi magia no funciona.

—¡Mierda! —maldigo, esquivando un trozo de piedra que cae—. ¡Mis sombras no responden!

—¡Las llamas tampoco! —grita Ignatius, sus manos chispeando inútilmente.

Intercambiamos miradas de pánico. Sin nuestra magia, estamos vulnerables, y las criaturas de sombras nos están alcanzando.

—¡La salida está bloqueada! —grita Corvus de nuevo.

—Tiene que haber otra salida —dice Addy, sus ojos moviéndose frenéticamente—. Este lugar es antiguo. Debe haber pasadizos secretos o algo.

Los ojos blancos de Zaiah brillan tenuemente mientras escanea la cámara. —¡Hay algo allí! —Señala una fisura apenas visible en la pared cercana que yo no puedo ver por más que mire.

—¿Cómo coño...? —gruño mientras nos dirigimos hacia allí.

—Hay algo brillando al otro lado. ¿No lo veis?

Niego con la cabeza, pero no tenemos tiempo para tonterías.

—¡Lo tengo! —grita Corvus, golpeando su mano contra una piedra sobresaliente. La pared se abre lentamente, revelando un pasadizo oscuro.

Nos amontonamos justo cuando la primera de las criaturas de sombras nos alcanza. Corvus cierra la puerta de golpe detrás de nosotros, sumiéndonos en la oscuridad.

—Bueno, esto es jodidamente brillante —murmura Ignatius—. ¿Alguien tiene una linterna?

—Creía que habías dicho que había algo brillando al otro lado —acuso a Zaiah.

—Lo hay. Puedo verlo. Debe estar conectado a mi poder de djinn —dice Zaiah. Sus ojos brillan más intensamente ahora, proporcionando una luz tenue y espeluznante.

—O a tu poder de puente —murmura Addy.

—De cualquier manera, es suficiente —digo—. Guíanos. No creo que esa puerta los contenga por mucho tiempo.

Empezamos a recorrer el corredor, con Zaiah a la cabeza, siguiendo esta supuesta luz brillante. Corvus cierra la marcha. El pasadizo se retuerce y gira, llevándonos más profundo en lo

desconocido.

—Esperad —dice Zaiah de repente, deteniéndose en seco—. Mirad el suelo.

Miro hacia abajo pero no veo una mierda. Ni siquiera mis pies. —Lo siento, tío. No veo nada.

—Las losas de piedra frente a nosotros son de diferentes colores, dispuestas en un patrón complejo. Es un rompecabezas. Pisa la piedra equivocada y...

—¿Kabum?

Se gira para parpadear hacia mí. —Básicamente, sí.

—¿Entonces cómo cruzamos? —pregunta Ignatius, iluminado por el brillo de Zaiah mientras mira el suelo con cautela, aunque dudo que pueda ver algo tampoco.

—Los símbolos en las paredes. Son instrucciones —dice Zaiah, examinándolos—. Es una secuencia. Pisamos las piedras en el orden correcto y deberíamos estar a salvo.

—Deberíamos —murmura Ignatius—. Eso es tranquilizador.

—¿Tienes una mejor idea? —le espeto, el estrés de la situación me está afectando.

—Vale. Creo que lo tengo. Seguidme exactamente, pisad donde yo pise —dice Zaiah.

Toma una respiración profunda y pisa la primera piedra. No pasa nada. Todos dejamos escapar un suspiro colectivo de alivio.

Lenta y cuidadosamente, Zaiah avanza por la habitación, cada paso deliberado y preciso. Lo seguimos en fila india, apenas respirando por miedo a activar alguna trampa.

Estamos a mitad de camino cuando lo oímos: el sonido de piedra rozando contra piedra. La puerta por la que entramos se está abriendo.

—Vienen —susurra Corvus desde la parte trasera de nuestra fila.

—Zaiah, tenemos que movernos más rápido —le apremio.

Asiente, acelerando el paso.

Pero en su prisa, el pie de Addy resbala, rozando apenas el borde de la piedra incorrecta.

Se oye un terrible ruido de trituración, y de repente el suelo comienza a inclinarse.

—¡Corred! —grito, abandonando la precaución.

Corremos a través de las piedras restantes, saltando hacia la seguridad del otro lado justo cuando el suelo se desploma por completo, revelando un pozo de oscuridad turbulenta y turbia debajo.

Aterrizamos en un montón al otro lado, jadeando y temblando.

—Eso estuvo muy cerca —jadea Ignatius, con el rostro pálido.

—Aún no ha terminado —advierte Corvus, señalando hacia adelante.

Ahora puedo ver. Supongo que todos podemos. Está sombrío, pero es mejor que la oscuridad total.

El pasadizo continúa, pero ahora está flanqueado por estatuas. Antiguos guerreros, con rostros de piedra sombríos y vigilantes.

—No me gusta el aspecto de esas —murmuro.

Como si respondieran a mis palabras, los ojos de la estatua más cercana comienzan a brillar. Con un chirrido de piedra, baja de su pedestal, levantando una espada terriblemente afilada.

—Oh, tienes que estar jodidamente bromeando —gime Ignatius.

Más estatuas cobran vida, moviéndose para bloquear nuestro camino. Sin nuestra magia, estamos en gran desventaja.

—¿Alguna idea? —pregunto, retrocediendo lentamente.

Los ojos de Zaiah recorren rápidamente la cámara. —Necesitamos ser más rápidos.

—Genial —dice Corvus.

Resoplo. —Lo dice el vampiro. Toma la mano de Addy y no la sueltes. Nosotros los cubriremos, ustedes corran.

Es una idea loca, pero es la única que tenemos. Cuando la primera estatua se acerca pesadamente hacia nosotros, nos separamos, cada uno eligiendo un objetivo mientras Corvus se prepara para correr por el centro.

Esquivo el golpe de una espada de piedra, agachándome bajo el brazo de la estatua y dando una patada sólida a su articulación de la rodilla. La piedra se agrieta pero no se rompe. Estas cosas son duras.

Por el rabillo del ojo, veo a Corvus corriendo por el centro del pasadizo, con la mano de Addy firmemente agarrada. Las estatuas se giran para perseguirlos, pero hacemos lo posible por mantenerlas ocupadas.

Ignatius ha recogido una espada caída y la está usando para parar los golpes de dos estatuas a la vez. Zaiah se mueve ágilmente entre las estatuas, usando su agilidad de djinn para evadir sus ataques mientras las lleva en una alegre persecución.

Giro para evitar otro golpe de espada, mi espalda chocando contra la pared. Una mano de piedra se cierra sobre mi hombro, inmovilizándome mientras otra estatua levanta su arma hacia mi cabeza.

De repente, una sensación familiar me invade. Mis sombras han regresado.

Con una sonrisa feroz, dejo que la oscuridad fluya de mis dedos, envolviendo las estatuas y desgarrándolas. La piedra se desmorona y se hace añicos mientras las destrozo.

—¡Nuestros poderes han vuelto! —grito a los demás.

Ignatius grita de alegría mientras llamas brotan de sus manos, derritiendo a los guerreros de piedra en charcos de roca fundida. Los ojos de Zaiah brillan de un blanco intenso mientras hace gestos, provocando que las estatuas se desmoronen en polvo.

Luchamos por el pasadizo, con nuestros poderes completamente restaurados y destrozando a los guerreros de piedra. Uso mis sombras para aplastarlos y hacerlos pedazos, mientras Ignatius los derribe con sus llamas y Zaiah los reduce a polvo.

Más adelante, veo que Corvus y Addy han llegado al final del corredor. Hay una gran puerta circular bloqueando su camino.

—¡Necesitamos darnos prisa! —nos grita Corvus.

Destruyendo las estatuas restantes en un frenesí de sombra, fuego y magia, cuando la última se desmorona, corremos para reunirnos con Corvus y Addy en la puerta.

—¿Alguna idea de cómo abrir esta cosa? —pregunto, mirando con cautela el enorme círculo de piedra.

La puerta retumba y comienza a deslizarse para abrirse.

—Bueno, entonces...

Tan pronto como hay suficiente espacio, nos colamos. El nuevo pasadizo es más estrecho, obligándonos a ir en fila india de nuevo. El aire es denso y rancio, y puedo sentir el peso de los siglos presionando sobre nosotros.

Corvus de repente levanta una mano, deteniéndonos. —Escuchen —dice, su oído de vampiro captando algo que nosotros no podemos.

Todos guardamos silencio, aguzando el oído. Y entonces lo oigo: un débil sonido de corriente, que se hace más fuerte por segundos.

—Agua —dice Zaiah, con los ojos muy abiertos.

Antes de que podamos reaccionar, una pared de agua viene rugiendo por la esquina, llenando completamente el pasadizo.

—¡Contengan la respiración! —grito justo antes de que el torrente nos golpee.

Somos arrastrados, dando vueltas sin control en la poderosa corriente.

El agua nos lleva a través de giros y vueltas, el pasadizo convirtiéndose más en un tobogán de piedra. De repente, somos expulsados al aire libre.

Caemos por un momento que detiene el corazón antes de sumergirnos en un gran lago subterráneo. Salgo a la superficie, empapado y furioso como una serpiente.

—¿Están todos? —grita Corvus, con su cabello habitualmente perfecto pegado a la cabeza.

Todos respondemos, nadando hacia el borde de la piscina. Mientras nos impulsamos fuera, observo nuestro nuevo entorno. Estamos en una caverna inmensa, con el techo tan alto que se pierde en la oscuridad. La piscina en la que caímos parece estar alimentada por un río subterráneo, el agua brilla tenuemente con organismos bioluminiscentes.

—Bueno —dice Ignatius, escurriendo el agua de su camisa—, eso fue refrescante.

—Miren —dice Addy, señalando al otro lado de la caverna—. Creo que veo luz natural.

Efectivamente, hay un débil destello de luz natural que proviene de una estrecha fisura en la pared lejana.

—Esa tiene que ser nuestra salida —digo, sintiendo crecer la esperanza en mi pecho.

Nos dirigimos hacia ella, nuestras ropas empapadas dejando rastros de agua detrás de nosotros. A medida que nos acercamos, podemos sentir una brisa que viene a través de la grieta. Huele a aire fresco y libertad.

Un chillido familiar resuena por la caverna.

—Nos han encontrado —gruñe Zaiah.

—¡Vamos! —grito.

Nos desplomamos sobre la hierba en el exterior, la luz del sol casi dolorosamente brillante después de tanto tiempo bajo tierra. Estamos en las afueras del campus de MistHallow, los edificios familiares visibles en la distancia.

Mientras recuperamos el aliento, miro hacia atrás al túnel del que salimos. Comienza a cerrarse, sellándose como si nunca hubiera existido.

—Joder —dice Ignatius después de un momento de silencio atónito—, eso fue divertido. No lo hagamos nunca más.

Todos estallamos en carcajadas, el alivio de haber escapado nos abruma. Estamos vivos, estamos juntos y logramos salir con el conocimiento que buscábamos.

—¡Mi libro! —grita Addy de repente, sacándolo de la parte trasera de sus mallas.

—¿Cómo lograste mantenerlo contigo? —pregunto incrédulo.

—¡Está empapado!

—Y el mío —dice Zaiah, levantando el suyo—. Esto nos ha jodido por completo. Lo necesitaba para las runas.

Gimiendo, me dejo caer sobre la hierba, mirando hacia los árboles. —Esto es fantásticamente jodido. Resume perfectamente este día de mierda.

—¡Joder! —ruge Addy—. ¡Maldita sea, joder!

ADELAIDE

MIRO LOS LIBROS ARRUINADOS, enojada y frustrada. —Desastre ni siquiera alcanza a describirlo, Zeph. Nos han jodido por el culo con un cuerno de cabra. —Todo ese esfuerzo, todas esas situaciones peligrosas, y ahora hemos perdido la información vital que necesitamos para el ritual. La tinta se ha corrido, dejando ilegible la mayor parte del texto.

—Eso suena doloroso —reflexiona él—. Pero ya se nos ocurrirá algo. Ahora mismo, necesito quedarme aquí tumbado un minuto sin que nada me robe la magia o intente comerme.

—Te das cuenta de que acabas de gafarnos, ¿verdad? —se ríe Ignatius.

Suspirando y dejándome caer a su lado, derrotada y desanimada, quiero creerle, pero el peso de nuestra situación es aplastante. Se supone que debemos realizar este ritual increíblemente complejo y peligroso para separarme de Crimson y enviarla de vuelta al Reino Inferior, y ahora hemos perdido nuestro manual de instrucciones.

Cierro los ojos, tratando de contener las lágrimas de frustración. —¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? No podemos improvisar. Un movimiento en falso y podríamos desgarrar la realidad o matarme en el proceso.

Corvus se arrodilla a mi lado, poniendo una mano reconfortante en mi hombro. —Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Cómo? —espeto, más duramente de lo que pretendía—. No tenemos tiempo para ir en busca de más textos antiguos. La fusión va a ocurrir estemos preparados o no.

—Odio decirlo —dice Zaiah—, pero conocemos a algunas personas que pueden ayudar.

Zephyr gime y se cubre la cara con las manos. —Los ancianos.

—Bueno, ellos hicieron este ritual antes, pero a la inversa.

—Joder, joder —digo otra vez—. Bueno, yo paso. No tengo ni idea de dónde está Randall, y aunque lo supiera, ni de coña.

Ignatius suspira profundamente. —Mis padres tampoco están exactamente en mi lista de contactos. Lo último que supe es que estaban explorando un volcán activo en Hawaii.

—Y ya sabes que los míos nunca dejan el reino de los djinn a menos que sea necesario.

—Lo que nos deja a mi padre y al de Corvus —dice Zephyr sombríamente.

Corvus suspira. —Se supone que mi padre anda por aquí. Vino para la reunión de la junta.

—Y sabemos que mi padre está al acecho —añade Zephyr con gravedad.

—Genial. Así que tenemos que confiar en las mismas personas que podrían intentar detenernos o encarcelar a Crimson de nuevo, o peor, matarla y probablemente a mí al mismo tiempo. Fantástico.

—No tenemos muchas opciones —señala Zaiah—. Sin esos libros, estamos a ciegas. Y ellos tienen experiencia con este tipo de ritual.

Me incorporo, mirándolos a cada uno por turno. —De acuerdo, pero nos ceñimos al plan. Hacemos esto para enviar a Crimson de vuelta, no para atraparla aquí o matarla. Si intentan algo raro, nos largamos. ¿De acuerdo?

Todos asienten solemnemente.

—Bien, entonces —digo, poniéndome de pie y sacudiéndome la hierba de la ropa—. Vamos a buscar a unos ancianos sospechosos.

Nos dirigimos hacia los edificios principales del campus, atentos a cualquier señal del padre de Zephyr o de los otros ancianos. La destrucción de antes aún es evidente, pero ya puedo ver señales de la magia de la escuela en acción, reparando lentamente los daños.

Al acercarnos al patio central, me detengo. —¿Sabéis qué? Esto puede esperar. Estoy cansada, hambrienta y necesito no pensar en nada de esto por un rato.

—Eso es lo que yo dije —espeta Zephyr—. Pero nadie me escuchó.

—Pues ahora te estoy escuchando —digo con firmeza—. Vamos a limpiarnos, descansar, comer y luego, al anochecer, iremos a buscar lo que necesitamos. Quién sabe, tal vez incluso nos encuentre primero. Vuestros padres están aquí por una razón, y no es por una maldita reunión de la junta.

—No puedo discutir eso —dice Corvus y toma mi mano, llevándome a la torre y abriendo la puerta con un floreo—. Después de ti.

Entro en la torre, el entorno familiar es una vista agradable después de nuestra angustiada aventura subterránea. Los demás entran detrás de mí, todos chorreando agua sobre el suelo de piedra mientras subimos los escalones.

—Me ducho primero —digo y me dirijo directamente a las escaleras que llevan al baño. Dejo el libro empapado en el lavabo y me desnudo. Al entrar en la ducha humeante, suspiro contenta y luego me quedo allí parada, agotada.

—¿Te importa si me uno? —pregunta Ignatius, apoyándose en el marco de la puerta—. Esa agua está haciendo estragos en mi magia.

Lo miro fijamente. —¿Estás bien?

—Sí, pero sea lo que sea, no le gustan los elementales de fuego. —Levanta la mano y no sucede nada.

Deslizándome la puerta, me hago a un lado para dejarlo entrar. Está desnudo en menos de cinco segundos, con una sonrisa pícara en su rostro. Observo su cuerpo musculoso y sus tatuajes con avidez, lo que le hace reír.

—¿Te gusta lo que ves?

—Joder, sí —coloco mis manos en su pecho e inclino la cabeza hacia atrás para recibir un beso que enciende mi interior. Su boca está caliente y exigente, sus manos explorando mi cuerpo mientras el agua lava la suciedad de nuestra prueba. Gimo suavemente, presionándome contra él, sintiendo cómo su excitación crece con cada toque. Agarro su polla y tiro suavemente. Él gime en mi boca y mueve sus manos a mis caderas, acercándose aún más. Me levanta, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, frotándome contra él mientras el agua cae sobre nosotros. Rompiendo el beso, me mira a los ojos, los suyos llenos de deseo, y me presiona contra los azulejos. Su polla juguetea con mi clítoris, y jadeo cuando se agarra a sí mismo y se desliza lentamente dentro de mí, centímetro a centímetro. La sensación es abrumadora, y me aferro a él, mis uñas clavándose en su espalda. Mi coño se aprieta a su alrededor, desesperado por más. Embiste profundamente dentro de mí con una intensidad que me hace gritar. Puedo sentir mi orgasmo construyéndose ya, y lo agarro con más fuerza, instándolo a continuar. Él gime, sus embestidas se vuelven más duras y rápidas, hasta que ya no puedo contenerme más. Me corro

con un grito, mi cuerpo convulsionando a su alrededor mientras ola tras ola de placer me inunda. Mi coño agarra su polla posesivamente, haciendo que gruña y aumente el ritmo. Me embiste, golpeándome contra los fríos azulejos mientras pierde el control.

Con una última embestida, se corre, su polla pulsando profundamente dentro de mí mientras gime:

—Addy, joder.

—Necesitaba eso —susurro en su oído, aferrándome a él, sin querer soltarlo nunca.

—Yo también, joder.

—¿Ha vuelto tu magia?

Extiende su mano, y una llama aparece antes de ser apagada por la ducha, que está lloviendo a nuestro alrededor.

—Sí.

—¿Acaso la perdiste? —pregunto, entrecerrando los ojos.

Él se ríe.

—Sí, la perdí. Esa agua era destructiva.

—Bueno, me alegro de que haya vuelto —digo, sonriéndole mientras el agua continúa cayendo sobre nosotros—. Y me alegro de que estés aquí conmigo.

—No querría estar en ningún otro lugar —dice Ignatius, con voz sincera. Me besa suavemente, y me derrito en su abrazo.

Después de unos minutos más bajo el agua caliente, finalmente apagamos la ducha de mala gana y salimos. Me envuelvo en una toalla y empiezo a secarme, sintiendo una sensación de alivio y confort que me invade.

—Comida y sueño —digo, bostezando, sintiendo cómo la luz del día tira de mis sentidos vampíricos. Él me atrae hacia sí y besa mi frente.

—Descansa un poco. Iremos a buscar provisiones.

Asiento con sueño mientras bajamos las escaleras del baño, e Ignatius me mete en la cama. Les explica el plan a los chicos.

—Después de las duchas —dice Corvus y se quita la camisa, tentándome.

Pero para ser honesta, estoy demasiado cansada para mantener los ojos abiertos. Los cierro y oigo a los chicos moverse, pero eventualmente, debo sumergirme en el olvido.

ADELAIDE

DESPIERTO en un vasto espacio oscuro. El aire es denso y pesado, presionándome por todos lados. No puedo ver nada, pero siento una presencia: antigua, poderosa y aterradoramente familiar.

—Hola, hermana —la voz de Crimson hace eco a mi alrededor, pareciendo venir de todas partes y de ninguna a la vez.

Giro, tratando de localizar la fuente de la voz.

—¿Crimson? ¿Dónde estás? ¿Qué es este lugar?

Una risa reverbera en la oscuridad.

—Esto, querida Adelaide, es el espacio entre mundos. El vacío donde los sueños y las realidades colisionan y se fusionan.

De repente, la oscuridad cambia. Patrones arremolinados de sombra y luz bailan a mi alrededor, formando imágenes que parpadean y cambian. Veo MistHallow, pero es diferente: más oscuro, más siniestro. Criaturas de sombra deambulan libremente, y el cielo arriba es una masa turbulenta de púrpura y negro.

—¿Qué has hecho? —susurro, horrorizada.

—Qué hemos hecho, querrás decir —me corrige Crimson, materializándose frente a mí. Se ve exactamente como yo, pero sus ojos brillan en rojo—. Este es nuestro destino, Adelaide. Gobernar un nuevo mundo, nacido de la fusión de reinos.

Sacudo la cabeza con vehemencia.

—No. Eso no es lo que acordamos. Se suponía que volverías al Reino Inferior. ¡Íbamos a separarnos!

Crimson ríe, el sonido me pone la piel de gallina.

—Oh, dulce e ingenua Adelaide. ¿De verdad creíste que sería tan simple? ¿Que renunciaría al poder que podríamos ejercer juntas? Lo sentiste antes, sé que lo hiciste.

La escena cambia de nuevo. Ahora veo a mis chicos. Están luchando contra una horda interminable de criaturas de sombra, sus rostros retorcidos por el agotamiento y la desesperación.

—¡Detente! —grito, tratando de alcanzarlos. Pero mi mano atraviesa la imagen como si fuera humo.

—No pueden oírte —dice Crimson, su voz teñida de falsa simpatía—. Esto es solo un vistazo de lo que vendrá. A menos que...

Me giro para enfrentarla, con el corazón acelerado.

—¿A menos que qué?

Su sonrisa es depredadora.

—A menos que abracemos nuestra verdadera naturaleza. Acepta el poder que es legítimamente nuestro. Juntas, podríamos gobernar no solo este mundo, sino todos los mundos.

Las imágenes a nuestro alrededor cambian de nuevo. Ahora me veo a mí misma, o más bien, una versión de mí fusionada con Crimson. Estamos en la cima de una gran torre de obsidiana, contemplando un vasto imperio de sombras. El poder crepita a nuestro alrededor, y criaturas de todos los reinos se inclinan a nuestros pies.

—Esto es para lo que estamos destinadas, Adelaide —susurra Crimson en mi oído—. Este es nuestro destino.

Por un momento, siento una atracción hacia ese poder. Es tentadora la idea de poder moldear la realidad misma. Pero entonces pienso en mis hombres, en el mundo que he llegado a amar.

—No —digo firmemente, alejándome de Crimson—. Esto no es lo que quiero. Esto no es quien soy.

Los ojos de Crimson destellan con ira.

—Tonta. ¿Tirarías el poder supremo por qué?

—Por amor. Obviamente no sabes lo que es eso, ¿verdad?

La oscuridad a nuestro alrededor comienza a arremolinarse violentamente. La forma de Crimson parpadea, su expresión llena de rabia y frustración.

—No puedes detener lo que viene, Adelaide —sisea—. La fusión ya ha comenzado, y cuando esté completa, verás. Comprenderás el verdadero alcance de nuestro poder.

Siento que me alejan, el sueño comienza a desvanecerse.

—Te detendré —grito mientras la forma de Crimson se vuelve distante—. ¡Sea como sea, encontraré la manera!

Su risa hace eco a mi alrededor mientras me despierto de golpe, sentándome erguida en la cama, jadeando por aire.



—¿ADDY? —CORVUS ESTÁ A MI LADO EN UN INSTANTE, SU MANO FRÍA EN MI FRENTE—. ¿QUÉ viste?

Asiento, tratando de recuperar el aliento. Los demás están reunidos alrededor de la cama.

—Era Crimson —logro decir—. Me mostró su plan. Es peor de lo que pensábamos.

Les relato los detalles de mi sueño, observando atentamente sus expresiones.

—Maldita perra —murmura Zephyr cuando termino—. Entonces, ¿nunca tuvo la intención de regresar al Reino Inferior?

Niego con la cabeza.

—No, sí lo hizo. Pero cuando tomó el control de mi cuerpo antes, vio una manera diferente. Quiere usar la fusión para crear un nuevo mundo, uno que pueda gobernar. Conmigo como su recipiente.

—No va a suceder —dice Ignatius con firmeza.

—No lo permitiremos —concuerta Corvus, atrayéndome hacia él.

Me apoyo en él, agradecida por su presencia sólida.

—¿Pero cómo la detenemos? Ni siquiera sabemos cómo separarnos ahora, mucho menos cómo prevenir la fusión de reinos.

Los ojos blancos de Zaiah brillan tenuemente en la penumbra de la habitación de la torre.

—Necesitamos ayuda —dice en voz baja—. Por mucho que odie admitirlo... de nuevo... no

podemos hacer esto solos.

Asiento a regañadientes.

—Tienes razón. Necesitamos encontrar a vuestros padres —digo, mirando a Zephyr y Corvus—. Podrían ser nuestra única oportunidad.

—Iré a buscar a mi padre —dice Corvus, poniéndose de pie—. Tiene que estar por aquí en alguna parte.

—Y yo intentaré localizar al mío —añade Zephyr, con sus sombras arremolinándose inquietas a su alrededor.

—¿Y nosotros qué? —pregunta Ignatius, señalándose a sí mismo y a Zaiah.

Respiro hondo, preparándome. —Necesito que ustedes dos se queden conmigo. Si Crimson intenta algo... puede que necesite ayuda para mantenerla bajo control.

Asienten solemnemente, comprendiendo la gravedad de la situación.

Mientras Corvus y Zephyr se preparan para irse, tomo sus manos. —Tengan cuidado —digo, mirándolos a los ojos—. No sabemos qué otros cambios pudo haber causado la fusión. Vuelvan pronto.

Ambos se inclinan, dándome rápidos besos en los labios antes de desaparecer por la puerta.

Al quedarme a solas con Ignatius y Zaiah, siento que una ola de agotamiento me invade. La pesadilla me ha dejado exhausta, tanto física como emocionalmente.

—Deberías intentar descansar un poco más —dice Zaiah suavemente—. Nosotros montaremos guardia.

Quiero protestar, decir que estoy bien, pero sé que tiene razón. Necesitamos estar en plena forma para lo que venga después.

—Despiértense si pasa algo —digo mientras me recuesto.

Asienten, acomodándose a ambos lados de mí en la cama. Mientras cierro los ojos, me pregunto qué otros horrores nos esperan. La imagen de ese mundo oscuro y fusionado que Crimson me mostró persiste en mi mente, un sombrío recordatorio de lo que está en juego.



LA OSCURIDAD ME RECLAMA DE NUEVO, PERO ESTA VEZ NO ES CRIMSON QUIEN ME RECIBE EN EL mundo de los sueños. En su lugar, me encuentro en un lugar de luz y sombra arremolinadas, perfectamente equilibrado.

Una figura se acerca y, por un momento, me tenso, lista para otra confrontación. Pero a medida que se acerca, me doy cuenta de que no es Crimson. Soy yo. O mejor dicho, una versión de mí que nunca había visto antes.

Esta Adelaide es radiante, su piel brilla con una luz interior. Pero las sombras también danzan a su alrededor, no de manera amenazante, sino complementaria. Me sonrío y siento que una sensación de paz me invade.

—¿Quién eres? —pregunto, aunque creo que ya sé la respuesta.

—Soy tú —dice, su voz resonando con poder y sabiduría—. La tú que podrías ser, si aprendes a equilibrar la luz y la oscuridad dentro de ti. El lado que tu madre busca darte.

Miro mis manos, viendo el tenue resplandor de la luz celestial en guerra con las sombras de mi naturaleza vampírica. —¿Cómo? ¿Cómo logro este equilibrio?

La Adelaide radiante se acerca más, poniendo sus manos sobre mis hombros. —Aceptando todas las partes de ti misma, Adelaide. La luz de tu madre, la oscuridad de tu padre y todo lo que hay entre medio. Crimson es una parte de ti, pero no te define. Tú te defines a ti misma.

La constante batalla entre la luz y la oscuridad que he estado sintiendo desde que llegué a MistHallow comienza a calmarse.

—¿Pero qué hay de la fusión? —pregunto—. ¿Cómo la detenemos?

Ella niega con la cabeza, con una sonrisa triste en su rostro. —La fusión no puede detenerse, Adelaide. Pero lo que hagas a continuación decidirá el curso que tomará.

Respiro profundamente, sintiendo el peso de esta responsabilidad asentarse sobre mis hombros. —¿Pero cómo? ¿Cómo decido lo que se supone que debo hacer? ¿Cómo lo sé?

La sonrisa de la Adelaide radiante se vuelve conocedora. —Lo sabrás al darte cuenta de que Crimson no es tu enemiga, sino una parte de ti que necesita ser comprendida e integrada. Ella representa el poder crudo del Reino de las Tinieblas, sí, pero también la fuerza y la determinación que necesitarás para enfrentar lo que se avecina.

Asiento, sintiendo que un nuevo sentido de propósito me llena. —¿Qué necesito hacer?

—Cuando despiertes —dice, su forma empezando a desvanecerse—, no luches contra Crimson. Habla con ella. Comprende. Y luego, cuando llegue el momento, usa esa comprensión para guiar la fusión hacia el equilibrio.

Mientras el sueño comienza a disolverse a mi alrededor, extendiendo la mano, sin querer perder esta visión de lo que podría ser. —¡Espera! ¿Te volveré a ver?

Su risa hace eco mientras se desvanece. —Siempre estoy contigo, Adelaide. Yo soy tú. Recuerda eso y encontrarás la fuerza que necesitas.



DESPIERTO DE NUEVO, PERO ESTA VEZ NO HAY PÁNICO, NI JADEOS EN BUSCA DE AIRE. EN SU lugar, siento una sensación de calma y propósito. De repente, todo se ha vuelto claro.

Ni siquiera lo pienses, pequeña perra.

Ignorándola, suelto: —Sé lo que tengo que hacer.

ADELAIDE

CORVUS Y ZEPHYR entran en la habitación, con cara de estar cabreados como el demonio.

—¿Qué? —pregunto.

—Se han ido —declara Corvus.

—¿Ido?

—Ido.

—Hmm. No estoy segura si eso es bueno o malo.

—Sí, bueno, estamos por nuestra cuenta —dice Zephyr y luego me mira fijamente—. ¿Qué pasó?

—Nada —miento, decidiendo mantener esto entre yo y... yo.

—Acabas de decir que sabes lo que tienes que hacer —señala Zaiah, pillándome.

—¿Lo dije? —digo inocentemente—. No lo recuerdo.

Él entrecierra los ojos pero no me refuta.

Eso está mejor. La traición es tan aburrida.

Aprieto los dientes y la ignoro, dejando caer la sábana por mi cuerpo desnudo. Las reacciones de los chicos son instantáneas.

Corvus y Zephyr se vuelven depredadores, mientras que Ignatius y Zaiah se acercan más. Zaiah se inclina para chupar mi pezón en su boca, y echo la cabeza hacia atrás mientras las sábanas son arrancadas de mí, exponiéndome a todos ellos.

—Joder —jadeo mientras Zephyr, usando magia, se quita la ropa rápidamente y se acomoda entre mis piernas. Las separa ampliamente y, con una sonrisa maliciosa, baja la cabeza y se sumerge, su lengua lamiendo mi clítoris. Gimo fuertemente, mis manos enterradas en su pelo oscuro mientras continúa su implacable asalto.

Ignatius se arrodilla a nuestro lado, observando con una mirada hambrienta mientras se desviste. Se inclina para capturar mis labios en un beso brutal, sabiendo a fuego y deseo. Mis dedos luchan torpemente con sus pantalones, desesperada por sentirlo contra mí.

Corvus y Zaiah no se quedan atrás, deshaciéndose rápidamente de su propia ropa. Las manos de Zaiah recorren mi cuerpo mientras su boca juguetea con mi pezón, enviando oleadas de placer a través de mí. Ignatius susurra palabras ardientes en mi oído, encendiendo mi piel.

Estoy perdida en una niebla de placer, rodeada por mis hombres, sus caricias y besos volviéndome loca. Cada uno sabe exactamente cómo tocarme, cómo complacerme. Siento que estoy al borde de algo increíble, algo que me cambiará para siempre.

La conexión entre nosotros es eléctrica, una chispa que enciende un fuego en mi alma. Siento mis poderes surgiendo, fusionándose con los suyos de una manera que nunca antes había experimentado. Este es el ritual. Tiene que serlo. Pero ¿por qué aquí, por qué ahora...?

—¡Malachar! —grito de repente, apartándolos y apoyándome sobre mis codos.

Zephyr deja de hacer lo que está haciendo y me mira furioso desde entre mis piernas. —¿Perdón? —sisea.

Hago un gesto desdeñoso con la mano. —No seas idiota. Dijo algo que no tiene sentido.

Él arquea una ceja. —¿Ah, sí?

—Dijo: "Estoy a su servicio, mi Reina". ¿Qué quiso decir? Si quisiera hacerle daño a Crimson, no habría sido tan... tan... —chasqueo los dedos varias veces, buscando la palabra adecuada.

—Servil —dice Zephyr, entendiendo a dónde voy.

Lo señalo. —Exactamente. ¿Por qué hizo eso? ¿Por qué lo dijo?

—¿Podemos discutir esto después de que haya mojado mi polla? —dice Corvus, acercándose de nuevo y deslizando sus dedos por mi cuerpo para presionar mi clítoris, enviando una descarga de lujuria desenfadada a través de mí.

—Sí —jadeo—. Puede esperar.

—Gracias a Dios —murmura Zephyr y vuelve a bajar sobre mí, empujando su lengua en mi coño, haciéndome saltar como una chica de rodeo.

Corvus y Zaiah se unen a Zephyr, sus labios y dedos explorando mi cuerpo mientras Ignatius me besa profundamente, su lengua bailando con la mía. Los siento fusionándose conmigo, sus poderes mezclándose con los míos y Crimson... está notablemente ausente.

Gracias a Dios.

Aunque podría estar tramando algo, ahora mismo, necesito que se vaya.

Jadeo cuando el poder de Zaiah surge dentro de mí, concediendo mis deseos sin siquiera hablarlos. Mi cuerpo se vuelve más receptivo, más sensible a su toque. Gimo en la boca de Ignatius mientras Corvus provoca mi piel con sus colmillos, el placer y el dolor volviéndome loca.

La magia de Zephyr libera una explosión de energía que envía mi orgasmo repentina y ferozmente sobre el borde del precipicio. Mis muslos tiemblan mientras cabalgo la ola. Él se arrodilla y los agarra y luego arremete contra mí, haciéndome jadear mientras mi apretado coño se cierra a su alrededor, lejos de terminar con el clímax inducido mágicamente.

—¡Joder! —rujo.

Zephyr gruñe y embiste contra mí de nuevo.

Más fuerte. Más profundo. Puedo sentirlo golpeando ese punto dulce dentro de mí, haciendo que mis ojos se pongan en blanco. Corvus me levanta como una muñeca de trapo y se desliza detrás de él mientras los otros chicos se apartan. Me acerca más, besando la parte posterior de mi cuello mientras me acomoda en su regazo.

—Juntos, Addy. Vamos a reclamarte al mismo tiempo. ¿Puedes manejar eso, o te romperá? —pregunta Zephyr.

Todavía estoy recuperándome de mi orgasmo cuando Corvus empuja su gruesa polla en mi coño ya lleno, sin darme la oportunidad de responder.

—¡Joder! —grito de nuevo, con los ojos bien abiertos mientras me estiran al límite.

Zephyr y Corvus establecen un ritmo implacable mientras me reclaman. Estoy apretada entre ellos, nuestros cuerpos calientes y resbaladizos por el sudor. El placer se acumula de nuevo, mi cuerpo tensándose más y más mientras me llevan hacia el borde.

Ignatius y Zaiah no se quedan atrás. Los dedos de Zaiah rozan mi clítoris, enviando descargas de éxtasis a través de mí. Grito, mi cuerpo temblando mientras otro orgasmo me atraviesa. Ignatius captura mi grito con un beso intenso, su lengua imitando los movimientos de

los miembros de Zephyr y Corvus.

Me pierdo en una bruma de placer, mis pensamientos dispersos. Me siento invencible, como si pudiera enfrentarme al mundo. Envolviendo mi brazo alrededor del cuello de Corvus, jadeo:

—¡Muérdeme!

Corvus me da lo que quiero sin dudarlo. Hunde sus colmillos en la carne sensible de mi cuello. Grito mientras el dolor y el placer se mezclan. Mi sexo se contrae alrededor de Zephyr y Corvus. Ellos gimen, sus embestidas volviéndose erráticas mientras persiguen sus orgasmos.

Ignatius agarra mi barbilla, obligándome a mirarlo mientras susurra:

—Ahora eres nuestra, Addy. Para siempre.

Sus ojos arden con intensidad, y siento una oleada primitiva de posesividad de su parte mientras roza sus labios sobre los míos. Respondo mordiendo su labio inferior en una muestra feroz de aceptación.

El poder de Zephyr resurge, y esta vez, lo siento llegar hasta lo más profundo de mi alma. Los dedos de Zaiah continúan su implacable jugueteo en mi clítoris, llevándome a alturas que nunca antes había experimentado. Grito, mi voz ronca de tanto gritar mientras me deshago de nuevo, empapando los dos miembros dentro de mí mientras mi orgasmo fluye sobre sus longitudes.

Zephyr y Corvus me alcanzan, enviando chorros calientes a mi núcleo convulso. La sensación de su semilla mezclándose con la mía me envía en espiral a otro orgasmo demoledor. Ignatius captura mis labios de nuevo y luego me arrebató de Corvus y Zephyr para deslizar su miembro dentro de mí con un gruñido gutural que enciende las brasas moribundas en mi interior. Me embiste, agarrando mis caderas mientras Zaiah se masturba sobre mi rostro, su miembro grueso y hermoso.

—¿Alguna vez has probado el anal? —murmura.

Con los ojos muy abiertos, niego con la cabeza.

—No creo que...

—Shh —murmura, inclinándose para besarme rápidamente—. Ig, ponla en tu regazo.

Ignatius se retira y se sienta, tirando de mí hacia su regazo. Me siento a horcajadas sobre él, aún temblando por las réplicas de mis orgasmos. Zaiah se mueve detrás de mí, y me tenso cuando sus dedos juegan con mi orificio trasero. Me quedo inmóvil, insegura y abrumada por las sensaciones.

—Relájate, Addy —me tranquiliza Zaiah, besando mi hombro—. Te tenemos. Solo concéntrate en el miembro de Ignatius embistiendo profundamente en tu sexo.

Ignatius captura mi mirada, sus ojos ardiendo de deseo. Se inclina para besarme profundamente, su lengua enredándose con la mía. Gimo en su boca mientras Zaiah recoge algo de fluido de mi sexo y luego empuja suavemente un dedo dentro de mi entrada trasera. Escuece, la sensación es extraña e intensa. Ignatius se recuesta y embiste hacia arriba, su miembro deslizándose en mi sexo empapado, y la doble penetración envía chispas a través de mi cuerpo.

Zaiah añade otro dedo, estirándome más, y jadeo, cayendo hacia adelante para que mis pezones rocen el pecho de Ignatius. Él gime, sus dedos clavándose en mis caderas mientras embiste hacia arriba dentro de mí. Zaiah trabaja sus dedos lentamente dentro y fuera, preparándose para su miembro.

—¿Lista? —susurra Zaiah.

—Sí —respiro, mi voz temblando de anticipación y deseo.

Zaiah retira sus dedos y los reemplaza con la cabeza de su miembro.

Presiona hacia adelante, la presión intensificándose. Clavo mis uñas en el pecho de Ignatius,

siseando entre dientes mientras Zaiah se adentra en mí centímetro a centímetro. Se mueve lentamente, permitiendo que mi cuerpo se ajuste a su invasión. El dolor se transforma en un placer profundo y primario que resuena a través de mi alma.

Ignatius me mira, sus ojos llenos de adoración y posesión. Mueve sus caderas, hundiendo su miembro más profundo, mientras Zaiah comienza un ritmo constante detrás de mí. Sus movimientos se sincronizan, creando una sinfonía de placer que sacude mi cuerpo hasta su núcleo. Gimo, mi voz amortiguada contra el hombro de Ignatius mientras él entierra su rostro en mi cabello.

Mi cuerpo tiembla, al borde de romperse de nuevo. Mientras me reclaman, me doy cuenta de que soy verdaderamente suya, atada por el destino, por la lujuria, por el amor y por un poder oscuro que nos entreteje como uno solo.

Zaiah agarra mi cabello y me tira hacia atrás. Me arqueo mientras mis músculos protestan con vehemencia.

Jadeando al sentir un cosquilleo sobre mis pezones, abro los ojos para ver zarcillos de la magia de sombras de Zephyr envolviéndose alrededor de mis senos, provocando y tirando de los sensibles picos. Mi respiración se entrecorta cuando la sonrisa de Zephyr se oscurece de lujuria. Corvus observa con ojos hambrientos, sus colmillos brillando.

—Nos perteneces, Addy —gruñe, su voz baja y seductora—. Y nos aseguraremos de que nunca lo olvides.

Mientras el ritmo de Zaiah se acelera, la magia de Zephyr desciende más, rodeando mi clítoris, ejerciendo una ligera presión que se siente oscura y deliciosa. Luego, la siento empujar dentro de mí junto con el miembro de Ignatius. Jadeo mientras Ignatius gime con puro deseo desenfrenado.

—Joder, se siente tan bien —dice con voz ronca.

La magia de Zephyr entra y sale de mi sexo junto con el miembro de Ignatius, haciendo que mi visión se nuble, mi cuerpo temblando mientras olas de placer me invaden. Grito sus nombres, mi voz cruda y desesperada mientras me empujan más allá del límite del éxtasis.

Con una última embestida, Zaiah ruge, su liberación derramándose dentro de mí y goteando por mis muslos. Los dedos de Ignatius se clavan más profundamente en mis caderas mientras se corre dentro de mi sexo. Los zarcillos de Zephyr se aprietan alrededor de mis pezones, tirando de ellos mientras su magia de sombras surge a través de mi cuerpo, despertando algo profundo dentro de mí.

Algo oscuro.

Algo poderoso.

Mientras mi orgasmo disminuye, siento que mi cuerpo cambia, mis sentidos se agudizan. La oscuridad en mí surge, exigiendo ser liberada. Miro a Zephyr, sus ojos entrecerrados y ahora más plateados que púrpuras.

—Mi princesa. Ahora eres verdaderamente mía —murmura antes de estrellar sus labios contra los míos.

Mientras el beso de Zephyr se profundiza, siento que la oscuridad dentro de mí responde, extendiéndose hacia él como una fuerza viva. Él gime en mi boca, su poder aumentando para encontrarse con el mío. Nuestras energías se entrelazan, formando un vínculo que es emocionante y aterrador en su intensidad.

Corvus se acerca, sus ojos fijos en la conexión entre Zephyr y yo. Se inclina, presionando un suave beso en mi hombro antes de hundir sus colmillos en mi carne nuevamente. Grito, mi cuerpo temblando con la oscuridad que ahora llena mis venas.

Ignatius agarra mis caderas, manteniéndome firme mientras Zaiah sale lentamente de mí. Besa la parte posterior de mi cuello, su aliento caliente contra mi piel. —Eres increíble, Addy —susurra—. Nuestra reina.

Un escalofrío recorre mi cuerpo ante sus palabras. De alguna manera, me he convertido en el centro de su mundo, y ellos son el mío. Sé que les pertenezco tanto como ellos me pertenecen a mí.

La magia djinn de Zaiah, con sabor a especias exóticas y jazmín, gira a nuestro alrededor, tocando a cada uno de nosotros de maneras profundas y penetrantes.

La habitación se llena con el aroma de nuestros deseos mezclados, un afrodisíaco potente que profundiza mi conexión con estos seres oscuramente seductores. La magia de Zaiah acaricia mi piel, dejando piel de gallina a su paso, mientras que el fuego de Ignatius continúa ardiendo dentro de mí, alimentando el hambre insaciable que ahora siento por estos hombres.

Corvus lame las gotas de sangre en mi hombro, su toque tierno pero posesivo. Se retira y se lame los labios, sus ojos ardiendo de lujuria. —Sabes a cielo y pecado, Addy —murmura, su voz ronca de deseo.

Los zarcillos de sombra de Zephyr sueltan mis pezones, dejándolos sensibles y anhelando más. Entrelaza sus dedos en mi cabello, tirando suavemente mientras reclama mi boca de nuevo. Su beso es hambriento y desesperado, como si no pudiera tener suficiente de mí, y sé que siento lo mismo por él.

La oscuridad dentro de mí continúa creciendo, me pregunto qué otros secretos guarda, qué otros poderes yacen dormidos dentro de mí. Mientras miro a los ojos de Zephyr, veo un reflejo de la oscuridad que ahora corre por mis venas. Él sonríe, con un destello malicioso en su mirada plateada, y sé que él también lo ve. Comprende la profundidad de mi poder y se deleita en ello.

ADELAIDE

ACURRUCADA ENTRE MIS CUATRO CHICOS, le sonrío con picardía a Zephyr. —Entonces. ¿Podemos hablar de Malachar ahora?

Él gime y se frota la cara con la mano. —Si debemos hacerlo.

—Sí, debemos. Tienes que admitir que es extraño. No diría eso a menos que no tuviera intención de lastimarla.

—De acuerdo, no puedo negar que es un poco extraño, pero la encarcelaron una vez antes. ¿Por qué de repente cambiaría de opinión?

—A menos que no lo haya hecho. Tal vez estamos viendo todo esto de manera equivocada. Quizás ha sido Randall quien ha estado actuando por su cuenta todo este tiempo.

—¿Quieres decir que los otros ancianos querían que ella fuera libre? —se aventura Corvus con más cautela de la que le he escuchado hasta ahora.

—¿Tal vez? —Me encojo de hombros—. Es una teoría.

—¿Qué tiene que decir *ella* sobre todo esto? —pregunta Zaiah, moviéndose por la habitación para recoger el libro empapado y mirarlo con fastidio.

—Ella no está aquí.

—¿Oh? —Ignatius levanta una ceja—. ¿Soy solo yo, o alguien más piensa que eso es sospechoso como la mierda?

Resoplo. —Nuestro vínculo, nuestro destino, es demasiado para ella. No puede manejarlo.

Los chicos intercambian miradas de precaución ante mis palabras.

—¿Qué quieres decir con que no puede manejarlo? —pregunta Zephyr con cuidado.

Me encojo de hombros. —Nuestra conexión, el poder que generamos juntos... es demasiado para ella.

—¿Y estás segura de esto? —insiste Corvus—. ¿No estará simplemente ocultándose, esperando una oportunidad?

Vacilo. ¿Estoy segura? La verdad es que no estoy completamente segura de nada cuando se trata de Crimson. Pero tengo que confiar en mis instintos.

—Estoy tan segura como puedo estarlo —digo finalmente—. Miren, sé que suena loco, pero creo que nuestro vínculo, este destino que nos une a todos, es más fuerte que Crimson. Es más fuerte que la influencia del Reino Inferior.

Los ojos blancos de Zaiah brillan suavemente mientras considera esto. —Hemos comenzado el ritual —afirma—. Necesitamos continuar con esto. Ahora.

—Estoy de acuerdo. Necesitamos llegar al círculo de piedras.

—¿Pero qué hay del libro? —pregunta Corvus, pasándose una mano por el pelo mientras se levanta y se inclina para recoger su ropa.

—Déjame intentar algo —dice Ignatius, bajándose de la cama y yendo hacia Zaiah. Extiende su mano para tomar el libro. Zaiah se lo golpea contra la palma. Todos observamos con anticipación mientras Ignatius levanta su mano sobre el libro, y una neblina de calor desciende sobre él.

—Con cuidado —adviento, haciendo una mueca mientras espero que se prenda fuego.

La neblina de calor se intensifica alrededor del libro, pero milagrosamente, no estalla en llamas. En su lugar, las páginas comienzan a secarse, el agua evaporándose en volutas de vapor.

—Mierda santa —murmura Zephyr, inclinándose para ver más de cerca—. Realmente está funcionando.

Después de unos tensos momentos, Ignatius baja la mano, con una sonrisa satisfecha en su rostro. —Ahí está. Como nuevo.

Me apresuro a bajar de la cama, casi tropezando con las sábanas enredadas en mi prisa por examinar el libro. Para mi asombro, las páginas están completamente secas y la tinta ahora es clara y legible.

—Ignatius, eres un maldito genio —respiro, hojeando las páginas—. ¿Cómo?

Él se encoge de hombros. —Elemental de fuego, ¿recuerdas? Puedo hacer más que solo quemar cosas.

Me pongo de puntillas para besarlo suavemente. —Eres perfecto.

Él sonríe. —Entonces, ¿qué hacemos ahora? —Mira a Zaiah en busca de instrucciones.

Zaiah me quita el libro, lo hojea y encuentra la página que está buscando. —Primero, necesitamos reunir algunos ingredientes para este ritual.

Todos nos reunimos alrededor de Zaiah mientras lee del libro. Sus ojos blancos escanean la página intensamente, su ceño frunciéndose mientras procesa la información.

—Bien —dice finalmente, mirándonos—. Necesitamos varios ingredientes clave para que este ritual funcione correctamente.

—¿Como cuáles? —pregunto, inclinándome para echar un vistazo a la página.

Zaiah recorre la lista con el dedo. —Necesitamos agua del manantial sagrado en el Bosque de los Susurros, una hierba rara llamada Sombra Lunar que crece solo en la parte más profunda del bosque, cenizas de una pluma de fénix y... sangre de cada uno de nosotros.

—Bueno, la parte de la sangre es bastante fácil —bromea Corvus, sus colmillos bajando ligeramente.

Ignatius frunce el ceño. —¿Cenizas de pluma de fénix? ¿Dónde demonios vamos a conseguir eso?

—Creo que lo sé —dice Zephyr, con expresión pensativa mientras intercambia una mirada conmigo—. ¿Recuerdas el aviaro de la búsqueda del tesoro?

Asiento. —Sí, lo recuerdo. Bien, entonces necesitamos dividirnos para reunir todo rápidamente. El tiempo no está exactamente de nuestro lado aquí.

—De acuerdo —dice Zaiah, cerrando el libro—. Deberíamos ir en parejas. Será más seguro de esa manera, especialmente con esas criaturas sombrías aún merodeando.

—Iré con Zaiah para conseguir la Sombra Lunar —dice Ignatius—. Mi fuego podría ser útil en las partes más profundas del bosque.

Zephyr asiente. —Corvus y yo podemos encargarnos de las cenizas de fénix. Probablemente seamos los mejor equipados para lidiar con cualquier complicación en el santuario.

Eso me deja a mí para conseguir el agua del manantial sagrado. Respiro hondo, preparándome para lo que está por venir.

—Iré al Bosque de los Susurros por el agua.

—¿Sola? —pregunta Corvus, con evidente preocupación en su voz.
Niego con la cabeza.

—No, llevaré conmigo una de las criaturas de sombra de Crimson. Parece que ahora me responden, y será un buen respaldo si algo sale mal.

Los chicos intercambian miradas preocupadas, pero saben que puedo cuidarme sola.

—Sí, no me gusta nada esa idea. Vendrás con nosotros y luego iremos todos juntos al manantial y nos encontraremos en el círculo de piedras —dice Zephyr, con tono serio.

Todos asentimos en acuerdo. La realidad de esta situación que avanza se asienta sobre nosotros como un pesado manto.

—Tengan cuidado todos —digo.

Después de vestirme con mis leggings y camiseta que Ig amablemente secó usando su cosa de neblina caliente, todos bajamos las escaleras. Ignatius y Zaiah parten hacia las profundidades del bosque, mientras que Zephyr, Corvus y yo nos dirigimos hacia el borde del campus, con mis manos sudorosas por los nervios.

ZAIAH

MIENTRAS IGNATIUS y yo nos adentramos en las profundidades del bosque, tengo la clara sensación de que nos estamos metiendo en algo mucho más peligroso de lo que anticipamos. Las crípticas descripciones del libro sobre la hierba Sombraluna me han dejado, por decir lo menos, intranquilo.

—Entonces —dice Ignatius, rompiendo el tenso silencio que ha caído entre nosotros—, ¿alguna idea de cómo es esta Sombraluna?

Niego con la cabeza, mis ojos escudriñando el oscuro bosque a nuestro alrededor. Los árboles se alzan amenazadores, sus ramas extendiéndose como dedos nudosos en la noche. Frunzo el ceño.

—¿De verdad estuvimos teniendo sexo todo el día? —murmuro.

Ignatius niega con la cabeza. —No. La noche ha caído temprano.

—Lo sabe.

—Siempre lo sabe. ¿Sombraluna?

Centrándome de nuevo en la pregunta, digo: —El libro no era precisamente generoso en detalles. Solo que crece en la "parte más profunda y oscura del bosque" y que "rehúye la luz del día".

—Brillante —murmura Ignatius, con un toque de sarcasmo en su voz—. Nada como una descripción vaga y ominosa para que la sangre bombee.

Sonrío ante su comentario. —Bueno, al menos sabemos que será un desafío. No queríamos que esto fuera demasiado fácil, ¿verdad? Oh, pero oye, ¿es por eso que ahora es de noche? ¿Para que podamos recoger los ingredientes que necesitamos?

Ignatius resopla, una pequeña llama bailando entre sus dedos. —Oh sí, porque todo en esta situación ha sido un paseo por el parque hasta ahora. Pero sí. Tal vez. No me sorprendería nada de MistHallow.

A medida que nos adentramos en el bosque, los árboles se vuelven más densos, sus ramas entrelazándose sobre nuestras cabezas para bloquear la poca luz de luna que logra filtrarse. El aire se vuelve espeso y pesado, lleno del aroma de tierra húmeda y hojas en descomposición. Los sonidos habituales del bosque —insectos chirriando, hojas susurrando— se desvanecen, reemplazados por un silencio fantasmal que pone mis nervios de punta.

—No me gusta esto —murmuro con mis sentidos de djinn en alerta máxima—. Se siente como si el bosque nos estuviera observando.

Ignatius asiente, la llama en su mano creciendo ligeramente, proyectando siniestras sombras en los árboles circundantes. La luz parpadeante hace que el bosque parezca aún más amenazador, las sombras bailando y cambiando como si estuvieran vivas. —Sí, yo también lo siento. Como si

no fuéramos bienvenidos aquí.

Seguimos adelante, la maleza volviéndose más enmarañada y peligrosa con cada paso. Enredaderas espinosas se enganchan en nuestra ropa, y más de una vez, tengo que usar mi magia de djinn para atravesar un tramo particularmente denso de vegetación. La llama de Ignatius proporciona nuestra única luz ahora, la oscuridad presionando por todos lados como una entidad viviente.

—Sabes —dice Ignatius, su voz baja como si temiera perturbar el opresivo silencio—, he estado pensando en lo que dijo Adelaide. Sobre Malachar y los ancianos.

Levanto una ceja, curioso a pesar de nuestra situación actual. —¿Qué hay con eso?

Ignatius duda, eligiendo cuidadosamente sus palabras. —Bueno, ¿y si tiene razón? ¿Y si hemos estado viendo todo esto de manera equivocada? Tal vez Randall sea la única amenaza real aquí.

El pensamiento había cruzado mi mente también, pero escucharlo en voz alta lo hace sentir más real, más posible. —Explicaría muchas cosas —admito—. Pero si eso es cierto, significa que estamos aún más a oscuras de lo que pensábamos.

—Exactamente —asiente Ignatius, su expresión sombría bajo la luz parpadeante del fuego—. Podríamos estar caminando hacia algo mucho más grande de lo que nos damos cuenta.

Antes de que pueda responder, siento un cambio en el aire, una sutil alteración que hace que se me erice el vello de la nuca. —Espera —siseo, agarrando el brazo de Ignatius.

Él se congela, sus ojos moviéndose rápidamente, buscando la amenaza invisible. —¿Qué pasa?

Antes de que pueda responder, el suelo bajo nuestros pies comienza a moverse. Al principio, es solo un ligero temblor. Pero luego, con un sonido como de tela rasgándose, las raíces estallan desde la tierra, retorciéndose como serpientes, tratando de enredar nuestras piernas.

—¡Mierda! —grita Ignatius, saltando hacia atrás y lanzando una ráfaga de llamas hacia las raíces atacantes. Estas retroceden ante el calor, marchitándose y ennegreciéndose, pero más surgen para tomar su lugar, un interminable ejército de tentáculos alcanzándonos.

Aprovecho mi magia, concentrando mi energía para crear una barrera brillante a nuestro alrededor. Es como intentar contener una inundación con las manos desnudas, la presión de la energía malévola del bosque presiona contra mi voluntad. Las raíces golpean contra la barrera, incapaces de penetrarla pero no por falta de intentos.

—Bueno —jadeo, con gotas de sudor formándose en mi frente mientras intento mantener la barrera—, creo que hemos encontrado el lugar correcto.

Ignatius resopla, sus manos envueltas en llamas que parecen arder más brillantes y calientes de lo habitual, respondiendo a la hostilidad del bosque. —¿Tú crees? ¿Qué te lo ha revelado? ¿La vida vegetal homicida?

A pesar de la gravedad de nuestra situación, sonrío. El sarcasmo de Ignatius y su habilidad para encontrar humor incluso en las circunstancias más terribles son algunas de las cosas que he llegado a apreciar de él. —Vamos —digo, señalando hacia adelante con la barbilla—, sigamos moviéndonos. La Sombraluna tiene que estar por aquí en alguna parte.

Avanzamos, manteniéndonos al paso el uno del otro para que la barrera se mantenga, manteniendo a raya a la agresiva flora mientras las llamas de Ignatius iluminan nuestro camino. El bosque se cierra a nuestro alrededor, las ramas extendiéndose como garras, golpeando la barrera, pero sin atravesarla.

Aún.

—Sabes —jadea Ignatius mientras nos abrimos paso a través de un matorral particularmente

denso—, cuando me apunté a todo este rollo de "salvar el mundo", no me di cuenta de que implicaría pelear contra un maldito bosque entero.

Me río, el sonido forzado pero genuino. —¿Qué, quieres decir que esto no estaba en el folleto? Estoy impactado.

Mientras bromeamos, tratando de mantener nuestro ánimo frente al asalto implacable del bosque, pienso en todo lo que ha sucedido en tan solo unas pocas semanas. Cuando conocimos a Adelaide por primera vez, éramos solo un grupo de estudiantes rebeldes, cada uno con sus propios secretos y luchas. Ahora, estamos en el corazón de un bosque maligno, buscando una hierba mística para realizar un ritual que podría cambiar el destino de múltiples reinos. Es surrealista, por decir lo menos.

—¿Es eso? —pregunta Ignatius, su voz cortando mis reflexiones. Está señalando hacia adelante.

Sigo su mirada. En un pequeño claro, bañado en un resplandor plateado etéreo que parece emanar de las propias plantas, se alza un grupo de flores como nada que haya visto antes. Sus hojas son de un azul medianoche profundo, atravesadas por venas plateadas que palpitan con una luz interior. Las flores son aún más impresionantes: delicadas flores en forma de estrella que parecen absorber la oscuridad a su alrededor, creando bolsas de pura negrura.

—Tiene que ser eso.

Sin embargo, a medida que nos acercamos, las plantas comienzan a temblar. Las venas plateadas en sus hojas palpitan más rápido, como un latido que se acelera por miedo o emoción. De repente, sin previo aviso, una nube de polen brillante explota de las flores, llenando el aire a nuestro alrededor y destruyendo la barrera.

—¡No lo respiren! —grito, pero incluso mientras las palabras salen de mi boca, sé que es demasiado tarde. El polen está por todas partes, arremolinándose a nuestro alrededor, brillando en la luz de las llamas de Ignatius como una galaxia de pequeñas estrellas malévolas.

Siento que se asienta en mi piel, un hormigueo fresco que rápidamente se convierte en una sensación de ardor, como si cada mota de polen estuviera tratando de abrirse camino en mi carne. El mundo a mi alrededor comienza a desdibujarse y cambiar, la realidad doblándose de maneras imposibles.

—Mierda —jadea Ignatius a mi lado, sus llamas chisporroteando y bailando salvajemente mientras se tambalea—. ¿Qué está pasando?

Intento responder, pero mi visión comienza a nadar. El bosque a nuestro alrededor parece deformarse y retorcerse, los árboles se doblan y se balancean como si estuvieran hechos de goma. Los colores se vuelven más vívidos, sangrando unos en otros en patrones psicodélicos que lastiman mis ojos al mirarlos.

—Es... es el polen —logro decir, mis palabras arrastradas como si estuviera borracho—. Algún tipo de... alucinógeno.

Ignatius se ríe, el sonido adquiriendo un borde histérico. —Oh, brillante. Estamos a punto de alucinar en un bosque que quiere matarnos. Perfecto.

Lucho por concentrarme, sabiendo que necesitamos completar nuestra tarea antes de que los efectos del polen se apoderen por completo. No podemos permitirnos fallar ahora, no cuando estamos tan cerca. —Necesitamos conseguir algo de la hierba —digo, dando un paso inestable hacia la Sombra Lunar.

Mientras alcanzo la planta, el mundo a mi alrededor explota en un caleidoscopio de colores y formas. Los árboles parecen respirar, su corteza ondulando como agua. El aire se vuelve visible, patrones arremolinados de energía que casi puedo tocar. Es hermoso pero aterrador como la

mierda. Un vistazo a una realidad más allá de nuestra percepción normal.

Escucho a Ignatius jadear detrás de mí. —¡Zaiah!

Miro hacia abajo a mí mismo y casi pierdo el equilibrio. Mi cuerpo está cambiando, mi forma sólida habitual volviéndose translúcida, revelando las energías arremolinadas que componen mi esencia de djinn. Es como si me estuviera viendo a mí mismo por primera vez, la verdadera naturaleza de mi ser al descubierto.

—Guau —murmuro, viendo con fascinación cómo mi mano atraviesa una rama cercana. Es desconcertante, pero liberador. Ya no estoy atado por las leyes de la realidad física.

Ignatius no lo está pasando mucho mejor. Su piel parece parpadear como una llama, el calor irradiando de él en ondas visibles. Sus ojos se han convertido en piscinas de lava fundida, y mechones de humo se enroscan desde su boca mientras habla. —Esto es... joder, esto es intenso —dice, su voz haciendo eco de manera extraña, como si viniera de muy lejos.

De alguna manera, a través de la niebla de alucinaciones, logro concentrarme en nuestra tarea. La Sombra Lunar late frente a mí, sus venas plateadas llamándome. Alcanzo de nuevo, mis dedos atravesando las hojas al principio antes de que me concentre lo suficiente para hacerlos sólidos.

Mientras arranco unos cuantos brotes de la hierba, guardándolos cuidadosamente en mi bolsillo, las plantas a nuestro alrededor cobran vida con renovada agresión. Enredaderas salen disparadas, envolviendo nuestras piernas y brazos con una fuerza sorprendente.

—¡Ignatius! —grito, luchando contra el agarre de las plantas. Las enredaderas se sienten sólidas e insustanciales, reales e irreales al mismo tiempo—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Él asiente, sus ojos desenfocados pero determinados. Con un rugido que suena como una erupción volcánica, desata una ola masiva de fuego. Las llamas toman formas fantásticas: dragones, fénix, demonios, mientras envuelven las plantas atacantes. Las enredaderas retroceden, y aprovechamos nuestra oportunidad.

Corremos, tropezando y tambaleándonos por el bosque, nuestras percepciones aún salvajemente distorsionadas por el polen de la Sombra Lunar. Los árboles se deforman y retuercen a nuestro alrededor, sus ramas extendiéndose como manos que agarran. El suelo ondula como agua bajo nuestros pies, haciendo que cada paso sea un desafío.

No estoy seguro de cuánto tiempo corremos, o en qué dirección. El tiempo y el espacio parecen perder todo significado en nuestro estado inducido por la droga del polen. Los minutos podrían ser horas, y los metros podrían ser kilómetros. Pero finalmente, salimos del bosque y llegamos a los terrenos de MistHallow.

Nos desplomamos sobre la hierba, jadeando y desorientados.

—Bueno —dice Ignatius después de un momento, su voz aún ligeramente arrastrada—, eso fue un viaje de puta madre.

Me río cuando lo absurdo de nuestra situación me golpea de repente. —Sí, no hagamos eso de nuevo en un futuro cercano.

Mientras yacemos allí, esperando que los efectos del polen se desvanezcan, me pregunto qué mierdas retorcidas estarán enfrentando los demás. Si conseguir el Claro de Luna fue tan difícil, ¿qué otros peligros nos aguardan?

El viaje pasa, dejándome solo con una vaga sensación de algo profundo justo fuera de mi alcance.

—Vamos —digo, luchando por ponerme de pie. Mis piernas se sienten como gelatina y el suelo se balancea bajo mis pies—. Tenemos que llegar al círculo de piedras.

Ignatius asiente, sus movimientos aún inestables mientras se incorpora. —Sí, esperemos que

ellos lo hayan tenido más fácil que nosotros.

Sea lo que sea que venga después, espero que estemos listos, porque si conseguir esta hierba es una indicación, el ritual en sí nos llevará al límite y más allá.

CORVUS

LA DECISIÓN de Adelaide de unirse a Zephyr y a mí en nuestra búsqueda de las cenizas del fénix, y luego que nosotros la acompañemos al Bosque de los Susurros, me ha dejado aliviado pero ansioso. Por un lado, me alegra mantenerla cerca, para protegerla. Por otro lado, me preocupa que estemos perdiendo tiempo cuando necesitamos movernos lo más rápido posible.

A medida que nos acercamos al santuario de aves raras, puedo sentir la magia en el aire. Es magia antigua, de la naturaleza, salvaje e indómita, que hace que mi sangre se agite y mis colmillos se alarguen. El santuario está oculto a los ojos mortales, protegido por poderosas barreras que ondean y brillan a la luz de la luna.

—Bien —murmuro, mirando las barreras con cautela—. ¿Alguna idea de cómo pasarlas sin activar todas las alarmas del lugar?

—No estaban ahí antes —dice Adelaide, acercándose y examinando la neblina azulada.

—Probablemente las bajaron para la cacería —murmura Zephyr, mirando alrededor, sus sombras retorciéndose a su alrededor, respondiendo a la potente magia en el aire—. Tal vez pueda crear un pasaje de sombras —dice en voz baja—. Pero será complicado. Las barreras están diseñadas para mantener fuera la magia oscura.

Asiento. —Hazlo. Es nuestra mejor opción.

Zephyr cierra los ojos, concentrándose. Sus sombras se vuelven más oscuras, más sustanciales, fusionándose a nuestro alrededor como una espesa niebla. Siento un escalofrío que recorre mi alma mientras la oscuridad nos envuelve. No es una sensación desagradable, pero sí inquietante.

Adelaide tiembla a mi lado, y por instinto la rodeo con un brazo. Ella se apoya en mí, y yo beso la parte superior de su cabeza.

—¿Listos? —pregunta Zephyr después de un momento.

Asentimos, y de repente, nos estamos moviendo. Es una sensación extraña, como ser arrastrado por un tubo estrecho. El mundo a nuestro alrededor se desdibuja, las barreras del santuario pasando a nuestro lado en una neblina de luz azul.

Luego, tan rápido como comenzó, termina. Tropezamos al materializarnos dentro del santuario, Zephyr cae de rodillas, jadeando pesadamente.

—Joder —jadea—. Eso fue más difícil de lo que pensé.

Lo ayudo a ponerse de pie, impresionado por la demostración de poder, aunque nunca se lo diría a la cara.

Adelaide mira alrededor, con los ojos muy abiertos. —Estamos dentro —susurra—. Démonos prisa.

Examino nuestro entorno. El santuario está inquietantemente silencioso, los habituales

sonidos nocturnos de las aves están ausentes de manera conspicua. Estamos en un exuberante jardín oculto. El aire es cálido y húmedo, lleno del suave susurro de plumas y el ocasional trino musical. Plantas exóticas florecen a nuestro alrededor, sus colores vibrantes incluso a la luz de la luna.

Cierro los ojos, extendiendo mis sentidos vampíricos. El santuario está vivo con los latidos de innumerables aves, pero un ritmo destaca: más rápido, más caliente, casi como una llama parpadeante.

—Por aquí —digo, señalando hacia una arboleda de hojas plateadas.

Mientras avanzamos por el santuario, incluso aquí, en este refugio protegido, puedo sentir la corriente subyacente de inquietud.

Llegamos a un claro, y allí, posado en una rama de oro bruñido, está el fénix. Sus plumas son una brillante gama de rojos y dorados, resplandecientes con un fuego interior. Cuando nos acercamos, gira la cabeza para mirarnos con ojos que arden como brasas.

El fénix trina suavemente, un sonido como campanas distantes. Salta de su percha, aterrizando con gracia en una rama más baja, más cerca de nosotros. Su mirada está fija en Adelaide, con evidente curiosidad en sus ojos ardientes.

—Creo que le gustas —murmura Zephyr, sus sombras enroscándose protectoramente a nuestro alrededor.

—O sabe que le robé una pluma la última vez —susurra ella, pero da un paso adelante, con la mano extendida—. Necesitamos tu ayuda —le dice suavemente al fénix—. Necesitamos las cenizas de una de tus plumas para completar un ritual que devolverá a MistHallow el santuario que una vez fue. ¿Nos ayudarás?

Para mi asombro, el fénix inclina la cabeza. Con un suave susurro, una de sus plumas de la cola estalla en llamas, convirtiéndose en cenizas que flotan suavemente hacia el suelo.

—Vaya, me cago en la leche —murmuro, recogiendo rápidamente las cenizas aún calientes y dejándolas caer en una pequeña bolsa que Zephyr conjura de la nada—. Eso fue casi demasiado fácil.

Tan pronto como las palabras salen de mi boca, me arrepiento de haberlas dicho. Un chillido penetrante llena el aire, y de repente, estamos rodeados por una bandada de varias aves, sus ojos brillando con una luz antinatural.

—Tenías que decirlo, ¿verdad? —gruñe Zephyr, sus sombras expandiéndose para formar una barrera protectora a nuestro alrededor.

Las aves atacan en una ráfaga de picos y garras. Acerco a Adelaide, protegiéndola con mi cuerpo mientras arremeto contra nuestros atacantes. Las sombras de Zephyr se agitan en el aire, derribando aves.

—Tenemos que salir de aquí —grito por encima del estruendo de las aves chillonas.

Adelaide asiente, con el rostro decidido. Cierra los ojos y murmura: —Venid a mí, mis mascotas.

En un instante, cinco criaturas de sombra descienden desde arriba como ángeles oscuros, dispersando a las aves hacia los rincones del aviario.

—¡Ahora! —grita Zephyr, agarrando la mano de Adelaide.

Corremos, esquivando y zigzagueando por el santuario. Las aves se lanzan contra nosotros desde todas las direcciones, pero las mascotas de sombra las mantienen a raya. Atravesamos las barreras, la barrera mágica rompiéndose como cristal detrás de nosotros mientras emite un aullido de proporciones épicas.

—¡Ah! —gruño, mi sensible oído vampírico asaltado por el chillido detrás de nosotros.

No dejamos de correr hasta que estamos bien lejos del santuario, con el ruido ahora convertido en un lamento distante. Mientras aminoramos la marcha hasta detenernos, me vuelvo hacia Adelaide, jadeando ligeramente, no por el esfuerzo sino por la violación de mis sentidos.

Está sangrando por los ojos y los oídos.

—¿Estás bien, Dollie? —pregunto, acunando su rostro entre mis manos y limpiando la sangre de su cara.

Ella asiente.

—Mejor ahora. Eso dolió.

—No me digas —sonrío con sorna y la suelto antes de lamerle la cara.

—Al menos conseguimos lo que vinimos a buscar. Un ingrediente menos, queda uno —dice Zephyr, imperturbable y sin verse afectado por el aullido de las protecciones—. Larguémonos.

Mientras nos dirigimos hacia el Bosque de los Susurros, las mascotas de sombra nos siguen a distancia, protegiendo a su ama de lo que sea que esté ahí fuera, observándonos, esperando a que la caguemos.

—No me gusta esto —murmura Zephyr, sus sombras retorciéndose inquietas a su alrededor—. Parece que el bosque está esperando algo.

Adelaide asiente, sus ojos escudriñando el límite del bosque.

—Yo también lo siento. Como si estuviéramos caminando hacia una trampa.

Tomo una respiración profunda.

—Bueno, trampa o no, necesitamos esa agua del manantial sagrado. Simplemente mantengámonos alerta.

Al entrar en la parte del Bosque de los Susurros del bosque MistHallow, la atmósfera cambia drásticamente. El aire está lleno de susurros al borde de la audición. La niebla se enrosca alrededor de nuestros pies, y los árboles se inclinan, sus ramas extendiéndose hacia nosotros como dedos que intentan agarrarnos.

—Manténganse cerca —murmuro, tomando la mano de Adelaide. Zephyr la flanquea por el otro lado, sus sombras extendiéndose protectoramente a nuestro alrededor de nuevo. Las mascotas de sombra se acercan más, formando un círculo a nuestro alrededor.

Nos adentramos más en el bosque, siguiendo a Adelaide. Parece saber exactamente a dónde va. Pero entonces me doy cuenta de que no es ella. Estamos siguiendo a la mascota de sombra que va a la cabeza. Los susurros se hacen más fuertes, a veces formando palabras que me hielan el alma. Promesas de poder, indicios de secretos olvidados, advertencias de una inminente fatalidad, todo arremolinándose a nuestro alrededor en una mezcla enloquecedora.

De repente, nos detenemos.

—Ahí —susurra Addy, señalando un tenue resplandor plateado en la distancia—. El manantial sagrado.

Al acercarnos, la niebla se disipa, revelando un pequeño claro. En el centro, un manantial brota del suelo, sus aguas brillando con una luz fantasmal.

—Bien —dice Zephyr, mirando el manantial con cautela—. ¿Cómo hacemos esto?

Adelaide da un paso adelante, tomando el frasco que Zephyr sacó de su bolsillo.

—Sin amenazas de muerte como la última vez. Yo conseguiré el agua. Ustedes dos vigilen.

Zephyr resopla pero hace lo que se le dice, su mirada fija en una dirección, la mía en la otra.

Mientras Addy se arrodilla junto al manantial, una sensación de mal augurio nos rodea. Está demasiado silencioso, demasiado fácil. Después de nuestra experiencia en el santuario de aves, estoy esperando que caiga la otra bota.

Y cae.

Justo cuando Adelaide llena el frasco, el agua en el manantial se agita.

Una figura surge de debajo de la superficie, siseando y gruñendo, con los dedos curvados como garras.

—¡La dama del Agua Azul! —chilla Adelaide mientras la ninfa acuática, muy cabreada, se lanza contra nosotros, intentando agarrar el frasco.

Reacciono por instinto, lanzándome hacia adelante para agarrar a Adelaide y tirar de ella hacia atrás justo cuando las garras de la ninfa acuática cortan el aire donde ella había estado. El frasco sale volando de la mano de Adelaide, describiendo un arco en el aire.

—¡Mierda! —grita Zephyr, lanzándose para atraparlo antes de que se haga añicos en el suelo. Rueda y se levanta con el frasco aferrado con seguridad en su puño.

La ninfa acuática chilla, un sonido como el hielo quebrándose, y se lanza contra Zephyr. Su forma es fluida, cambiando entre mujer y agua de una manera que me hace daño a los ojos al mirarla.

—¡Zeph, cuidado! —grito, empujando a Adelaide detrás de mí mientras me muevo para interceptar a la ninfa.

Pero Zephyr ya se está moviendo. Las garras de la ninfa rasgan la oscuridad de la magia que lo rodea, produciendo chispas de luz azul pero dejando a Zephyr ileso.

—Tenemos que salir de aquí —dice Adelaide, su voz tensa por la tensión—. Ahora.

Asiento, retrocediendo lentamente, manteniéndome entre Adelaide y la ninfa enfurecida.

—Zephyr, hora de irnos.

La ninfa suelta otro chillido ensordecedor. No se va a rendir tan fácilmente. Mientras retrocedemos, se lanza contra nosotros de nuevo, su forma acuosa estirándose imposiblemente mientras intenta alcanzar el frasco. Gruño, mis colmillos descendiendo completamente, listo para destruirla.

Pero antes de que pueda moverme, Adelaide da un paso adelante. Las mascotas de sombra se arremolinan a su alrededor, sus formas oscuras fusionándose en un vórtice giratorio de sombras. La ninfa vacila, sus ojos líquidos abriéndose de sorpresa.

—¿Me recuerdas? ¿Adelaide Black? ¿Del primer día?

La ninfa sisea pero no ataca.

Adelaide toma una respiración profunda.

—No pretendemos dañar tu manantial ni tus bosques. Necesitamos esta agua para salvar MistHallow, para salvarnos a todos. Por favor, déjanos ir.

Por un momento, todo queda inmóvil. La ninfa se cierne, su forma ondulando mientras considera las palabras de Adelaide. Luego, lentamente, asiente. Con un sonido como una ola suave, se hunde de vuelta en el manantial, desapareciendo bajo la superficie plateada.

—Joder —murmura Zephyr, aún aferrando el frasco con fuerza.

Pero aunque la ninfa del agua nos ha dado permiso, el resto del Bosque Susurrante no está de tan buen humor. Un árbol se desarraiga y marcha hacia nosotros.

—¡Mierda! —exclama Adelaide, mirándolo boquiabierta—. ¡Corred!

Agarrando su mano, corremos a través del bosque, con ramas azotando nuestros rostros y raíces intentando hacernos tropezar. Todo el bosque ha cobrado vida, determinado a impedir que escapemos con el agua sagrada.

La magia de Zephyr arremete, despejando un camino frente a nosotros. Puedo oír su respiración entrecortada. Está sintiendo la tensión de usar tanto poder.

Pero justo cuando creo que no podemos continuar por mucho más tiempo, salimos del límite del bosque, tropezando hacia los terrenos de MistHallow. Detrás de nosotros, el Bosque

Susurrante se agita y retuerce, una masa oscura de vegetación furiosa.

Nos desplomamos sobre la hierba, jadeando intensamente.

Zephyr, luciendo más pálido de lo habitual, levanta el vial, con el agua sagrada en su interior brillando tenuemente.

—Lo logramos —jadea Addy, con una sonrisa triunfante en su rostro a pesar de su agotamiento.

Asiento, atrayéndola hacia mí y besando su frente. —¿Alguien más piensa que si esto fue jodidamente difícil, cómo será el ritual?

—Sí —dice Zephyr—. Necesito un puto minuto.

—Tómatelo, colega. Lo has hecho bien.

Levanta una ceja ante mi raro cumplido y sonrío con suficiencia, pero no dice nada.

Mientras recuperamos el aliento, miro a Adelaide, viendo el poder que ahora irradia de ella, y me recuerda la enormidad de lo que estamos intentando hacer. Sacar a esa criatura de ella es primordial ahora. Necesita brillar por sí misma y no como un recipiente para el mal.

—Vamos —dice Zephyr después de unos minutos, poniéndose de pie—. Deberíamos ir al círculo.

Nos levantamos y nos alejamos de MistHallow de nuevo, de vuelta al bosque en el lado opuesto.

Al acercarnos al círculo de piedras, veo a Ignatius y Zaiah esperándonos. Se ven tan maltrechos y exhaustos como nosotros nos sentimos.

—Parecéis salidos del infierno —dice Adelaide mientras nos acercamos.

Ignatius resopla, con una pequeña llama bailando entre sus dedos. —Deberíais ver a los otros tipos.

Intercambiamos miradas, un entendimiento silencioso pasando entre nosotros. Todos hemos pasado por el aro, pero lo hemos logrado. Tenemos lo que necesitamos para el ritual, y ahora es el momento.

ADELAIDE

EL CÍRCULO de piedra se alza ante nosotros, antiguo e imponente bajo la luz de la luna. Cada monolito se yergue como un centinela silencioso, sus superficies desgastadas grabadas por el paso de incontables años. Energías invisibles chisporrotean en el aire, erizando los vellos de mi nuca. Hemos reunido todos los ingredientes: la hierba Sombra de Luna, aún brillando tenuemente con su luz antinatural; las cenizas de fénix, cálidas al tacto incluso ahora; y el vial de agua sagrada, resplandeciente con un poder oculto. Cada uno fue difícil de conseguir, pero ahora viene el verdadero desafío.

Zaiah estudia minuciosamente el libro antiguo, sus ojos blancos escaneando las páginas con intensidad. Pulsa con energía, la tinta moviéndose y arremolinándose en las páginas amarillentas como si estuviera viva. —Bien —dice, levantando la mirada hacia nosotros—. Creo que he descifrado las instrucciones para el ritual. Es complejo, por decir lo menos.

Asiento, armándome de valor. Decir que estoy cagada de miedo sería quedarse corto, pero estamos en este camino y nada puede desviarnos ahora. —Explícanos paso a paso —digo, con la voz más firme de lo que me siento.

Zaiah respira hondo, su forma titilando ligeramente mientras accede a sus poderes de genio. —Primero necesitamos preparar el círculo. Adelaide, tendrás que dibujar runas específicas en cada punto cardinal. Actuarán como anclajes para las energías mágicas que canalizaremos.

Me muestra una serie de símbolos intrincados en el libro. Se mueven y bailan ante mis ojos, vivos y nerviosos. Cada uno es una compleja red de líneas y curvas, algunos afilados y angulares, otros fluidos y orgánicos. Hablan de poder antiguo, de fuerzas cósmicas más allá de la comprensión mortal, o incluso inmortal. No tengo ni puta idea.

—¿Y supongo que un pequeño error podría mandarnos a todos al carajo? —pregunto, medio en broma.

Zaiah asiente sombríamente, sus ojos brillando tenuemente en la oscuridad. —O peor. Estas runas son conductos de un poder inmenso. Una línea mal dibujada podría rasgar un agujero en la realidad misma.

—Fabuloso —murmura Ignatius, una llama nerviosa bailando entre sus dedos—. Sin presión, entonces.

Corvus da un paso adelante, con un trozo de tiza en la mano. Sus dedos fríos se demoran en los míos mientras me lo pasa, un gesto silencioso de apoyo y aliento. —Tú puedes con esto, muñeca —dice suavemente, sus ojos azules encontrándose con los míos con una confianza inquebrantable.

Respiro profundamente, el aire fresco de la noche llenando mis pulmones. La tiza se siente pesada en mi mano, más de lo que debería. Mientras me acerco a la primera piedra, la magia en

el aire se espesa, presionando contra mi piel como una fuerza física.

Zaiah se acerca a mi lado con el libro, sosteniéndolo para que pueda copiarlo exactamente. Al levantar la tiza, siento una sensación extraña. La runa fluye sobre la superficie como si siempre hubiera estado allí, solo esperando ser revelada. Cada línea y cada curva se siente correcta, como si no estuviera creando el símbolo tanto como descubriéndolo.

—Guau —exhalo, retrocediendo para examinar mi trabajo. La runa pulsa con una tenue luz interior, brillando bajo la luz de la luna. Es un vistazo a un mundo de poder y misterio que me atrae pero me pone los pelos de punta.

—Perfecto —dice Zaiah, sus ojos abiertos de sorpresa y un toque de asombro—. ¿Cómo hiciste...?

Me encojo de hombros, moviéndome a la siguiente piedra. La tiza se siente cálida en mi mano ahora, casi viva. —Es como si las runas ya estuvieran allí, esperando, y yo solo las descubriera. O más bien como si *ella* lo hiciera.

—Date algo de crédito, nena —dice Zaiah—. Le das demasiado a ella. Esto eres *tú*, no ella.

Sonriendo, no respondo. Es genial que él piense eso, pero sé, en lo más profundo de mi ser, que esto no soy yo, por mucho que me gustaría que lo fuera.

Mientras continúo dibujando las runas, puedo sentir la magia acumulándose a nuestro alrededor. Cada runa completada se suma al poder, creando una red de energía que puedo ver brillando en el aire.

Crimson se agita en el fondo de mi mente, su presencia un recordatorio constante de lo que está en juego. Su esencia se siente diferente ahora, menos antagonista y más, quiero decir, nerviosa, pero de alguna manera, eso no se siente correcto.

¿Estás lista para esto, putita?

—Tan lista como puedo estar —murmuro, mi mano firme mientras completo otro símbolo intrincado del libro de Zaiah.

—¿Qué fue eso? —pregunta Zephyr. Mi príncipe Fae Oscuro parece tenso, sus ojos púrpura saltando entre las runas y la oscuridad circundante.

Niego con la cabeza, concentrándome en la tarea en cuestión. —Nada. Solo me estoy concentrando. —Puedo sentir la mirada de Zephyr demorarse en mí por un momento antes de que se desvíe, escaneando el bosque a nuestro alrededor.

Cuando completo la última runa, la energía en el círculo está zumbando. Los símbolos brillan con una luz etérea, pulsando al ritmo de mi corazón. El aire dentro del círculo se siente diferente, cargado de potencial. Estamos parados en una burbuja separada del resto del mundo, un lugar donde las leyes de la realidad son más flexibles.

—Magia de genio —murmuro con asombro. Así debe sentirse Zaiah todo el tiempo. Es increíblemente seductor, y lo miro con aún más admiración que antes—. ¿Ahora qué? —susurro. El poder que zumba a través del círculo me hace querer hablar suavemente, como si un ruido fuerte pudiera romper el delicado equilibrio que hemos creado.

Zaiah consulta el libro nuevamente, sus dedos trazando las líneas de texto mientras lee. —Ahora, necesitamos colocar los ingredientes en puntos específicos del círculo. La Sombra de Luna va al norte, las cenizas de fénix al sur, y el agua sagrada al este.

Mientras colocamos los ingredientes, puedo sentir cómo las energías se desplazan y se alinean. Las piezas de un rompecabezas cósmico encajan en su lugar. La Sombra Lunar brilla con más intensidad cuando Ignatius la coloca en el punto norte, su luz plateada latiendo en armonía con las runas. Las cenizas de fénix, cuando Corvus las sitúa en el sur, lanzan una pequeña columna de chispas, despertando. El agua sagrada, mientras Zephyr descorcha el vial en

el este, ondula y resplandece aunque no haya brisa que la perturbe.

—Ahora la sangre.

Cada uno de nosotros deja caer unas gotas de sangre sobre los ingredientes mientras nos movemos alrededor del círculo.

—¿Y el oeste? —pregunta Corvus, notando el punto vacío. Su voz está tensa, y puedo ver la preocupación en sus ojos mientras me mira.

La expresión de Zaiah se vuelve seria, sus ojos blancos parecen mirar a través de mí en lugar de mirarme directamente. —Ahí es donde se colocará Adelaide. Ella es el ingrediente final, el nexo a través del cual fluirán todas las energías.

Trago saliva, de repente asustada y con ganas de echarme atrás. El destino de todo esto depende de mi capacidad para canalizar y dirigir estas fuerzas cósmicas. Ignatius coloca una cálida mano en mi espalda baja, su toque reconfortante a pesar de mis nervios que están a punto de estallar. —Tú puedes con esto, Addy.

Asiento, pero no puedo hablar. Mi laringe se ha congelado y mis manos tiemblan incontrolablemente.

Mientras tomamos nuestras posiciones alrededor del círculo, siento una sensación de destino. Todo lo que ha sucedido desde que llegué a MistHallow —cada prueba, cada revelación, cada momento de alegría y dolor— ha llevado inexorablemente a este momento. Miro a cada uno de mis chicos, estos seres extraordinarios que se han convertido en mi mundo en tan poco tiempo. Son mi ancla, mi fuerza.

—¿Qué hacemos? —pregunta Ignatius.

Zaiah le lanza una mirada que dice mucho. —No dejen que nada interrumpa.

—Entendido —dice él después de una pausa.

—¿Todos listos? —pregunta Zaiah, sus ojos brillando con poder. El libro flota frente a él, sus páginas revoloteando en una brisa inexistente.

Todos asentimos, nuestros rostros fijos con determinación.

—Entonces comencemos —dice, pasando las páginas hasta la invocación del ritual.

Mientras Zaiah empieza a cantar en una lengua antigua, siento cómo las energías del círculo aumentan. Las runas brillan con más intensidad, y puedo ver hilos de luz que nos conectan a cada uno de nosotros con los ingredientes que hemos colocado. Es como si estuviéramos en el centro de una gran red de poder, cada hebra zumbando con potencial, pero todas ellas conduciendo de vuelta a mí.

Cierro los ojos, concentrándome en el poder que se acumula dentro y alrededor de mí. La presencia de Crimson se hace más fuerte, su esencia entrelazándose con la mía de una manera que nunca antes había sucedido. Ya no hay lucha, ni pelea por el dominio. En cambio, se siente como dos mitades de un todo que finalmente se unen.

Yo me encargo de esto, hermana.

—¿Por qué no te creo?

Eso depende de ti. Mantén el rumbo. No entres en pánico.

—¿Pánico? —Si algo iba a hacerme entrar en pánico, era que ella me dijera que no lo hiciera, lo que me asustó bastante.

¡Cálmate! Si arruinas esto para mí por ser una cobarde, haré de tu vida un infierno.

—Y ya volviste.

Cállate y concéntrate.

Ignoro su tono mordaz y respiro profundamente, centrándome mientras la magia alcanza su punto culminante.

Mientras el canto de Zaiah se hace más fuerte y las chispas giran a nuestro alrededor, abro los ojos para ver cómo la tela de la realidad ondula y se deforma. El círculo de piedra pulsa con una luz interior, las runas que he dibujado brillan más que nunca. El aire resplandece con poder, y puedo ver cómo las barreras entre mundos se adelgazan.

De repente, un rayo de energía sale disparado de cada uno de los ingredientes, convergiendo en mí en el punto oeste del círculo. El impacto casi me derriba, pero me mantengo firme, apretando los dientes contra la avalancha de poder.

La esencia de Crimson se arremolina, irrumpiendo en mi conciencia. Pero en lugar de luchar contra ella, la abrazo, dejando que nuestras energías se fusionen y fluyan juntas. Es emocionante, pero estoy muerta de miedo. Es como estar al borde de un gran precipicio y elegir saltar o ser asesinada por el monstruo que te persigue.

Cuando el ritual alcanza su punto máximo, echo la cabeza hacia atrás y un grito primario sale de mi garganta. La luz explota desde mi cuerpo, disparándose hacia el cielo en un pilar de energía pura. El suelo tiembla bajo nosotros, y puedo oír el sonido distante de la realidad gimiendo bajo la tensión.

En ese momento, suspendida entre mundos, lo veo todo: cada futuro posible, cada camino no tomado, cada mundo que podría ser. Es aterrador, y sé que con un solo pensamiento, podría rehacer todo.

La energía alcanza un punto febril, y por un momento, creo que podría desgarrarme. Pero entonces, de repente, se detiene. La luz se desvanece, el temblor disminuye, y me quedo de pie en el círculo de piedra, jadeando en busca de aire.

Abro los ojos, parpadeando mientras el mundo vuelve a enfocarse. Los chicos me miran fijamente, sus expresiones son de expectación horrorizada. El círculo a nuestro alrededor está chamuscado, la hierba marchita y ennegrecida. Pero más allá de eso, todo parece normal. Sin cambios.

—¿Funcionó? —pregunto, con la voz ronca—. ¿Funcionó?

ADELAIDE

ANTES DE QUE alguien pueda responder, un aplauso lento resuena en la noche. Todos nos giramos para ver una figura emergiendo de las sombras. Mi corazón salta a mi garganta cuando reconozco la imponente forma de Malachar, Rey de los Fae Oscuros.

—Vaya, vaya —dice arrastrando las palabras—. ¿No es esto interesante?

Zephyr se tensa a mi lado, sus sombras retorciéndose con agitación.

—Papá. ¿Estás aquí para ayudar o para estorbar?

Los ojos de Malachar, púrpuras como los de Zephyr pero infinitamente más viejos y astutos, se fijan en mí. Su mirada se siente como un peso físico, evaluando y calculando.

—Eso depende de qué están haciendo exactamente aquí.

Me mantengo firme.

—¿Qué quiere que estemos haciendo?

Los labios de Malachar se curvan en una sonrisa cruel.

—¿Qué quiero? Quiero que ese poder dentro de ti sea libre, querida niña.

—¿Quiere a Crimson?

—Quiero a mi Reina —dice entre dientes.

Oigo a Zephyr hacer un ligero ruido de arcadas a un lado. No estoy segura de dónde está su madre en todo esto. Nunca lo he preguntado. De repente me siento mal por eso. Más aún, ya que Malachar está dando serias vibras espeluznantes ahora mismo.

Antes de que pueda responder a las inquietantes palabras de Malachar, otra figura emerge de las sombras. Corvus inhala bruscamente a mi lado, su cuerpo tensándose.

—Papá —afirma—. Imaginé que estarías al acecho.

El recién llegado es sin duda el padre de Corvus; parecen hermanos.

—Corvus —reconoce con un breve asentimiento antes de dirigir su atención hacia mí—. Así que esta es la Vesper causando todo el alboroto.

—Ya no es tanto una Vesper —dice Corvus.

Enderezo mi columna, enfrentando directamente la mirada del padre de Corvus.

—Tengo un nombre —digo, sorprendida por la firmeza en mi voz—. Es Adelaide.

Levanta una ceja, un atisbo de diversión cruzando su rostro.

—Oh, estoy al tanto. Bien, Adelaide, me temo que no podemos permitir que continúes con este ritual. Los riesgos son demasiado grandes.

Malachar da un paso adelante, sus ojos nunca dejándome.

—Por el contrario, Alec. El ritual debe completarse. La Reina debe ser liberada.

Los ojos de Alec se ensanchan mientras inclina la cabeza hacia el Rey de los Fae Oscuros.

—Oh, tienes que estar jodidamente bromeando. ¿Tú también?

—¿Yo también qué?

—Tú y Randall, dominados por esta criatura.

—¿Dominados? —exclama Malachar como solo un Rey puede hacerlo—. Ella es mi Reina, y he esperado mucho tiempo por esto. Tú, Randall y los otros me jodieron esto una vez antes. Esta. Vez. No.

Aplaude y un trueno retumba antes de que un rayo caiga justo frente a mí.

Grito y retrocedo mientras la lluvia comienza a caer.

Pero no es una lluvia cualquiera. Gotas de agua negra, fría y turbia caen a nuestro alrededor, empapándonos hasta los huesos.

—Supongo que el ritual no está terminado —me susurra Zaiah, acercándose—. Tenemos que continuar.

—¿Tenemos? —chillo, apartando mi cabello empapado de mi cara mientras mantengo un ojo cauteloso en los dos ancianos que se han enfrentado.

La energía del ritual pulsa a nuestro alrededor de nuevo, volviéndose más inestable por segundo. Puedo sentirla atravesando mis venas, buscando liberación. La presencia de Crimson en mi mente se hace más fuerte.

Estamos tan cerca, hermana. No dejes que nos detengan ahora.

—No nos detendremos —grito—. Crimson será separada de mí.

Los ojos de Alec se estrechan peligrosamente.

—Entonces no me dejas otra opción.

Sin previo aviso, desata una explosión de energía oscura hacia nosotros.

Grito de nuevo, pero no es Zephyr quien salta frente a mí. Es Malachar. Sus sombras surgen para formar una barrera protectora. El impacto envía ondas de choque a través del círculo, desestabilizando el delicado equilibrio que hemos creado.

—¡Adelaide! —grita Zaiah sobre el caos—. ¡Necesitamos estabilizar el ritual!

Miro hacia arriba y veo a las mascotas de sombras flotando sobre nosotros, formando un dosel de protección mientras giran, se sumergen y se zambullen.

Y entonces, por el rabillo del ojo, veo a Orby.

—¡Tú! —exclamo y extendiendo mi mano, lista para agarrar al pixie del aire—. ¿Qué está pasando contigo?

—¡No tenemos tiempo para esto, Addy! —grita Zaiah, el libro frente a él volviéndose loco mientras Alec y Malachar chocan de una manera titánica que hace temblar el suelo. No tengo idea de quién es realmente Alec, pero no es solo un vampiro común y corriente.

Aprieto los dientes, dividida entre confrontar a Orby y terminar el ritual. Pero Zaiah tiene razón: no tenemos tiempo. La energía está alcanzando niveles peligrosos, amenazando con desgarrar la realidad.

—¿Qué tengo que hacer? —grito por encima del estruendo de la batalla entre los ancianos.

Los ojos de Zaiah brillan intensamente mientras escanea las páginas del libro que revolotean frenéticamente. —Necesitamos estabilizar la energía. Yo debo crear el puente, y tú tienes que forzar a Crimson a salir. ¿Puedes hacerlo?

—¡No lo sé, maldita sea! —chillo mientras Orby aterriza en mi hombro y parlotea en mi oído con palabras demasiado rápidas para seguir las—. ¡Espera! —le espeto—. ¡Solo espera!

Déjalo fluir, hermana. Deja que fluya.

Por una vez, la escucho sin discutir. Me abro completamente al poder, sintiéndolo fluir a través de mí como un río embravecido. Puedo sentir que me desvanezco, perdiendo mi sentido del yo en el torrente.

Por un momento, me siento tentada. La oscuridad me llama, prometiendo una fuerza más allá de toda medida.

Mientras el caos gira a mi alrededor, me obligo a concentrarme en Zaiah. Sus ojos brillan más intensamente de lo que jamás he visto, su forma parpadea y vacila mientras recita palabras en un idioma que no entiendo. El libro flota frente a él, las páginas girando por sí solas, temblando en el aire de rabia o miedo, no puedo distinguir cuál.

—¡Zaiah! —grito, apenas pudiendo escuchar mi propia voz sobre el estruendo de la batalla y el rugido de la tormenta y la magia en mis oídos—. ¿Qué está pasando?

No responde, no puede responder. Todo su ser está concentrado en el ritual, en convertirse en el puente entre reinos. Observo con asombro y terror cómo su cuerpo cambia, alargándose y extendiéndose, volviéndose menos sólido y más etéreo.

La presencia de Crimson se enfurece dentro de mí, más fuerte que nunca. Puedo sentir su desesperación, su ardiente necesidad de ser libre. Es un dolor físico en mi pecho, una sensación desgarradora que quiere destrozarme desde dentro.

¡Déjame salir!

—Lo estamos intentando, joder —digo entre dientes.

La batalla continúa a nuestro alrededor. Malachar y Alec están enfrascados en combate, sus poderes chocando en espectaculares despliegues de luz y sombra. Corvus y Zephyr luchan espalda con espalda, defendiéndose de las malvadas criaturas de sombra que parecen surgir de la nada. Las mascotas de sombra siguen sobre nosotros, protegiéndonos de lo peor de la lluvia y la magia que vuela en todas direcciones.

Es un caos total.

Si sobrevivimos a esto, será un maldito milagro.

—¿Dónde está Ig? —grito, pero nadie me responde.

—Aquí —jadea, apareciendo junto a Zaiah en una torre de fuego. Pone su mano sobre el libro que Zaiah está usando, y este se estabiliza lo suficiente para que Zaiah continúe—. Date prisa —jadea—. No puedo sostenerlo por mucho tiempo.

Zaiah no es consciente de nada de esto mientras continúa su transformación. Ahora puedo ver en lo que se está convirtiendo: un puente literal entre reinos, un conducto para el inmenso poder que hemos desatado. Su cuerpo se estira imposiblemente, convirtiéndose en un camino brillante que se extiende hacia el cielo tormentoso y hacia la tierra bajo nuestros pies.

La visión es aterradoramente espantosa, y siento un momento de pánico. ¿Y si esto lo mata? ¿Y si lo perdemos en este proceso?

Pero no hay tiempo para dudar. Puedo sentir que el ritual está llegando a su punto culminante, las energías acumulándose hasta un crescendo. La presencia de Crimson es una presión constante, empujando contra los límites de mi conciencia con creciente desesperación.

No puedes retenerme para siempre, Adelaide. Vas a tener que soltarme.

—Todavía no. ¡Él no está listo!

El parloteo de Orby en mi oído es una constante avalancha de ruido y en un momento de puro pánico, ira y frustración, tapándome los oídos con las manos, grito: —¡ALTO!

Para mi total sorpresa, el mundo no deja de enfurecerse a mi alrededor, pero sí se ralentiza. El ruido se silencia y todo sucede a cámara lenta a mi alrededor. Lo único que puedo oír es la voz de Orby, ahora melodiosa y lenta, mientras me dice lo que tengo que hacer.

—Concéntrate, Adelaide. Cierra los ojos y observa. Debes completar esto ahora. Pero no dejes que ella cruce. Matará a Zaiah. Te debilitará hasta el punto de la muerte. Vuestro vínculo es demasiado fuerte.

—¿Qué? —balbuceo—. Para. ¡No sabes de lo que estás hablando!

—Escúchame, Adelaide. Haz lo que te digo y deja de dudar.

—¿Cómo sé que tienes razón?

—¿Estás dispuesta a apostar su vida en ello?

Nos miramos fijamente, los diminutos ojos del hada brillando con fuego, y sé en lo más profundo que se puede confiar en él.

El dolor se intensifica y grito, cayendo de rodillas. Siento como si me estuvieran partiendo en dos, la esencia de Crimson luchando ferozmente por separarse de la mía. La parte racional de mi mente sabe que esto es lo que queríamos, lo que el ritual está destinado a hacer, pero la agonía es casi insoportable.

—¡Addy! —oigo gritar a Corvus, pero su voz parece distante, amortiguada.

Levanto la mirada, con la visión borrosa, para ver a Zaiah pulsando con energía. Zarcillos de luz se extienden desde él, envolviéndome a mí y a la presencia de Crimson dentro de mí.

Con un último y desesperado empujón, siento que Crimson comienza a separarse de mí. Es lo más excruciante que he experimentado jamás, peor que cuando me poseyó por primera vez. Grito, el sonido es crudo y primitivo, mientras su esencia es lenta y agónicamente arrancada de mi cuerpo.

Lágrimas de sangre corren por mi rostro. La siento brotar de mi boca y mis oídos.

Vagamente me doy cuenta de que la batalla a nuestro alrededor se intensifica a medida que el tiempo vuelve a la normalidad.

Pero no puedo concentrarme en ellos, no puedo pensar en nada más allá del brutal y salvaje proceso de Crimson siendo arrancada de mí. Se siente como si mi alma estuviera siendo destrozada, reformada y reordenada a un nivel fundamental.

A través de la neblina del dolor, veo una forma oscura y brumosa que comienza a materializarse sobre mí. Crimson. Está tomando forma, separándose de mí. Su rostro, tan similar al mío pero retorcido por la rabia y la desesperación, se forma en la oscuridad retorcida.

—¡No! —grita Alec y dispara un rayo de magia hacia mí que me golpea en el pecho y me aplasta contra el suelo, luchando por respirar mientras la esencia de Crimson es succionada de vuelta a mi cuerpo al perder la concentración.

—¡Addy! —Corvus se lanza al aire y choca contra mí, protegiendo mi cuerpo con el suyo mientras otra explosión de energía oscura de Alec pasa silbando sobre nosotros. Jadeo en busca de aire, mis pulmones arden mientras lucho por respirar.

—Quédate conmigo, muñeca —gruñe Corvus, sus ojos azules ardiendo con determinación—. Estamos tan cerca. Puedes hacerlo.

Asiento débilmente, apretando los dientes contra el dolor. La esencia de Crimson se retuerce dentro de mí, furiosa por haber sido arrastrada de vuelta. La separación había sido una agonía, pero tenerla forzada de vuelta es casi peor, como tratar de meter a un gato enojado en un transportín demasiado pequeño.

A través de mi visión borrosa, veo a Zaiah aún extendido entre reinos, su forma parpadeando peligrosamente. Ignatius está de pie junto a él, con las manos presionadas contra el libro, el sudor corriendo por su rostro mientras lucha por mantener estable el ritual.

—Tenemos que terminar esto —digo con voz ronca, levantándome con brazos temblorosos—. Pero no de la manera que pensamos. Tenemos que dejarla ir.

ADELAIDE

A PESAR del caos que ruga a mi alrededor, me obligo a concentrarme. La esencia de Crimson se agita dentro de mí, un vórtice de energía oscura que busca liberarse. El dolor es insoportable, como lava fundida fluyendo por mis venas, pero aprieto los dientes y lo soporto. Hemos llegado demasiado lejos para fallar ahora.

—¿Qué quieres decir? —grita Corvus, pero lo ignoro.

—¡Zaiah! —exclamo, mi voz ronca de tanto gritar—. Tenemos que cambiar el plan. ¡No podemos enviarla al NetherRealm!

Otra oleada de dolor sacude mi cuerpo. Siento como si me estuvieran desgarrando desde dentro. —¡Necesito sacarla sin destruir todo lo que nos rodea! —Sé que si simplemente la expulso, todo se irá al infierno. No es que ahora sea precisamente un picnic, pero será peor.

Mientras lucho por mantener la concentración, el mundo a mi alrededor comienza a cambiar. El caótico campo de batalla de MistHallow se desvanece, reemplazado por una serie de visiones vívidas y abrumadoras.

El mundo está envuelto en tinieblas. El cielo es una masa turbulenta de nubes negras, perpetuamente agitadas y relampagueantes con una luz verde enfermiza. La tierra debajo es un páramo desolado, yermo y sin vida. Árboles retorcidos y ennegrecidos salpican el paisaje, sus ramas se extienden como dedos esqueléticos arañando el cielo.

En el centro de este reino de pesadilla, veo un imponente castillo de obsidiana, sus agujas penetrando el cielo turbulento, y sentada en un trono de sombras, estoy yo. Pero no soy realmente yo, es una versión de mí misma retorcida por la influencia de Crimson, una reina tiránica gobernando sobre un reino de noche eterna.

Los ojos de esta Adelaide oscura brillan con un poder maligno, su piel pálida y veteada de oscuridad. Lleva una corona de metal negro retorcido, y mascotas de sombra se retuercen a su alrededor como sirvientes vivientes. Observo con horror cómo extiende una mano, y un grupo de humanos aterrorizados son arrastrados ante su trono.

—Criaturas patéticas —su voz resuena, fría y cruel—. Vuestra resistencia es inútil. Inclinaos ante vuestra reina, o enfrenad la destrucción.

Los humanos tiemblan, algunos cayendo de rodillas aterrorizados. Pero un hombre se mantiene desafiante, sus ojos ardiendo con las últimas brasas de esperanza.

—¡Jamás nos someteremos a ti, demonio! —grita.

Los labios de la Adelaide oscura se curvan en una sonrisa cruel. —Entonces servirás de ejemplo para los demás —dice, su voz destilando malicia.

Con un gesto, las sombras envuelven al hombre. Sus gritos se cortan bruscamente cuando la oscuridad lo consume, sin dejar nada atrás. Los otros humanos gimen desesperados, toda

esperanza extinguida.

RETROCEDO ANTE LA VISIÓN, MI CORAZÓN PALPITANDO DE MIEDO Y REPULSIÓN. ¿ES ESTO EN LO que podría convertirme si dejo que la oscuridad gane?

Antes de que pueda procesar lo que he visto, la visión cambia.

EL MUNDO ESTÁ BAÑADO EN UNA LUZ CEGADORA. EL CIELO ES DE UN AZUL PERFECTO, SIN NUBES, EL sol brilla con una intensidad casi dolorosa. Ciudades blancas e inmaculadas se extienden hasta donde alcanza la vista, sus torres resplandeciendo en la luz eterna del día.

A primera vista, es hermoso: un mundo aparentemente sin conflictos ni luchas. La gente camina por las calles con sonrisas serenas, sus movimientos gráciles y coordinados. Pero al mirar más de cerca, veo la verdad detrás de la fachada.

La gente se mueve como autómatas, sus ojos vacíos y sin vida. No hay alegría en sus sonrisas, ni pasión en sus movimientos. Es como si la esencia misma de lo que los hace humanos hubiera sido arrancada.

En el centro de la ciudad más grande, hay otra versión de mí misma. Esta Adelaide es radiante, su piel brillando con una luz interior, su cabello un halo de hebras doradas. Está de pie en un balcón, dirigiéndose a una vasta multitud abajo.

—Hijos míos —su voz resuena, increíblemente hermosa pero carente de verdadera emoción—. Regocijaos, pues hemos alcanzado la armonía perfecta. No más dolor, no más conflictos, no más libre albedrío que os desvíe.

La multitud responde con un vítores perfectamente sincronizado, sus rostros no muestran verdadera emoción ni alegría. Es una utopía construida sobre la completa subyugación del espíritu humano, un mundo donde la luz ha ganado a costa de todo lo que hace que la vida valga la pena.

SIENTO UN ESCALOFRÍO RECORRER MI ESPINA DORSAL. ¿ES ESTE EL PRECIO DE LA PAZ PERFECTA? ¿La pérdida de todo lo que nos hace humanos?

La escena cambia de nuevo.

ESTE ES UN MUNDO QUE NO ESTÁ NI ENVUELTO EN TINIEBLAS NI BAÑADO EN LUZ CEGADORA, SINO UN complejo tapiz de ambos. Veo ciudades donde rascacielos modernos se alzan junto a templos antiguos, donde la tecnología y la magia coexisten en un delicado equilibrio.

En una vasta plaza, observo a un grupo de magos de luz realizar un ritual, sus manos tejiendo intrincados patrones de energía radiante. Cerca, los manipuladores de sombras practican su arte, sus poderes complementando en lugar de oponerse al trabajo de los magos de luz.

Pero este mundo no está exento de conflictos. A lo lejos, veo batallas desatándose: luz y oscuridad chocando en espectaculares despliegues de poder. Sin embargo, incluso en estos conflictos, hay una sensación de propósito. Equilibrio. Como si la lucha fuera lo que mantiene al mundo en orden.

Me veo a mí misma de nuevo, pero esta versión no es ni una tirana ni una falsa salvadora. Está de pie en el centro de la plaza, mediando en una disputa entre representantes de las facciones de luz y oscuridad. Sus ojos albergan sabiduría y fuerza, pero también cansancio. Está claro que mantener este equilibrio es una lucha constante, sin permitir jamás que ningún lado gane demasiado poder.

—Debemos encontrar una manera de coexistir —dice esta Adelaide, su voz firme pero compasiva—. Nuestras diferencias nos hacen más fuertes, pero solo si aprendemos a trabajar juntos.

Es un mundo de equilibrio, pero también de conflicto constante; nunca verdaderamente en paz, pero nunca cayendo completamente en la oscuridad o la luz. Un mundo donde la elección y la consecuencia dan forma al futuro, para bien o para mal.

ESTAS VISIONES GIRAN A MI ALREDEDOR, CADA UNA LUCHANDO POR DOMINAR. ME SIENTO abrumada, perdida en las posibilidades de lo que podría ser. ¿Cómo puedo elegir? ¿Cómo puedo saber qué camino es el correcto? Esto es lo que ha estado rondando los bordes de mi conciencia desde que comenzamos el ritual. Lo que haga a continuación, la próxima elección que tome, definirá en qué mundo despertaremos.

Me doy la vuelta, acurrucada contra el dolor, ya que la elección es demasiado inmensa. No puedo hacerla porque hay un sacrificio en todas y cada una de ellas.

—¡Adelaide! —la voz de Corvus atraviesa las visiones—. ¡Quédate con nosotros, muñeca!

Abro los ojos y parpadeo, el círculo de piedra de MistHallow vuelve a enfocarse. La batalla aún ruge a nuestro alrededor, pero ahora parece distante, menos importante que la elección que tengo que hacer.

—Yo... no sé qué hacer —jadeo, mirando a Corvus con desesperación en los ojos—. He visto... tantas posibilidades. ¿Cómo sé cuál es la correcta?

Corvus agarra mis hombros, sus ojos azules feroces con determinación. —No tienes que decidir el destino del mundo ahora mismo, Addy. Solo necesitamos superar este ritual. Un paso a la vez, ¿recuerdas?

—Pero...

—Solo haz lo que necesites hacer —dice, agarrando mis manos, con una mirada frenética en su rostro—. Te tenemos, sea como sea, Adelaide. Te tenemos.

Las lágrimas pican mis ojos, lágrimas reales esta vez mientras asimilo la enormidad de su apoyo.

Asiento, tomando un respiro profundo. —No podemos enviar a Crimson al NetherRealm, matará a Zaiah. Necesitamos otra opción.

Vaya par de cojones tienes ahí, hermanita. Estoy impresionada.

—¡Sal de una puta vez de mi cabeza! —rujo y me pongo de pie como si me tiraran de una cuerda.

Concentrándome de nuevo, alcanzo las energías arremolinadas del ritual. Puedo sentir el poder pulsando a mi alrededor, buscando dirección. Con cada gramo de voluntad que poseo, visualizo el espacio justo frente a mí.

A nuestro alrededor, la batalla alcanza un punto febril. Soy vagamente consciente de Malachar gritando de rabia, de los intentos desesperados de Alec por detenernos. Pero es demasiado tarde.

Con un sonido como si la realidad misma se desgarrara, la esencia de Crimson se libera de mi

cuerpo. Grito, el sonido crudo y feroz, mientras siento que su presencia es arrancada de mi alma.

La repercusión de energía me envía tambaleando al suelo nuevamente. El mundo gira a mi alrededor, voces llamando mi nombre desde lo que parece una gran distancia. Me siento agotada, vacía de una manera que nunca he experimentado antes.

Mientras la oscuridad se arrastra por los bordes de mi visión, veo la forma de Zaiah desplomarse, el libro cayendo al suelo con un golpe pesado. Los chicos corren hacia mí, sus rostros borrosos e indistintos.

Los ancianos dejan de pelear y miran hacia el cielo.

Pero antes de caer en la inconsciencia, tengo un último pensamiento: Oh, mierda, joder.

ZEPHYR

CON UN RUGIDO ENSORDECEDOR, el mundo se sume en el caos cuando la esencia de Crimson es arrancada violentamente del cuerpo tembloroso de Adelaide. Un destello cegador de poder puro y crudo erupciona de ella, enviando una onda expansiva a través del círculo de piedra y derribándonos a todos. Incluso papá y Alec, que suelen ser inquebrantables, son derribados por la pura fuerza del impacto. El suelo bajo nosotros se sacude y tiembla, las antiguas piedras gimen en protesta mientras luchan por contener energías más allá de su capacidad. Enormes pilares de obsidiana brotan de la tierra, alzándose sobre nosotros como oscuros guardianes. Criaturas de las profundidades del infierno emergen a la superficie, y Crimson suelta una carcajada estridente que me hace sangrar los oídos.

Caigo al suelo con fuerza, el aire expulsado de mis pulmones, mi cabeza dando vueltas por el impacto mientras el bosque a nuestro alrededor es destruido en favor de este paisaje urbano infernal que surge a nuestro alrededor. Por un momento, todo lo que puedo hacer es yacer ahí, jadeando, mientras el mundo a mi alrededor se inclina y gira.

Adelaide.

El pánico crece dentro de mí, dándome la fuerza para incorporarme. Mis ojos se fijan en su forma inmóvil, desplomada en el suelo, y mi corazón casi se detiene. Está tumbada sin moverse, su piel mortalmente pálida. La sangre gotea de su nariz y oídos, una visión que envía un miedo frío y agudo a través de mí.

¿Está viva?

La pregunta me atormenta, manteniéndome paralizado, incapaz de confirmar o negar por miedo a que esté muerta.

—¡Addy! —grita Corvus, su voz tensa por la desesperación. Ya se está moviendo, su velocidad vampírica lo lleva de vuelta a su lado antes de que el resto de nosotros podamos siquiera ponernos de pie. Acuna su cabeza con suavidad, sus dedos presionados contra su cuello, buscando un pulso. Los segundos se estiran hasta la eternidad, cada uno sintiéndose como un año menos de vida. Finalmente, Corvus asiente, con miedo y alivio en su rostro—. Está viva, pero apenas.

Asiento, pero el alivio es efímero. Estamos lejos de estar a salvo, y Adelaide está lejos de estar fuera de peligro. Sobre nosotros, el cielo se ha transformado en una vorágine de oscuridad y energía roja pulsante. Hemos rasgado un agujero en el tejido de la realidad, revelando el caótico vacío más allá. La esencia de Crimson, liberada del cuerpo de Adelaide, se está condensando en una forma retorcida de negrura tintada.

—Mierda —murmura Ignatius, con los ojos muy abiertos mientras mira el espectáculo. Las llamas bailan en sus dedos, listas para atacar a Crimson si surge la necesidad. Ahora mismo,

estamos volando a ciegas. No tenemos idea de cuál es la agenda aquí de *nadie* excepto la nuestra. Y aun así... tengo mis dudas. Addy cambió el rumbo. Expulsó a Crimson en lugar de enviarla al Reino Inferior. ¿Por qué?

—¿Qué demonios es eso?

Zaiah, aún recuperándose de su papel como puente, se tambalea para ponerse de pie. Sus ojos blancos brillan con una intensidad que nunca antes había visto, fijos en la masa arremolinada sobre nosotros. La forma del djinn parpadea de una manera que me dice que ya no está completamente anclado en nuestra realidad—. Esto no está bien —murmura, su voz tensa—. ¿Qué coño ha pasado?

Pero incluso mientras lo dice, todos sabemos que lo que estamos presenciando desafía las leyes de la magia tal como las entendemos. Crimson está reescribiendo las reglas, doblando la realidad a su voluntad a través de la pura fuerza del poder.

Una risa profunda y retumbante corta el aire, haciéndome ponerme de pie más rápido que un rayo. Me giro para ver a papá caminando hacia nosotros. Su rostro está partido por una sonrisa triunfante, sus ojos brillando con una luz maníaca que me pone los dientes de punta. Se ve más vivo, más vital de lo que jamás lo he visto, alimentándose del caos a nuestro alrededor.

—El destino —grita, su voz goteando satisfacción—. Están presenciando el renacimiento de una diosa, el amanecer de una nueva era.

Me muevo para interponerme entre él y la forma postrada de Adelaide, listo para lo que venga después. La ira surge a través de mí, caliente y feroz—. ¿Qué ganas tú con esto? —gruño.

La sonrisa de papá se ensancha, revelando sus dientes afilados—. He estado planeando esto durante siglos, hijo mío. El regreso de la verdadera reina de la oscuridad. La que traerá orden al caos, la que remodelará este mundo y todos los demás. La Reina Carmesí.

Alec da un paso adelante, su rostro una máscara de furia. Se ha ido el señor vampiro frío y sereno. En su lugar está un hombre traicionado, sus ojos ardiendo de ira—. Bastardo traidor —sisea, con los colmillos desplegados—. Este no era el plan. Se suponía que debíamos contenerla, ¡no liberarla sobre el mundo!

—Los planes cambian —dice papá con desdén, agitando una mano como si espantara un insecto molesto—. Eres un tonto si pensaste que alguna vez aceptaría encarcelarla de nuevo. Crimson está destinada a gobernar, no a ser enjaulada como una bestia común.

Las piezas comienzan a encajar, y siento náuseas. Todo este tiempo, hemos estado jugando en sus manos. Cada movimiento, cada decisión, nos ha llevado a este momento—. Has estado trabajando con Randall todo el tiempo, ¿no es así? —acusó, las palabras sabiendo a ceniza en mi boca—. Todo esto: Adelaide viniendo a MistHallow, los ataques, todo... era para liberar a Crimson.

Papá sonrío burlonamente—. Muy bien, Zephyr. Siempre supe que eras inteligente. Sí, Randall y yo hemos estado trabajando hacia este momento durante mucho tiempo. Aunque debo admitir que se volvió un poco... demasiado entusiasta al final. Pero su riesgo valió la pena. La chica es más fuerte ahora y permitió esto. —Gesticula hacia arriba.

—Nos usaste —gruñe Corvus, con los colmillos totalmente extendidos. Sus ojos se han vuelto negros de furia—. Usaste a Adelaide. Nos usaste a todos, nos convertiste en peones de tu retorcido juego.

Alec al menos tiene la decencia de parecer avergonzado. Mira a Corvus con una rabia que iguala a la de su hijo.

—Se suponía que debíamos contener a Crimson, no liberarla.

—Ah, ahórrame tu moralina —se burla papá, su desprecio emanando de cada poro de su

cuerpo—. Sabías en lo que te metías cuando aceptaste esta alianza. No finjas que tus manos están limpias, Alec.

Sobre nosotros, la esencia de Crimson continúa creciendo, adoptando una forma más definida. Lo que antes era una masa informe de energía ahora es claramente reconocible como una mujer, aunque de proporciones gigantescas. Su cabello es una masa retorcida de sombras, cada hebra pareciendo tener vida propia. Su piel brilla con una oscuridad que pulsa con un poder que hace que me lagrimeen los ojos al mirarla directamente. Sus ojos, cuando se abren, son pozos de energía carmesí arremolinada, sin fondo y ancestrales.

—Mi Reina —llama papá, cayendo de rodillas en un gesto de súplica que me revuelve el estómago—. Bienvenida de vuelta al mundo de los vivos. Tu reinado comienza de nuevo.

La figura masiva vuelve su mirada hacia nosotros, y siento el peso de eones presionándome. Es como estar atrapado en el agarre de un agujero negro, la pura gravedad de su presencia amenazando con aplastarnos a todos.

Miro entre mi padre y la forma monstruosa de Crimson, mi mente trabajando a toda velocidad. Esto es malo. Esto es *apocalípticamente* malo. Estamos tan fuera de nuestro elemento aquí que ni siquiera es gracioso. ¿Cómo se supone que luchemos contra algo así?

—Tenemos que despertar a Adelaide —murmuro a los demás—. Es la única que podría ser capaz de detener esto. Ella y Crimson están conectadas de alguna manera. Tal vez pueda usar esa conexión a nuestro favor.

Ignatius asiente, arrodillándose junto a ella. Coloca una mano en su frente, canalizando un suave calor hacia ella. Puedo ver la tensión en su rostro mientras vierte su energía en ella, tratando de traerla de vuelta a la consciencia.

—Vamos, Addy —murmura, con la voz teñida de desesperación—. Te necesitamos. Por favor, despierta.

Mantengo mis ojos en mi padre y Crimson, listo para cualquier movimiento repentino. Es surrealista ver a mi padre postrarse ante este ser. Nunca lo he visto mostrar deferencia hacia nadie o nada antes. Pero algo no está bien. Crimson no está respondiendo de ninguna manera. Todavía. Su poder es inestable en el mejor de los casos. Aún tenemos tiempo para arreglar este desastre.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Zaiah, con voz baja y tensa. Parece más sólido ahora, pero todavía hay un leve resplandor a su alrededor, como si no estuviera completamente sincronizado con nuestra realidad—. No podemos luchar contra algo así. Sería como hormigas tratando de derribar a un dragón.

Aprieto los dientes, mi mente buscando frenéticamente una solución. Estamos superados, sin armas y se nos acaba el tiempo. Pero que me condenen si voy a rendirme y dejar que Crimson y mi padre rehagan el mundo.

—Tenemos tiempo. Crimson aún no ha asumido completamente su poder. Está en el limbo, por así decirlo. Tal vez esa no sea la palabra correcta, pero miren —señalo—. Tenemos minutos para encontrar una manera de contenerla de nuevo, pero no en Addy —digo—. Debe haber algo en MistHallow que pueda ayudarnos. Algún artefacto antiguo o hechizo que al menos pueda ralentizarla.

—El libro —sugiere Corvus, aún sosteniendo la forma inconsciente de Adelaide. Sus ojos nunca dejan su rostro, como si estuviera tratando de despertarla por pura fuerza de voluntad—. El que Adelaide tomó de la biblioteca oculta. Lo necesitamos.

Asiento, de acuerdo. Es una posibilidad remota, pero es mejor que quedarnos aquí esperando a que Crimson decida que no vale la pena mantenernos con vida.

—Corvus, Zaiah, quédense con Adelaide. Intenten despertarla. Manténganla a salvo. Ig, te necesito conmigo en caso de que el libro aún esté empapado.

—Vayan —dice Zaiah—, nosotros nos encargamos de esto.

Me agarro a Ignatius y nos desvanecemos en dirección a la universidad, dirigiéndonos directamente a la habitación de la torre de Adelaide.

El destino de MistHallow, y quizás del mundo sobrenatural tal como lo conocemos, descansa sobre nuestros hombros. Es una responsabilidad que nunca pedí y definitivamente nunca quise. Pero mientras nos sumergimos en la oscuridad de la habitación de la torre, acepto este destino porque si no lo hago, si *nosotros* no lo hacemos, estamos jodidos.

Nos materializamos en la habitación de la torre de Adelaide, el familiar aroma de su esencia única, junto con el de los tomos antiguos empapados, golpeándome como un puñetazo en el estómago. Se siente mal estar aquí sin ella, invadiendo su espacio privado, pero no tenemos elección. El destino de todo lo que conocemos pende de un hilo.

—¿Dónde está el libro? —pregunta Ignatius, sus ojos escaneando la habitación desordenada. Su cabello escarlata está en llamas ahora, dejando escapar corrientes de humo de vez en cuando que se deslizan bajo mi nariz y me hacen estornudar.

Me muevo rápidamente, rebuscando entre montones de papeles y libros en su escritorio.

—Tiene que estar por aquí en alguna parte. No lo habría dejado fuera de su vista. Puedo olerlo, joder.

—¿Dónde coño está? —murmura Ig, quitando frenéticamente las sábanas de la cama y arrojándolas al suelo en un montón.

—¿Buscáis esto?

Levanto la vista de vaciar un cajón para ver a un pixie, sentado sobre un libro flotante.

—Dámelo —exijo, estirándome para alcanzarlo.

Sale volando como si estuviera sentado en una alfombra mágica. ¿Dónde está Zaiah cuando lo necesitas?

—No tan rápido, principito —dice el duende, agitando un diminuto dedo hacia mí—. Este libro no es para que cualquiera lo use. Es peligroso en las manos equivocadas.

Aprieto los dientes, con frustración y urgencia recorriendo mi cuerpo.

—Escucha, pequeña luciérnaga, no tenemos tiempo para juegos. El destino de MistHallow, demonios, tal vez todo el mundo sobrenatural está en juego. Necesitamos ese maldito libro.

La expresión del duende se vuelve seria, desapareciendo el brillo travieso de sus ojos.

—Sé exactamente lo que está en juego, Zephyr Nethershade. He estado observando cómo se desarrolla todo esto desde antes de que nacieras. Pero este libro no es la respuesta que buscas.

Ignatius da un paso adelante, con el cabello aún humeante.

—¿Entonces qué lo es? Porque ahora mismo nos hemos quedado sin opciones y se nos acaba el tiempo.

El duende suspira, un sonido demasiado cansado para una criatura tan pequeña.

—La respuesta no está en ningún libro. Está en la propia Adelaide.

—¿Qué quieres decir? —exijo, con mi paciencia agotándose—. Adelaide está inconsciente, posiblemente muriendo. ¿Cómo se supone que va a ayudar?

—No está muriendo. Está exactamente donde necesita estar.

Desaparece en un parpadeo, dejando caer el libro sobre la alfombra.

Ignatius lo agarra rápidamente, y yo pongo mi mano en la parte posterior de su cuello, transportándonos de vuelta junto a Adelaide y la pesadilla que se está desarrollando afuera.

ADELAIDE

ES UN MUNDO DE PESADILLAS. El suelo bajo mis pies es negro, un páramo carbonizado que se extiende hasta donde alcanza la vista. El cielo arriba es una masa turbulenta de negro y carmesí, como una herida supurante desgarrada a través de los cielos. Imponentes torres de obsidiana se alzan desde la tierra devastada, sus superficies irregulares reflejando la luz infernal en mil imágenes fracturadas.

El aire está cargado con el hedor de la muerte y la putrefacción, y lamentos y gemidos llenan mis oídos, un coro desesperado de sufrimiento que me pone la piel de gallina. Quiero cubrirme los oídos, bloquear esos sonidos inquietantes, pero no puedo mover las manos. Cuelgan inertes a mis costados mientras empiezo a tropezar hacia adelante, absorbiendo la destrucción a mi alrededor.

Con creciente horror, veo que el suelo es un campo de cadáveres, innumerables cuerpos apilados unos sobre otros, extendiéndose en todas direcciones. Todos yacen retorcidos y rotos, sus ojos vacantes mirando sin ver al cielo turbulento.

Mi estómago se revuelve, la bilis subiendo por mi garganta. Quiero gritar, correr, despertar de esta pesadilla, pero no puedo. Mi cuerpo continúa su implacable marcha hacia adelante, y me veo obligada a ser testigo de la carnicería a mi alrededor.

Mientras camino, los cadáveres más cercanos a mí comienzan a temblar y estremecerse. Una fuerza invisible los está jalando. Entonces, para mi absoluta repulsión, fantasmas negros como la tinta se elevan de los cuerpos. Son arrancados de los cadáveres en una visión macabra, dejando atrás las cáscaras vacías.

Estas sombras, sin forma al principio, comienzan a tomar forma. Se retuercen y se agitan en el aire, fusionándose en formas familiares: las mascotas sombra. La realización me golpea como un golpe físico. Estas no son solo construcciones de oscuridad; son las almas de los muertos, arrancadas de sus restos y esclavizadas.

Las mascotas sombra se deslizan detrás de mí, a mi alrededor, una creciente procesión de almas robadas. Su presencia es inquietante, un recordatorio constante de la naturaleza horrorosa de su existencia. Quiero decirles que se vayan, que encuentren la paz, pero las palabras se atascan en mi garganta.

Mientras continúo mi sombría marcha, más y más sombras se unen a la multitud. Se acercan, sus formas etéreas rozándome, enviando escalofríos de repulsión por mi piel. Puedo sentir su dolor, su angustia, su anhelo de liberación. Es abrumador. Quieren ahogarme en un mar de miseria prestada.

—Hermoso, ¿no es así?

La voz viene de detrás de mí, suave como la seda y aterradoramente familiar. Me congelo, mi

corazón latiendo fuerte en mi pecho. Lentamente, a regañadientes, me giro para enfrentarla.

Crimson está ahí, una imagen espejo de mí misma, pero fundamentalmente diferente. Está vestida como yo, con leggings negros y una camiseta negra, su cabello oscuro suelto cayendo por su espalda. Su rostro está pálido, pero sus ojos son profundos y pulsantes de rojo, como dos pozos de sangre fresca.

Me sonrío, una sonrisa de depredador que envía escalofríos hasta mi alma.

—Hola, hermana —ronronea—. ¿Disfrutando la vista?

Por fin encuentro mi voz, la ira cortando a través de mi miedo.

—¿Cómo pudiste? —escupo, señalando el mar de cadáveres y las mascotas sombra que flotan a nuestro alrededor—. ¿Cómo puedes atormentar a estas almas? ¿Convertirlas en mascotas?

Crimson se ríe, el sonido como vidrio roto.

—¿Atormentar? Oh, Adelaide, lo malinterpretas. Les he dado un propósito. En vida, no eran nada. En la muerte, sirven a una causa mayor.

—¿Una causa mayor? —repito incrédula—. ¿Te refieres a tu búsqueda insana de poder? ¿Estas eran criaturas vivas, Crimson!

Ella hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Y ahora han trascendido todo eso. Son parte de algo más grande que ellos mismos. Deberían estar agradecidos.

Su insensibilidad, su total desprecio por el sufrimiento que ha causado, me enfurece, pero me da impulso, una razón para derribarla poco a poco con mis propias manos si es necesario. Nada importa ya excepto librar al mundo de este monstruo atroz. Si eso significa que no regreso a MistHallow, a mis chicos, que así sea.

—No te dejaré hacer esto —gruño—. Te detendré. Sea como sea, encontraré una manera de acabar contigo de una vez por todas.

La sonrisa de Crimson no vacila. Si acaso, se hace más amplia, más divertida.

—Oh, Adelaide —dice, su tono condescendiente—. No hay pelea. Has perdido.

—¿Qué quieres decir? —exijo, incluso mientras un frío temor se asienta en mi estómago.

Ella da un paso más cerca, y tengo que forzar a no retroceder.

—Esto —hace un gesto hacia el paisaje de pesadilla a nuestro alrededor—, es el futuro. Nuestro futuro. Estás en el Reino Inferior ahora, y no puedes escapar.

—¿Qué? —grazno y miro mis manos y brazos. No están completamente formados. Casi translúcidos. No soy tanto un fantasma como las mascotas, pero me estoy desvaneciendo con cada respiración.

La risa de Crimson resuena de nuevo, haciendo eco a través del campo de cadáveres.

—Oh, Adelaide. Todavía no lo entiendes, ¿verdad? No tienes elección. Esto no es solo mi destino, es nuestro. Somos dos mitades de un todo, luz y oscuridad, creación y destrucción. No puedes luchar contra lo que eres más de lo que yo puedo.

Sacudo la cabeza vehementemente, negándome a aceptar sus palabras.

—No. No soy nada como tú. Nunca causaría voluntariamente tanto sufrimiento.

—¿No lo harías? —pregunta Crimson, inclinando la cabeza hacia un lado—. Piénsalo, hermana. ¿Cuántas veces cuando eras más joven quisiste castigar a aquellos que te habían hecho daño?

Sus palabras dan muy cerca de casa, y mi respiración se entrecorta. He sentido esas cosas, en momentos de ira o frustración.

—Pero nunca actué sobre ellas. Nunca quise causar daño real a mis acosadores.

—Tú, mi querida, eres cruelmente hermosa, al igual que yo.

—¡No! Eso es diferente —insisto, pero mi voz carece de convicción.

La sonrisa de Crimson se vuelve conocedora.

—¿Lo es? ¿O es solo que nunca has tenido el poder para actuar sobre esos impulsos? — Levanta sus manos, y las sombras a nuestro alrededor responden. Giran a su alrededor, y entonces ella... las devora.

Su boca se abre como la de un hipopótamo monstruoso, sus mandíbulas se extienden salvajemente, y succiona las almas hacia su interior.

—¡Detente! —grito, pero es inútil. Crimson se atiborra de cientos de almas mientras yo me quedo ahí parada, observando.

Cuando cierra la boca, sacude los hombros hacia atrás y se pavonea como un pavo real. Está horrorosamente radiante.

La miro fijamente y formo el pensamiento, susurrado en el mundo muerto que nos rodea. "Las almas le dan poder".

—Este es nuestro derecho de nacimiento —dice Crimson, con voz baja e intensa—. Esto es para lo que naciste, Adelaide. Naciste para darme la oportunidad de vivir.

—¿Y ahora qué? —pregunto con amargura—. ¿Piensas succionar mi alma también?

Me lanza una mirada curiosa. —No. No me sirves de nada muerta, hermana. Ahora estás atada a mí. No puedes escapar del reinado de oscuridad que se avecina. Eres necesaria.

Quiero negarlo, rechazar todo lo que está diciendo. Pero una pequeña parte traidora de mí quiere saber más. —No —digo, pero suena débil, incierta—. Esto no está bien. No es justo. Preferiría morir antes que ayudarte a causar tanto tormento y sufrimiento.

Crimson se ríe de nuevo, pero esta vez hay un toque de genuina diversión. —Oh, Adelaide —dice Crimson, sacudiendo la cabeza—. No tienes el lujo de morir. Ya no. Ahora estamos unidas, tú y yo. Dos caras de la misma moneda. Randall se aseguró de ello.

Me siento enferma. Las implicaciones de lo que está diciendo son demasiado horrorosas para contemplarlas. —Randall. —Todo vuelve a nuestro padre, el imbécil que me apuñaló en el corazón—. ¿Pensé que había intentado matarte?

Sonríe. Es siniestro, y me trago la ingenuidad con la que creí sus mentiras. —No, intentó hacerme vivir. Pero te necesitaba de mi lado, Adelaide. Nos unimos contra un enemigo común.

—¿Unidas? Estás más loca de lo que pareces.

Los ojos de Crimson destellan con ira ante mis palabras. —Pequeña zorra malagradecida —gruñe—. Te he dado un poder más allá de tus sueños más salvajes, ¿y así es como me lo pagas?

Me mantengo firme, aunque el miedo corre por mis venas. —Nunca pedí este poder. Nunca quise nada de esto.

Da un paso más cerca, su presencia abrumadora. —No importa lo que quieras. Esto es lo que eres, Adelaide. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será.

Sacudo la cabeza con vehemencia. —No. Me niego a creer eso.

La risa de Crimson es fría y cruel. —No hay otra manera. Este es nuestro destino, escrito en sangre y oscuridad. No puedes luchar contra él más de lo que puedes detener la salida del sol.

—¡Basta! —grito, tapándome los oídos con las manos—. No puedes mantenerme aquí. ¡Los chicos moverán mundos para recuperarme!

Resopla, y el tiempo se detiene. —¿Quiénes, estos chicos? —Hace un gesto hacia el suelo, y veo una visión de ellos de pie sobre mi forma comatosa. Sus expresiones están en blanco—. Solo te querían por *mi* poder, niña. Tú no tienes una mierda. Eres un don nadie, una nada. Una Vesper de pacotilla que ni siquiera puede hacer eso bien.

Las lágrimas brotan y me ahogo con ellas. —No, eso no es cierto. Me aman.

—No, ellos me aman a *mí*. Aman lo que yo te di. ¿Crees que el Príncipe Fae Oscuro estaba pensando en *ti* cuando tenía su polla dentro de ti? No, estaba pensando en *mí*, en mi poder, en cómo yo sería una buena princesa para él. Tú no tienes poder, Adelaide.

—Sí lo tengo —baluceo, cayendo de rodillas mientras su crueldad me abrume—. Sí lo tengo. Sé que lo tengo... ¡Por favor! —Imploro a los chicos que digan algo, que le demuestren a Crimson que está equivocada, pero se quedan de pie mirándome antes de suspirar.

—*Bueno, supongo que eso es todo —dice Zephyr—. Fue divertido mientras duró.*

—*Ahora esperaremos a que Crimson regrese, y podremos tener una criatura con verdadero poder, en lugar de esta patética medio humana.*

Las palabras de Corvus me hieren profundamente, y dejo escapar un sollozo.

—*Qué alivio no tener que fingir más —dice Ignatius.*

—*Sí, fue duro. Vincularme con ella me hacía sentir enfermo —añade Zaiah.*

Luego se dan la vuelta y se alejan de mí, dejándome sola, fría y abandonada.

Mis sollozos sacuden mi cuerpo mientras coloco mis manos sobre la visión. Se disipa, y caigo hacia adelante, presionando mi frente contra la tierra quemada.

—¿Ves, querida? No tienes nada. Ni magia, ni poder, ni chicos. Nada.

Me derrumbo en el suelo, las palabras de Crimson resonando en mi cabeza. La desesperación me inunda en oleadas, amenazando con ahogarme. Tiene razón. No soy nada sin su poder. Los chicos nunca se preocuparon realmente por mí.

Crimson se yergue sobre mí. —Patética. Eres patética. Una chica que preferiría cortarse a sí misma antes que ser poderosa. Eres una desgracia.

Cierro los ojos, apretándolos contra la brutalidad de sus palabras.

El olor metálico de la sangre llena mis fosas nasales, haciendo que mi hambre se despierte.

Abro los ojos para ver que las cosas han cambiado. Para empezar, estoy entera de nuevo. El cielo sigue siendo una masa turbulenta de negro y rojo, pero ahora el suelo bajo mis pies es un vasto e interminable océano de sangre que me lame, empapándome, manchándome.

Crimson se inclina a mi lado.

—¿Ves, hermana? —dice, señalando el paisaje infernal frente a nosotras—. Este es el precio de tu resistencia. Cuanto más luches, más sufrirá este mundo.

—No —digo con firmeza—. Esto es obra tuya, no mía. Tú eres la que está causando todo este sufrimiento.

Ella suspira, negando con la cabeza como si yo fuera una niña particularmente lenta.

—Adelaide, Adelaide. ¿Cuándo lo entenderás?

Niego con la cabeza, con el asco y la ira luchando contra la lástima y el dolor que me invaden.

—Estás loca. Esto es aniquilación. —Quiero ceder. Sería más fácil, pero algo me detiene.

El rostro de mi madre aparece en mi mente. Una luz dorada brilla a su alrededor.

—No dejes que ella te diga lo que no eres, Addy. Te conoces mejor que nadie.

Sus palabras encienden algo profundo en mí. Un destello de desafío, una chispa de esperanza. Me incorporo, poniéndome de pie con piernas temblorosas en el mar de sangre.

—No —digo, con la voz cada vez más fuerte—. Te equivocas, Crimson. En todo.

Ella arquea una ceja, con diversión bailando en sus ojos color sangre.

—¿Oh? Ilumíname, hermana.

Respiro hondo, armándome de valor.

—No soy nada sin ti. Soy Adelaide Légère. Soy una vampira. Más que una vampira; nuestro

padre se encargó de eso, ¿no es así? Soy amada. No por *tu* poder, sino por quien soy.

—Ahí está esa chispa, pero la estás canalizando de la manera equivocada, Adelai-

—Cállate —le espeto, interrumpiéndola—. No conoces a esos chicos. No me conoces a mí. Y definitivamente no tienes derecho a definir quién soy o de qué soy capaz.

Siento que algo brota dentro de mí, un calor que se extiende por todo mi cuerpo. No es el poder oscuro de Crimson, sino algo más. Algo que ha estado ahí todo el tiempo, esperando ser despertado. Es *mi* poder. Mi jodido poder como esta ridícula Vesper convertida en vampira o lo que sea. Estaba aplastado bajo su oscuridad, pero oh, ahora está cabreado. Está arremolinándose con lo que sea que el infierno -o debería decir el cielo- mi madre me transmitió por sangre.

—No necesito tu poder —continúo, mi voz haciéndose más fuerte con cada palabra—. Tengo el mío propio, y voy a usarlo para detenerte.

Crimson parece casi impresionada.

—No puedes detenerme. No puedes detener esto. Puede que tengas tu pequeño poder gestándose dentro de ti, Adelaide, pero no es nada comparado con el mío. Vas a ayudarme a abrir ese maldito portal de una vez por todas, y lo vamos a hacer, ahora mismo, joder. —Agarra mi mano con fuerza, aplastando mis huesos.

—¿Portal? —chillo de dolor—. ¡Creí que habías dicho que esto era el Reino Inferior!

—No, esto es el amortiguador. Necesitaba atormentarte el tiempo suficiente para que ese destello de luz celestial que te dio tu puta madre se iluminara. Ahora lo veo. Estás creciendo rápido, hermanita. Casi estoy impresionada.

—¡Suéltame! —grito mientras sus uñas se clavan en mi piel, sacando sangre, que cae al mar, arremolinándose alrededor de nuestros tobillos.

—No puedo hacer eso, Adelaide. Tú y yo no somos nada donde estamos. Vamos a hacer esto, y vamos a desatar todo el maldito infierno en este plano. —Se ríe como una loca mientras sus garras se hunden aún más en mi palma.

—¡Para! ¡Crimson! Esto es-

Ella cubre mi boca con su otra mano y me mira fijamente a los ojos.

—Esto es inevitable.

CORVUS

EL MUNDO a nuestro alrededor es un caos absoluto. El cielo se agita con una nauseabunda combinación de negro y carmesí, como una herida supurante abierta en el firmamento. Enormes pilares de obsidiana se alzan desde el suelo, sus superficies irregulares reflejando la luz infernal. El hedor a azufre y putrefacción, y los lamentos de criaturas sobrenaturales llenan el aire.

Pero apenas registro nada de esto. Toda mi atención está en Adelaide, inmóvil en mis brazos. Su piel está mortalmente pálida, con sangre brotando de su nariz y oídos. —Vamos, Dollie —murmuro, apartando suavemente un mechón de cabello pegajoso de su rostro—. Despierta. Por favor, despierta.

Pero ella permanece quieta, su pecho apenas elevándose con cada respiración superficial. El miedo, frío y agudo, desgarrar mis entrañas. Nunca he sentido un terror como este, y espero no volver a sentirlo jamás. La idea de perderla es insoportable.

Sobre nosotros, la forma masiva de Crimson se cierne, una figura titánica de oscuridad arremolinada y energía roja pulsante. Está inmóvil, aparentemente atrapada entre nuestro mundo y donde sea que debía ir. Es una pequeña misericordia, pero una que no durará para siempre.

Zaiah se arrodilla a mi lado, acunando suavemente su rostro. —Su fuerza vital es estable —dice, con la voz tensa por la preocupación—. Pero es diferente. No está completamente aquí.

—¿Qué significa eso? —exijo, incapaz de ocultar el tono de pánico en mi voz.

El djinn sacude la cabeza, con frustración llenando su expresión. —No lo sé. Es como si parte de ella estuviera en otro lugar. ¿Atrapada, tal vez?

Atrapada. La palabra resuena en mi mente. Atrapada donde no puedo llegar a ella. Nunca me he sentido tan impotente.

Una risa estruendosa interrumpe mis pensamientos. Levanto la mirada para ver a Malachar acercándose a nosotros. Su rostro está dividido por una sonrisa triunfante que hace hervir mi sangre.

—Un sacrificio honorable —se burla, con los ojos fijos en la forma inmóvil de Adelaide.

Suavemente dejo a Adelaide en el suelo y me pongo de pie, colocándome entre ella y Malachar. —Aléjate —gruño, mis colmillos descendiendo.

La sonrisa de Malachar se ensancha. —¿O qué, pequeño vampiro? ¿Me morderás hasta la muerte? Estás fuera de tu liga aquí, chico. Este es el amanecer de una nueva era, y tú estás del lado equivocado de la historia.

—Lo único que está amaneciendo aquí es tu caída —dice papá, colocándose a mi lado, para mi sorpresa. Su rostro es una máscara de furia mientras se enfrenta a su antiguo aliado—. Esto termina ahora, Malachar.

El Rey Fae Oscuro ríe de nuevo. El sonido me pone los nervios de punta. —No seas idiota,

Alec. Esto es solo el principio.

Levanta sus manos, y las sombras comienzan a arremolinarse a su alrededor. La magia oscura presiona sobre nosotros, pesada como una manta mojada.

—Zaiah —digo, sin apartar los ojos de Malachar—, protege a Adelaide. Pase lo que pase, mantenla a salvo.

El djinn asiente, y sé que la mantendrá fuera de peligro.

En ese momento, un aroma familiar llama mi atención. Es como si alguien hubiera prendido fuego a la oscuridad. Me giro para ver a Zephyr e Ignatius materializándose cerca, con un libro encuadernado en cuero aferrado en las manos de Ignatius.

—Lo tenemos —grita Zephyr, sus ojos abriéndose de par en par al contemplar la escena frente a él.

La expresión de Malachar se oscurece. —No —gruñe—. No permitiré que interfieran.

Arremete con zarcillos de sombra, apuntando al libro. Ignatius reacciona al instante, haciendo surgir una pared de llamas entre nosotros y Malachar. Las sombras sisean y retroceden ante el calor, pero más avanzan para tomar su lugar.

—Lo que sea que vayan a hacer, háganlo rápido —grito a Zephyr e Ignatius mientras papá y yo nos movemos para enfrentar a Malachar.

Luchar contra un Rey Fae Oscuro es, en una palabra, un suicidio, incluso para un vampiro ancestral y su hijo bastante poderoso para su edad. Las sombras de Malachar están por todas partes, azotando como látigos, tratando de capturarnos. Papá y yo esquivamos y serpentamos, nuestra velocidad vampírica apenas manteniéndonos por delante del ataque.

Logro acercarme, mi puño conectando con la mandíbula de Malachar. El satisfactorio crujido de huesos es efímero cuando zarcillos de pura noche se envuelven alrededor de mi brazo, lanzándome hacia atrás. Golpeo el suelo con fuerza, rodando sobre mis pies justo a tiempo para evitar una estaca de oscuridad que erupciona de la tierra donde había estado tendido.

Papá no lo está haciendo mucho mejor. Se está curando de varios cortes, su ropa rasgada y chamuscada por los roces con los ataques de Malachar. Pero no se rinde. Por muy jodida que esté esta situación, él está de *nuestro* lado.

Por ahora.

Todos mis instintos me gritan que vaya con Adelaide, que la sostenga, que de alguna manera la haga volver a la consciencia. Pero sé que lo mejor que puedo hacer por ella ahora es mantener a Malachar ocupado.

—¡Zephyr! —grito, agachándome bajo otro zarcillo de sombra—. ¿Podrías darte prisa, joder?

Me arriesgo a mirar por encima del hombro. Zephyr, Zaiah e Ignatius están inclinados sobre el libro. Las manos de Ignatius brillan con calor mientras intenta secar las páginas empapadas. Zaiah los protege a ellos y a Adelaide, su forma resplandeciendo mientras teje magia protectora a su alrededor.

—Casi está —responde Zephyr, con la voz tensa.

Malachar deja escapar un rugido de furia al darse cuenta de lo que intentamos hacer, lo cual es bastante impresionante, considerando que no tengo ni puta idea de qué se supone que debemos hacer con este libro. Dejaré eso a los manipuladores de magia del grupo. Yo estoy bien siendo el músculo.

—¿Creen que pueden detener esto? —gruñe Malachar—. ¡No son nada! ¡Insectos ante la tormenta!

Una enorme ola de oscuridad se abalanza hacia nosotros. Papá y yo nos preparamos,

sabiendo que no podemos escapar. Pero antes de que pueda alcanzarnos, un destello cegador de luz estalla entre nosotros y Malachar.

Parpadeo, con manchas bailando en mi visión. Cuando mi vista se aclara, veo una figura de pie allí: una mujer que se parece tanto a Adelaide que es impactante.

—Basta —dice ella, su voz resonando con poder.

Malachar se congela pero no baja su postura ofensiva. —Tú —sisea—. ¿Te atreves a interferir?

La mirada de la mujer es dura como el acero mientras observa al Rey Fae Oscuro. —Me atrevo a proteger a mi hija, Malachar, como se te asignó hacer hace tantos años. Te has extralimitado, y lo sabes.

¿Hija? La madre de Adelaide. El ser celestial del que habló Blackthorn.

Se vuelve hacia nosotros, suavizando su expresión. —Protejan a mi hija —dice—. Del resto, me encargaré yo.

Con eso, se enfrenta a Malachar de nuevo, la luz comenzando a arremolinarse a su alrededor mientras se prepara para enfrentarse al Rey Fae Oscuro.

No espero para ver qué sucede después. Me apresuro de vuelta al lado de Adelaide, recogéndola en mis brazos nuevamente. —Vamos, muñeca —murmuro—. Te necesitamos. Te necesito. Por favor, despierta.

Zephyr e Ignatius se unen a nosotros, con el libro abierto entre ellos. —Creemos que hemos encontrado algo —dice Zephyr, su dedo trazando líneas de texto—. Una forma de contener la esencia de Crimson sin dañar a Adelaide.

La esperanza se asienta, equivocada o no, supongo que lo descubriremos. —¿Contenerla dónde?

Zaiah toma el libro y lo levanta. —Aquí dentro.

—Oh, mierda —murmuro mientras observo los rostros extremadamente cautelosos de mis amigos. Mis hermanos de diferentes especies, pero eso no lo hace menos cierto.

—Háganlo —dice papá, acercándose a él—. Háganlo y háganlo ahora.

Zaiah lo mira con furia, claramente sin aceptar órdenes de él.

—Zaiah —espeto—. Lo que sea necesario, solo tráela de vuelta con nosotros.

Él asiente, su expresión sombría mientras destellos de luz blanca brillante golpean mis sentidos sensibles.

Él y Zephyr comienzan a cantar, sus voces subiendo y bajando en una cadencia melódica que es ahogada por los gritos furiosos de frustración de Malachar.

Mi piel hormiguea mientras la magia entra en acción.

Sostengo a Adelaide cerca, transmitiendo cada onza de fuerza que tengo hacia ella. —Lucha, Addy —susurro—. Lo que sea que esté pasando ahí dentro, lo que sea que estés enfrentando, lucha contra ello. Vuelve con nosotros. Vuelve conmigo. Te amo. Todos te amamos. No podemos vivir esta vida sin ti. ¿Lo sabes? ¿Sabes que no somos nada sin ti?

Mientras el canto alcanza un crescendo, la forma masiva de Crimson sobre nosotros comienza a retorcerse y girar. Un lamento penetrante llena el aire, haciendo que mis oídos zumben. Los pilares de obsidiana a nuestro alrededor comienzan a desmoronarse, el suelo temblando bajo nuestros pies.

—¡Está funcionando! —grita Ignatius por encima del estruendo.

Pero algo se siente mal. El cuerpo de Adelaide se pone rígido en mis brazos, su espalda arqueándose como si sintiera dolor. Un grito desgarrador sale de su garganta, un sonido de tal agonía que siento como si me arrancaran el corazón.

—¡Deténganse! —grito—. ¡La están lastimando!

Zephyr duda, sus ojos abiertos de pánico. —Si nos detenemos ahora...

—¡No me importa! —rujo—. ¡No vamos a perderla!

De repente, una luz cegadora estalla desde el pecho de Adelaide, quemando mi piel y obligándome a proteger mis ojos. Cuando vuelvo a mirar, mi corazón se detiene. —No — susurro, el horror subiendo por mi garganta—. No, no, no.

La luz se intensifica, y siento que el cuerpo de Adelaide tiembla incontrolablemente. Intento sostenerla, pero es como tratar de agarrar humo. Se desliza entre mis dedos mientras se eleva del suelo.

—¡Adelaide! —grito, intentando alcanzarla mientras flota horizontalmente sobre el suelo.

Papá y la madre de Adelaide han detenido su batalla con Malachar, y él con ellos, todos mirando con incredulidad la escena que se desarrolla frente a nosotros.

La forma inconsciente de Adelaide flota, y la energía que era Crimson de repente se filtra por el aire hacia Adelaide. Está suspendida en un capullo de energía arremolinada. Observamos, impotentes y horrorizados.

—¡Tenemos que hacer algo! —grito, mi voz quebrándose por la desesperación.

Pero antes de que alguien pueda moverse, los zarcillos hacen contacto con la forma flotante de Adelaide. En el momento en que la tocan, una onda de choque de poder explota hacia afuera, derribándonos a todos hacia atrás.

Mientras lucho por levantarme en el torbellino que nos rodea, veo algo que me hiela la sangre. Está siendo llenada de oscuridad arremolinada a través de sus ojos, su nariz, su boca y sus oídos.

—¿Qué le está pasando? —logro articular, con el terror puro arañando mis entrañas.

La voz de Zephyr está hueca de pavor cuando responde:

—Creo que la hemos cagado.

—¿Tú crees? —gruño, hundiendo las manos en mi cabello.

Si Crimson está intentando poseerla de nuevo, esto no es como antes. Esto es algo mucho, mucho peor.

Mientras la oscuridad continúa goteando en Addy, su cuerpo comienza a cambiar. Su piel palidece hasta volverse casi translúcida, y cuando sus ojos se abren de golpe, están completamente, totalmente negros. Pozos sin fondo que se tragan toda la luz.

—¿Qué demonios es esto? —Miro fijamente la forma flotante de la mujer que amo, ahora transformada en algo que no reconozco, lleno de un pavor que me cala hasta los huesos.

No solo hemos fallado en detener a Crimson. Hemos creado algo mucho, mucho peor.

Mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor, mientras las líneas entre los reinos se difuminan y se rompen, solo puedo hacerme una pregunta. *¿Cómo demonios detenemos esto?*

Entonces, para mi asombro y el de todos los demás, habla. La voz es como grava en una licuadora y pone mis nervios de punta.

—No pueden detenernos. Somos el Vacío.

ADELAIDE

EL MUNDO a nuestro alrededor cambia y se distorsiona, una escena de pesadilla de caos y destrucción. El mar rojo sangre se agita violentamente, sus olas carmesí golpean nuestros cuerpos con una ferocidad creciente. Cada oleada trae consigo el olor metálico de la sangre, espeso y empalagoso, abrumando mis sentidos. El líquido está tibio, casi caliente, como si acabara de ser derramado por innumerables víctimas invisibles.

Sobre nosotros, el cielo se retuerce en un remolino caótico de negro y carmesí, pulsando con energía maliciosa. El tejido de la realidad se está desgarrando, revelando vislumbres de algo más allá: un vacío lleno de horrores inimaginables. Rayos de relámpagos carmesí cruzan las nubes retumbantes, iluminando el paisaje infernal en breves y aterradores destellos.

Las torres volcánicas negras que una vez se cernían sobre nosotros, ahora se agrietan y se astillan bajo la tensión de las fuerzas antinaturales en acción. Enormes trozos de obsidiana llueven a nuestro alrededor, cada impacto enviando temblores a través del suelo empapado de sangre. El aire está lleno del sonido de piedras que se rompen y el siseo de fragmentos siendo tragados por el mar agitado.

El agarre de Crimson en mi mano es como el hierro, sus uñas se clavan más profundamente en mi carne con cada momento que pasa. El dolor es agudo e insistente, un recordatorio constante de mi difícil situación. Mi sangre gotea constantemente en el mar agitado debajo de nosotros, cada gota causando ondas que se extienden en círculos cada vez más amplios. Pero incluso esta agonía física palidece en comparación con el terror que ha congelado mi cuerpo. La comprensión de lo que está a punto de suceder, del horror cósmico que estamos a punto de desatar, es casi demasiado para soportar.

Crimson quita su mano de mi boca, sus dedos dejan atrás el sabor a ceniza y algo más oscuro, más primitivo. Se gira para mirar hacia arriba, su mirada llena de asombro y anticipación emocionada.

—¡Suéltame! —grito, mi voz ronca y desesperada. Intento liberar mi mano, tirando con todas mis fuerzas. Pero es inútil. La fuerza de Crimson es inhumana, su agarre inquebrantable. Puedo sentir su poder vibrando a través de nuestras manos unidas, oscuro y tentador. Llama a algo profundo dentro de mí, una parte de mí misma que he tratado de negar desde que comenzó toda esta pesadilla.

Ella se ríe, el sonido resonando a través del paisaje infernal. Es un sonido de pura alegría malvada, desprovisto de cualquier calidez o compasión humana.

—Oh, Adelaide —dice, su voz goteando falsa lástima—. Todavía luchando, incluso ahora. Casi admiro tu terquedad. Pero ¿no lo ves? Este es nuestro destino. Esto es para lo que nacimos.

Estoy a punto de replicar, de negar sus palabras con cada fibra de mi ser, cuando una voz

familiar corta a través del caos. El sonido de ella envía hielo corriendo por mi sangre, congelándome en el lugar más efectivamente que cualquier restricción física.

—Mis dos chicas, trabajando juntas. Me trae una lágrima al ojo.

Esa voz suave y culta ha perseguido mis pesadillas durante semanas. Ha sido un recordatorio constante de la traición que puso todo esto en movimiento, el momento en que mi mundo se hizo añicos y comenzó esta pesadilla. Lentamente, temiendo lo que veré, me giro para enfrentarlo.

Randall Black está de pie junto a mí, una sonrisa viciosa distorsionando sus rasgos. Hay algo diferente ahora, algo peor. Un aura de poder oscuro lo rodea, similar a la de Crimson pero de alguna manera más corrompida. Es como si hubiera sido contaminado por cualquier fuerza oscura con la que ha estado comunicándose.

—Randall —escupo la palabra como una maldición, la bilis subiendo por mi garganta. La visión de él, parado allí tan casualmente en este paisaje infernal, me hace querer gritar y vomitar simultáneamente—. ¿Es aquí donde has estado todo este tiempo? ¿En esta *zona intermedia* entre mundos?

Su sonrisa se ensancha.

—Hola, Adelaide —dice, su voz suave como la seda y fría como el hielo—. Veo que finalmente has abrazado tu verdadera naturaleza. O debería decir, naturalezas. Ya era hora de que dejaras de luchar contra lo que eres.

La furia burbujea dentro de mí, caliente y feroz. Es una rabia que nunca antes había sentido, reemplazando el hielo en mis venas con lava ardiente. Este hombre, este monstruo que se atreve a llamarse mi padre, ha orquestado todo esto. Cada momento de dolor, cada pérdida, cada horror que he soportado: todo conduce de vuelta a él.

—¡Bastardo! —grito, lanzándome hacia él con intención asesina. Pero el agarre de Crimson me retiene, sus uñas clavándose aún más profundamente en mi carne. Puedo sentir la sangre tibia goteando por mi muñeca, uniéndose al mar de abajo—. ¡Me tendiste una trampa! ¡Manipulaste cada momento de mi vida! ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Randall ni siquiera se inmuta ante mi arrebato. Si acaso, parece divertido, como si mi ira no fuera más que una rabieta infantil. Sus ojos brillan con una luz cruel.

—¿Hacer qué, exactamente? —pregunta, su tono irritantemente razonable—. ¿Darte poder más allá de tus sueños más salvajes? ¿Hacerte parte de algo más grande que tú misma? Deberías estar agradeciéndome, Adelaide.

—¡Me encauzaste hacia esta vida! —chillo, mi voz quebrándose por la emoción—. ¡Me apuñalaste en el corazón! —El recuerdo de ese momento vuelve, más vívido que nunca: el shock, el dolor, la sensación de absoluta traición cuando mi propio padre hundió un cuchillo en mi pecho. Puedo sentir el frío acero deslizándose entre mis costillas, el calor de mi sangre derramándose.

Él hace un gesto desdeñoso con la mano, como si mi experiencia cercana a la muerte no fuera más que un inconveniente menor.

—Un paso necesario en el proceso —dice, su tono pragmático—. La antigua tú tenía que morir para que la nueva tú pudiera nacer. Y mírate ahora: más poderosa que nunca, al borde de la grandeza. Has superado mis expectativas.

Sacudo la cabeza, asqueada por su insensibilidad. ¿Cómo puede estar ahí parado, en medio de esta pesadilla, y hablar tan casualmente de lo que ha hecho? —¿Grandeza? —le espeto la palabra—. ¿Así es como llamas a esto? —Señalo el paisaje pesadillesco que nos rodea, el mar de sangre que nos llega ya a las rodillas, el cielo desgarrado por relámpagos—. Esto es locura, Randall. Pura y absoluta demencia.

Por primera vez, un destello de ira cruza su rostro. Sus ojos se oscurecen y, por un momento, vislumbro al monstruo que acecha bajo la superficie. Es aterrador, pero también extrañamente satisfactorio. Al menos ahora estoy viendo al verdadero Randall, no la máscara de preocupación paternal que me mostró al principio.

—Niña ingrata —gruñe, bajando la voz a un susurro peligroso—. Te lo he dado todo. Poder, inmortalidad, un destino más allá de lo que cualquier simple mortal podría soñar. ¿Y así es como me lo pagas? ¿Con desprecio y rebeldía?

—¡Nunca pedí nada de esto! —le grito, con la voz ronca por la emoción. Cada palabra parece ser arrancada de mi garganta, pero no puedo detenerme. Todo el dolor, toda la ira, todo el miedo... todo sale a borbotones—. ¡Me creaste para tus propios fines! No eres un padre, eres un monstruo. ¡Un maldito imbécil que ha jugado con las vidas de las personas como si fueran juguetes!

El agarre de Crimson en mi mano se aprieta dolorosamente, sus uñas sacándome más sangre. Puedo sentirla corriendo por mi brazo, cálida y pegajosa. —Basta de esta mierda —sisea, con sus ojos brillando peligrosamente. Hay un tono de impaciencia en su voz ahora—. Tenemos trabajo que hacer. El portal no se abrirá solo.

Al mencionar el portal, la ira de Randall se desvanece, reemplazada por un inquietante entusiasmo. Sus ojos se iluminan con un brillo casi maniaco, como un hombre hambriento ante un festín. —Sí, sí —dice, prácticamente saltando sobre sus pies—. El portal. ¿Es hora?

Su ansiedad hace sonar las alarmas en mi cabeza. ¿Por qué está tan desesperado por abrir este portal? ¿Qué hay al otro lado que desea tanto? Hay algo que no nos está diciendo, alguna agenda oculta que me pone la piel de gallina.

—Casi —responde Crimson, su voz vibrando de anticipación. Puedo sentir su emoción a través de nuestras manos unidas, una energía oscura que amenaza con abrumarme—. Solo necesitamos un último empujón. La sangre de Adelaide, mezclada con mi poder... es la clave para rasgar el velo entre mundos.

Randall asiente, sus ojos brillando con un entusiasmo que raya en la locura. Es la mirada de un hombre que ha pasado toda su vida trabajando hacia un único objetivo y ahora lo ve al alcance de la mano. —Entonces no perdamos más tiempo —dice, prácticamente salivando—. Ábranlo. Ahora. Cuanto más esperemos, más posibilidades hay de que algo salga mal.

Mientras hablan, siento un cambio en el aire. Es sutil al principio, pero se vuelve más fuerte con cada segundo que pasa. El mar de sangre se agita más violentamente, las olas golpean contra nuestros muslos con fuerza creciente. Puedo sentir el líquido cálido empapando mi ropa, adhiriéndose a mi piel.

El cielo sobre nosotros se oscurece aún más, si es que eso es posible. Los destellos de los relámpagos se vuelven más frecuentes, iluminando el paisaje de pesadilla en flashes entrecortados, como estroboscópicos. Cada rayo desgarrar el tejido de la realidad, revelando vislumbres de algo más allá: un vacío lleno de sombras retorcidas y horrores innombrables.

Mi piel hormiguea y mi pelo se eriza. Puedo saborear el ozono en mi lengua, mezclado con el sabor cobrizo de la sangre. Cada vez es más difícil respirar.

—¿Qué está pasando? —pregunto, incapaz de ocultar el miedo en mi voz. El mundo a nuestro alrededor está cambiando, transformándose en algo aún más pesadillesco que antes. Puedo sentir lo equivocado de todo esto presionándome, aplastándome.

Crimson sonríe. —Estamos abriendo el camino, hermana —dice, su voz llena de oscura alegría—. El Reino de las Tinieblas nos espera. ¿No puedes sentirlo? El poder, el potencial... todo está a nuestro alcance.

El mar de sangre sube aún más, ahora lamiendo nuestras cinturas. Puedo sentir el poder acumulándose, una presión en el aire que dificulta la respiración. Es como estar en el epicentro de una tormenta, sintiendo la energía cruda reuniéndose a tu alrededor.

—¡No! —grito, luchando contra el agarre de Crimson con renovada desesperación. Sé, con una certeza que me hiela hasta los huesos, que si este portal se abre, desatará horrores más allá de la imaginación—. ¡No pueden hacer esto! ¡No saben lo que están desatando!

Pero mis protestas caen en oídos sordos. Crimson levanta nuestras manos unidas, sus ojos resplandecientes. El poder que fluye a través de ella es una fuerza de la naturaleza apenas contenida en su forma humana.

Randall está cerca, con una expresión de ansiosa anticipación. Parece un niño en la mañana de Navidad a punto de abrir el regalo más grande bajo el árbol. Pero hay una oscuridad en su emoción, un hambre que habla de deseos mucho más siniestros que los deseos de cualquier niño.

El vórtice de sangre se eleva más alto, formando un portal masivo y arremolinado en el aire sobre nosotros. Es una herida abierta en el tejido de la realidad, con los bordes irregulares y palpitantes de energía maliciosa. A través de él, puedo ver vislumbres de otro mundo: un reino de noche eterna, donde las sombras se mueven con propósitos malignos y susurran oscuros secretos.

Extrañas criaturas retorcidas acechan en los bordes de mi visión, sus formas demasiado alienígenas para comprenderlas completamente. Capto vislumbres de tentáculos que se retuercen, de ojos que brillan con fuego impío, de bocas llenas de demasiados dientes. Cada visión envía una nueva oleada de terror a través de mí.

—El Reino de las Tinieblas —susurra Crimson, su voz llena de anhelo. Hay un fervor casi religioso en sus palabras, como si fuera una peregrina que finalmente posa sus ojos en una tierra santa—. Nuestro verdadero hogar. La fuente de nuestro poder, la cuna de nuestro destino.

A medida que el portal crece, siento una sensación de tirón, como si algo al otro lado intentara arrastrarnos. Comienza como un leve tirón, pero rápidamente se vuelve más fuerte e insistente. El pánico sube por mi garganta. Una vez que crucemos ese umbral, puede que no haya vuelta atrás. Quedaremos atrapados en un mundo de oscuridad, separados para siempre de todo y todos los que amo.

—Por favor —suplico, mirando entre Crimson y Randall. Odio la debilidad en mi voz, la desesperación, pero no puedo evitarlo. El terror es demasiado grande, las apuestas demasiado altas—. No hagan esto. No saben lo que están desatando. Esto podría destruirlo todo, ¡no solo nuestro mundo, sino todos los mundos!

Randall se ríe, el sonido frío y cruel, desprovisto de cualquier calidez o empatía. Es la risa de un hombre que hace tiempo abandonó cualquier pretensión de humanidad.

—No te preocupes, Adelaide —dice, su voz goteando condescendencia—. Sabemos exactamente lo que estamos haciendo. Hemos luchado por esto durante siglos.

—Estás loco —susurro, horrorizada por la locura que veo en sus ojos. Esto no es solo ambición o lujuria por el poder, es algo más profundo, más retorcido. Una ruptura fundamental que nunca podrá ser reparada.

La sensación de tirón se vuelve más fuerte, ganchos incrustados en mi alma, tratando de arrastrarme al abismo. Clavo mis talones en el suelo empapado de sangre, tratando de resistir la atracción del portal. Pero es como intentar luchar contra un tsunami: fútil y agotador.

Crimson finalmente suelta mi mano, y salgo disparada hacia el cielo, hacia la enorme fauces que rasgan la realidad. El mundo pasa a mi lado en un borrón de sangre y oscuridad.

—¡Ayuda! —chillo, mi voz perdida en el rugido del portal.

—¡Toma el sacrificio! —grita Crimson mientras soy arrastrada más adentro de las fauces. Su rostro es una imagen de triunfo, sus ojos ardiendo con un júbilo impío—. ¡Toma este sacrificio y abre tus puertas a tu verdadera Reina!

El terror aguijonea mi sangre.

¿Sacrificio?

La palabra resuena en mi mente, sus implicaciones demasiado horribles para contemplar. ¿Es esto lo que he sido para ellos todo este tiempo? ¿No una hija, no una hermana, sino un cordero llevado al matadero?

Antes de que pueda procesar esta traición, siento que algo me agarra. Manos con garras, increíblemente fuertes y más frías que el vacío del espacio, se cierran alrededor de mis tobillos. Me arrastran al portal con una fuerza irresistible.

Dos palabras son arrancadas de mi garganta:

—¡Oh, mierda!

Continúa con Amanecer Inmortal, Libro 3 (reserva para mediados de septiembre)

Únete a mi Grupo de Lectores en Facebook para más información sobre mis últimos libros y catálogo:

Suscríbete a mi boletín para noticias exclusivas, sorteos y concursos:

OTRAS OBRAS DE EVE NEWTON

<https://www.amazon.com.mx/stores/Eve-Newton/author/B009MWXN5Q>